

MARI JUNGSTEDT

LAS TRAMPAS DEL AFECTO

Una controvertida herencia desencadena
acontecimientos inesperados en la isla de Gotland



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
<http://www.maeva.es/guias-lectura>

Índice

Cubierta

Mapas

Veinticinco años antes

Veinticinco años antes

Veinticinco años antes

Veinticinco años antes

Veinticinco años antes

Veinticinco años antes

Veinte años antes

Diez años antes

Un mes antes

Agradecimientos de la autora

Créditos

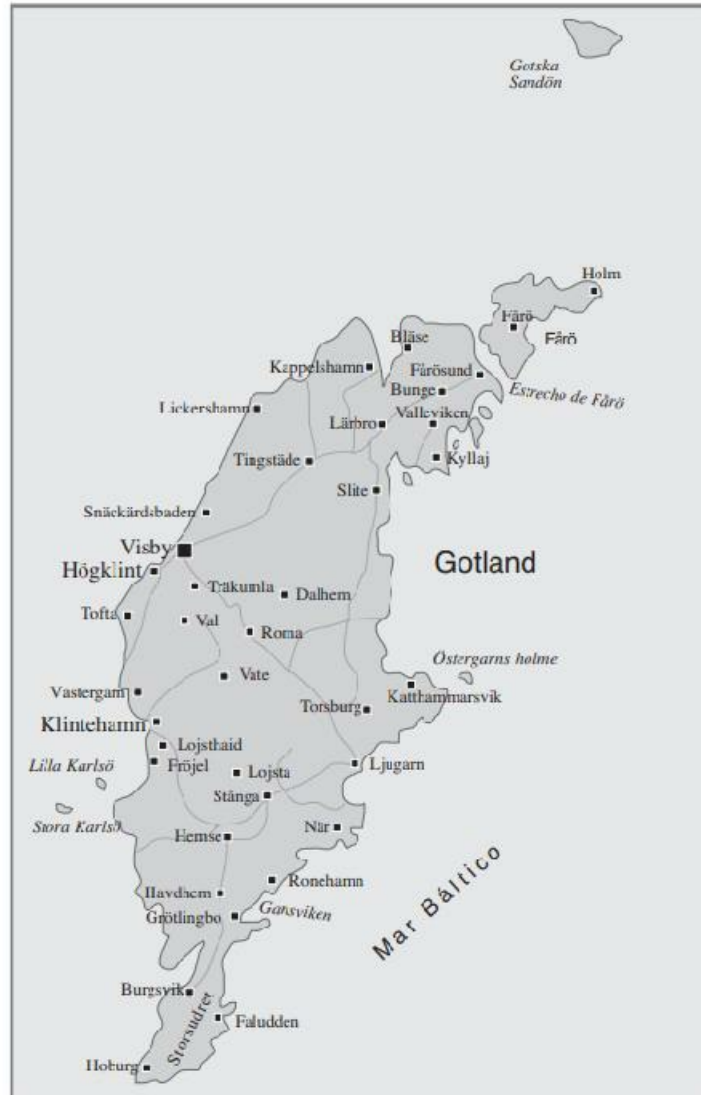
Notas

*A Ruben Eliassen, a quien quiero.
Por todas las risas, la inspiración y el amor.
Sin ti este libro no se habría escrito jamás.*

SUECIA



GOTLAND



PAREDES BLANCAS DESNUDAS, una lámpara redonda y la luz matinal plomiza que se filtraba por las cortinas finas de algodón, un velo de protección entre él y el mundo exterior. Tan solo tenía un ojo cerrado. Reinaba el silencio. Parecía que estuviese encerrado en su propia burbuja, en un capullo de seda tejido con hilos invisibles. Apenas se percibía sonido alguno a excepción de un suave murmullo que venía de lejos. Un grifo abierto. El viento soplaba con tal fuerza que hacía vibrar los cristales de las ventanas. En la mesita, situada al lado de la cama, había un jarrón de acero inoxidable con unos tulipanes amarillos. Un vaso de agua a medias.

Anders Knutas estaba solo en la habitación cuando percibió un intenso olor a desinfectante. Estaba tumbado en la cama y, con cuidado, se dio la vuelta. Entornó los ojos, sintió unas fuertes punzadas en la nuca y en un brazo. Además, tenía el cuello rígido y la cabeza en blanco, como si hubiera estado inconsciente. Deslizó la mirada por las paredes de aquel lugar; sin duda, debía de estar en el hospital, pero ¿qué día era? ¿Y qué hora exactamente?

Intentó levantarse, pero un pinchazo repentino en el diafragma lo detuvo. Notó que le faltaba el aire y, despacio, volvió a tumbarse en la cama. Se dio cuenta de que lo habían vendado justo por debajo del pecho. De pronto le vino a la mente el dolor que lo azotó un instante antes de perder la consciencia. Llegó a pensar que iba a morir.

Poco a poco fueron volviendo los recuerdos de aquel estruendo.

Aquella mañana. Qué rápido había sucedido todo. Hacía frío y estaba amaneciendo cuando salió a fumarse una pipa a la puerta de casa antes de llamar a un taxi para ir al aeropuerto con Karin. Al principio no se percató del coche aparcado en su calle, a unos metros de distancia, pero después notó que había alguien dentro. Una silueta se adivinaba en la oscuridad gracias a la luz tenue que provenía de las farolas. Al cabo de unos segundos, oyó un motor que arrancaba y, acto seguido, el coche se precipitó hacia él. La pipa se le escapó de las manos y cayó al suelo. Por un momento, el mundo entero se congeló en una sola escena a cámara lenta. Los faros delanteros de aquel coche lo deslumbraron y entonces se oyó el estruendo de la explosión y los cristales rotos, y su cuerpo salió despedido hacia un lado.

Recordó haber alzado la mirada. Estaba empezando a amanecer y el cielo era gris. Le zumbaba en los tímpanos el estrépito de los metales y cristales cuando saltaron por los aires. Notó que algo húmedo y tibio le recorría la mejilla. Se secó el rostro y se fijó en la manga de la chaqueta. Era sangre. Un dolor intenso en el costado lo azotó de repente.

El tiempo transcurría cada vez más rápido y las nubes, que habían permanecido inmóviles frente al cielo, empezaron a alejarse por el horizonte. A duras penas consiguió ponerse en pie y, con la vista nublada, se dio cuenta de que el coche se había estrellado contra la casa de un vecino tras atravesar la verja y el jardín. Una de las ventanas de la casa estaba rota, aunque el vehículo fue el que se llevó la peor parte, pues quedó totalmente chafado por delante. Stefan Norrström se encontraba apoyado en el volante con el rostro ensangrentado. Knutas observó que movía los labios y, al mirarlo fijamente, se percató de que estos articulaban una palabra.

—Ayuda.

Al principio no logró descifrar el significado. «Ayuda». Pestañeó con fuerza. El dolor que sentía en el costado era casi insoportable. Mientras tanto, el coche seguía con el motor en marcha. Stefan continuaba susurrando con el rostro cubierto de sangre y la mirada fija en él.

Una humareda negra comenzó a salir del capó. No le quedaba mucho tiempo, tenía que concentrarse.

Knutas avanzó tambaleándose hacia la puerta del coche y manipuló el tirador hasta que consiguió abrirla y se inclinó hacia Norrström, a quien oyó decir débilmente:

—No quiero morir así... No dejes que me muera.

Lo agarró y lo sacó del coche. En ese mismo instante se encendieron las llamas. La ambulancia se aproximaba con la sirena a todo volumen. De pronto, la calle comenzó a llenarse de gente que acababa de despertar y que no daba crédito a lo que veía. La familia que vivía en la casa salió por la puerta a toda prisa en pijama.

Tumbó a Stefan de lado en el suelo.

—No dejes que me muera —repitió.

—No vas a morirte —respondió Knutas.

Stefan había estirado el brazo para agarrarle la mano con fuerza. Anders notó que el corazón le latía rápido, primero con firmeza y después con menor intensidad. Parecía que alguien hubiese colocado un manto mojado capaz de amortiguar cualquier sonido, seguido de un velo para taponar los ojos, y tal oscuridad no dejaba de expandirse. La mano que aferraba la de Stefan se soltó. Las personas que los rodeaban desaparecieron y las luces que parpadeaban se atenuaron hasta desvanecerse por completo. Todo estaba sumido en el caos. Sus piernas cedieron.

Todo se volvió oscuro, vacío e inerte. Hasta este preciso instante.

LA POLILLA AGITABA las alas mientras chocaba contra la lámpara halógena que colgaba del techo. Otras yacían inmóviles en el suelo de hormigón que había justo debajo. «Como Ícaro», pensó. Aquel héroe trágico de la mitología griega cuyo padre le fabricó unas alas para que escapara de su enemigo en la isla de Creta. Pero se acercó demasiado al sol, lo cual provocó que la cera de las alas se derritiera e Ícaro se ahogara en el mar.

Esperó mientras observaba al insecto que emitía zumbidos al chocar contra la lámpara, que desprendía una fría luz blanca en el garaje. Y entonces el chisporroteo se oyó de nuevo: otra vez demasiado cerca. Otra polilla al suelo.

También tenía quemaduras. Solo durante una época había llegado a sentirse plenamente vivo. Se había lanzado desde lo más alto, se había atrevido a entregarse y a recibir con los brazos abiertos todo lo que la vida le brindaba. Los problemas llegaron después y, con ellos, ese dolor parecido a la sensación de ser atropellado por un tren a máxima velocidad. Había sobrevivido, aunque no se sentía vivo.

«Nunca es demasiado tarde —se había dicho a sí mismo delante del espejo—; nunca es demasiado tarde para hacer algo al respecto.»

Recogió del suelo la escoba que estaba en el rincón y se puso a barrer las polillas hacia el portón del garaje, que levantó para poder sacarlas a la calle, en mitad de la gélida noche. Después lo cerró con llave y dejó de nuevo la escoba en su sitio.

Volvió al coche, giró la llave de contacto y los faros iluminaron la pared del garaje donde estaban todas sus herramientas perfectamente colgadas en hileras. Puso a Johnny Cash, su favorito.

Se encendió un cigarrillo y le dio una calada mientras cerraba los ojos y dejaba que las notas llenaran el espacio que había entre él y todo lo que tenía delante. Eso fue lo que decidió hacer. Dio otra calada antes de abrir los ojos otra vez y contemplar la pared. Fijó la mirada en una de las herramientas. Se levantó y salió del coche. Apagó el cigarrillo a pesar de que solo se había fumado la mitad y guardó la colilla en el paquete de tabaco. Tomó la pistola de bala cautiva de la pared de las herramientas, la desatornilló para separarla en dos partes y halló una carga de pólvora. Tenía una caja con recambios justo debajo de la hilera de herramientas. Ciento noventa miligramos. La cargó y volvió a unir las partes.

Notó el peso y el acero helado contra la piel. Tensó el muelle, se detuvo un instante y luego la sopesó.

Pudo oír la voz de su padre. «Mantén la mano quieta», habría dicho. Pero la pistola pesaba, no era nada ligera. Su padre le agarraba con fuerza la manita, que se perdía casi por completo dentro de su puño tosco. Se vio obligado a no soltar la pistola de bala cautiva y a dispararle al buey en la frente. No había sido capaz de olvidar aquella imagen. Cerró los ojos y percibió el olor que el miedo desprende. Aquella pistola helada que sostenía con la mano. «Y entonces, aprietas el gatillo.» Le lanzó una mirada a su padre. «No puedo», le respondió. Pero su padre no lo entendía, no quería entenderlo. «Claro que puedes.» Aquella voz adulta sonaba segura, calmada. Notaba la presión de la mano robusta de su padre contra la suya. Y entonces se oyó el estrépito, un disparo ensordecedor que hizo que se estremeciera por completo. El buey se desplomó en el suelo. Le entraron ganas de gritar, pero era incapaz de emitir sonido alguno. La mirada de su padre y la suya allí clavadas, aunque no habían visto lo mismo.

Regresó al presente, suspiró con fuerza y volvió a colgar la pistola en su sitio. La voz de su padre desapareció de su cabeza temporalmente, pues sabía que nunca estaría en el mismo lugar que él; siempre estaría esperando junto con las otras voces.

Las voces de aquellos que lo habían abandonado.

HABÍA SIDO UNA noche larga e intranquila para Julia Ramberg y la ansiedad tampoco consiguió desvanecerse al amanecer. Abrió los ojos y no tardó en acordarse de lo que tenía por delante. Iban a reunirse para hablar del futuro de la granja por primera vez después del entierro de su padre y sabía perfectamente lo que los otros querían. Demasiado bien lo sabía. Se estremeció con tan solo pensarlo. Preferiría seguir durmiendo y soñar con algo bonito, apacible. Hacía tanto frío en la habitación que se había tapado hasta la nariz. Las primaveras eran más bien frías en Gotland y la humedad se filtraba por las gruesas paredes de piedra de las casas. Había pasado largas horas en vela tirada en la cama, observando angustiada el papel pintado de las paredes, las flores estivales con sus tallos finos, la campánula, el botón de oro, la amapola y el pensamiento. Era un papel pintado anticuado que llevaba pegado a la pared desde que tenía memoria. El perro entró a hurtadillas en la habitación, se colocó a un lado de la cama y la miró con ojitos de pena. El border collie era su mejor amigo y le daba tranquilidad.

—Ven aquí, *Mio* —lo llamó dando una palmadita en la colcha.

Acto seguido, el perro la miró y subió de un salto a la cama para acurrucarse junto a sus pies. Sentía que la presión en el pecho era cada vez mayor cuando pensaba en que muy pronto volvería a reunirse con sus hermanos. Tanto Daniel como Maria habían expresado su deseo de vender la granja del siglo xvii que había visto la infancia de los tres y que contaba con una rica historia. «Cuanto antes, mejor, antes de que llegara el verano y la temporada baja del mercado inmobiliario se les echase encima», le había soltado Daniel por teléfono la noche anterior. Su hermano mayor hablaba con un tono serio y formal impropio de él; tenía la sensación de haber estado conversando con un desconocido.

La granja de Gauståde se consideraba una de las más hermosas de Gotland. La habían declarado patrimonio histórico, lo que significaba que debía mantenerse en buenas condiciones. En esa granja habían crecido todos ellos con papá y mamá. La familia había escrito su historia en aquellas tierras, los campos habían florecido junto a los corderos que ellos mismos criaron. Era tal su singularidad que hasta se había descrito en libros que hablaban de la historia de Gotland y de su arquitectura tradicional. No entendía cómo podían pensar en vender. ¿Tendría que mudarse ya, antes del otoño? ¿Dejarlo todo?

Se retorció del espanto y se hizo un ovillo bajo el edredón. Esa mañana el aire era frío y húmedo y no le había dado tiempo a encender el fuego de las muchas chimeneas que tenía la casa. Era la única fuente de calor, siempre había sido así. Probablemente por eso preferiría quedarse a vivir allí, por la sensación de permanencia, de que las cosas se quedaban siempre igual. Desde que era niña había ayudado a criar los corderos y no podía imaginar dedicarse a otra cosa.

Recorrió con la mirada las vigas que sobresalían del techo, los nichos profundos de las ventanas y el suelo antiguo de tablas oscurecido por el paso del tiempo y desgastado por las pisadas.

Notó un fuerte nudo en el pecho, sintió ganas de arrojar algo contra la pared para calmar la frustración que la atormentaba. ¿Qué iba a ser de ella? Tenía treinta y cinco años, estaba soltera y no tenía hijos. Si bien era cierto que había conocido a alguien en Visby, no sabía si duraría. Mudarse a la ciudad era algo impensable. Estaba acostumbrada al campo, al trabajo en la granja, a estar en contacto con los animales. Allí se sentía en casa. Se había pasado horas pegada al

teléfono hablando con sus hermanos, pero no había servido de nada. Querían vender la casa y ella no podía permitirse comprar la parte que les correspondía a los otros dos. Se vio obligada a desistir y dejó que acudieran a una inmobiliaria.

Julia se dio la vuelta en la cama y miró por la ventana. Los campos sembrados y los prados, los corderos pastando en el cercado. Los árboles que todavía lucían desnudos, como reflejo de una primavera tardía. Aquellas tierras conformaban su historia, las tierras por las que había correteado desde niña, rodeada de los edificios de la granja. Había sido feliz, todo lo feliz que una niña podía ser.

Ojalá Elias aún estuviera vivo. Se habría opuesto a la venta de la granja. Su hermano pequeño había sido su brazo derecho toda la vida. Eran inseparables y lo habían compartido todo desde pequeños. Era un año menor que ella y habría cumplido treinta y cuatro años ese año. Elias, en quien confiaba plenamente. Sabía que la habría respaldado en cualquier cosa. El frágil y tierno Elias, que siempre se había apoyado en ella cuando eran niños en los momentos difíciles. En una ocasión, llegaron a hacerse cortes en los brazos para intercambiarse la sangre y dejar que se mezclara en señal de que no eran simplemente hermanos, sino los mejores amigos, y estarían juntos por siempre. Elias, su alma gemela; nada podría separarlos jamás. Eso fue lo que se prometieron. Nada excepto la muerte.

«Hasta que la muerte nos separe», eso había pensado durante la ceremonia conmemorativa por la muerte de su hermano mientras se acariciaba la cicatriz y contemplaba todas las flores y postales de condolencias.

La familia había enterrado a Elias, pero Julia había enterrado una parte de sí misma.

Elias nunca formaría parte de esa venta. Adoraba su rincón de la cabaña infantil que tenía en el jardín, donde se ponía a leer sus libros, a dibujar y a escuchar música. Era distinto al resto. Introverso, soñador y tímido. Tenía su propio universo. Su madre, desde luego, no hacía nada por ocultar que él era su preferido. Tal vez ni siquiera fuera consciente de cuán abiertamente mostraba su predilección por él. Intentaba tenerlo siempre cerca y procuraba que permaneciera en casa lo máximo posible. Sin embargo, él prefirió seguir su propio camino, pues era como una mariposa imposible de cazar ni controlar. Cuando acabó el instituto, estuvo trabajando unos años para ahorrar dinero y un día le dijo a la familia que se iría a Chile a escalar montañas, lo cual no sorprendió a nadie. De niño siempre estaba escalando, soñaba con volar, con escapar de todo aquello que le hacía daño y era complicado. Así que hizo la mochila y desapareció.

Al cabo de tres meses recibieron la notificación del accidente. La tristeza dejó a toda la familia paralizada, sobre todo a la madre, que nunca volvió a ser la misma. «Elias habría estado de mi parte —pensó Julia—. Juntos éramos fuertes. Siempre fue así cuando éramos niños.»

Soltó un suspiro y salió de la cama en contra de su voluntad. Introdujo los pies en las zapatillas de piel de oveja y se puso la bata. Se detuvo frente a la ventana. Los corderos negros lucían aún su frondosa lana invernal, con la que aparentaban el doble de su tamaño real. Pronto llegaría la época de esquila, quizá por última vez. Pensarlo le desgarraba el corazón. Posó la mirada en la casita de piedra que se veía al final del jardín, era un cobertizo antiguo en el que antaño se guardaba el lino recién cortado y se dejaba secar. Los matorrales de la senda que había junto a la puerta habían crecido demasiado. «Algo tengo que hacer con todo eso», pensó Julia.

De pronto se sobresaltó. Vio que algo se movía por detrás del cobertizo. Vislumbró una sombra junto a una de las esquinas. ¿Quién diantres andaría allí? Por aquella zona apartada no solía pasar nadie. No por ese lado. ¿Serían imaginaciones suyas? Tal vez fuera solo un cordero que se había perdido. Quizá solo fuera eso.

EL COMISARIO ANDERS Knutas se sentó en su desgastada silla giratoria al fondo del despacho de la comisaría de Visby. Se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Tenía el escritorio a rebosar de papeles, carpetas, libros y cuadernos, y a cualquier extraño aquellas montañas le habrían parecido un auténtico caos. Tan solo él encontraría algo en aquel desorden. No es que hubiera una razón, pues había tenido tiempo de sobra para ordenarlo todo. El invierno había transcurrido sin incidentes y se había dedicado a seguir su rehabilitación para recuperarse. Había estado de baja y llegó a reducirse la jornada, pero esa etapa ya había terminado. Estaba feliz de volver a la rutina de siempre; al menos haría todo lo que pudiese para conseguirlo. A decir verdad, el concepto de rutina ya casi no existía; le había cambiado tanto la vida que apenas conservaba los mismos hábitos y costumbres.

Sacó la pipa y se puso a cargarla. Se avecinaba una tormenta, se percibía una brisa de aire gélido en el ambiente. A pesar de estar en abril, parecía que la primavera tardaría en llegar. Knutas se dirigió a la ventana para cerrarla. Estaba sentado con la chaqueta puesta, no porque tuviera frío, sino porque deseaba salir de aquel lugar. Miró el reloj situado encima de la puerta y miró el suyo de pulsera. Ambos marcaban la misma hora. Se acomodó de nuevo en la silla y, con gesto nervioso, empezó a dar golpecitos en el teclado con los dedos. Ya faltaba poco. En cuanto Karin estuviera lista, se irían. De todas formas, tenía tal desconcentración que le era imposible dedicarse a cualquier cosa seria.

A veces le entraban ganas de quitarse el reloj y dejarlo allí para ver qué sucedía al ignorar el tiempo. Tal vez se pararía si no le prestara ninguna atención y no le diese importancia.

—Ya estoy lista. ¿Estás seguro de todo esto?

Knutas alzó la cabeza y se giró hacia la puerta. Karin lo esperaba debajo del reloj. Por fin. Ella, con su cabello oscuro y sus enormes ojos pardos. «Qué hermosa es», pensó. Casi se estremecía con tan solo ver su silueta esbelta. Ya eran pareja desde hacía un tiempo. Llevaba puestos el abrigo y el bolso, se inclinó hacia el marco de la puerta y lo miró.

—¿Tienes frío? ¿Te estás resfriando? —continuó antes de que Anders pudiera tranquilizarse de nuevo.

—No —respondió—. Ya salgo.

Apagó el ordenador y miró el escritorio por última vez antes de alcanzar la maleta que había preparado esa misma mañana.

—¿No?

Knutas se acercó y le besó la mejilla justo antes de que salieran juntos al pasillo.

—¿Es un no de que estás seguro o un no de que no has pillado un resfriado?

Se detuvo en el pasillo y lo miró con gesto serio.

—No, no estoy resfriado. Y sí, estoy seguro de hacer esto. Aunque no esté tan convencido de que sea una buena idea, sé que es lo que debo hacer.

Empezó a chispear cuando se metieron en el coche, él en el asiento del copiloto, con los brazos cruzados a la altura del pecho. Karin notaba que estaba nervioso; se había quedado mirando fijamente las gotas de lluvia que se deslizaban por la ventana como diamantes. La subcomisaria giró la llave de contacto y salió del aparcamiento dando marcha atrás.

—No se te suele olvidar ponerte el cinturón —le soltó Karin.

Él la miró de soslayo antes de abrochárselo y luego apoyó las manos en las rodillas y suspiró.
—Te noto nervioso —prosiguió mientras se incorporaba a la autovía.
—Pues sí —reconoció—. Pero no me queda otro remedio.

PENSÓ EN TODAS las noches seguidas que se había quedado esperándola y contemplándola a través de los enormes ventanales, las veces en las que se había preparado para irse a casa. La había visto irse de la oficina y cerrar la puerta al salir. Subirse al coche y alejarse conduciendo por la parte trasera del jardín. Le gustaba su estilo, tenía una forma de vestir discreta y sus movimientos desprendían elegancia. Su feminidad le recordaba a alguien a quien, sin duda, había preferido olvidar.

Pero le resultaba imposible apagar las voces de su mente y no podía evitar pensar en la traición que escondían. Aún oía aquella que le susurraba que lo amaba. Sacudía la cabeza con la intención de sacarse la voz que lo agarraba con fuerza. No quería que se acercara demasiado para que no le hiciera más daño; ya llevaba el dolor consigo.

Trataba de concentrarse en aquella figura femenina que se asomaba a la ventana. Lo arreglaba todo de una forma premeditada, las mismas cosas todos los días. Y eso le gustaba. Transmitía confianza absoluta. ¿Cuántas veces se había encontrado él con algo así en la vida? Sin duda, la confianza, el respeto y la tranquilidad van de la mano. Confianza... Le gustaba esa palabra. Y a ella le venía como anillo al dedo.

Ya se había llevado de allí un folleto de la granja de Gaustäde.

La mujer de la inmobiliaria estaba al teléfono, lo miró un segundo y, mientras, alcanzó una carpeta y la tarjeta de visita de Sanna Widding. Le preguntó si quería inscribirse en la lista mientras tomaba un bolígrafo y un folio. Pero no llegó a responder y se marchó de allí sin más. Ya en la calle, sacó la tarjeta de visita del bolsillo y la examinó. Salía bien en la foto. Con tener su tarjeta, ya se sentía un poco más cerca de ella.

Le encantaba mirarla y analizar sus movimientos.

Cuando la jornada laboral se acercaba a su fin, se levantaba y se ponía el abrigo. Apagaba el ordenador y se quitaba los zapatos planos que siempre llevaba dentro de la oficina. En cuanto salía de allí, se ponía otros, y aquel día se puso unas botas ajustadas. Llevaba unos pantalones largos negros, una camiseta negra y una torera roja encima. «Estaba preciosa», pensó.

Por lo general, se iba en coche directamente a casa después del trabajo; al parecer, no solía hacer ningún recado ni quedaba con nadie. Tal vez le diera tiempo a hacerlo a la hora del almuerzo o aprovechara cuando estaba fuera de la oficina con diferentes visitas. Se quedó esperándola y, mientras tanto, la observó desde lejos. Sintió compasión por ella y, tras haberla examinado con detenimiento, tuvo que reconocer que había empezado a gustarle.

El reloj aún no había dado las cuatro y media cuando salía de trabajar. Aquello le molestó. No solía terminar a esa hora. Sin duda tuvo suerte, ya que él había ido más temprano que de costumbre, aunque no tenía otra cosa mejor que hacer. Trató de evadirse de su irritación para poder concentrarse. Un coche lo adelantó y se interpuso entre ambos.

Se sentó al volante. Habían empezado a caer algunas gotas y las luces de los faros se reflejaban en la lluvia. Se percató del sonido de las ruedas al aplastar la gravilla del suelo cuando salió del aparcamiento. Esperó hasta que el vehículo se adentró en la carretera y decidió seguirla. Siempre los mismos patrones. Primero ponía el intermitente a la izquierda y, a continuación, salía de la ciudad en dirección norte. Pero en el siguiente semáforo ocurrió algo inesperado: en vez de indicar el giro a la izquierda, continuó recto. Aquello le resultó extraño y un poco molesto. ¿Qué

estaría tramando? ¿Por qué no hacía lo de siempre? Esta vez se dirigía a Fårösund. La irritación se apoderó de él. La mujer pisó el acelerador. «Gira a la derecha, vete a casa —murmuraba para sus adentros—. Todavía cabe otra oportunidad en el siguiente semáforo.» Pero siguió todo recto, hacia otro destino. El corazón le latía con fuerza. «No se puede confiar en las personas que no tienen hábitos ni costumbres. No existe confianza ninguna —pensó al mismo tiempo que su ira crecía—. Nunca se sabe por dónde van a salir.»

Entonces aceleró, adelantó al vehículo y se pegó a ella.

LA BRISA DE abril silbaba cuando la agente inmobiliaria Sanna Widding se preparaba para irse de la oficina del centro de Visby. Estaba helada, decaída y tenía un poco de hambre, la nariz congestionada y sensación de pesadez y cansancio en el cuerpo. «El típico resfriado primaveral —pensó con cierto enfado mientras se sonaba la nariz con un pañuelo de papel—. Será posible que nadie pueda estar sano en este país...»

Recogió el escritorio como de costumbre; después, se puso su abrigo recién estrenado y se despidió de sus compañeros. Al final, salió de la oficina para subirse al volante de su Toyota rojo, aparcado detrás de la inmobiliaria. Estaba indecisa; por una parte, quería irse a casa, cenar comida caliente y acurrucarse delante de la tele con una manta sobre las piernas. Pero, por otra, tenía previsto pasarse por la antigua granja que estaba a la venta, ya que era quien se encargaba de ello. Quería tantear el ambiente, averiguar qué clase de gente estaría interesada en vivir en aquel lugar, y organizar la venta. Sanna Widding tenía interés por conocer la historia de la finca y, de hecho, ya sabía algo sobre las antiguas granjas de Gotland.

Hacía poco que había vuelto a la isla y solo llevaba trabajando medio año en la inmobiliaria Wisby Mäkleri. Conoció al jefe en una conferencia. Ambos parecieron llevarse bien y, al final, la convenció para que se fuera de Estocolmo. A ella le venía genial; se había cansado del estrés y el alboroto de la capital. Se había criado en Gotland y añoraba volver a la isla, incluso cuando decidió mudarse a la península después del instituto. Aquel era su verdadero hogar.

Cuando le ofrecieron a su marido un puesto en la isla, ya no quedó lugar a duda. Se compraron una casa en Brissund, a las afueras de Visby, y se acostumbraron a su nueva vida desde el principio. Sanna se había adaptado fácilmente. En el trabajo había pedido encargarse de los conjuntos históricos de piedra caliza. En este preciso momento iba de camino a Gauståde, una de las granjas más bellas y de mayor importancia de toda Gotland.

A veces pensaba que estaba demasiado sumergida en sus responsabilidades; apenas se desviaba de sus planes a pesar de que le apeteciera hacer otra cosa. El trabajo era lo más importante. Y ese día no era la excepción. Optó por dejar a un lado la idea de irse a casa directamente por un simple resfriado. Llamó a su marido y lo avisó de que se pasaría un momento por Bunge para echar un vistazo.

Al aproximarse, vio que el establo de piedra se alzaba a un lado del camino. Construido en el siglo xviii y con cincuenta y dos metros de longitud, era uno de los monumentos más antiguos de Gotland. Aparcó junto al jardín principal y se adentró en el recinto. La casa estaba habitada durante todo el año, aunque Julia Ramberg, la granjera que vivía allí, iba a pasar la noche en Visby y le había dejado la llave tras una trampilla. La primera vez que Sanna habló con Julia algo en ella le resultó familiar. Aunque nunca se lo mencionó y Julia Ramberg tampoco le había dicho nada al respecto. Fue más tarde, de camino a casa, cuando de repente le vino a la cabeza. Julia tenía un hermano llamado Elias que iba a la misma clase que ella. Un hermano que falleció años después, cuando escalaba una montaña en Chile. Se acordó de la fascinación que sentía entonces por aquel niño dulce de pelo rubio y rizado que se ponía a dibujar en cualquier ocasión. Era capaz de trepar a la cima de un árbol más rápido que nadie.

Una vez le dio un dibujo. Para su asombro, resultó ser un retrato de ella, lo cual le hizo sentirse avergonzada pero, al mismo tiempo, halagada, pues era una imagen preciosa, y la había dibujado

más guapa de lo que era en realidad, o al menos eso pensaba. Sanna sabía que tenía una hermana en un curso superior y siempre andaban juntos. Entonces se acordó de Julia Ramberg, a pesar de todo el tiempo que había pasado.

Se quedó inmóvil delante de la fachada. Se respiraba una tranquilidad enorme, nada que ver con el viento que soplaba en Visby. La granja estaba a las afueras del municipio de Bunge, junto a la carretera, pero a pesar de eso se veía hermosa en la falda de la pendiente, rodeada de laderas y pinares al oeste y con los campos de cultivo hacia el este. El edificio principal estaba revestido de yeso de un hermoso color azulado y tenía dos plantas. Las ventanas rojas formaban seis cuadrados y lucían en la fachada lateral, como solían colocarse antaño. Aquel conjunto emblemático emanaba historia. Se decía, incluso, que Carl von Linné pernoctó una vez allí a finales de siglo xix. Sin duda alguna, Sanna se alegraba de encargarse de aquella venta. Sin embargo, había solo una cosa que la incomodaba. No había acuerdo entre los tres hermanos que vendían el inmueble tras la reciente muerte del padre. Los dos mayores querían venderlo cuanto antes, mientras que Julia Ramberg, quien regentaba la granja, prefería quedarse y seguir ejerciendo su oficio. A pesar de la comisión por la venta, Sanna no se sentía del todo cómoda, ya que sabía que Julia era una granjera muy querida, y muchos vecinos se oponían a que la propiedad se vendiera. Ahora que estaba allí plantada en el jardín, rodeada de esas hermosas fachadas, entendía el porqué. Gauståde pertenecía a la familia desde hacía generaciones, y la historia y el sentimiento inundaban aquel lugar.

Cerró los ojos e inhaló con fuerza. Era lo que hacía cada vez que tenía un nuevo encargo. Se colocó delante de la casa durante unos minutos, trató de visualizar una imagen de la persona que podría interesarse en comprar la propiedad. A un lado de la fachada principal había un edificio anejo de dos plantas, también revestido en piedra. Justo delante había una morera, aunque el resto de los árboles eran manzanos, y a lo lejos se divisaba también un jardín rodeado por un muro.

Todo era precioso y parecía bien cuidado; la persona que vivía allí se encargaba de la granja con esmero. Decidió echar un vistazo al cobertizo para los corderos, que se encontraba al fondo del camino de gravilla, aunque primero se dirigió al interior de la vivienda principal.

Recogió la vieja llave que le había dejado Julia detrás de una trampilla, bajo una de las cámaras de los mozos. Se quedó en el umbral de la puerta, asombrada ante tanta belleza. El recibidor era mayor de lo normal y se dividía en tres partes, que mostraban los diferentes salones de la planta principal. La preciosa luz del atardecer se filtraba por los ventanales. Sanna decidió darse un paseo por las habitaciones. Las paredes estaban pintadas de distintos colores y había armarios empotrados del siglo xix que aún conservaban su tono original, al igual que el suelo de madera, las puertas barrocas o las chimeneas, una de ellas construida con piedra arenisca, que lucía su diseño tradicional. En la cocina antigua había un hogar con una campana, un horno y un fogón de hierro. A Sanna Widding la impresionó el estado de conservación. La granja era patrimonio histórico y cualquier restauración debía atender los estándares de la Junta Nacional de Conservación de Patrimonio y seguir métodos tradicionales, aunque su estado de conservación era realmente extraordinario.

Subió a la primera planta, las escaleras crujían bajo sus pies. Estaba tan fascinada por la armonía del conjunto que hasta se había olvidado del resfriado y el cansancio. «Me quedaría a vivir aquí», pensó tras acomodarse en una silla y contemplar el dormitorio de matrimonio, que lucía tonos rosas y grisáceos. Admiró la chimenea antigua redonda recubierta de azulejos turquesa claro, fabricados en 1860 en la fábrica Berg, en la aldea de Boge. En aquel lugar reinaba la tranquilidad. «Probablemente sea esto lo que llaman “el alma del lugar”», pensó.

De repente, percibió en la planta baja un chirrido que le recordó a una puerta abriéndose. ¿Estaría Julia Ramberg ya de vuelta? ¿Sería alguno de sus hermanos? Decidió levantarse de la silla y asomarse a la escalera para hacerse oír.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

A decir verdad, no le importaba haber oído un ruido, pues no podía borrar la sonrisa del rostro. Le encantaban las casas antiguas, a pesar de que nunca terminaba de acostumbrarse a los crujidos y chirridos extraños.

Echó un último vistazo a las habitaciones. Ya había visto suficiente. La vivienda principal era maravillosa, no había duda. Así pues, decidió seguir con el resto.

Bajó las escaleras a toda prisa y salió por la puerta. Sanna no se había dado cuenta de que estaba entreabierta ni tampoco había notado que alguien la observaba de cerca.

Él podría haber salido de su escondite y haberla atrapado, pero no lo hizo. Prefirió quedarse en la sombra, contemplándola mientras cruzaba el jardín y se dirigía al edificio anejo.

HABÍA EMPEZADO A oscurecer cuando aparcaron ante el edificio blanco de la cárcel. Karin paró el motor y salió del coche. Hacía frío y lloviznaba. Al parecer, se habían traído el tiempo de Gotland a la península. Se giró hacia su compañero, que tenía la pipa en la boca tras haber conseguido encenderla. Contemplaba aquel enorme edificio en silencio. Se colocó a su lado. Apenas le llegaba a la altura de los hombros. Buscó su mano y la apretó con fuerza.

—Así que está aquí —afirmó Karin.

Knutas la miró.

—Ya, tampoco es que yo pudiera elegir dónde tendría que cumplir su condena.

—Pero hiciste lo posible para que se la redujeran.

—Los dos somos igual de culpables.

—¿Eso piensas a pesar de todo?

—A pesar de todo. Sí.

—¿Y vas a enfrentarte a ello ahora, con todo el remordimiento de conciencia?

—No —respondió Knutas—. A quien tengo que enfrentarme es a mí mismo.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo por ti?

—Sí —suspiró—. Voy a hacerlo por mi bien, para vivir, por fin, con la conciencia tranquila y ponerle fin a esto. Al menos, eso espero.

—¿Y después iremos a celebrarlo al Grand Hôtel, a pasar una noche en una *junior suite* con vistas al mar?

Le agarró la mano con una sonrisa.

—Pero eso lo hago por nosotros. Por ti y por mí.

—¿Y cuánto ha costado? ¿El salario de medio mes?

—No quieras saberlo.

—Ya, tienes razón. Si no, no podría dormir esta noche allí.

—Puedes estar tranquila. —Hizo un breve gesto de negación con la cabeza—. La he conseguido más barata. Es cierto que las habitaciones son más caras los fines de semana, pero conozco a uno de los gerentes y me debía un favor. Además, quería agradecerte que me hayas traído en coche hasta aquí para hacerme compañía.

Karin lo observaba con una mirada llena de ternura.

—Contigo pasaría la noche hasta en el banco de un parque.

—Me temo que mi cuerpo no aguantaría hasta ese punto —añadió él entre risas antes de caminar con enormes zancadas hacia la puerta principal de la prisión.

Trató de apretar el ritmo para alcanzarlo y metió el brazo por debajo del suyo.

—¿Acaso piensas irte sin...? —preguntó con sorpresa y decepción a la vez.

—Es que me duele la espalda... Estoy mayor.

Karin le correspondió con una mirada compasiva.

—Sabes que te quiero de todos modos.

KNUTAS QUERÍA VER a solas al hombre que había perdido a toda su familia. Estaba casado con Vera Petrov, una mujer que había matado a dos personas en Gotland y que después huyó a Gran

Canaria. Anders participó en su búsqueda y captura, en la que ella y sus dos hijos murieron después de que el vehículo se saliera de la carretera y se precipitara por los acantilados de la isla.

Mientras, Karin se quedó en la sala de espera junto a la entrada. Un funcionario de la prisión le indicó el camino. El pulso aumentaba por cada puerta que se abría y se cerraba a su paso. El enorme manojó de llaves que le colgaba de la mano chirriaba. Siempre seguía el mismo procedimiento: abrir la puerta, pasar, cerrar y echar la llave. «Un mundo de puertas cerradas», pensó el comisario. Permanecieron en silencio. El trabajador era de esos callados e introvertidos, sus zapatos con suela de goma ni siquiera hacían ruido al pisar el suelo de hormigón. Anders pensó en la tranquilidad de aquel lugar; se había cansado de oír sus propios pensamientos y del ruido de sus propios pasos. Se oyó el tintineo de las llaves y el chirrido de las bisagras cuando el hombre de espalda ancha abrió la puerta. Se percató del sonido que se produce cuando dos metales chocan, el mismo que oyó cuando giró la llave de nuevo para cerrar la puerta. Trató de concentrarse en el sonido del metal y en sus pasos. Aquello lo ayudaba a reconfortarse.

Entonces el funcionario abrió otra puerta diferente. No estaba cerrada con llave y llevaba a una habitación normal y corriente con una mesa, dos sillas a cada lado y un tubo fluorescente en el techo. Aunque le faltaban las ventanas. Tan solo había una pared lisa en la que no se apreciaba nada del exterior.

Notó de nuevo el tintineo de las llaves al cerrar la puerta del pasillo. Cambió de postura en la silla, enderezó la espalda y trató de prepararse mentalmente para afrontar el encuentro con el hombre que unos meses atrás trató de matarlo a sangre fría en la puerta de su casa. Nunca había llegado tan lejos, en comparación con lo que hizo en Gran Canaria, para enfrentarse a sus miedos. Pero aquí estaba y no sabía si estaba preparado para lo que tenía que hacer. Ya no había vuelta atrás. Hizo un esfuerzo por calmar la respiración.

Cuando se abrió la puerta, se topó con aquella mirada azul y fría. Se encontraba ante Stefan Norrström, el hombre que lo perseguía en sus pesadillas.

SANNA WIDDING ECHÓ un vistazo al edificio anejo y al granero de piedra antes de dirigirse al cobertizo. Le apetecía asomarse al último edificio. En los campos de alrededor pastaban cientos de corderos que lucían sus mantos grises propios del invierno; a juzgar por el aspecto, se veían bien criados.

Se moría de frío a pesar de llevar el enorme abrigo puesto; ya empezaba a bajar la temperatura. El cobertizo se divisaba a un lado del camino y tenía delante un granero más pequeño junto a otro terreno de gravilla. Fueron solo cinco minutos, aunque el trayecto le pareció largo por el frío y la humedad del atardecer. Le rugía el estómago y la cena ya estaría más que lista para entonces. «Ojalá Georg no se enfade conmigo por llegar tarde a casa», pensó. No tenía fuerzas para lidiar con ningún enfado...

Una vez que cruzó la explanada, se dirigió al cobertizo. Al abrirlo, se percató de lo oscuro que estaba. La recibieron múltiples balidos mientras a tientas buscaba el interruptor de la corriente. Entonces le pareció oír un chasquido. ¿Habría sido su imaginación o realmente había oído algo más? Refunfuñó; era obvio que en un corral había ruido. Aun así, se quedó quieta mientras escuchaba su propia respiración. Tenía la sensación de que algo iba mal, de que no estaba sola. Negó con la cabeza ante tal estupidez. «Pues claro que no estoy sola —pensó—. Con todos los corderos que hay aquí. Son seres vivos y hacen ruidos, no hay nada extraño, aunque parezca lo contrario.» Pero el corazón le latía cada vez más rápido.

El sonido provenía de alguna parte al fondo del pasillo y se asimilaba a la tos. ¿Podría ser uno de los corderos? Permaneció a la espera. A decir verdad, el sonido era más bien el de una voz masculina, pero no estaba segura. Encontró el interruptor de la corriente y dejó la mano en él un rato. De repente, la duda se apoderó de ella. ¿Sería mejor encenderla o quizá no? Se dio cuenta de que estaba completamente sola en aquel lugar, en medio del campo. Sabía que empezaba a anochecer y que seguramente no habría nadie paseando por el camino de al lado. Al menos en esa época del año. Si alguien quisiera hacerle daño, no podría escapar.

Por un instante se regañó a sí misma. «Yo y mis paranoias —pensó—. ¿Quién querría hacerme daño? Qué tonterías.» Al final, optó por encender la luz. Las ovejas empezaron a balar mientras se apelotonaban junto a sus crías. Deslizó la mirada de forma fugaz por las paredes, el techo y el suelo, pero no vio nada raro. Soltó un suspiro lentamente. «Me lo habré imaginado», se dijo.

En ese instante, cuando iba a darse la vuelta para dirigirse hacia la puerta, le pareció ver una sombra por la comisura de los párpados. Era una silueta dibujada en la pared. Respiró con fuerza. Su intuición no le había fallado. Había alguien allí dentro. Soltó un grito al notar un rápido movimiento. Un dolor indescriptible le golpeó la cabeza. Entonces se hizo el silencio.

KNUTAS SE HUMEDECIÓ los labios. Stefan Norrström se detuvo en el umbral de la puerta. Detrás de él había otro guarda de seguridad corpulento. Stefan avanzó unos pasos no muy decidido y Knutas asintió con un gesto mirando al vigilante.

—Está bien. Puede salir.

Pudo oír su voz temblorosa.

—De acuerdo, me quedo esperando aquí fuera. Tenemos cámaras de vigilancia —dijo señalando una esquina de la habitación.

Stefan Norrström parecía cansado, tenía unas terribles ojeras y estaba más delgado de lo que Knutas recordaba. Llevaba puesta una camiseta, unos pantalones anchos y los pies metidos a presión en unas sandalias. Fue el primero que decidió abrir la boca.

—¿Por qué estás aquí?

Se quedó inmóvil con la mirada clavada en Knutas; más bien, parecía incapaz de reaccionar ante tal situación.

—Siéntate —lo invitó Knutas y le señaló la silla que había al otro lado junto a una mesita.

Stefan se acomodó mostrando un gesto de inconformidad a la vez que observaba a Knutas con una mirada de sospecha.

—¿Por qué has venido? —volvió a preguntar.

—Si te soy sincero, no lo sé. Quería hablar contigo. Poner un punto final a toda esta historia.

Stefan soltó un resoplido de desprecio.

—¿Punto final? Jamás habrá un final. He perdido a toda mi familia. ¿Crees que podré olvidarme de Vera y mis hijos?

—Lo entiendo —respondió el comisario—. No me refería a eso. Me refería a lo que ha ocurrido entre tú y yo.

La tensión en el rostro de Stefan empezó a perder fuerza.

—Tú me salvaste la vida, ¿verdad?

—Se podría decir que sí.

—¿Y por qué lo hiciste? ¿Por qué no me dejaste morir?

Knutas lo miró fijamente.

—¿Habrías preferido eso?

Hubo un silencio durante unos segundos. Stefan Norrström no respondió.

—He venido hasta aquí para hablar contigo —continuó Knutas—. Quiero que los dos podamos rehacer nuestra vida. Sabes que no fue culpa mía.

—¿Para eso has venido? ¿Para decirme que eres inocente? ¿Que la muerte de Vera y los niños no fue culpa de la policía que los perseguía? Y tú eras uno de ellos. Tú ibas en el coche que hizo que se salieran de la carretera.

—Lo recuerdo perfectamente, de eso puedes estar seguro —dijo tras soltar un intenso suspiro.

La culpa de pensar que podría haber actuado de otra manera le ardía en el estómago, la idea de que debería haber evitado que sus compañeros de Gran Canaria condujeran de forma temeraria lo perseguiría de por vida.

—¿Y aun así piensas que no fue culpa tuya? ¿Qué demonios quieres entonces? Perseguiste a

Vera y a mis hijos y los condujiste hasta la muerte, ¿y ahora vienes hasta aquí a pedirme que te ayude? ¿A que te quite ese peso de encima?

Stefan empezó a levantar la voz. La puerta se abrió inmediatamente de un portazo y el vigilante entró en la habitación.

—No pasa nada, está todo en orden —le aseguró Knutas, que alzó las manos a modo de barrera. El guarda levantó una ceja. No parecía estar del todo convencido.

—¿Seguro?

Stefan tomó aire.

—Sí, va todo bien —murmuró.

«Ambos sabemos que no es verdad», pensó Anders. Estaba más que lejos del bien.

—Tranquilo, descuida —le reiteró al vigilante, que se dio la vuelta y cerró la puerta al salir.

Knutas se quedó mirando a Stefan en silencio. Este tenía la mirada clavada en una hendidura de la superficie de la mesita. Tras unos instantes, habló.

—¿Qué pensarías si te digo que habría preferido que no me hubieras salvado la vida?

—Eso ya da igual, te la salvé de todas formas.

—Supongo que tendría que darte las gracias por ello, a pesar de todo. No quiero morir, pero tampoco sé cómo voy a superarlo.

—Te entiendo perfectamente, yo también tengo mis días.

—Pues me reconforta saber que sufres al recordar. Que no soy el único. Espero que nunca olvides a Vera y que siempre te acuerdes de la cara de mis hijos.

—Nunca los olvidaré —respondió Knutas—. De eso puedes estar seguro.

—Bueno... —dijo Stefan con un suspiro—. Entonces querría volver a mi celda. Estoy cansado, tengo que intentar dormir. No he pegado ojo en varios días.

El comisario clavó la mirada en él. El hombre que tenía delante estaba totalmente derrotado, como si ya no le quedara oxígeno ni nada por lo que seguir viviendo.

—Bueno, me voy.

Se levantó y dio unos golpecitos en la puerta.

—Así es la vida, ¿no? —añadió Stefan.

—¿A qué te refieres? —le preguntó al tiempo que el guarda abría la puerta.

—La vida es así, hay que volver a intentarlo. Hasta que se acaben los intentos. ¿No crees?

—Puede ser.

Stefan se quedó mirado a Knutas.

—¿Piensas volver? —continuó.

—No creo... ¿Tú quieres que vuelva?

Stefan negó con la cabeza.

—No. Será mejor que no.

—Quizá tengas razón —dijo y se marchó de la habitación.

Volvió a seguir al funcionario por los pasillos. Sentía un extraño vacío. No estaba seguro de lo que le había aportado aquella visita. Sin duda, no el alivio que él esperaba, sino más bien una cierta tristeza.

Pudo ver a Karin al fondo, sentada, leyendo en un banco que había junto a la entrada. En aquel momento se recuperó; tenía a alguien que lo esperaba, alguien con quien acurrucarse por las noches y resguardarse del frío, alguien a quien amar. Stefan no tenía a nadie.

JULIA RAMBERG SE sentía cómoda en aquel lugar mientras esperaba a sus hermanos en el salón del restaurante, tan acogedor y repleto de detalles. Llevaba una falda como excepción para la ocasión. Tal vez por eso se sentía así.

El mesón Munkkällaren, situado en pleno corazón de Visby, tenía el aspecto de siempre. Había sido un sitio muy popular. ¿Cuántas veces habría cenado allí? Por no mencionar las incontables noches de cervezas que había pasado jugando a los dardos o a *backgammon* con los amigos. O todas las veces que había salido de fiesta los sábados, o cuando habían ido a algún concierto en el precioso patio al aire libre. Todas aquellas noches que había pasado allí con esa persona de la que se había enamorado, noches en las que se negaba a volver a casa y habría preferido quedarse y hacer como si aquel instante fuera a durar para siempre.

Tomó asiento en la parte más antigua del restaurante, a la luz de los candelabros que alumbraban con esplendor las bóvedas medievales. Los manteles blancos adornados con motivos clásicos. El espacio que había junto a la barra estaba hasta los topes. Los viernes por la tarde se llenaba de gente que acudía después del trabajo. De pronto, un aroma a patata asada gratinada con ajo se extendió por todo el salón cuando una camarera pasó a su lado. Miró el reloj. Las siete menos diez. Había llegado algo temprano, aunque era lo que solía hacer. Siempre era la que llegaba primero a una cita. Entonces vio a Daniel en la entrada y empezó a sentir ardor de estómago. Levantó la mano como para simular un gesto, pero volvió a bajarla. Su hermano ya la había localizado; le correspondió con un amago de sonrisa breve y se abrió camino entre la multitud para llegar hasta la mesa del rincón donde lo esperaba Julia.

—Buenas —le saludó e hizo por levantarse para darle un abrazo.

—Hola, hermanita, ¿qué tal?

—Pues bien, la verdad. ¿Pedimos algo de beber o esperamos a Maria?

—Yo voy a pedirme una cerveza, ¿y tú?

—Otra. Esta noche me quedo en la ciudad, así que no veo por qué no —respondió entre risas a la vez que pensaba en que todo pudiera ser como antes. Se acordó de todas las veces que habían salido de juerga juntos cuando eran jóvenes, aunque de eso hacía ya mucho tiempo.

Daniel le hizo un gesto a la camarera. «Qué facilidad tenía para hacerse notar», pensó Julia al ver que la camarera se acercaba a la mesa.

—Así que te quedas en Visby esta noche, ya veo. ¿Has conocido a alguien?

—Bah, no es nada del otro mundo, un viejo amigo.

Para su propio fastidio, notó que se había puesto roja.

—Bueno, ¿y cuándo piensas sentar la cabeza? ¿No crees que ya va siendo hora?

—Tampoco es que haya muchas personas por ahí que aguanten a pastoras que trabajan las veinticuatro horas. También te digo que me encanta lo que hago y no tengo intención de dejar de dedicarme a ello, si es lo que pensabas.

Daniel mostró una sonrisa poco convincente. Julia no sabía si se lo había tomado como una ofensa, pero tampoco le importaba. Ser pastora era su oficio y quería dejarle claro a todo el mundo que lucharía por que siguiera siéndolo. Se negaba a quedarse de brazos cruzados mientras sus dos hermanos ponían todos los medios posibles para vender la granja cuanto antes.

—¿Qué tal te va con Sarah? ¿Y los niños?

Le pareció que la pregunta le molestaba. Hizo un gesto de incomodidad en la silla y se pasó la mano por el pelo.

—Hemos tenido rachas mejores —respondió brevemente.

—¿A qué te refieres? ¿Tenéis problemas?

—Nada, son meros altibajos, como en todos los matrimonios. Pero bueno, tenemos cosas más importantes de las que hablar, ¿no crees?

De repente, la miró fijamente con una seriedad absoluta.

En aquel momento, la camarera interrumpió la conversación para servirles las cervezas.

—¿Ya sabéis lo que vais a pedir?

—Vamos a ser tres —le explicó Daniel—. Estamos esperando a nuestra hermana.

—Ah, ya veo, una reunión familiar —añadió la camarera mostrando una agradable sonrisa—. Estupendo.

Julia se retorció por dentro.

—¿Puedes traernos un poco de pan mientras tanto?

—Por supuesto.

En ese momento, vio a Maria, que parecía algo despistada, parada junto a la puerta. Julia le hizo una seña con la mano y ella le correspondió con una mueca y se acercó a la mesa.

—Perdonad que llegue tarde, pero hoy el trabajo ha sido una locura —se disculpó mientras se sentaba sin ni siquiera quitarse el abrigo primero—. Necesito una copa de vino —dijo mirando alrededor—. ¿Es que no hay nadie aquí que trabaje?

—Tranquila, que acabas de llegar —la interrumpió Daniel—. Mira, yo te la pido mientras te quitas el abrigo y recuperas el aliento, ¿vale?

El hombre levantó el brazo y la camarera reaccionó enseguida.

—Por favor, media botella de vino tinto —miró rápidamente al vaso de Julia, que estaba casi vacío—. Y dos cervezas más.

La camarera se dio la vuelta y desapareció.

—¿Vienes directa del trabajo? —preguntó Julia.

—Pues sí. Es que no me ha dado tiempo de pasar por casa. La tienda está hasta arriba estos días, tenemos un montón de cosas que hacer. Y, por lo visto, el jefe tampoco tiene demasiada idea, así que cargamos con su trabajo. Yo estoy a cargo de la sección de panadería, pero también me ocupo de la charcutería y los productos más exclusivos. Una locura, desde luego. ¿Y creéis que me pagan las horas extras? Ni hablar...

Entornó los ojos y se hizo con la copa de vino, que se encontraba justo delante de ella.

—Qué faena, sí —añadió Julia con un gesto de compasión.

—Pues sí, te aseguro que lo es.

—¿Qué tal las cosas en casa? ¿Cómo están Tommy y los niños?

Maria se mostró dudosa.

—Ha empezado a beber otra vez.

—¡No me digas! —exclamó Julia—. Qué barbaridad.

—Así es, y no sé cuánto más aguantaré.

Julia extendió el brazo para pasárselo a su hermana por encima del hombro.

—¿Y no puede buscar ayuda?

—Pues claro, si es lo que ha hecho otras veces, y suele funcionarle por un tiempo, pero tiene recaídas. Así ha sido cada vez que lo ha intentado.

—¿Y no hay otra cosa que se pueda hacer al respecto? ¿Que te mudes a otro sitio sin él por un

tiempo? Los niños y tú podéis veniros a la granja unos días, si quieres —se atrevió Julia con la invitación.

Maria la miró con cara de asombro, como si el gesto de apoyo de su hermana fuera una sorpresa inesperada.

La camarera volvió a interrumpir la conversación para anotar la comanda. Todos sabían que iban a pedir el famoso cordero de Gute con salsa de chile y pico de gallo, una salsa típica mexicana, que se hace con tomate, cebolla, chile y cilantro. La camarera sonrió a Daniel y le preguntó:

—¿Algo más?

—No, eso es todo, gracias —respondió.

El rostro de Daniel empezó a cambiar; a juzgar por sus muecas, parecía que le molestaran los problemas familiares de su hermana, como si aquello supusiera un impedimento para el motivo real de la velada: hablar de la venta.

—Me imagino la situación tan incómoda que estarás teniendo en casa, Maria, podemos hablar de ello después si te apetece. Ahora será mejor que nos centremos en hablar de por qué estamos aquí —continuó Daniel.

La voz adquirió un tono distinto, un aspecto más formal.

—¿Habéis pensado ya en qué precio aceptar?

Maria y Julia miraron atónitas a su hermano.

—¿Aceptar precio? —repitió Julia tontamente.

—Hemos quedado en ponerla a la venta por un primer precio de diez millones, pero en caso de no poder venderla por esa cantidad, ¿qué precio pondríamos? La granja es antigua y requiere una inspección especial por ser patrimonio histórico. Y la Junta Nacional de Conservación de Patrimonio debe dar su aprobación hasta para pintar una simple pared.

—Bueno, ya estás exagerando —interrumpió Julia—. Si hay alguien que sepa acerca de la granja, soy yo, que soy la que lleva ahí toda la vida. La restauración de un monumento histórico no supone mayor problema; además, para eso nos darían una subvención, en el supuesto caso de que se requiera ayuda profesional para la preservación de su identidad.

—Sí, pero viendo cómo están las cosas, no se puede hacer ninguna reforma así como así —añadió Maria—. ¿Os acordáis de cuando mamá quiso poner puertas de cristal en la habitación de coser y le negaron el permiso? ¿No os acordáis de lo triste que se puso?

—Pues la verdad es que no —culminó Julia—. Pero una restauración supondría una intervención en la fachada en sí y para eso está claro que se debe tener en cuenta la forma original de la construcción de la granja y, por lo tanto, velar en lo posible por su preservación. Es también parte de su encanto.

Se produjo un silencio durante unos instantes. Maria le dio varios tragos a la copa de vino y no tardaron en ir a llenársela.

—Bueno, de todas formas, no hay de qué preocuparse —insistió Daniel—. Hablar de eso ahora no sirve para nada; tal vez, lo mejor sea esperar a ver qué ocurre. Según el agente inmobiliario, tendrían que darnos diez millones por ella. Debo decir que, en parte, la granja tiene su propia identidad y se conserva en buen estado gracias a ti, Julia, a pesar de todo el terreno que la compone, por supuesto, y de los campos de cultivo, el bosque y una parte del litoral.

—¿Cuánto nos corresponderá entonces? —preguntó Maria cuando ya empezaba a subirle el alcohol.

—Después de descontar los honorarios de la inmobiliaria junto con los impuestos y tasas

correspondientes, se podría decir que tocaríamos a un par de millones cada uno.

Julia permanecía callada mientras veía que le brillaban los ojos.

—¿Es que solo pensáis en el dinero? —saltó—. ¿Acaso no significa nada para vosotros lo que nuestros padres construyeron durante su vida? Las ovejas y el criadero de corderos... Estáis hablando de toda nuestra infancia. ¿Y no os importa en absoluto?

Maria y Daniel cruzaron una mirada.

—Supongo que tenemos una perspectiva diferente a la tuya —respondió Maria—. Tenemos otras responsabilidades con las que cargar, aparte de nosotros mismos, que son nuestros hijos, pagar el préstamo del coche y la hipoteca. Y tal y como están las cosas, si me divorcio esta vez, me veré obligada a estirar cada céntimo que tenga si es que puedo quedarme a vivir en esa casa.

En ese momento, llegó la comida y los tres comenzaron a cenar en silencio. Maria se acabó el vino y pidió otra botella. Julia notó que se le había quitado el hambre. Solo quería levantarse, irse y buscar otro lugar donde estar sola. Sin embargo, se quedó allí sentada, en silencio, mientras removía la comida con el tenedor y trataba de contener las lágrimas. Los corderos y la granja eran todo lo que tenía. Se sentía desganada, la invadió el vacío. Se puso a pensar en Elias y en lo mucho que echaba de menos a su hermano menor.

—Bueno, así son las cosas —continuó Daniel—. Vamos a vender la granja y punto. Ni a Maria ni a mí nos interesa seguir teniéndola. Además, a ambos nos hace falta el dinero.

—Pero también tenemos derecho a heredar el legado de nuestros padres —se atrevió a murmurar Julia.

—Y las cosas de por sí cuesta mantenerlas, al menos cuando se tiene una familia, tal y como ha dicho Maria —añadió Daniel—. Tú no tienes nadie más en quien pensar.

—¿Cómo puedes decirme eso? —estalló irritada—. Yo llevo todo el mantenimiento de la granja y me encargo de los trescientos corderos, de los caballos y del perro. Hay otras cosas en la vida aparte de tener hijos. ¿Cómo te atreves a decirme que solo pienso en mí porque no tengo otra cosa de la que ocuparme?

—Sí, pero tú te refieres a tu trabajo —insistió Maria alzando la voz—. Nosotros también tenemos un trabajo ante el que responder. Y sí, hay otras cosas en la vida. Como tener hijos, por ejemplo. Y tanto Daniel como yo tenemos niños que sacar adelante. Tú no tienes ni idea de lo que es eso.

Julia se levantó de la mesa.

—Hasta aquí hemos llegado.

De un tirón tomó el abrigo y salió del restaurante a toda prisa.

El cielo estaba encapotado y oyó el estruendo de un trueno a lo lejos. En un instante, empezaron a caer chuzos de punta.

Julia se abrió paso deprisa entre la multitud que se apelotonaba en la calle. La lluvia se deslizaba por su rostro mientras los mechones de pelo se le pegaban a la frente. Avanzaba cada vez más rápido hasta casi echar a correr. El agua surcaba los adoquines, que se tornaban resbaladizos. De repente resbaló, se dio un golpe y acabó tirada en el suelo. En cierto modo, había belleza en toda aquella miseria. Tenía la sensación de que su esperanza de quedarse con la granja se había desvanecido.

SE LA VEÍA hermosa en el haz de luz tenue de la antorcha que llevaba en la mano. Se agachó y le cerró los ojos. La sangre le recorría la sien. «Si al salir del trabajo hubiera torcido a la derecha en lugar de seguir recto —oyó la voz que le susurraba—. Si hubiese tomado el camino de siempre a casa...» Pero no lo hizo. «Actuaste impulsado por el amor. Nada más.»

Y ahora era demasiado tarde, al menos para ella.

Para él todo acababa de empezar.

Abrió la puerta del coche y, al sentarse, se percató de que tenía una herida en la pierna. Giró la llave de contacto y arrancó el motor. Prefirió conducir con las luces apagadas, por su propia seguridad.

Tan solo había hecho lo que se había visto obligado a hacer. Sintió lástima por ella, pero no había tenido otra opción. No es que fuera un hombre con maldad, ella también se habría dado cuenta si hubieran pasado un poco más de tiempo juntos. La joven habría comprendido que él lo había hecho por amor. Era lo único que lo dominaba, nada más. El amor verdadero. Se le saltaban las lágrimas solo de pensarlo. Una vez estuvo tan cerca de ese amor, tan cerca de tocarlo con las manos... Ahora tenía la oportunidad de poner las cosas en su debido lugar, de recuperar algo que acabó perdiendo. Sentía algo parecido a estar de vuelta después de un viaje largo. Y de un modo u otro lo estaba. Había experimentado un despertar similar al de después de un sueño profundo. La vocecita que reinaba en su cabeza lo acariciaba y lo consolaba, le aseguraba que estaba haciendo lo correcto.

EL BOSQUE INMENSO se extendía a ambos lados del camino. Había estado allí antes para hacer un reconocimiento. Tenía profundidad, unos diez metros, por lo que no deberían encontrarla durante un tiempo. Si es que la hallaban alguna vez.

Se detuvo un momento y la miró con admiración. Los ojos estaban cerrados; la boca, entreabierta; la piel, pálida; los pómulos, realzados; tenía el cabello oscuro. Ella era la única que sabía quién había apagado la luz de sus ojos. «Era la única que lo había presenciado y nunca se lo diría a nadie», pensó mientras colocaba la punta de la bota entre ella y el saledizo en el que yacía, para empujarla por el borde.

La boca se le quedó abierta mientras rodaba cuesta abajo, como si intentara pedir auxilio por última vez. Pero sin emitir sonido alguno. Oyó el chapoteo cuando el cuerpo se zambulló en el agua y decidió dar un paso adelante para verla hundirse. Los ojos se le abrieron y se clavaron en los suyos, las manos se deslizaron también por delante del rostro, como tratando de alcanzarlo. Algunas burbujas subieron danzantes a la superficie de aquel oscuro pantano y estallaron al llegar arriba. Entonces reinó el silencio.

Después desanduvo el mismo camino por el que había llegado, levantó la valla rota y regresó al coche, que aún seguía con los faros encendidos a pesar de que no hacía falta.

La luna emitía una luz fría y pálida. El paisaje era precioso, con el bosque alrededor, el muro blanco de piedra caliza frente a él, el agua en la que se reflejaba el cielo, la luna y las estrellas.

Entonces condujo por el camino de grava de vuelta a la silenciosa oscuridad.

Veinticinco años antes

ELIAS Y JULIA estaban a punto de llegar al colegio cuando lo descubrieron en el suelo, tirado en la hierba y totalmente solo. Abría el pico a duras penas y piaba bajo al mismo tiempo que los miraba con los ojos muy abiertos y aterrorizados.

Había llovido la noche anterior y las diminutas gotas de lluvia relucían en la hierba que se doblaba bajo el frágil cuerpecito de aquel pájaro. El ave abrió el pico, sin emitir ningún sonido esta vez, mientras permanecía con las alas pegadas al suelo. Yacía junto a una acequia en la que crecían pequeños brotes de tusilago amarillos. Elias se agachó y posó la mano sobre el cuerpecito escuálido del animal y notó la respiración acelerada. Alzó la cabeza y observó otras aves con plumas negras que volaban en el cielo azul despejado. Miró de nuevo al pajarito y vio que tenía el pecho estrujado.

—Al final, llegamos tarde hoy también —soltó Julia.

Entonces sonó la sirena para entrar. A lo lejos se veían los niños apelotonándose junto al portón del colegio. Elias se giró y miró al gorrión tirado en la hierba.

—Es tan pequeñito —dijo con una mirada entristecida al tiempo que los latidos del corazón del pajarito le retumbaban en el pecho—. ¿Crees que podemos ayudarlo?

Su hermana lo miró con seriedad.

—No —le respondió—. No creo, está moribundo.

—Pero si está piando —insistió—. Está asustado.

—Todos le temen a la muerte, hasta los pajaritos.

—¿Tú también? —le preguntó y notó el calor en su mano y cómo tiritaba el cuerpo del animal.

—Pues no —contestó—. Me dan más miedo otras cosas.

—¿Como qué?

—La oscuridad o que alguien se porte mal contigo y yo no esté ahí para ayudarte.

—A mí no me parece que la oscuridad sea algo tan horrible, pero me da miedo casi todo lo demás.

—A veces cierro los ojos —continuó—. Si hay muchas personas haciéndote daño, entonces cierro los ojos.

—¿Y entonces es cuando sientes miedo?

Julia asintió.

—No quiero que la oscuridad se lo trague todo.

Hubo un silencio durante unos segundos mientras se miraban. Era como si ambos encontraran esa paz interior en el otro, como si supieran lo que el otro estaba pensando; sin embargo, eran incapaces de decir algo que sirviera de consuelo o hiciera que las cosas fuesen a mejor.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Elias.

—¿Con el pájaro?

—No hace falta que mires si no quieres —continuó Julia.

Elias se levantó, miró por última vez al gorrión, que yacía sobre las hojas de hierba dobladas, que a su vez lo tapaban como con intención de protegerlo ante el mundo.

—¿Me aparto entonces? —le preguntó a su hermana, que asintió de inmediato.

—¿Cierro los ojos?

—Como quieras, te prometo que no me reiré de ti si empiezas a llorar.

La muchacha se acercó al pajarito y permaneció en silencio unos segundos antes de dar un paso adelante. Entonces oyó el crujido debajo del pie de su hermana, quien se giró hacia donde él estaba.

—¿Acabas de aplastarlo? —le preguntó.

—¿De verdad quieres saberlo?

—No —le respondió y la agarró de la mano mientras se dirigían juntos hacia el patio del colegio. Le apretaba los dedos con fuerza, no quería soltarse. Entonces empezaron a brotarle las lágrimas. Pero no le importó, pues su hermana no iba a reírse de él. Ella no.

LAS NUBES SE habían disipado y los rayos del sol se filtraban por los árboles iluminando el camino por donde paseaban hacia la reserva natural. Las dos se agarraban con fuerza a los bastones de senderismo y llevaban buen ritmo. Kajsa iba un poco por delante de Ulla, como de costumbre. Estaban en buena forma para su edad y solían ir a caminar por el bosque un par de veces por semana.

—¿Pararemos a picar algo pronto?

Kajsa se detuvo y se volvió hacia su amiga.

—Sí, podemos llegar hasta la cantera —dijo—. Hay un muro junto al pantano donde podemos sentarnos y, con suerte, tomar un poco el sol.

—Ah, pues suena bien. No queda mucho, ¿no?

—Qué va, estará a un kilómetro. Enseguida llegamos.

Continuaron la caminata en silencio. El sol les pegaba fuerte en la espalda y se respiraba una brisa primaveral, a pesar de que todavía hacía frío. Cuando llegaron a la orilla, encontraron diversos tipos de vegetación, desde fárfaras hasta hepáticas. La reserva natural que rodeaba el pantano más grande de Gotland, Bästeträsk, estaba desierta y no había mucha gente que transitara aquel sendero en particular. Cuando llegaron al antiguo muro de piedra de la cantera, se detuvieron junto a la cerca que bordeaba el pantano. Había una abertura por la que podían acceder, se dirigieron al borde y se descolgaron la mochila.

—Vaya, qué maravilla —exclamó Ulla—. Cómo me duelen las piernas.

—Tal vez deberías ponerte medias ortopédicas —le sugirió la amiga—. Las venden en la farmacia. Es bueno tenerlas para la circulación, no solo para cuando estás sentada, también ayudan cuando te mueves. Que ya no somos jóvenes.

—Aunque nos guste creerlo —dijo con una sonrisa Ulla—. Bueno, la verdad es que tengo unas en casa y se me ha olvidado ponérmelas hoy.

—Ah, pues genial. ¿Ves lo cristalina que está el agua?

DURANTE UNOS MINUTOS se quedaron quietas mientras escuchaban el silencio y observaban aquel claro del bosque y el pantano redondo. El lugar estaba más bien desierto y era inaccesible. No se veía ni un alma por allí. Unos minutos después, se apoyaron en el muro. El borde era plano y ancho, genial para sentarse en él. Sacaron la bolsa de comida y Kajsa le lanzó una mirada sutil a su amiga.

—Te he traído una sorpresa.

—¡No! —exclamó Ulla expectante—. ¿No lo dirás en serio?

—Pues claro, no es broma —continuó Kajsa con una sonrisa mientras le entregaba un recipiente de plástico.

Ulla abrió la tapa y observó el contenido llena de ternura.

—Tu tarta de azafrán, no hay otra igual en el mundo. —Miró agradecida a su amiga—. No entiendo cómo te sale tan bien.

—No es nada del otro mundo. Mi filosofía es simple y la aplico tanto cuando cocino como cuando utilizo el horno. ¡Es ponerle extra de todo! Por ejemplo, cuando hago la tarta de azafrán, le

pongo un poco más de azafrán, le echo más almendras, mucha más azúcar y más mantequilla. Así de fácil.

—Va a estar rica de todas formas —murmuró Ulla mientras masticaba con fruición y sacaba de la mochila la fiambra con el bocadillo.

Consiguieron encontrar un sitio donde daba el solecito. Se quitaron el abrigo y los mitones, y Kajsa alcanzó el termo para servir dos tazas de café. Le dio un sorbo al café caliente y cerró los ojos bajo los rayos del sol. El gorjeo de los pájaros podía oírse entre los arbustos y matorrales.

—Ay, qué maravilla —susurró—. Esto sí que es vida.

—Y que lo digas —asintió Ulla.

—Me pregunto cómo de fría estará el agua —dijo Kajsa y se levantó.

—Cuidado, no vayas a resbalar —le advirtió su amiga.

Kajsa bajó a la orilla del pantano con pasos cautelosos. Se agachó para tocar el agua y, en ese mismo instante, soltó un grito tan repentino y desgarrador que rompió el silencio del bosque.

Ulla se sobresaltó.

—¿Qué ocurre? —le preguntó asustada.

A su amiga Kajsa no le salían las palabras, parecía faltarle el aliento mientras señalaba con mano temblorosa dentro del pantano. Ulla se puso de pie enseguida y se deslizó hasta llegar a la orilla.

—¡Pero qué diablos es esto! —exclamó.

El cadáver de una mujer flotaba en la superficie. Una mujer joven, delgada y de tez pálida, que rondaba los treinta. Tenía el cabello largo y oscuro, y algunos mechones enrollados en la cabeza como si fueran gusanos. Yacía con los ojos bien abiertos e inertes mirando al cielo.

Ulla observaba a aquella mujer sin vida, a tan solo unos pocos metros de distancia, hasta que de pronto apartó la mirada y la deslizó por el bosque que se alzaba a su alrededor.

De repente, el paisaje se volvió amenazador e indomable.

VARIOS COCHES DE policía aparcaron en el bosque después de que llegaran Karin y Knutas. Estaban colocando las barreras y ya había una patrulla de perros lista para actuar. Se aproximaron a la cantera de piedra caliza y al estanque donde se hallaba el cadáver de la mujer. El cuerpo yacía en el suelo. El agente de la científica, Erik Sohlman, se puso en cuclillas e hizo un primer análisis. Alzó la vista en cuanto llegaron los demás.

—Dos mujeres mayores la han encontrado hace un par de horas. No hay duda de que se trata de un asesinato —anunció señalando la cabeza de la mujer.

Anders se inclinó para verla mejor y observó un agujero redondo y propio de un tiro justo a la derecha de la sien.

—Dios, un asesinato en toda regla. ¿Quién es la víctima?

—No lo sabemos, no lleva ningún documento de identidad ni bolso ni nada. Podría ser una mujer cuya desaparición denunció su marido anoche. Tanto la edad como el aspecto coinciden con los de la víctima. Se llama Sanna Widding y era agente inmobiliaria. Al parecer, fue a echar un vistazo a una granja cercana ayer por la tarde, pero nunca regresó a casa después de aquello. Ya se ha enviado otra patrulla allí.

Karin se quedó justo detrás de Knutas mientras se tapaba la boca con un pañuelo y observaba a la víctima. Nunca se acostumaría a ver cadáveres.

—¿Cuánto lleva muerta? —preguntó.

—El *rigor mortis* está bastante avanzado, así que supongo que entre doce y dieciocho horas —respondió el comisario mirando su reloj de pulsera.

—Ahora son las dos de la tarde, la asesinarían a las ocho de la tarde de ayer.

—Puede que varíe un par de horas —aclaró Sohlman.

—Me suena de algo —añadió Karin—. Su rostro me resulta familiar, pero ¿de dónde?

—Si se trata de Sanna Widding, es la mujer que trabajaba en la inmobiliaria Wisby Mäkleri; suelen anunciarse en el periódico con fotos de los propios trabajadores —le sugirió Sohlman—. Pero mirad esto. Aquí hay algo curioso.

Se agachó junto a la cabeza de la víctima y la giró hacia un lado.

—¿Veis el orificio de entrada de la bala? —preguntó Sohlman señalando a la sien—. Es totalmente redondo y me cuesta reconocer el tipo de arma. Además, no hay agujero de salida.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó Knutas.

—Que tal vez el proyectil siga dentro de la cabeza o que el autor del crimen haya empleado otro tipo de arma.

—¿Y qué podría ser? —preguntó Karin asombrada.

—Deberíamos esperar a los resultados de la autopsia. Nadie va a desplazarse hasta aquí. Será mejor que enviemos el cuerpo al depósito ahora mismo para que lo manden en ferri al Instituto de Medicina Forense.

—De acuerdo, ¿algo más? —preguntó Anders.

—Nada, por ahora.

El comisario se levantó y observó el linderero del bosque que se alzaba alrededor. Escuchó el silencio que reinaba entre los árboles. El agua estaba casi en calma y tan solo algunas ondas leves

danzaban en la superficie. Trató de imaginarse lo que había pasado en aquel idílico lugar. ¿Quién le habría arrebatado la vida a aquella mujer?

AL ENTRAR EN la sala de interrogatorios, Knutas notó que algo no cuadraba, no solo porque era sábado por la tarde y el departamento de homicidios estaba vacío, sino por la tensión del ambiente. Miró a sus compañeros, que estaban sentados a la mesa conversando entre ellos en un tono exaltado sobre el asesinato y todo lo que podría haber detrás del caso de Sanna Widding. «Son como una manada de lobos —pensó—. Se despiertan en cuanto perciben el olor a sangre.» Un invierno exento de acontecimientos había propiciado aquel momento de excitación en la sala. Por fin, había sucedido algo. No quería denominarlo «entusiasmo laboral», sino, más bien, «deseo laboral». No dejaba de ser algo absurdo, una contradicción ligada al oficio.

—¿A qué esperamos? —preguntó el agente Thomas Wittberg cuando se percató de que Knutas rebuscaba entre sus papeles en lugar de ponerse manos a la obra.

—A Sohlman, va a llegar unos minutos tarde.

—Ah, bien.

Wittberg se giró hacia Karin, que seguía hablando del suceso. Solían discutir y bromear a la vez, y casi siempre se sentaban juntos. «Parecen hermanos», pensó Knutas. Tenían una relación de amor-odio. Wittberg, como siempre, llevaba una camiseta ajustada, que le definía los músculos, y unos vaqueros con agujeros en las rodillas. Ahora se había tatuado un escorpión en un brazo. Se preguntaba si estaría pasando por la crisis de los cuarenta, pues pronto los cumpliría y, a pesar de todo, iba vestido como un veinteañero. Además, aún no había sentido la cabeza y siempre tenía algún lío nuevo entre manos. No entendía cómo podía ser así. Era agotador tan solo pensarlo. Con lo difícil que le había resultado a él empezar una nueva relación después de veinte años casado...

Fijó la mirada en Karin, que llevaba puesto un vestido, por extraño que pareciera. Era muy bonito, cruzado y con estampados de diferentes colores. Tal vez fuera la primera vez que la había visto con algo distinto de los vaqueros y la camiseta habituales. Le habría encantado poder abrazarla, pero aquel no era el momento adecuado. Su relación amorosa empezaba a estabilizarse. Sin duda, el intento de Stefan Norrström de asesinarlo y el fatídico destino de su familia habían fortalecido los lazos entre ambos. Su exmujer, Line, cada vez estaba más alejada de él. Era extraño. Habían pasado más de veinte años juntos. Line, la madre de sus dos hijos y, al mismo tiempo, una sombra que iba difuminándose poco a poco. La mujer que había sido su todo. Y que la vida pudiera cambiar así... A veces no se enteraba de casi nada, pero, fuera como fuese, la vida lo azotaba y lo empujaba hacia delante, sin importar que él fuera consciente de ello o no. Line se había mudado a Copenhague y sus hijos mellizos, Petra y Nils, que estudiaban en la península, apenas pisaban Gotland.

Al otro lado de la mesa se encontraba Lars Norrby, el responsable de prensa, que llevaba un traje apropiado para la ocasión, como de costumbre. Se le veía cansado. Norrby hablaba con el fiscal Birger Smittenberg, un caballero distinguido y uno de los veteranos con más experiencia de todo el personal con el que había trabajado esos años. Cuando se producía algún crimen, el fiscal siempre acudía a las reuniones, desde el primer momento, y eso era algo que Knutas valoraba.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando el agente de la científica, Erik Sohlman, entró como una bala. Llevaba los mechones pelirrojos despeinados y las mejillas sonrojadas. Anders se moría de ganas de oír lo que tenía que decirles y carraspeó profusamente para aclararse la

garganta antes de tomar la palabra. En ese mismo instante, la sala enmudeció y todos giraron la cabeza para prestar atención.

—Bueno, ya estamos todos —comenzó el comisario—. Acaban de confirmarnos que la víctima se llama Sanna Widding y que trabajaba como agente inmobiliaria en Wisby Mäkleri. Nació en 1979, así que tenía treinta y cuatro años. Era de Visby, aunque había vivido en la península durante mucho tiempo. Se había mudado a Gotland junto con su marido hacía seis meses y se habían comprado una casa en Brissund. Ella consiguió trabajo en la inmobiliaria y su marido como funcionario. —Knutas frunció el ceño y bajó la vista para leer sus notas—. El hombre se llama Georg Widding y, al parecer, se dedica a la investigación en el campo de la innovación, sea lo que sea eso.

—¿Dónde está su marido ahora? —preguntó el fiscal Smittenberg.

—Ya viene de camino, y vamos a interrogarlo en cuanto acabemos con la reunión.

—Perfecto —murmuró.

—Encontraron a la víctima en el pantano de la antigua reserva natural de Bästeträsk —continuó—. Murió de un disparo en la cabeza y, a juzgar por los indicios, no hay dudas de que se trata de un asesinato. Se fue del trabajo alrededor de las cuatro y media para echar un vistazo a la granja de Gaustäde, que se encuentra a tan solo unos kilómetros del lugar del descubrimiento. Según su marido, Sanna lo llamó cuando iba en el coche de camino a la propiedad para decirle que volvería a casa sobre las siete. Denunció su desaparición justo después de las diez de la noche, tras haber estado en la granja y haber hallado su coche, pero no encontrar rastro de ella.

—¿Qué sabemos de Sanna Widding? —preguntó Wittberg.

—Por ahora, poco, aunque pensaba que tú podrías encargarte de investigar más respecto a la familia, los amigos, los compañeros de trabajo y todo lo relacionado con su vida. Karin y yo nos ocuparemos de interrogar a su marido, y tú podrías hacerte cargo del resto hasta entonces.

—De acuerdo —asintió.

—Tenía puesta una denuncia por maltrato —añadió Sohlman—. De parte de su mujer, Sanna Widding.

—¿Que qué?

Knutas se giró atónito hacia él.

—Lo denunció hace tres años, aunque al parecer quedó en un hecho puntual.

—Pero ¿maltrato en qué sentido? —preguntó Karin.

El agente se retocaba el pelo mientras ojeaba el papel que tenía delante.

—Ocurrió después de una fiesta a la que ambos acudieron. Estaban borrachos como cubas y empezaron a discutir en el piso donde vivían. Ella se puso histérica y le levantó la mano. Entonces él le dio un buen golpe en la cabeza y un par de bofetadas. Por lo visto, después la acorraló contra la pared y la agarró del cuello. Fue un vecino el que llamó a la policía.

—¿Y después de aquello?

—Nada.

—Bueno, es algo que tendremos que mencionarle a Georg Widding cuando lo interroguemos —insistió Knutas—. Mientras tanto, Sohlman, ¿podrías confirmarnos lo que habéis encontrado por ahora en el lugar donde se encontró el cadáver?

—Por supuesto —respondió el agente—. Os he traído algunas fotografías.

Apagó la luz y se puso junto al ordenador. De repente se encendió la pantalla enorme que presidía la sala y en la que se proyectaba el cadáver de Sanna, una mujer pálida, que vestía vaqueros, abrigo y botas altas.

Se veía claramente el agujero de bala en el lado derecho de la sien.

—Sanna Widding no llevaría más de veinte horas muerta cuando la hallaron; por lo tanto, la asesinaron en la tarde del viernes, entre las siete y las ocho. Esto coincide con los datos que nos han aportado tanto su marido como sus compañeros de trabajo.

—¿Qué teorías tienes sobre la causa de la muerte? —preguntó Knutas.

—Tiene una herida de bala redonda en la sien y solo hay un agujero de entrada, por lo que es probable que la bala esté todavía en la cabeza. Supongo que eso le habrá causado la muerte. No presenta ningún signo de resistencia, puesto que no tiene restos de piel debajo de las uñas ni nada que indique que haya intentado defenderse de un ataque.

—¿Hay algún signo de violación? —preguntó el reportero.

—No a simple vista, pero tampoco estamos completamente seguros. Tendremos que esperar a los resultados de la autopsia.

—¿Qué hay de las huellas? —preguntó el fiscal Smittenberg.

—No hay sangre ni restos biológicos en el lugar que apunten a que el asesinato se produjera allí. Lo más probable es que la matara cerca de la propiedad y después arrojara el cadáver al pantano. Justo antes de entrar a la reunión, los técnicos me han avisado de que han encontrado manchas de sangre en el cobertizo de la granja de Gauståde, pero en la reserva natural aún no hemos hallado nada relevante para la investigación, aunque tenemos huellas de las ruedas de un coche grande. Me parece que se trata de un 4 × 4 o de un vehículo más pequeño que un camión de descarga o una camioneta. Esas mismas huellas han aparecido junto al cobertizo.

—Está bien —asintió Knutas—. Por ahora el asunto suena más bien a hazaña propia de un aficionado. O sea, encontraron a la víctima en una zona solitaria donde no hay edificaciones... ¿Y quién anda merodeando por ahí, en medio del bosque, un viernes al anochecer?

—Ya, buena pregunta —asintió Norrby—. ¿Qué hacemos con los medios?

—Emite un comunicado de prensa, por ahora, y ya veremos cómo progresa el asunto —sugirió Knutas.

Un golpecito en la puerta interrumpió la reunión y un compañero asomó la cabeza.

—Disculpad que os moleste, pero los compañeros que están en la granja han visto algo peculiar en el cobertizo donde se cree que asesinaron a Sanna Widding.

La sala entera enmudeció y todas las miradas se clavaron en él.

—Puede que el autor del crimen haya dejado una poesía escrita en una de las paredes del cobertizo.

—¿Cómo podemos estar seguros de que ha sido el autor? —interrumpió Knutas—. Tal vez llevara allí más tiempo, ¿no?

—Julia Ramberg nunca lo había visto antes. Precisamente estuvo en el cobertizo sobre las cuatro de la tarde y está segura de que no había nada allí.

SE NOTABA NERVIOSO. La camiseta que llevaba tenía manchas de sangre y decidió ponerla en remojo con agua fría. No hacía mucho que se había comprado esa camiseta blanca de algodón. Creía que iba a ponérsela en ocasiones más especiales, aunque tampoco es que hubiera habido muchas esos últimos años. Sabía que si hubieran sido padres, todo habría sido diferente. Habrían disfrutado de los bautizos, los cumpleaños y las fiestas de fin de curso del colegio. Si su mujer hubiera podido concebir... Pero no lo consiguieron. Perdieron dos bebés antes de que nacieran. Los médicos les dijeron que la placenta se había desprendido en una fase posterior. Paradójicamente, era él quien no lograba desprenderse de su propia realidad.

Les puso nombre, los vistió y los metió en el ataúd. Él mismo tuvo que enterrarlos, primero a un hijo y después a una hija. Y lo hizo solo, pues su mujer dijo que no tenía la presencia de ánimo para llevar a sus propios hijos en brazos a la tumba. Incluso se había quedado allí solo cuando yacían bajo tierra. Sobre todo se acordaba de su hija. No sabía por qué su rostro se le había quedado grabado. Parecía que tan solo estuviera dormida. Aquella niña tan pequeñita, con su pelo negro como el carbón y esos ojos oscuros, como los de su madre, cerrados en aquel rostro diminuto y arrugado. Allí estaba, petrificado bajo el calor insoportable del sol, escuchando las palabras del pastor mientras observaba la iglesia blanca que se alzaba hacia el cielo azul despejado. Cuando el pastor concluyó, cubrió el ataúd con tierra.

Recogió la camiseta que había puesto en remojo y vio que las manchas de sangre todavía seguían ahí. Jamás desaparecerían, como tampoco se desvanecería el recuerdo de cómo habían llegado hasta allí. No debería haber tanta sangre, pero la mujer se había sobresaltado al verlo. Tal vez estuviera aterrorizada, aunque no lo entendía, porque había estado esperando el momento y había procurado no hacer ruido. Cuando encendió la luz, lo descubrió allí y se retorció de tal forma que no consiguió hacer la maniobra a la perfección. Y eso le molestó, lo puso de mal humor, pues la camiseta había quedado prácticamente destrozada. Decidió tirarla a la basura, que sacaría la próxima vez que saliera de casa.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta interior que estaba pegada al almacén. Su mujer había preparado el almuerzo y lo llamaba para que subiera. Ella nunca entraba al garaje ni aunque la puerta estuviera sin cerrar. Ni siquiera cuando él no estaba en casa, de eso era consciente, pues se habría dado cuenta enseguida si hubiera estado allí. Respetaba su habitáculo privado, el lugar donde solo él podía estar en soledad y donde se escondía cuando quería guardar cierta distancia. Ella sabía que a veces lo necesitaba.

Le respondió en voz alta que iría enseguida al mismo tiempo que percibía los pasos subiendo las escaleras. De pronto, un enorme malestar se apoderó de él. Empezaron a temblarle las manos y decidió encenderse un cigarrillo. Él mismo había iniciado algo que no sabía controlar, pero no podía hacerlo de otra forma. Ya no había vuelta atrás.

Era incapaz de explicarse lo que estaba sucediéndole por dentro.

KNUTAS SE QUEDÓ esperando a Karin fuera de la sala de interrogatorios de la planta baja de la comisaría mientras observaba el reloj. Debería haber llegado hacía diez minutos, aquello no era propio de ella.

Georg Widding fue directamente desde la morgue, tras haber identificado el cadáver de su mujer, y esperaba sentado también al otro lado de la puerta. No se oía ni un solo ruido allí dentro y aquello lo incomodaba, puesto que si Karin no aparecía en ese momento, tendría que entrar solo en la sala.

En ese mismo instante, su compañera llegó con las mejillas sonrojadas, algo apresurada y jadeante.

—Disculpa la tardanza.

—¿Habías salido? —preguntó Anders al tiempo que miraba el reloj con un gesto ostensivo.

—No, vengo de hablar con el de la científica. Tenemos una sospecha en cuanto al tipo de arma. Mira esto.

Karin sacó un papel y el comisario, frunciendo el ceño, se colocó las gafas de leer en la punta de la nariz. Era la imagen de un tubo de metal enorme, de unos veinte centímetros, que tenía forma de cilindro.

—¿Es una pistola para matanzas? —preguntó.

—Así es —respondió ella—. También conocida como «pistola de bala cautiva». Tengo entendido que se usa para aturdir a animales de gran tamaño, como vacas, caballos o cerdos.

Knutas se quedó atónito.

—¿Seguro que ha sido con eso?

—No podemos estar convencidos al cien por cien hasta que no se confirmen los resultados del instituto forense. Aunque siempre podemos preguntarle a Georg Widding si tiene experiencia en tratar con animales.

Entonces levantó la ceja y se dirigió a la puerta de la sala de interrogatorios.

CUANDO ENTRARON EN la sala, vieron al marido de Sanna Widding sentado e inclinado hacia delante, con la cabeza apoyada en las manos. Se enderezó de repente y se echó el pelo para atrás cuando ambos tomaron asiento. Estaba pálido y tenía los ojos irritados. Decidieron presentarse y Knutas puso la grabadora sobre la mesa mientras Karin lo observaba fijamente. A juzgar por su rostro, estaba tenso pero calmado. Una patrulla había ido a su casa para notificarle la muerte de su mujer y después lo había acompañado al depósito para identificar el cuerpo.

Georg Widding había puesto las manos abiertas juntas sobre la mesa y tenía los pulgares colocados debajo del borde, como si se le hubieran pegado.

—Disculpe que hayamos tardado —comenzó Knutas.

Le dio al botón de la grabadora y siguió el preámbulo habitual del interrogatorio. Miró al hombre que estaba al otro lado de la mesa.

—Lo primero, mis más sinceras condolencias.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó el marido. Se podría decir que estaba haciendo un esfuerzo por no perder el control de la voz, ya que se mordía constantemente los labios—. Los policías me

dijeron que la habían matado, que le habían disparado. ¿La han violado? ¿Ha sufrido? Quiero saber lo que ha pasado, por favor.

Se le quebró la voz y tragó saliva con fuerza. Con el rostro cabizbajo, trataba de buscar con la mirada algún punto del borde de la mesa; encontró uno detrás de Knutas y se quedó mirándolo fijamente.

—Todavía no tenemos mucha información al respecto —respondió el comisario con evasivas—. No hay indicios que indiquen que haya habido agresión sexual alguna. Tampoco podemos desvelar la causa de la muerte con certeza hasta que el instituto forense no nos lo comunique.

Anders hizo una pausa y le dio un trago al vaso de agua que tenía delante antes de continuar. Mientras tanto, Karin observaba silenciosa desde el rincón, sentada en una silla. Tan solo acudía como testigo del interrogatorio.

Su compañero continuó en voz baja.

—Bueno, tenemos que hacerle algunas preguntas con respecto a lo que ocurrió anoche. ¿Cuándo empezó a sospechar que algo iba mal?

—Sanna iba a llegar sobre las siete para cenar juntos. Yo llegué a casa antes que ella... e iba a preparar la cena. Suelo hacerlo.

De pronto enmudeció y el dolor que se reflejó en su rostro dio a entender que acababa de asimilar que nunca volverían a existir las cenas con su mujer.

—¿A qué se dedica?

—A la innovación en el campo de la investigación. Trabajo para la Agencia Sueca de Exposiciones Ambulantes. Entre otras cosas, planifico exposiciones. Sanna estaba muy contenta. —Georg Widding encontró la mirada del policía—. Estaba muy contenta de que hubiera conseguido un trabajo aquí, en Gotland, y de que pudiéramos mudarnos a la isla.

Perdió de nuevo la voz. Anders se quedó esperando a que dijera algo más, pero no sucedió así.

—Bueno, volvamos a lo que ocurrió anoche —prosiguió—. ¿Qué pasó?

—Sanna me llamó desde el coche para decirme que iba de camino a la granja para echar un vistazo.

—¿Sobre qué hora?

—Eran las cinco menos cuarto.

—¿Exactamente?

—Así es.

—¿Cómo lo sabe?

—Tenía la radio encendida en la cocina. Las noticias de las cinco menos cuarto comenzaron a retransmitirse justo en el momento en que me llamó. Es curioso que esos detalles lleguen a ser cruciales, ¿no cree? El hecho de que me acuerde de lo que estaba escuchando por la radio, de que recuerde haber puesto las patatas a cocer, de haber alcanzado la sal de la estantería. Di la luz de debajo del extractor y vi que una bombilla se había fundido. Me puse a cambiarla. Sanna llevaba días recordándomelo. En estos momentos no sé si voy a ser capaz de superarlo. Ni siquiera sé si podré lograr dormir en nuestra cama sin ella.

—¿Qué le dijo Sanna cuando lo llamó? —lo interrumpió Knutas—. Trate de recordar sus palabras exactas.

Widding se quedó atónito unos segundos.

—Pues nada, no sé, yo la oí como siempre. Estaba un poco cansada, se la notaba resfriada y decaída. Por un momento se le pasó por la cabeza no ir a ver la granja, pero como es tan meticulosa... Y siempre lo ha sido. Ahora pienso que debería haber venido directamente a casa.

En ese momento empezó a dar golpecitos con el pulgar en la mesa.

—¿Iba sola en el coche?

El hombre miró a Knutas con cara de confusión, como si aquel pensamiento no fuera de su agrado, ya que era imposible que su mujer hubiera ido acompañada.

—No lo sé... Yo di por hecho que estaba sola.

—Quizá recogió a alguien por el camino —intervino Karin desde la otra punta de la sala.

—¿Por qué haría tal cosa?

—¿Sabe si había conocido a alguien últimamente o se percató de algo que hubiera ocurrido en particular?

—No... que yo sepa.

Enmudeció y, al mismo tiempo, comenzaron a brotarle las lágrimas. Seguía dando golpecitos en la mesa con el dedo pulgar y Anders trataba de ignorar el ruidito.

—¿Me están diciendo que había conocido a otra persona y que ni siquiera tengo constancia de ello? Pues no lo entiendo... ¿Y por esa razón ha muerto? ¿Ha sido un conocido suyo el que la ha asesinado?

—No sabemos nada —añadió Knutas—. Todavía es pronto para sacar conclusiones.

El hombre tomó aliento con fuerza, parecía estar aturdido.

El comisario optó por cambiar de tema.

—¿Cuándo empezó a extrañarle su ausencia?

—Eran las siete y media. Acababan de empezar las noticias y entonces me di cuenta de que era raro que aún no hubiera vuelto a casa. La llamé, pero no respondía. ¿Estaba ya muerta entonces?

Miraba a Knutas con ojos suplicantes que esperaban que ese no hubiera sido el caso.

—Aún no disponemos de esa información —respondió observándolo sin perder detalle. «Pues sí que está obsesionado este hombre con las noticias», pensó. A decir verdad, no lo conocían de nada, aunque indudablemente se le veía muy afectado y desesperado, pero también cabía la posibilidad de que fuera un actor astuto. Tendrían que revisar la conversación telefónica. Lo anotó.

Si no era una coartada, lo situaría directamente en el lugar del crimen. Cabía cualquier posibilidad.

—¿Y qué hizo después? —continuó el comisario.

—Bueno..., la llamé varias veces, no recuerdo cuántas... ¿Acaso importa? Quiero decir... las veces exactas que la llamé.

—No, eso no importa —le respondió en un tono sosegado.

—También le dejé un mensaje de voz. Sí, creo que solo le mandé uno. Quise decirle lo mucho que la quería, aunque en vez de hacerlo le pregunté cuándo volvería a casa. Se me notaba alterado, pero era porque estaba preocupado.

—Bien, continúe —dijo Knutas—. ¿Qué hizo después?

—Cuando vi que no respondía, decidí llamar a una compañera de trabajo de Sanna para preguntarle simplemente... Y me dijo que había salido de trabajar sobre las cuatro y media.

El hombre suspiró y se quedó en silencio.

El ambiente de aquella sala comenzaba a estar cargado, tan solo se oían los golpecitos obstinados que el interrogado daba sin cesar con el dedo en la mesa. El ruidito empezaba a incomodar a Knutas seriamente, pero hacía un esfuerzo mayor por ignorarlo.

—¿Qué vio en aquel lugar? Intente recordar lo que pueda, cualquier detalle puede ser crucial.

—Su coche estaba aparcado allí. Al principio sentí alivio, pues pensé que se habría parado a

hablar con algún vecino y que se había dejado el iPhone en el coche.

—¿El coche estaba cerrado?

—Sí.

—¿Qué hizo?

—Entré en la finca y empecé a llamarla a voces. Las ventanas estaban completamente oscuras, por lo que supuse que no había nadie dentro de la casa. Fui hasta el jardín del vecino que queda al final de la carretera, pero nadie la había visto. Y entonces llamé a la policía.

—Ya veo —dijo Knutas aclarándose la voz—. ¿Vio algo más en aquel lugar? ¿Notó algo?

Widding negó con la cabeza.

—No, nada.

Anders se inclinó hacia atrás y se frotó la nariz.

—¿Hay alguna persona que pueda confirmarnos que estuviera usted en casa entre las cuatro y media y las nueve?

El hombre lo miró atónito y dudó al responder.

—No... estaba solo.

—¿Nadie que se pasara por allí o que llamara por teléfono?

—No, bueno... Un momento, ¿qué quieren decir? ¿Sospechan de mí? ¿Acaso creen que yo..., que yo he...?

—En este caso no.

—Amaba a Sanna con toda mi alma, los dos...

En ese momento, Knutas sacó una hoja de una carpeta que tenía delante y se la entregó a Georg, que prefirió quedarse en silencio y nunca terminó la frase. Miró rápidamente el documento y luego al comisario.

—Eso fue un malentendido —dijo firmemente y le devolvió la hoja—. No quiero verlo. Tan solo fue un malentendido.

—Sanna lo denunció hace tres años por maltrato. Los dos prestaron declaración y usted mismo lo reconoció. ¿Qué ocurrió?

—Estábamos en una fiesta y ambos habíamos bebido demasiado. Sanna creyó que yo había estado bailando con una mujer durante mucho rato y se puso celosa, lo cual no es propio de ella, y yo no soy uno de esos... Nos queríamos... y yo sigo queriéndola.

—¿Y después de eso?

—Empezamos a discutir... Luego se me echó encima y yo perdí el control y le devolví el puñetazo. Al final, hicimos las paces y se arrepintió de haberme puesto la denuncia, por lo que el caso quedó cerrado.

—¿Y solo fue algo puntual?

—Así es, no ha vuelto a ocurrir nada así desde entonces. He de decir que me asusté y me afectó bastante.

—¿De qué tenía miedo? ¿De la denuncia?

—No —respondió clavando la mirada en los ojos de Knutas—. Llegué a temer mi propio comportamiento.

—¿Ha tratado alguna vez con animales? —preguntó Karin, que había estado callada durante casi todo el interrogatorio.

—¿Animales? —repitió el hombre y la miró perplejo.

—Sí, animales.

—Bueno, cuando era niño tenía un perro.

—¿Solo eso?

—Sí, Sanna era alérgica...

—¿Le gusta la literatura? —preguntó el comisario.

—Leo mucho, sí. Siempre lo he hecho.

—¿Qué clase de libros?

—Pues novelas en general: policiacas, autobiografías y algunas históricas basadas en hechos reales sobre música, arte y cultura. Leo de todo un poco.

—¿Y qué le parece la poesía?

Georg Widding se quedó atónito.

—¿Poesía?

—Sí, poemas. ¿Lee de vez en cuando o tal vez le gusta escribirlos?

—Sí, es posible que lea alguno que otro.

—¿Alguno que sea su favorito, alguno concreto?

—No entiendo...

Negó con la cabeza, confundido. En su rostro se reflejaban el sufrimiento y la desesperación.

—¿Reconoce lo que hay escrito?

Knutas le mostró el papel con el poema que la policía había encontrado en el cobertizo.

Cómo decir si tu voz es bonita,
pues tan solo sé que penetra en mí
y me hace vibrar como a una hoja,
me hace jirones y me perfora.
Qué sé yo de tu piel y tus extremidades.
Tan solo me hace temblar saber que son tuyas,
pues no hallaré paz y sueño hasta hacerme con ellas.

Georg Widding se quedó unos minutos con el ceño bien fruncido mientras leía con atención. Después deslizó el papel en la mesa lentamente al tiempo que alzaba la mirada hacia donde se encontraba Knutas.

—¿Qué significa esto? Es un poema de amor.

—¿Sabe quién lo ha escrito?

—La autora es Karin Boye, ¿a qué viene esa pregunta?

Knutas miró a su compañera, que estaba al fondo, sentada en el rincón.

—Lo siento, pero por ahora no puedo desvelarle esa información —respondió el comisario y estiró el brazo para alcanzar el papel y meterlo con mucho cuidado en la carpeta.

El rostro de aquel hombre comenzaba a palidecer.

—No me diga... —comenzó—. No me diga que Sanna tenía un amante. ¿Es eso cierto?

—No, no tenemos pruebas de ello. Incluso me atrevo a decir que no hay indicios de que este poema tenga que ver directamente con Sanna. Puede estar tranquilo, por el momento, hasta que sepamos más.

Knutas estiró el brazo para apagar la grabadora. Se oyó un breve murmullo. El hombre del otro lado de la mesa parecía estar al borde del desmayo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó.

Georg negó con la cabeza.

Veinticinco años antes

EN LA OTRA punta del patio del colegio, donde la hierba y los dientes de león se abrían paso entre las grietas del asfalto, podía uno sentir el mar. Al menos se divisaba una delgada línea de color azul, que brillaba en tonos plateados cuando los rayos del sol se reflejaban en el agua. Elias había trepado a lo más alto de la valla.

Al otro lado del edificio estaban sus compañeros de clase jugando alrededor de diferentes líneas y círculos que el conserje había dibujado con tiza en el suelo. Los niños zigzagueaban entre los trazos y se lanzaban la pelota en un círculo. Gritaban, se llamaban unos a otros a voces y reían a carcajadas. Elias los oía, pero prefería no verlos jugar. Le reconfortaba que estuvieran en aquella parte del colegio. Había salido de clase a toda prisa en cuanto sonó la sirena del recreo para escapar de allí. Tenía que irse lo más rápido posible a su escondite, donde, por fin, podría estar tranquilo.

Se puso de pie y trepó por un árbol que se alzaba sobre la valla; no era muy grande ni tampoco robusto, pero aun así aguantaba su peso. Se le dibujó una sonrisa cuando vio el mar azul a lo lejos y pudo sentir el sol acariciándole el rostro.

Y entonces aparecieron. Habían descubierto su escondite. Uno de ellos le agarró una pierna y lo tiró de la valla con fuerza. Se cayó al suelo y de pronto se vio rodeado de niños que no dejaban de gritarle. Se había raspado los codos y las rodillas. Con el rostro pegado al asfalto, notó un pie en la espalda. Sentía dolor y notaba el sabor a sangre en la boca por haberse mordido la lengua. Entonces se percató de las lágrimas que se le deslizaban por las mejillas. Aunque no podían verlo llorar, ya era demasiado tarde y no logró contener el llanto.

—Mirad cómo lloriquea —se mofaba uno de ellos—. ¡Si llora como una nena!

Prefería no darse la vuelta para no verlos de frente y se quedó tumbado con los ojos absortos en el asfalto.

—Pobrecito, el pequeño Elias se ha puesto a gimotear.

Esta vez era la voz de una chica con un tono malvado que imitaba los gimoteos de Elias. Y entonces estallaron a carcajadas todos a la vez.

Reconocía sin dudar cada una de las voces. Eran las mismas que levantaban la mano en clase cuando la profesora hacía alguna pregunta y las que luego elogiaba con un «pero qué lista eres, Sanna» o un «estoy orgullosa de ti, Magnus». Las mismas voces que se ponían a charlar en cuanto sonaba la sirena del recreo o cuando salían de clase al final del día. «¿A qué jugamos? ¿Vamos a tu casa o a la mía?» Lo trataban como si no existiera. Aquellas eran las voces que enmudecían cuando fijaban la mirada en él y susurraban entre ellas, las mismas que se volvían totalmente diferentes y se transformaban en algo cruel y aterrador, a la vez que hostil y despreciable.

—No estoy llorando —intentaba excusarse, pero ninguno se lo creía.

Jesper, el más alto de la clase, lo agarró por los hombros y lo obligó a darse la vuelta. Se sentó a horcajadas sobre su tórax y estuvo a punto de asfixiarlo por el peso.

—Pues claro que estás lloriqueando, pedazo de imbécil. Lo hemos visto todos. Eres un gallina y un inútil.

En ese momento, puso las rodillas a los lados para bloquearle los hombros y así impedir que pudiera mover los brazos.

—¿Acaso eres tan tonto que crees que puedes escapar de nosotros? ¿Pensabas que no íbamos a encontrarte? —oyó la voz de otro chico de la clase—. Serás estúpido, ¿tan cobardica eres que has echado a correr para esconderte? ¿Tanto nos temes, pedazo de subnormal?

El resto no paraba de reír mientras él apretaba los ojos con fuerza para intentar evadirse de aquella pesadilla y tratar de apartarlos de la escena. Pero fue en vano. De repente notó que se le había humedecido la mejilla. Entonces abrió los ojos y vio a Sanna inclinada justo delante de él. Los demás niños que la rodeaban empezaron a partirse de risa. El escupitajo le había caído justo debajo del ojo. Sanna le regaló una sonrisita mientras se limpiaba la boca.

—¡Caray, por poco me cae a mí! —gritó Jesper exaltado. Y estallaron todos de nuevo en carcajadas.

Volvió a cerrar los ojos con la esperanza de que la sirena del recreo sonara en cualquier momento o de que pasara algún profesor por allí. Pero eso no ocurrió. Parecía que los adultos eran incapaces de ver ni oír nada. Vivían en su propio mundo. Trató de pensar en otra cosa, de recordar el día en que conoció a Sanna, de lo cual no hacía mucho tiempo. Allí estaba ella, con una bicicleta que le venía demasiado grande, sentada en el bordillo de la acera, llorando y con la barbilla ensangrentada, justo cuando Elias pasaba por delante. Se puso a su lado para consolarla, sacó su botella de agua para que se enjuagara la cara y recogió algunas hojas de árboles para taponar la herida, que no dejaba de sangrar. La chica le devolvió una sonrisa tímida; tenía los ojos llenos de lágrimas. Por un instante, Elias llegó a pensar que podrían hacerse amigos y que podría llegar a gustarle a la chica, aunque fuera tan solo un poquito.

Después de haberla socorrido, ella se puso de pie y se dirigió a la bicicleta, que él mismo había levantado y había puesto a un lado de la carretera. Él fue quien la ayudó. Antes de volver a sentarse en el sillín, se giró hacia él y le pidió que no le contara a nadie que se había caído; él asintió mientras la enorme decepción lo quemaba por dentro.

«Te lo prometo», susurró. Entonces la chica se inclinó hacia delante y le plantó un beso en la mejilla que lo dejó petrificado. Permaneció un buen rato observándola en aquella posición mientras se alejaba en su bicicleta, hasta que al final desapareció al doblar la curva.

Eso fue lo que se puso a pensar cuando notó que le metían hierba en la boca a la fuerza, el sabor de la tierra y de la sangre. Al no poder respirar, se giró para ponerse bocabajo, empezó a toser y le dieron arcadas hasta el punto de querer vomitar. Acto seguido, lo agarraron de la chaqueta y lo levantaron. Elias notó que le habían rajado la chaqueta por detrás. ¿Qué le diría a su madre? Le preguntaría en cuanto llegara a casa. Sintió un fuerte puñetazo en el pecho y dio unos torpes pasos hacia atrás; trató de no perder el equilibrio. «¿Qué le ha pasado a la chaqueta?», le preguntaría. Después sintió otro puñetazo más fuerte, esta vez en el costado, que lo hizo tambalearse.

Uno de los chicos lo había agarrado por detrás y lo empujó hacia donde estaba otro de la pandilla. El volumen de las risas aumentaba. «No lo sé», le respondería. «¿No te has dado cuenta de que te has roto la chaqueta?», le espetaría su madre, entre otras muchas palabras que podría llegar a decir, pero un dolor en el pómulo, provocado por otro puñetazo, hizo que aquel pensamiento se desvaneciera.

En ese momento, alguien se interpuso y lo agarró de la chaqueta. Elias notó que se le había rajado aún más.

De pronto vio a Julia por la comisura del párpado, corriendo a toda prisa hacia allí desde el edificio principal, gritando como una loca.

—¡Parad ya, malditos imbéciles! ¡No le pongáis un dedo encima! ¡Ojalá os pudráis en el infierno, no sois más que unos cobardes!

Entonces se oyó la voz de Sanna.

—Dejémoslo en paz —dijo mientras lo soltaba.

Retrocedieron un paso y, antes de irse de allí, uno de ellos le plantó un último puñetazo en la espalda, que hizo que cayera de rodillas.

Ya ni siquiera lograba entender lo que estaban diciendo. Tan solo oía las risas, pero no la de Sanna. No obstante, llegó a ver la expresión de su rostro, que reflejaba seriedad. Tal vez pensara que ya no hacía gracia. Notó de nuevo el sabor de la sangre en la boca y el dolor del cuerpo. Abrió los ojos y trató de ponerse en pie. Un brazo estirado lo ayudó a levantarse. Allí estaba Julia, quien a duras penas le devolvió una sonrisa amable con lágrimas en los ojos. Cuando por fin logró levantarse, su hermana se abalanzó sobre él y ambos se quedaron de pie, abrazados, hasta que volvió a sonar la sirena del recreo.

KARIN ESTABA EN su despacho leyendo la copia del poema del cobertizo. Lo había escrito hacía más de cien años la conocida autora sueca Karin Boye. Tras una breve búsqueda en internet descubrió que pertenecía a la colección de poemas denominada *Los siete pecados capitales*, que se publicó después de su muerte en 1941. Pero ¿qué tendría que ver con el asesinato de Sanna Widding? Julia Ramberg había afirmado que nunca antes lo había visto y, efectivamente, se comprobó que tampoco había sido ella quien lo había escrito. Acomodada en la silla de su despacho, Karin no le quitaba ojo al poema. Observó la hermosa caligrafía; sin duda, se percibía un atisbo de delicadeza y feminidad en ella. «¿Quién escribe a mano en estos tiempos?», pensó. Por un momento se le pasó por la cabeza que podría ser de un admirador, pero, en ese caso, ¿serían el asesino y el admirador la misma persona?

¿Y por qué habría elegido el autor del crimen precisamente la granja de Gaustäde? ¿Tendría aquel lugar algún tipo de relevancia para el caso o habría sido casualidad?

¿Qué querría decir aquel poema y qué pretensión tendría el autor con él, si es que lo había escrito el propio asesino?

Echó un vistazo por la ventana y vio que ya había oscurecido. Vislumbró su propio reflejo en el cristal. Eran las diez de la noche y tenía que volver a casa. Anders seguía aún en su despacho y pensó que tal vez podrían irse juntos.

Volvió a ojear el poema de amor que todavía sostenía en la mano mientras se preguntaba qué tipo de persona era Sanna Widding en realidad. Una mujer casada y sin hijos. Había trabajado como agente inmobiliaria los últimos diez años, llevaba desde los veinte viviendo en la península y se había mudado a la isla hacía tan solo seis meses. Se había criado en Visby y tanto sus padres como su hermana seguían viviendo allí.

Tal vez su retorno a Gotland le hubiera traído viejos recuerdos de su vida. ¿O habría ocurrido algo en la isla en lo que Sanna hubiera estado involucrada y que la policía desconociera? ¿O tal vez era su propio pasado el que la perseguía? Al fin y al cabo, como regla general, los asesinatos suelen explicar todo lo sucedido.

Karin soltó un suspiro mientras contemplaba la fotografía del marido de Sanna Widding. Georg tenía un rostro aniñado por la nariz pequeña, los mechones de pelo que le tapaban la frente y la sonrisa inocente. A juzgar por las estadísticas, los indicios lo señalaban como el autor del crimen. En cualquier caso, él podría haber seguido a Sanna hasta la granja, haberla esperado en el cobertizo para luego matarla con una pistola de bala cautiva que le habría puesto en la cabeza... La subcomisaria se quedó pensando en la fuerte reacción de Georg al ver el poema. Además, había maltratado a su mujer, a pesar de que ya hubieran pasado tres años de aquel suceso. Juró que tan solo fue aquella vez y que nunca jamás había vuelto a suceder. Pese a eso, tanto las violaciones como los malos tratos dentro de la violencia doméstica no solían denunciarse y, en muchos casos, se retiraban las denuncias al tener en cuenta la vida en común con los hijos, la familia, los amigos o incluso el trabajo... Todas esas mujeres maltratadas y violadas, ¿cuántas no tendrían que quedarse calladas en su propia cama, esperando en silencio a que el hombre terminara para quitárselo de encima y dormir dándole la espalda? ¿Cuántas mujeres no se habrán contenido el dolor al sufrir los golpes y las patadas por temor a que los vecinos tuvieran algo de lo que hablar, para no cargar con la culpa y la vergüenza? ¿Acaso era Sanna una de ellas?

Karin sintió un malestar repentino. Dejó la fotografía de Widding en el escritorio, se inclinó hacia atrás en la silla y se puso a contemplar el techo. Empezó a sentir náuseas y cerró los ojos con fuerza.

Escenas de su pasado, concretamente de cuando tenía quince años, comenzaron a nublarle la vista. Imágenes en blanco y negro, borrosas e irregulares, que se asemejaban a la típica película antigua ambientada en la Segunda Guerra Mundial. El instructor de equitación encima de ella, metido entre sus piernas, penetrándola; el dolor, el olor agrio y fuerte que desprendía. Intentaba contener la respiración, apartarlo de su mente, pero aquel hombre tenía demasiada fuerza; su peso le hacía una enorme presión en el pecho, sus mejillas refregándose con las de ella, sus brazos musculosos agarrándola hacían que fuera incapaz de mover ninguna parte del cuerpo y que apenas pudiera respirar. Llegó a pensar que iba a morir.

Se acordó de aquella vez que pensó en cuál habría sido la reacción de aquel hombre si su propia hija hubiera llegado a casa y le hubiera confesado que la habían violado y la habían dejado embarazada. A veces sentía que el odio era capaz de dominarla hasta el punto de creerse capaz de asesinar, aunque solo se trataba de arrebatos que desaparecían y tras los que solo le quedaba una profunda aflicción. Tristeza por haberse perdido la infancia de su hija Hanna, a quien no pudo criar por ser demasiado joven, pues tan solo era una niña. Sus padres no querían que ella lo recordase ni que reviviera lo sucedido. Tendría que olvidarse de todo lo que ocurrió, igual que aquel hombre lo había olvidado y borrado de su propia vida.

Contuvo el aliento, se secó la lágrima que le asomaba por la comisura del párpado, se enderezó en la silla, alcanzó el retrato que tenía guardado en la parte más alta de la estantería de su despacho y lo manoseó unos segundos. Hanna le había regalado el marco en su último cumpleaños. Le pareció verse a sí misma en aquella fotografía. Las mismas facciones, las pecas, los enormes ojos negros y la misma separación entre los incisivos. Su hija era tan pequeña y tierna como ella. Se había ido a África a trabajar con su novia y hacía poco que habían vuelto a Suecia. Karin y Anders la vieron cuando estuvieron en Estocolmo. Esperaba que pronto fuera a Gotland para hacerle una visita. Se le dibujaba una sonrisa de tan solo pensarlo. La echaba de menos.

Volvió a colocar la fotografía en la estantería y deslizó la mirada de nuevo hacia el poema que había dejado delante de ella. Se trataba de un texto delicado y sensible. Pensó en la probabilidad de que el poema escondiera algún significado por el mero hecho de que la autora Karin Boye era homosexual. ¿Tal vez el asesino no fuera un hombre sino una mujer? ¿Y si toda esta historia fuera un drama pasional? ¿Quizá Sanna Widding mantenía una relación con Julia Ramberg? Aquella idea parecía algo inverosímil, pero aun así merecía la pena investigarla.

Entonces se levantó de golpe, tomó el poema y salió del despacho.

MIRÓ PARA AMBOS lados justo antes de adentrarse en el callejón de la parte trasera de la catedral y observó que no había nadie. Se dirigió al portal y fue deslizando el dedo índice por cada una de las placas con diferentes nombres. Se detuvo en una que tenía escrito «P. K. Rostel» con rotulador rojo. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa, pues aquel tipo de letra le parecía un tanto infantil. Pulsó el botón dos veces y esperó unos segundos hasta que al final llamó por tercera vez.

—¿Sí? ¿Dígame? Soy Rostel —se oyó al otro lado del telefonillo.

Daniel se acercó al altavoz.

—¿Le gustaría colaborar con los necesitados? —preguntó en voz baja, aunque se sintió estúpido al decirlo.

—Puesss ya puedes irte al cuerno —respondió con un siseo marcado y entonces se percató de que la otra persona estaba riéndose.

—¿Quién es?

—Somos dos de la Cruz Roja.

Se oyó el timbre del portero y se abrió la puerta. Todas las semanas se modificaban tanto el código secreto como la melodía del timbre. Tenía un contacto que le había respondido siempre; era un compañero de trabajo con el que se encontró de casualidad en el Casino Cosmopol de Estocolmo. Después de algunos tragos y una victoria en la mesa de póker, se lo había llevado a otra parte de la ciudad para presentarle, tal y como él mismo lo llamaba, el club recreativo más ilegal de toda la capital, donde las apuestas se multiplicaban por dos y se ganaba muchísimo más dinero. Desde luego, no celebraba las victorias, puesto que se gastaba todo lo que había ganado en las apuestas; incluso había tenido que pedir prestado bastante dinero. Ese mismo compañero le había recomendado el club de Visby, que tenía bastante prestigio a pesar de encontrarse tan alejado de las principales ciudades del país.

Una escalerita estrecha lo condujo hasta el sótano, que estaba iluminado por una lámpara fluorescente. Fue hasta el final del pasillo, donde se encontró con un portón de madera en forma de arco que destacaba ante los muros robustos de aquel lugar que se asemejaba a un rincón cualquiera de algún antiguo monasterio. Había otro timbre colocado en la pared junto al portón. Lo pulsó cuatro veces, tres a intervalos cortos y el último más largo. La puerta se abrió y entonces apareció un hombre robusto en el umbral. Parecía que tuviera la cabeza perfectamente atornillada a su cuerpo macizo.

—¡Hombre, pero si es mi amigo Daniel! —exclamó con un acento marcado, y se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—¿Qué pasa si viene la Cruz Roja de verdad la próxima vez que llamen a la puerta? —preguntó —. ¿Qué vas a hacer?

—Tendré que dejarlos entrar, claro —respondió el hombre con risa burlona. Daniel hizo un gesto breve de negación con la cabeza y se dirigió a la barra mientras la puerta se cerraba a su espalda. La barra era de aglomerado oscuro y parecía más bien sacada de algún Ikea de los años setenta. Optó por pedirse un whisky solo con hielo.

—Mezclado, no agitado —bromeó con el camarero.

Aquel hombre corpulento no se inmutaba ni lo más mínimo. Alcanzó un vaso, introdujo unos cuantos hielos y se lo plantó delante de las narices. Con un ligero movimiento de muñeca, empezó

a mezclar con cuidado desde el fondo del vaso mientras miraba fijamente al hombre con un gesto que recalca que debía darle las gracias por ponerle algo de beber.

—Ponme la bebida, sin más —le pidió Daniel.

El camarero dejó el vaso en la barra con un pequeño golpe y lo llenó hasta arriba. Lo llamaban el Toro, no solo porque se le marcaban los músculos con la camiseta apretada que llevaba, sino porque tampoco decía ni mu. Tan solo lo observaba todo fijamente a su alrededor, aunque se podría decir que detrás de aquella mirada inexpresiva se escondía una cierta bravura, algún tipo de peligro, una amenaza...

Gracias al Toro, nadie se atrevía a montar bronca en el local. Si alguien sospechaba que las cartas se habían repartido mal o que alguien hacía trampas, bastaba con una simple mirada al Toro para que cualquier pendenciero se largara de allí. Daniel siempre volvía al día siguiente o una semana después, cuando pillaba más dinero, ya que necesitaba evadirse de la realidad.

El Toro se limitaba a preparar bebidas y a servir cervezas mientras observaba a todos los clientes que jugaban a las cartas en aquel local repleto de humo.

Daniel se llevó el vaso a la boca y le dio un trago. Notó el whisky caliente en el cielo de la boca y el ardor al bajar por la garganta. Paseó la mirada por todas las paredes que conformaban el sótano de aquel local al que solía ir sin pensar, como si de una vieja costumbre se tratara, como si fuera una herida que escocía y no podía evitar rascarse, a pesar de ser consciente de que, si no dejaba de hacerlo, aquella herida nunca terminaría de cicatrizar. Era allí a donde siempre volvía, a las mesas con tapetes de color verde que lucían cartas y fichas que se repartían una y otra vez. Pero no era el único que lo hacía. En aquel lugar existía una hermandad que unía a todos los que asistían con un mismo propósito: el de jugar y ganar. Y soñar. Daniel le dio otro sorbo al whisky mientras el humo serpenteaba hacia la luz de los pequeños focos que presidían el techo de poca altura.

Algunos levantaron la vista y lo saludaron con un gesto cuando entró en el local. A la mayoría ya los conocía. Podía ver en su rostro que lo que los llevaba hasta allí era el dinero. Las fichas que se encontraban sobre la mesa cambiaban de dueño con la misma velocidad con que iban encendiéndose los cigarrillos. Para los que se sentaban a jugar, nunca era suficiente. Jamás había visto a ningún jugador satisfecho con la cantidad de dinero que había ganado y que se lo hubiera metido todo en el bolsillo para marcharse a casa. Ni una sola vez. Era por pura obsesión. Un capricho. Por suerte, él no estaba obsesionado con eso, pues tan solo acudía a aquel sitio para poder devolver todo el dinero que se había gastado de la cuenta de ahorros familiar, para pagar la deuda que tenía con aquel club y conseguir un poco más, pero no demasiado. Tan solo quería lo suficiente.

La venta de la granja lo salvaría de aquello. El ruso de la pequeña oficina en la parte trasera del local le había concedido un crédito porque sabía que Daniel estaba a punto de recibir una herencia. Si esa propiedad no llegaba a venderse, se quedaría con las manos vacías.

Sacudía el vaso con cuidado, los hielos tintineaban. Mientras tanto, trataba de decidir a qué mesa acercarse. Se percató de que había algunos rostros desconocidos, pero en ese momento solo quería jugar con gente a la que conociera o a la que al menos hubiera visto antes. Había vuelto a sacar dinero de la cuenta de ahorros conjunta que tenía con Sarah. Tenía la esperanza de que no fuera a darse cuenta o de que, al menos, tardara en percatarse de ello. Volvería a ganarlo, era una cuestión de tiempo, ni más ni menos. Se sacó el sobre del bolsillo y lo puso en la barra.

—Cincuenta y cuatro mil —dijo Daniel.

El Toro no pronunció ninguna palabra, sacó los billetes y se puso a contarlos a la vez que el

sobre caía al suelo. Daniel no había tenido tiempo de buscar uno por casa y se llevó el que estaba en la nevera, en el que ponía «Para papá, de parte de Samuel y David» escrito a mano con la letra de un niño. Sus hijos gemelos tenían diez años y le habían dibujado un perrito en el sobre azul que contenía una tarjeta de cumpleaños, y él mismo se había encargado de sacarla del sobre para colgarlo en la nevera y sujetarlo con un imán. Pero esta vez le hacía falta un sobre. Justo cuando iba a pedírselo y a señalarle que estaba tirado en el suelo, el Toro dio un paso atrás y lo pisó. Con su sucia y enorme suela manchó el sobre azul con el perrito que sus hijos le habían dibujado.

El Toro se agachó por debajo de la barra para alcanzar un maletín metálico del que enseguida sacó varias fichas para amontonarlas en la barra.

—Gracias —le dijo Daniel después de darle el último trago al whisky.

En aquel instante, se acordó de que la tarjeta de cumpleaños todavía seguía puesta en la nevera. No dudaría en releerla en cuanto llegara a casa.

REINABA EL SILENCIO absoluto en la casa y el único ruido que oyó provenía de la puerta que cerró al entrar, junto con el tictac del reloj que había colgado en el pasillo. Se sentó en una banqueta junto a la pared, que se encontraba justo debajo del perchero lleno de chaquetas y abrigos colgados. Se desató los zapatos despacio, luego se descalzó y los puso en el zapatero. Entró en la cocina, donde estaba su mujer, y se sirvió la cena en un plato. Alzó la vista y se quedó atónito pensando en lo guapa que era su esposa justo cuando ella lo miraba fijamente. Tenía el pelo recogido en un moño y le caían algunos mechones rizados alrededor del rostro pálido y cincelado. Se secó las manos con el delantal; a pesar de que era relativamente joven, había algo en ella que resultaba anticuado. Tal vez esa peculiaridad era lo que lo había enamorado cuando la conoció hacía diez años. Le recordaba a una época que había desaparecido en el tiempo.

—¿Te apetece un café? —le preguntó su mujer.

—Sí, por favor.

Este le acarició el brazo con ternura. Sin duda, su mujer hacía todo lo que podía. A veces pensaba en lo diferentes que podrían haber sido las cosas. Tal vez la tragedia que les ocurrió a los hijos hubiera arruinado por completo la relación entre ambos. Además, se quedó embarazada al poco tiempo de conocerse; entonces pensaba que estaba enamorado. Después de eso, se casaron y se mudaron a una casa más grande para prepararse y formar una familia. Pero el bebé nunca llegó. Tampoco al segundo intento. Y, al final, tiraron la toalla.

Se llevó la bandeja del café al salón, se sentó en el sillón de piel delante de la televisión y puso los pies en el taburete. Cerró los ojos y se inclinó hacia atrás mientras oía los titulares de noticias que se emitían en el canal. Aquel era su hogar, donde podía encerrarse en su tranquilidad y donde todo lo que lo incordiaba o amenazaba su serenidad quedaba fuera.

Su mujer se sentó en el sofá para ver un programa de entretenimiento que le encantaba, pero que a él no le interesaba lo más mínimo. Toda esa ropa sofisticada, la gente con glamur y la música. Tampoco es que se diera muchos caprichos, así que se alegraba por ella y no le importaba sentarse a ver la tele los sábados por la noche y tragarse todo el programa. De vez en cuando la miraba y observaba la sonrisa que se le dibujaba de lado a lado, o incluso le hacía algún comentario y los ojos le despertaban de entusiasmo. La ternura lo invadía cuando se paraba a contemplarla. Al cabo de un rato, alzaba la vista y se percataba de que estaba mirándola fijamente, y ella le regalaba una sonrisa. Y entonces él le devolvía otra.

Ella no tenía la culpa de que él no estuviera enamorado.

DANIEL SE ACABÓ la bebida, fue a pedir otra y se sentó en la mesa que estaba al fondo, en un rincón. Mientras, amontonó todas las fichas con esmero justo delante de él.

Asintió cuando el repartidor le hizo un guiño y se encendió un cigarro antes de empezar a barajar y repartir las cartas. Tomó con discreción las que le correspondían y les echó un vistazo disimuladamente antes de mirar a los oponentes para intentar descifrar sus gestos y los patrones de sus movimientos. A un chico con barba y gorra se le arrugó el ceño al ojear sus cartas. «Será un principiante», pensó, pues nunca antes lo había visto por allí. Daniel tenía una sota de tréboles y un siete de diamantes. Podría haber estado mejor, pero, aun así, decidió apostar mil coronas.

El crupier sacó una carta de la baraja y la colocó bocabajo antes de poner otras tres en el centro del tapete verde. Reina de diamantes, sota de picas y diez de picas. Daniel notó un ligero escalofrío por la espalda, pero hizo como si nada. Ninguno de los presentes lo notaría. Tenía una pareja de sotas.

Se encendió otro cigarro. El cenicero que presidía la mesa estaba prácticamente lleno. Alguien tiró más fichas al tapete verde; habían elevado la apuesta.

Alzó la cabeza, estudió los gestos del hombre que había sentado a su izquierda, que ni se inmutó al ver sus propias cartas. Pareja de sotas era una buena jugada. El repartidor volvió a sacar otra carta y la puso junto a las otras tres. Un siete de tréboles esta vez. Sin pensarlo, Daniel comprobó sus cartas de nuevo y en ese momento se dio cuenta de que había cometido un error. Se había revelado, pues se mostraba demasiado ansioso y el resto de los jugadores comprendieron al instante que escondía una buena baza. «Bah, que le den». Y subió la apuesta a dos mil. Otra pareja hizo lo mismo y la cantidad se plantó en diez mil. Daniel se animó y quiso aumentarla aún más sin pestañear un segundo. Se hizo el silencio en la mesa. Los otros dos se quedaron patidifusos. Las fichas amontonadas habían ascendido a una cantidad total de dieciocho mil. El corazón le palpataba con tal fuerza en el pecho que Daniel esperaba que nadie llegara a oírlo. Menuda emoción de imaginarse que la suerte estaba de su lado esa noche, con la falta que le hacía aquel dinero. No dudaría en ingresarlo inmediatamente en la cuenta en cuanto saliera de allí. Tenía claro que iría directamente al banco. «Te lo prometo, Sarah. Te lo prometo.» Daniel notó que se le estremecía el cuerpo. Contuvo la respiración unos segundos, colocó las cartas bocarriba para que todo el mundo las viera y se inclinó hacia atrás en la silla. El resto asintió a la vez. Una pareja de sotas y un siete. No estaba nada mal. Daniel se humedeció los labios. Tampoco estaba del todo seguro, pues el silencio seguía reinando en la mesa. Ninguno movía un solo dedo. Visualizó el rostro de Sarah delante de sus ojos y aquellas vacaciones que tanto necesitaban. Entonces, un hombre calvo que conocía de antes se adelantó y le fastidió la jugada. Lo había visto varias veces, pero no recordaba su nombre. Aquella escena se paralizó en su mente.

—Trío de reinas —soltó triunfante el calvo simpático al girar sus cartas y plantarlas en la mesa.

Daniel expulsó aire lentamente por la nariz. No podía ser verdad. Un absoluto vacío lo invadió por dentro. Las fichas fueron a parar al otro lado de la mesa y un hombre que estaba junto a él le dio una palmada en el hombro.

Y el repartidor volvió a barajar las cartas.

Le pareció que estaba en una realidad paralela, una realidad donde el dinero no tenía su auténtico valor. Tres mil, siete mil, diez mil; al fin y al cabo, solo eran cifras que se escupían al

aire, como si se tratase de jugar al Monopoly. Observó las fichas puestas en fila, que parecían formar una especie de muralla delante de sus ojos y de la que ahora solamente quedaban las ruinas. Miró al resto de los jugadores; tenía más bien lo justo para apuntarse a otra ronda, si es que la suerte no le fallaba.

—Voy a tomarme un descanso —dijo y se levantó de la mesa.

El crupier apartó a un lado la baraja de cartas.

—Podemos hacer un descanso de unos veinte minutos —dijo mirando el reloj—. Veinte minutos —le repitió a Daniel en voz baja, a lo que él enseguida asintió.

Cuando llegó a la barra del bar, pidió otro whisky y se lo bebió en un par de tragos. Notó que le ardía la garganta y su cuerpo entraba en calor. Por un instante tiritó.

—Necesito un poco más —le dijo al Toro—. No mucho, unas rondas más, y luego me voy a casa.

El Toro levantó el auricular de un viejo teléfono que había junto a la esquina, marcó un número y esperó a que le contestaran. Luego se lo pasó a Daniel. Aquel aparato despedía un hedor agrio a sudor. Se oyó una voz ronca al otro lado del teléfono.

—¿Sí?

—Soy Daniel, necesito un adelanto.

—Amigo mío, puedes venir a verme cuando quieras.

—Gracias —respondió y volvió a pasarle el teléfono al Toro.

Pulsó un botón que había debajo de la barra y la cerradura de la puerta de la oficina hizo clic de inmediato. Entonces, Daniel entró. Ya había estado muchas veces allí. Al hombre con el que había hablado se le conocía simplemente como el Ruso, quien junto con el Toro, llevaba el negocio del local.

Daniel tragó saliva; ya había perdido la cuenta de todo el dinero que debía. Era consciente de que era muchísimo.

—Daniel, amigo mío —dijo el hombre desde su sillón de cuero negro cuando entró por la puerta.

El Ruso estaba sentado detrás de un escritorio de mala muerte con una mujer semidesnuda, de aspecto jovial pero demacrado, apoyada en la rodilla.

Desnudo de cintura para arriba, le tendió la mano con la intención de saludarlo. La tenía completamente sudada.

—Me pillas en mitad de una entrevista —continuó diciéndole con un guiño y, de pronto, asió con fuerza a la chica por la cintura y tiró de ella para volver a sentarla en su rodilla. No mostraba reacción alguna; miraba a Daniel con ojos desganados, como si estuviera drogada.

—Ya sabes, las mujeres ya no son como antes —siguió el Ruso con su discurso. Su cuerpo imponente ocupaba prácticamente todo el sillón de cuero—. Es difícil satisfacer a un hombre como yo. —Se reía frotándose el pecho.

Ramberg prefirió mirar hacia otro lado; se asqueaba de sí mismo por estar allí pidiendo limosna a alguien a quien detestaba. Se sentía avergonzado porque aquel hombre que estaba con una jovencita a la que le doblaba la edad se refiriera a él con la palabra *amigo*. Y que el Ruso lo viera como uno de los suyos solo por el hecho de ser hombre. «Yo no soy un cerdo como tú —pensó Daniel— a pesar de ser hombre también.»

No podía dejar de pensar en el sobre azul, que probablemente estuviera tirado en el suelo detrás de la barra. Incluso le acudió a la mente la imagen de su hija mayor, que había tenido en una relación anterior. Tenía la misma edad que aquella muchacha que ahora tenía delante con el pecho

descubierto y cuyo rostro parecía haber perdido toda vitalidad. «Maldita sea —se dijo—, verme obligado a estar aquí...» Sin duda, estaba costándole poner buena cara en aquella situación.

—Necesito un poco más —le dijo.

—¿Crees que tendrás suerte esta noche? —le preguntó el ruso gordinflón en un tono sarcástico—. ¿Cuánto quieres?

—Tal vez veinte... —respondió Daniel dubitativo.

—Tal vez no.

El hombre se puso serio de repente. La chica se levantó tras recibir una palmadita en el trasero y el Ruso la llevó hasta la puerta, que volvió a cerrarse justo después de que saliera del despacho. Sacó un cajón del escritorio y tomó una agenda de color negro, se puso las gafas y la abrió delante de él. Empezó a hojear las páginas sin decir ni una palabra.

De pronto la cerró y la apartó a un lado.

—¿Sabes cuánto dinero debes? —le hizo la pregunta en un tono serio.

—No estoy seguro...

—Trescientas cincuenta mil —afirmó y se inclinó hacia atrás en su sillón mientras contemplaba a Daniel en silencio—. Eso es mucho dinero —volvió a decir pasados unos segundos.

En ese momento, descolgó el teléfono y marcó un número. Tuvo una pequeña conversación en ruso y Daniel supuso que estaría hablando con el Toro.

—Bueno, voy a prestarte veinte, pero solo porque eres tú. Puedes pasarte por la barra a recogerlas. ¿Cuándo vas a vender la granja esa?

—Pronto —respondió—. Muy pronto.

Dejó al hombre desagradable en su despacho y salió de allí procurando cerrar la puerta correctamente. Se llevó el dinero de la barra y lo cambió por fichas. En un papel, se puso a anotar todo el dinero que debía. Tenía que hacerlo así, pues la deuda no hacía más que aumentar.

Tan pronto como volvió a sentarse a la mesa de póker, bajaron las luces del local y un enorme foco iluminó la barra de hierro oscura que presidía el centro de la sala. El volumen de la música subió en ese momento y la misma chica que había visto en la oficina salió por detrás de una cortina. Se agarró a la barra, inclinó la cabeza hacia atrás y, despacio, fue deslizándose hacia el suelo con una mirada vacía y sin vida. Comenzó a moverse en círculos de manera provocativa y después se quitó las prendas que apenas le tapaban el cuerpo entre gritos y silbidos entusiasmados. El recuerdo de su hija volvió a su mente; cada vez le afectaba más aquel pensamiento. Pero a los hombres de aquel lugar no les importaba, todas las miradas devoraban a aquella muchacha como si pertenecieran a lobos feroces hambrientos. Algunos incluso estiraban el brazo para intentar tocarla.

En ese momento, Daniel sintió desprecio absoluto, se avergonzaba de ser hombre. Por respeto a aquella joven y por sus propios principios, decidió mirar para otro lado. Tan solo deseaba que aquel espectáculo acabara. Lo único que lo obligaba a estar allí eran las fichas que guardaba en el bolsillo. Eso era lo único en lo que pensaba. Y en cómo iba a desperdiciarlas.

KNUTAS PARECÍA ALTERADO por la conversación. Acababa de despachar a uno de los tantos periodistas que habían ignorado las indicaciones que habían dado en la rueda de prensa de contactar con el responsable de prensa, Lars Norrby, para hacer preguntas. En lugar de eso, lo llamaban a él con la esperanza de sonsacarle información, pues no se conformaban con las frases habituales. Entendía perfectamente el interés que había suscitado el crimen de Sanna Widding y los estragos que había causado. Aun así, se negaban a comprender que debía ponerse a trabajar para encontrar al autor. A veces echaba de menos a Johan Berg. Como reportero de televisión, había retransmitido todos los acontecimientos importantes que se habían producido en Gotland durante los últimos años, pero su familia y él decidieron mudarse a Estocolmo hacía algún tiempo. Johan sabía cómo mantener una conversación sensata y además había colaborado con la policía en varias ocasiones. «Los otros mentecatos no eran más que unos necios que no colaboraban lo más mínimo», pensó Anders. Decidió avisar por teléfono a la central para pedirles que no le pasaran más llamadas que la del forense de Estocolmo.

Se levantó, bostezó con la boca bien abierta y cargó la pipa junto a la ventana. La noche anterior se había acostado muy tarde. Karin estuvo en su casa y bebieron vino hasta las tantas. La noche había merecido la pena. Lo que más disfrutaba era que se tumbara a su lado y se apoyara en su brazo cuando se iban a dormir. Sentirla cerca y notar el calor de su cuerpo junto al suyo.

Aunque era domingo, el forense le había prometido encargarse del cuerpo cuanto antes y enviarle un informe provisional a lo largo del día. Mientras, se puso a echar un vistazo a las fotografías de Sanna Widding.

¿Quién era aquella mujer? ¿Por qué la habían asesinado? Además, había sucedido en unas circunstancias extrañas; entre ellas, la existencia de un arma homicida puntiaguda y el hallazgo de un poema. Pensó en que tal vez la venta de la granja tendría que ver con su muerte, pero también sopesó la posibilidad de que el hecho de que la hubieran asesinado allí fuera una mera coincidencia. El equipo seguía trabajando sin descanso para trazar un mapa esquemático de su vida. Sus padres y su hermana residían en Visby. Participaba activamente en la conocida asociación de deportes Friskis & Svettis y tenía un gran círculo de amistades. Por ahora, la policía no había hallado nada relevante al respecto, pues todos los que conocían a Sanna Widding hablaban bien de ella y nadie había notado nada peculiar.

Los pensamientos cesaron en cuanto sonó el teléfono. Era Viveka Lindahl, del Instituto Forense. Reconoció de inmediato aquella voz seca y prudente.

—Buenas, estaba pensando en darte el informe provisional por aquí directamente. Aunque, de todas formas, también te lo enviaré más tarde.

Knutas se acomodó en la silla de su despacho, se hizo con un bolígrafo y papel y se puso las gafas de leer.

—Genial —añadió en un tono entusiasmado—. Te lo agradezco.

—Se puede decir que la causa de la muerte ha sido una hemorragia cerebral causada por una explosión en el cerebro. Aunque eso suene un poco desagradable.

»Podemos confirmar que le han disparado con una pistola de bala cautiva o algo parecido. Es un arma que se utiliza para matanzas; concretamente, un cartucho de ocho milímetros le ha penetrado ambos hemisferios del cerebro y eso ha sido lo que ha causado la hemorragia. Lo más

probable es que muriera en el acto, así que el presunto autor sabía perfectamente cómo proceder. Por lo tanto, en este caso, se trata de una persona con experiencia en armas para sacrificar animales.

—¿Y quiénes utilizan ese tipo de pistolas? —preguntó—. ¿Veterinarios y ganaderos?

—Sí, bueno, y también los que se dedican profesionalmente a sacrificar animales de mayor tamaño. Es un arma que suele encontrarse en la mayoría de las granjas. Muchos granjeros sacrifican a sus animales sin pedir ayuda externa, así que podría tratarse o bien de un granjero o de alguien que preste ayuda en las granjas y que haya utilizado estas armas antes. Me resultaría difícil creer que el asesino sea alguien sin experiencia al respecto, justo porque se trata de una pistola muy particular.

—¿El cadáver no presenta heridas o signos de abuso sexual?

—Negativo. No hay signos aparentes. Te proporcionaremos más detalles cuando terminemos con el informe forense completo. Solo quería confirmarte el arma que se utilizó.

—Perfecto, entonces. Muchas gracias.

EL COMISARIO SE quedó un rato mirando por la ventana y empezó a recordar algunos casos de años anteriores. En primer lugar, un hombre de Mellerud, en la provincia de Dalsland, le disparó a su vecino también con una pistola de bala cautiva mientras dormía, y la víctima había permanecido tumbada y ensangrentada durante horas antes de morir. Por otra parte, ese mismo año en Luleå, al norte de Suecia, un hombre le disparó a su exmujer en el cuello con el mismo tipo de arma, y sus dos hijos pequeños presenciaron el asesinato. Se estremeció solo de pensarlo; aún recordaba las fotos que se publicaron en el periódico. Solo tenía veinticuatro años.

Y ahora esto. Lo primero sería revisar todas las granjas de los alrededores de Bunge y del norte de la isla, y no descartaría inspeccionar las de Fårö. En ese mismo instante se preguntó si Julia Ramberg tendría una pistola para sacrificar animales...

Acto seguido, agarró el teléfono para hacer otra llamada.

EL SOL BRILLABA con fuerza, se mecía una brisa cálida y una hermosa luz primaveral bañaba los campos y prados de alrededor. Ya era hora de que llegara el verano. Después del largo y duro invierno, tras meses cubiertos por una neblina plomiza, parecía difícil imaginar que por fin saldría el sol y que la belleza y el calor volverían a embriagarlo todo. Knutas bajó la ventanilla y respiró hondo. Tenía curiosidad por ver la granja de Gäustade de la que todos hablaban, pues solo había visto una parte de ella desde la carretera cuando se dirigía a Bunge o a Fårösund. Pero no era la primera vez que había oído aquel nombre. Los agentes de la científica estuvieron inspeccionando la vivienda y hallaron dos pistolas de bala cautiva entre otros objetos que requisaron. Además, Julia Ramberg había afirmado que sabía utilizar el arma.

El comisario sugirió que le hicieran el interrogatorio en la granja, por lo difícil que le resultaría a Julia dejar los animales sin supervisión, y se sintió aliviada al pensar que así además evitaría ir en coche hasta la comisaría de Visby y meterse en una salita con una taza de café aguado en la mano. Knutas lo comprendía e incluso pensaba que probablemente le contaría más detalles en su entorno familiar que dentro de una comisaría de policía. Podría decirse que Julia Ramberg era la protagonista del caso, puesto que la granja, de cuya venta Sanna Widding se había encargado, le pertenecía y el asesinato se había producido dentro de su cobertizo; quedar con ella en aquel lugar era relevante para la investigación.

ANDERS SE SENTÍA genial al volante de su viejo Mercedes mientras escuchaba un CD de su dúo favorito, Simon & Garfunkel. Puso la mano en la palanca de cambio, salió de Visby y se dirigió al norte, hacia Fårösund. No había nada que le impidiese disfrutar de aquel viaje en el que tan solo iban él, su coche y la música. Necesitaba salir, y últimamente se había vuelto más sensible al respecto. A menudo se sentía atrapado en su despacho, atrapado entre paredes apretujadas, estanterías y pasillos que daban a múltiples salas dispuestas sucesivamente. Se esperaba de él que estuviera siempre disponible en la silla de su escritorio, que se quedara dentro del departamento de delitos y tuviera una respuesta a mano para todo el que llamara para preguntarle cualquier cosa. Allí, pegado como una araña en su tela mientras percibía los resultados de los hilos de malla tupida que iba tejiendo al tiempo que se acercaba a cada vibración que se producía, interpretaba cada movimiento, se hacía una idea general de los sucesos, repartía órdenes y tomaba decisiones. Pero no siempre podía soportarlo.

Pasó Tingstäde y Lärbro y dejó atrás la salida hacia el pantano de Bästeträsk, donde el día anterior hallaron el cuerpo de Sanna Widding. Salió de la carretera principal. Justo antes de la iglesia de Bunge se encontraba la granja de Gaustäde. Aparcó delante de la fachada, salió del coche, estiró el cuerpo y respiró el aire fresco hasta lo más profundo de sus pulmones. Quedó fascinado al contemplar aquel hermoso conjunto labrado en piedra. Observó la negra placa de hierro de la fachada, que revelaba que aquella construcción era patrimonio histórico.

Accedió por un viejo portón y una mujer con botas de goma y mono de trabajo azul se acercó a la entrada para recibirlo. Una trenza de color rubio platino le caía sobre la espalda.

—¿Es usted Julia? —preguntó Knutas. La mujer le estrechó la mano con una fuerza que desde luego no se esperaba.

—Sí, soy yo.

Se presentó. Julia Ramberg era una mujer de baja estatura y de tez pálida, se la veía agotada físicamente, pero con una mirada firme a pesar de todo.

—Vengo del cobertizo precisamente, aunque supongo que ya lo habrá visto.

—Así es, aunque no he echado un vistazo a la habitación del pienso ni al lugar donde encontraron el poema, así que me gustaría verlo.

—De acuerdo, podemos empezar por ahí.

De repente, apareció de la nada un border collie que decidió seguirlos y bajar con ellos por el camino.

—Es *Mio*, mi querido *Mio* —añadió Julia con una risa tímida—. El mejor perro guardián que uno pueda imaginarse. Y el mejor amigo. No sé cómo podría arreglármelas sin él.

Julia se agachó y se puso a darle mimitos al perro que, ansioso, enseguida comenzó a lamerle la cara.

El hombre se inclinó hacia el can para darle una palmadita como muestra de amabilidad, pero este lo ignoró por completo.

—Es algo receloso con los extraños —aclaró Julia—. Por eso, también es un perro guardián excelente, lo cual resulta reconfortante para una mujer que vive sola en mitad de la nada.

—Ya veo —añadió Knutas—. Aunque yo es que soy más de gatos.

En el momento en que mencionó aquello, ambos se miraron a los ojos y Knutas notó una punzada de dolor. Hacía mucho tiempo que no pensaba en *Elsa*, su querida y vieja gata, que ya no estaba en el mundo.

—¿Está usted bien? —preguntó Julia.

—Sí, sí —respondió él mientras afirmaba con la cabeza.

—¿Su gato murió?

—¿Cómo lo ha sabido?

Knutas quedó sorprendido con la pregunta.

—He notado su reacción. ¿No ha pensado en tener otro?

—Pues, no. ¿Cree que debería hacerlo?

—¿Por qué no? —respondió la mujer mientras el comisario observaba cómo acariciaba al perro con ternura cuando este alzó la cabeza para buscar su atención.

Tal vez fuese buena idea. Quizá debería tener otro gato.

—Algunas ovejas están todavía dentro con sus crías —explicó Julia cuando abrió la puerta del cobertizo—. Pero la mayoría están fuera. El periodo de apareamiento comenzó algo tarde este año, no sé por qué.

—¿Cuántos corderos hay en la granja?

—Pues tendré unas trescientas ovejas y los corderos recién nacidos probablemente serán unos cincuenta en total.

Julia entró primero en el cobertizo y de pronto los recibieron los balidos a todo volumen. Abrió una puerta de madera agrietada y ambos entraron en una especie de habitáculo en el que se almacenaban la comida, los materiales y las herramientas, y que contaba con una diminuta sala de estar. Una mesa mugrienta, un armario antiguo, un refrigerador y una cafetera polvorienta eran la prueba de que aquello era una zona de descanso, pues estaba repleta de bolsas de comida, palas y mangos, mantas, cubos y ganchos con diferentes herramientas. Julia señaló una pared que tenía un tablón de anuncios colgado con varios recordatorios, entre ellos, el teléfono del veterinario, el del matadero y el del herrero.

—¿También tiene caballos? —preguntó Knutas.

—Sí, tengo dos caballos islandeses. Normalmente están fuera todo el año, los tengo en un prado cercado que está algo alejado de aquí. Así que, por desgracia, tampoco puedo hacer mucha equitación durante el invierno.

Julia señaló la pared que había junto al tablón.

—Ahí estaba el fragmento del poema escrito. Con caligrafía a mano.

—¿Y está segura de que no lo había visto antes?

—Al cien por cien —dijo en un tono sereno.

—¿Quién cree que ha podido colgar el poema ahí?

Julia se paró a pensar en la pregunta.

—Llamé por teléfono al veterinario antes de irme a la ciudad el viernes y no había nada junto al tablón. Serían las cuatro de la tarde. La persona que lo puso ahí lo hizo después de que yo me fuera. Si hubiera estado ya en la pared cuando vine a llamar por teléfono, me habría dado cuenta, eso se lo garantizo.

—Y Sanna Widding vino alrededor de las cinco —añadió el comisario mientras se frotaba la barbilla y paseaba la mirada por aquel cuchitril sin ventanas. Los agentes de la científica ya habían estado allí y no habían encontrado nada relevante, exceptuando unas huellas de zapatos, que coincidían con las que hallaron junto al pantano. Además, habían identificado las huellas de neumático de un coche de gran tamaño que podrían ser las de una camioneta.

—¿Creen que...?

Julia se detuvo, pues en cierto modo no sabía cómo formular la pregunta.

—Todavía no creemos nada con certeza —respondió Knutas contradiciéndose, pues solo podía pensar en el presunto autor. Aun así, ¿por qué precisamente un poema y por qué lo había escrito a mano?

Se giró hacia Julia.

—¿Le gusta la poesía?

Negó de inmediato con la cabeza.

—No, ni siquiera tengo tiempo para ponerme a leer un libro. Me levanto a las seis de la mañana todos los días y tengo muchísimo que hacer. Apenas me da tiempo de leer el periódico y cuando me acuesto por las noches ya estoy demasiado cansada.

—¿Tiene alguna idea de por qué alguien le dejaría un poema escrito?

—Pues, sinceramente, no.

—¿Tiene novio?

Julia Ramberg pestañeó al oír la pregunta. El silencio duró unos cuantos segundos antes de que soltara la respuesta.

—No, no tengo.

—¿Sale con alguien?

—No, en estos momentos, no. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

Anders notó que su voz adquiría más seguridad en la última respuesta. Había algo que no encajaba y decidió mirarla fijamente en lugar de rendirse.

—¿Quién fue la última persona con la que estuvo?

Se sobresaltó de repente. A juzgar por aquel gesto parecía que no estuviese dispuesta a responder.

—No entiendo qué tiene que ver esa pregunta con todo esto.

—Cualquier cosa que tenga que ver con usted puede ser relevante en estos momentos.

—Hace muchos años de mi última relación.

—Está bien.

La actitud más bien impasible que había adoptado Julia Ramberg hizo que Knutas zanjara el tema. De pronto se estremeció, pues hacía frío en el cobertizo y no llevaba la ropa adecuada.

—¿Podemos volver a la casa y sentarnos allí?

—Por supuesto —dijo ella—. Así preparo café.

Cuando salieron de aquel lugar, el comisario echó un último vistazo a la pared vacía que había junto al tablón antes de que la puerta se cerrara.

Al cabo de un rato, se sentaron en la cocina junto al fuego crepitante que provenía de la estufa de leña. Le enseñó la casa y el policía quedó impresionado. Sin duda, era el conjunto rural más hermoso de Gotland.

Después de que le sirviera el café y un pedazo de bizcocho bien generoso, se atrevió a preguntarle acerca del altercado sobre la granja. Ella le contó el desacuerdo entre ella y sus hermanos, y expresó su tristeza al verse obligada a vender la granja.

—Ojalá Elias estuviera vivo todavía —culminó la frase con un suspiro—. Las cosas habrían sido distintas.

—¿Elias era su hermano menor?

—Sí, murió hace diez años en Chile, en un accidente de escalada. Nunca hallaron el cuerpo.

—Lo siento mucho. Por lo que tengo entendido, tenían un vínculo muy estrecho, ¿verdad?

—Así es, el vínculo de dos hermanos —aclaró Julia a la vez que empezaron a brillarle los ojos.

Sintió pena por ella; era obvio que le resultaba doloroso hablar de su hermano.

—¿Y tiene alguna idea de lo que puede haber detrás del asesinato?

—No, no me imagino la causa.

—Vive sola, ¿verdad?

—Sí, desde que murió mi padre. Bueno, y está *Mio*, claro —dijo mientras acariciaba al perro, que estaba tumbado junto a sus pies—. Y las ovejas.

—¿Nunca se ha casado ni ha tenido hijos?

—No.

Julia se mostró a la defensiva con la pregunta anterior, así que Knutas cambió de asunto.

—¿Ha notado algo extraño últimamente? ¿Alguna persona nueva que haya conocido u otra cosa en particular?

La mujer se quedó dubitativa unos segundos antes de responder.

—Sí; de hecho, hay algo que me llamó la atención.

—¿De qué se trata?

—El otro día, cuando me desperté, me pareció ver a alguien merodeando por la antigua cilla. Me resultó muy extraño, ya que nunca pasa nadie por allí y, precisamente, se encuentra dentro de nuestro terreno. Al principio pensé que me lo habría imaginado, pero volví a comprobarlo y, efectivamente, había alguien allí, estoy segura.

—¿Dónde está la cilla?

—Se la enseño.

Julia se levantó para abrir la puerta de la cocina que daba a la otra parte del jardín. Cruzaron el

terreno de la granja y se alejaron hacia un camino cubierto de maleza que conducía a una pequeña casa de piedra con una vieja puerta en ruinas.

—Aquí era donde antiguamente se secaba el lino. No se ha vuelto a utilizar desde que tengo uso de razón. La construyeron y, desde entonces, aquí sigue, aunque la verdad es que necesita alguna que otra reforma.

A Julia se le escapó una risa tímida.

—¿Dónde vio a esa persona exactamente?

—Pues justo aquí detrás. Lo vi asomarse por el lateral un par de veces y luego desapareció.

—¿Está segura de que era un hombre?

La mujer tardó unos segundos en responder.

—Sí... Bueno, no lo sé. Di por hecho que era un hombre. En realidad, no sé por qué. Si fuera una mujer, sería bastante corpulenta y llevaría una ropa más bien masculina.

—¿Cómo era?

—Ay, es que no sé lo que el hombre, o mujer, llevaba puesto en ese momento. Era ropa oscura, nada más.

—¿Algún otro detalle? ¿Estatura? ¿Color de pelo?

—No, estaba demasiado lejos. Lo primero que pensé fue que podría ser un cordero, pero después me di cuenta de que era una persona.

—¿Cuándo sucedió eso exactamente?

—El viernes por la mañana. Serían las ocho. No había pegado ojo en toda la noche, así que me quedé en la cama tumbada más de lo habitual. Mis hermanos y yo íbamos a quedar por la tarde para hablar de la granja y estaba bastante nerviosa.

—Entiendo —dijo el comisario y sacó su teléfono.

Tendría que avisar a la policía científica para que regresara a aquel lugar cuanto antes, pues existía la posibilidad de que Julia Ramberg hubiera visto al asesino.

LA INMOBILIARIA WISBY Mäklari estaba en el centro de Visby, en la cuesta que subía hacia Österport, una de las principales puertas de la muralla de la ciudad. Tenía grandes ventanales que daban a la calle transitada de Hästgatan. Wittberg y Karin habían salido de la comisaría para dirigirse hasta allí. Se tardaba diez minutos a pie y, al ser domingo, el jefe de la inmobiliaria no tenía problema alguno, o eso dijo él cuando Karin lo llamó. Era un día de trabajo normal para los agentes inmobiliarios y un hombre de unos sesenta años trajeado y con una mirada seria los recibiría a ambos. Se presentó como Lennart Skoglund.

Había otros dos agentes ocupados hablando por teléfono desde sus escritorios; ambos miraron a Wittberg y a Karin una sola vez y asintieron con la cabeza cuando pasaron junto a ellos. En una esquina, cerca de la ventana, observaron que había un escritorio vacío con un ramo de flores y una vela encendida, y supusieron que era el de Sanna Widding.

Lennart Skoglund les pidió que lo acompañaran a su despacho.

—Hemos venido para recopilar más información sobre el trabajo que hacía Sanna Widding y sobre la granja que está en venta —comenzó Karin.

—De acuerdo —respondió Lennart con un suspiro—. Como es lógico, estamos muy consternados por lo que ha ocurrido. No sé qué decir ni qué pensar. He sopesado la idea de cerrar la inmobiliaria para siempre, porque no sé cómo voy a poder seguir trabajando después de esto.

Karin y Wittberg intercambiaron miradas. Ninguno de los dos se había parado a pensar en las consecuencias que aquello podía tener para la empresa, pues que hubieran asesinado a una agente inmobiliaria mientras hacía su trabajo era un golpe desagradable y durísimo.

—¿Podría describirnos a Sanna Widding? ¿Cómo era? —le pidió Karin.

—Pues, en cierto modo, fui yo el que la convenció para que volviera a la isla y trabajase para mí. De no haber hecho tal cosa, tal vez hoy día seguiría con vida.

Lennart Skoglund sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se sonó la nariz con fuerza.

—Pues no sabíamos nada de eso —añadió Karin—. Empecemos con la granja que está ahora mismo en venta. ¿Qué información tiene sobre ella?

—La granja de Gaustäde es el conjunto arquitectónico más singular de toda Gotland y me siento orgulloso de llevar a cabo la gestión de la venta. Me alegré de habérsela ofrecido a Sanna. Pero si me pongo a mirar atrás...

La voz enmudeció y un reflejo de dolor apareció en sus ojos cuando de pronto miró a los dos policías.

Karin pensó en que aquello tardaría su tiempo en procesarse y sintió compasión por el gerente.

—¿Sabe si Sanna había recibido algún tipo de amenaza? —preguntó Wittberg—. ¿Había notado algo extraño últimamente?

—No, que yo sepa. Existen desavenencias con respecto a la venta de la granja. Julia no quiere que se venda por razones evidentes, ya que vive allí. Pero no le quedó más remedio que ceder ante sus dos hermanos, que desean justo lo contrario. A Sanna eso la preocupaba. Como agentes inmobiliarios, lo único que queremos es que todas las partes involucradas en la venta se pongan de acuerdo, aunque a veces no pueda ser así.

»Me cuesta creer que hayan asesinado a Sanna solo por ser la encargada de realizar toda la gestión.

—¿Qué tal era como trabajadora?

—Sanna y yo no tardamos mucho en formar un equipo de confianza. Había comenzado en la empresa hacía poco, aunque yo llevaba años ilusionado con la idea de que trabajáramos juntos.

La voz enmudeció de nuevo.

—¿Alguna vez ha habido amenazas contra algún agente inmobiliario? —preguntó Karin.

—Bueno, a veces te encuentras con gente a quien le sienta mal algo en particular o se molesta por algo. Desde luego, siempre hay sentimientos mezclados en la compraventa de propiedades. Pero amenazas en sí creo que no ha habido ninguna.

—¿Qué nos diría sobre la forma de ser de Sanna?

El rostro de Lennart Skoglund esbozó un gesto de ternura.

—Era una persona muy agradable. Aparte de ser trabajadora y comprometida con sus deberes, era una persona que inspiraba confianza y tenía algo que hacía que la gente se sintiera cómoda en su compañía. Por supuesto, eso le daba una enorme ventaja a la hora de trabajar como agente inmobiliaria. Transmitía mucha confianza. No me imagino cómo alguien ha sido capaz de hacerle daño.

—¿Cuál fue la impresión que le dio en cuanto a su vida familiar?

—¿De Georg? Hace mucho tiempo que no nos vemos, aunque vino aquí un par de veces a recogerla. No es que Sanna y yo habláramos de nuestra vida privada...

—¿Notó alguna vez signos de maltrato en Sanna?

Lennart Skoglund se estremeció de repente. Parecía francamente sorprendido.

—¿Por qué iba a hacerlo? Quiero decir... ¿es que acaso sufrió malos tratos?

—No podemos decir nada al respecto porque aún se están llevando a cabo labores de investigación —dijo Karin.

—Pues, de ser eso cierto, lo ocultó muy bien.

—¿Algo más que pueda mencionar acerca de su familia o sus amigos o de otro aspecto de su vida?

—No mucho. Sus padres se pasaron una vez por aquí para saludarla y a veces almorzaba con su hermana. Solía quedar con alguna compañera después de trabajar para ir al cine o salir a cenar. Y me consta que iba a entrenar al club deportivo Friskis & Sveltis, solía aprovechar la hora de descanso al mediodía para ir allí. Como no llevaba mucho tiempo trabajando aquí, tampoco sé con certeza lo que hacía en su vida privada.

—Está bien, tenemos suficiente información por ahora —concluyó Karin—. Póngase en contacto con nosotros si recuerda algún dato relevante para la investigación. Cualquier detalle que tenga que ver con Sanna puede interesarnos.

—La policía ya estuvo aquí y requisó su ordenador y todo el material de trabajo, así que me temo que probablemente no haya mucho más que hacer. Lo siento.

Lennart Skoglund se encogió de hombros con un gesto de rendición.

—Nos ha sido de mucha ayuda. Contactaremos con usted si hay alguna novedad.

Al salir de la inmobiliaria, una mujer pelirroja de unos treinta años se acercó a ambos.

—Disculpen —intervino—. Mi nombre es Elvira Strömberg. Estuve prestando declaración, como el resto de mis compañeros, pero estaba en tal estado de *shock* que apenas me salían las palabras ni recordaba ningún detalle en particular sobre Sanna. Pero ahora mismo acabo de caer en algo. ¿Tienen un momento?

Veinticinco años antes

JULIA LO VIO irse corriendo cuando sonó la sirena del recreo. Cruzó la puerta principal del edificio a toda prisa, sin mirar atrás. Habían quedado en encontrarse junto al árbol grande. Pero nunca apareció y tampoco llegó a saber el porqué. Al final decidió irse sola a casa.

Se detuvo en el jardín, la mochila le pesaba. Las correas eran demasiado estrechas y las asas se le escurrían constantemente. Tenía la esperanza de que alguna vez se le quedaran en la misma posición. Se percató de que Elias no estaba sentado en el porche como de costumbre. De repente se abrió la puerta, pero tampoco apareció Elias, sino Maria, su hermana mayor. Se había arreglado para salir, llevaba una falda vaquera que le llegaba a las rodillas, el pelo recogido en una cola de caballo y un pañuelo de seda en tonos dorados en el cuello, que se movía con elegancia al compás de sus pasos. A Julia le parecía que estaba preciosa con el pelo rubio y los ojos azules.

—¿Sabes dónde está Elias? —le preguntó.

Maria no dijo nada, respondió encogiéndose de hombros y entornando los ojos, como si aquella fuera la pregunta más estúpida que hubiera oído. A Maria le importaban un comino sus hermanos pequeños, a Julia nunca le había prestado atención, ni siquiera había mostrado un mínimo interés por ella. Más bien era Julia quien miraba a hurtadillas a Maria, la observaba y la admiraba.

Se dio la vuelta y vio a su hermana mayor, que se detuvo junto a la bicicleta que había dejado junto a la fachada. Se montó en el sillín, emprendió la marcha y pisó con fuerza los pedales al cruzar el portón principal.

—Hasta luego —se despidió Julia haciéndole señas con la mano levantada.

Maria no respondió. Julia abrió la puerta para entrar en la casa y, en ese momento, pudo oír el sonido de las ruedas de la bicicleta al pisar la gravilla.

—Ya estoy en casa —gritó.

—Hola —se oyó la voz de su madre desde la cocina.

Estaba de espaldas, apoyada en la encimera.

—¿Has visto a Elias? —preguntó Julia.

—No, ¿no volvíais juntos a casa después del colegio?

—Hoy no —respondió.

—Pues seguro que estará en su cuarto.

Subió las escaleras corriendo.

Abrió la puerta del cuarto de su hermano y tampoco estaba allí. La cama estaba deshecha y con las sábanas a un lado. La almohada tenía una marca hundida; probablemente habría dormido con la cara en esa posición.

Julia entró en la habitación, tocó la funda de la almohada y notó que seguía algo húmeda.

«Pobre Elias —susurró para sus adentros—. ¿Dónde te habrás metido?»

Entonces se asomó a la ventana y, de pronto, lo supo.

LA PUERTA DE la antigua fragua chirrió al abrirse. Allí dentro, las llamas de la chimenea ardían y dibujaban figuras hermosas contra las paredes robustas de piedra caliza llenas de humedad. Vio a

su hermano sentado en el suelo, inclinado y concentrado con una hoja de papel, y no se dio cuenta de que ella había entrado.

Decidió asomarse para así poder ver los dibujos que había colgado en las paredes. Observó que todos tenían los mismos motivos: un niño pequeño con el pelo rubio y rizado, precisamente como él, con unas alas que le salían de la espalda.

Después se acercó a su hermano, se sentó en el rincón a su lado y se puso a despeinarlo.

—¿Qué haces? —preguntó señalando todos los dibujos que había en la pared—. ¿Por qué dibujas lo mismo en tantas hojas?

—No me gustó mucho el primero, me salió muy mal.

Ella lo miró con gesto interrogante.

—Pero ¿por qué tiene alas?

—Es Ícaro —respondió.

—¿Y quién es Ícaro?

—Es un niño que tiene alas. Su padre se las hizo para que pudiera escapar volando de sus enemigos. Pero mientras volaba se acercó demasiado al sol y se le rompieron las alas, cayó al mar y se ahogó. Si no se hubiera acercado tanto al sol, no habría muerto y las alas lo habrían salvado.

Julia lo abrazó con fuerza.

—Elias —le susurró al oído—. ¿Han vuelto a portarse mal contigo hoy? ¿Por eso te has ido corriendo a casa y no has querido esperarme? ¿Por eso no estabas junto al árbol grande?

El niño asintió y ella se notó algo húmedo en el brazo.

—Si hubiera tenido las alas, no habría pasado nada. No tendría que salir siempre corriendo a toda prisa.

—Si tuvieras alas, podrías haber volado alto en el cielo y nadie te habría hecho daño —dijo mientras abrazaba a su hermano aún más fuerte—. Habrías volado muy pero que muy alto.

—Bueno, pero no demasiado —la interrumpió.

ELVIRA STRÖMBERG PARECÍA estar algo nerviosa.

—Prefiero no hablar aquí en la oficina. ¿Les importa que vayamos a la cafetería de enfrente?

Hablaba en un tono bajito, sin perder de vista el despacho del jefe, como si tuviera miedo de que fuera a abrir la puerta y a verla hablando con los dos policías.

—Vayan ustedes primero y ahora iré yo. Denme diez minutos.

Karin y Wittberg se detuvieron delante de la entrada de la inmobiliaria y este le echó un vistazo a su reloj.

—Tengo que irme a seguir trabajando.

—De acuerdo, me apaño con ella.

—Desde luego, espero que sí —dijo Wittberg con risa burlona—. Llámame si quieres, si te cuenta algo importante.

—¿Y te vienes como una flecha o a qué te refieres?

—A ver, no es que tenga que venir —aclaró—, pero tengo curiosidad, y el día tiene muy pocas horas. Así que... Mala combinación.

—Te mando un resumen por correo electrónico.

—Ni lo intentes —dijo guiñándole el ojo.

KARIN SE SENTÓ en la cafetería con una taza de expreso doble y un vaso de agua. Justo cuando se disponía a probar el café a sorbitos, vio que Elvira entraba por la puerta. Era un lugar grande, bastante conocido y concurrido, y los domingos por la tarde se llenaba de familias y grupos de amigos que iban allí a merendar. Karin le hizo una señal con la mano y Elvira la identificó, le devolvió la señal con una sonrisa a regañadientes y se abrió paso entre las mesas, disculpándose cada vez que pasaba al lado de alguien y lo rozaba.

—¿Está sola? —preguntó mientras se acomodaba y colocaba la chaqueta con cuidado en el asiento vacío de al lado.

Karin percibió una decepción en su tono de voz. ¿Ya la habría hechizado Wittberg?

—Espero que no le importe —respondió Karin—. Como imaginará, tenemos muchas cosas que hacer.

—Sí, sí, lo entiendo perfectamente.

—No sabía qué quería.

Por un momento, la mujer de la inmobiliaria miró a Karin como si no entendiera muy bien a qué se refería exactamente.

—No, no quiero nada, yo tampoco tengo mucho tiempo.

Karin observó que la joven tenía una actitud ansiosa. «Elvira, qué nombre tan extraño», pensó. El nombre le sonaba algo arcaico y solo podía asociarlo a mujeres corpulentas sacadas de alguna antigua película sueca que vestían atuendos típicos de la época. ¿Cómo se llamaba esa actriz...? ¿Julia César? Aunque la Elvira que estaba sentada frente a ella se veía diferente. Era una mujer refinada, vestida de negro y con los labios pintados de rojo.

—Me gustaría que lo que voy a contarle quedara entre nosotras —añadió Elvira Strömberg en voz baja.

Se inclinó hacia adelante y miró a Karin.

—Si es algo importante para la investigación, es mi deber contárselo a mis compañeros.

—Por supuesto, eso lo entiendo. Pero no quiero que diga que he sido yo quien le ha dado esa información. Podría ser un tema delicado, sobre todo en el trabajo. No sé si me entiende.

—Bueno, cuénteme lo que tenga que decir y ya gestionaremos los datos lo mejor que podamos.

—Creo que el jefe, o sea, Lennart, está enamorado de Sanna. Perdón, quiero decir, estaba enamorado de Sanna. Me cuesta hablar de ella en pasado. Es que hace tan poco tiempo que la..., Bueno, nos...

—¿Tenía buena relación con ella?

—Éramos muy buenas compañeras, si es eso lo que pregunta. A pesar de compartir oficina, solíamos salir a comer juntas o a merendar, entre otras cosas. Pero fuera del trabajo no nos veíamos mucho. Al parecer tenía mucha tarea con la casa y su marido...

—¿Qué le hace pensar que Lennart estaba enamorado de Sanna?

—Fue ella quien me lo contó. Es más, Lennart la convenció para que lo dejara todo y se viniera a la isla. Además, creo que tenía mejores condiciones laborales que nosotros, a pesar de que se negara a reconocerlo. Ya desde un principio se interesó por ella. A Sanna le resultaba bastante embarazosa toda esa situación.

—¿Intentó ligar con ella enseguida?

—Desde el primerísimo día. Le hacía la pelota, la invitaba a almorzar y se le veía constantemente interesado en su vida y en cómo le iban las cosas.

—Pero ¿Lennart no estaba casado?

Elvira Strömberg entornó los ojos.

—Como si eso fuera suficiente para impedir que un hombre se insinúe a otra mujer. Son todos iguales.

A Karin le acudió a la mente el rostro de Anders en aquel momento. «Bueno, todos no —pensó—. Anders no.»

—¿Sabe si se veían fuera del trabajo?

—Lennart había invitado a Sanna en varias ocasiones a una de esas cenas de trabajo. Insistía en que era tradición en la empresa y en que lo hacía con todos los nuevos. Pero a mí nunca me han invitado a un evento de esos.

—¿Y cómo se comportaba él en esas ocasiones?

—Bueno, no es que la bombardeara tampoco, exceptuando la última vez. Nos dieron las tantas en el restaurante y, después de eso, le apetecía seguir de marcha. Quería irse a otro sitio a por la última copa de la noche. Llevaba una buena cogorza e intentó besarla cuando se despidieron. Así que, después de aquello, Sanna lo rechazaba todas las veces que él le proponía salir.

—No me diga —añadió Karin y se inclinó hacia adelante mostrando interés—. ¿Cuándo pasó eso?

Elvira se quedó pensativa unos segundos.

—Pues hará un par de meses.

—¿Y después no ocurrió nada más?

—No, que yo sepa.

—¿Notó algo en particular en el trabajo?

—No mucho, aparte de que parecía haberse tranquilizado y que la había dejado más en paz.

—¿Su marido se percató de esas insinuaciones?

—Pues claro. Sanna nunca se atrevería a salir a comer con alguien sin decírselo a él primero.

Georg era bastante controlador con ella, la llamaba siempre, en cuanto no aparecía por casa a la hora exacta que le había dicho, y además hablaban por teléfono varias veces al día. Una vez estuvo en una fiesta de antiguos compañeros de clase en el Palacio de Congresos y Georg se dedicó a perseguirla todo el rato como si fuera su sombra.

—Ya veo. ¿Alguna vez le habló Sanna de lo celoso que era su marido?

—Sí, precisamente aquella vez que me contó que Lennart se le había insinuado. Había pescado a Georg espiándole el teléfono, bueno, o el correo electrónico, Facebook o Dios sabe qué. Daba igual que ella no le diera ni un solo motivo para que él se pusiera celoso o dudara de su fidelidad. Él era así. Por darle un ejemplo, podía pasarse toda la noche poniendo mala cara por el hecho de que Sanna hubiera sido simpática con el dependiente de una tienda o le hubiera sonreído a algún conocido por la calle.

Karin se acordó en ese momento de la explicación que Georg Widding le había dado sobre el motivo por el que se produjo aquel maltrato físico unos años atrás. La razón fue que Sanna se había puesto celosa al verlo bailar con otra mujer y, obviamente, había suficientes datos para dudar de su versión de la verdad. Tal vez fuera al contrario, si lo que Elvira Strömberg afirmaba, era cierto. La compañera de Sanna daba la impresión de ser una persona sincera y directa. Por lo tanto, era poco probable que estuviese mintiendo.

—¿Cree que Georg también tenía celos de su jefe?

—Sí —respondió Elvira en un gesto pensativo—. Sin duda alguna.

FUE PURA CASUALIDAD, una coincidencia que estuvieran en ese mismo lugar a la vez. Sin haberlo planificado, de repente apareció entre el pan y la estantería del arroz y la pasta. Se había quedado fuera unos minutos mientras esperaba a que abriese la tienda. Quería ser el primero para evitar cualquier encuentro. Ahora no, todavía no. Tenía miedo de que alguien se fijara en él, de que alguien lo viera en su mirada; temía que alguna persona pudiera reconocerlo.

Miró hacia la salida, estaba a punto de dejar el carrito de la compra y marcharse de allí. Pero Julia ni siquiera lo vio, no alzaba la cabeza. Parecía que estuviese buscando algo.

Sin previo aviso, la mujer se detuvo. Se quedó helado, soltó el carrito y se escondió de prisa detrás de un estante. Ella se dio la vuelta y miró a su alrededor antes de continuar. Era como si hubiera sentido que estaba allí. De pronto, volvió a detenerse y se agachó para recoger algo del suelo antes de dirigirse hacia la caja para pagar.

Optó por irse de allí a toda prisa con las manos vacías; no podía seguir dentro de la tienda y arriesgarse. Se metió en el coche y se puso a observarla desde la distancia, gracias al enorme escaparate del local. Se agachó en el asiento para que no pudiera verlo.

Julia se acercó a la caja con una chaqueta que había encontrado. «Maldita sea», pensó. La había olvidado en la tienda. La había puesto en la barra del carrito y se le había caído al suelo. Y Julia la había recogido. ¿Cómo podría ir a buscarla sin que nadie se fijara en él? Desde luego, menudo idiota. Ansioso, se palpó el bolsillo a tientas; menos mal que no había perdido la cartera. Aun así, no podía recordar qué más llevaba en los bolsillos de la chaqueta. No se acordaba de nada, se le había quedado la mente en blanco.

Giró la llave y arrancó el coche. Tenía que volver a casa para así pensar qué iba a hacer, cuál sería la mejor opción, si ir a por la chaqueta o dejarla allí.

En ese momento, la vio salir de la tienda. Abrió el maletero del coche y se puso a colocar las bolsas de la compra.

Después, abrió la puerta y se sentó al volante. Sin pestañear ni un solo segundo, arrancó el vehículo y se marchó por la carretera principal. Decidió seguirla sin pensárselo dos veces.

JULIA TOMÓ LA salida que llevaba a la granja, así que redujo la velocidad para tomar la misma dirección que ella, pero prefirió pasar de largo y aparcar más allá del cobertizo, junto a un camino de grava, en mitad de la carretera. Mucho mejor, así ella no lo vería desde el jardín.

Salió del vehículo y cerró la puerta con cuidado para no hacer ningún ruido. Echó un vistazo a su alrededor para asegurarse también de que no había nadie cerca.

SE ESCONDIÓ DETRÁS de una esquina del granero para observar la escena. Julia salió al jardín con una bandeja, se sentó al sol y se sirvió el café en una taza azul.

De pronto oyó un ladrido que le hizo darse la vuelta y, entonces, vio al perro. No había pensado en eso y decidió agacharse poco a poco.

—Tranquilo, chuchó, tranquilo —susurró en un tono suave.

Intentó calmar al lindo perrito, pero fue en vano. No dejaba de gruñir y tenía las orejas hacia

atrás. Su intuición le decía que aquel individuo era un intruso. Los gruñidos empezaban a ser cada vez más fuertes e incluso mostraba los dientes.

Se giró para echar un vistazo detrás de la esquina. El corazón le latía fuerte y muy rápido. Julia estaba sentada en la terraza y de pronto se puso a mirar a su alrededor, como si estuviera buscando algo. Era imposible que lo hubiera visto, ni siquiera había mirado una sola vez hacia donde él estaba. Agarró una piedra grande del suelo y, acto seguido, el perro yacía en el suelo, junto a sus pies, sangrando y sin vida. «La que ha liado el maldito chucho.» Desde luego, no era culpa suya que Julia no hubiera criado mejor al perro.

Ella tendría que cargar con esa culpa.

KNUTAS PRESIDÍA LA mesa de la sala de conferencias en el momento en que llegaron los compañeros del equipo de investigación. Tomaron asiento uno a uno y se puso a observarlos mientras tanto. Él mismo había estado preparándose y tenía muchos papeles amontonados delante. Finalmente, miró a Karin antes de tomar la palabra.

—Espero que todos sepáis lo que vamos a hacer a partir de ahora —comenzó inclinándose hacia delante y dándole unas palmaditas a la pila de papeles—. Tendremos que hacer que crezca.

La risa se contagió por toda la mesa.

—Y para que nos sea más fácil aún, os he traído una sorpresa.

Knutas se enderezó e hizo un gesto con el brazo levantado.

De pronto, un hombre de gran estatura apareció en el umbral con una sonrisa de oreja a oreja. Ocupaba casi todo el hueco de la puerta con su imponente figura. Karin pegó un salto de la silla.

—¡Martin! —exclamó y se le lanzó al cuello.

—Supongo que no hace falta que os presente a Martin Kihlgård, del Cuerpo Nacional de Delitos —intervino Knutas.

Kihlgård era un compañero muy querido por todos, que había colaborado con la policía de Visby en más de una ocasión. Todas las personas que estaban a la mesa se pusieron a dar aplausos y gritos de alegría.

Anders miró a Kihlgård y este le devolvió una sonrisa y un gesto amable con la cabeza mientras, al mismo tiempo, Karin lo abrazaba como si no existiera nadie más.

—Qué alegría volver a verte, mi mujercita favorita —le dijo a Karin con la nariz metida entre los mechones de pelo.

Kihlgård era el único que podía hablarle de esa forma.

—¿Vamos a contar contigo para el caso del asesinato de la inmobiliaria? —le preguntó ella.

—Va a ser que sí, ya que no podéis apañaroslas sin mí —bromeó entre risas mientras le daba otro abrazo.

El resto de los compañeros se levantaron para saludarlo. Todos se alegraban de verlo, pues era evidente que Martin Kihlgård tenía facilidad para levantar la moral allá donde estuviese, además de ser un magnífico policía al que se le daba bien interrogar. Cuando terminaron de saludarse, tomó asiento y se puso a contemplar toda la sala.

—Knutte ya me ha puesto al día, así que estoy familiarizado con el caso. Pero vosotros hablad con total naturalidad, como siempre. Yo es que acabo de aterrizar. ¿Puedo pedirme algo para picar mientras tanto?

Karin empezó a reírse. A Martin no le gustaba estar muchas horas sin comer. Una vez le insinuó que tal vez fuera porque tenía problemas de azúcar en la sangre, pero Martin dijo que más bien era el azúcar la que tenía problemas con él.

Knutas llamó por teléfono para pedir cerveza y una tosta gigante para repartir entre todos los asistentes. Eran las cinco de la tarde y habían trabajado a un ritmo frenético desde muy temprano. A pesar de que aún no habían arrestado al autor del crimen, había muchas noticias nuevas. Karin comenzó a hablar sobre la visita a la agencia inmobiliaria y las insinuaciones a Sanna Widding por parte de su jefe.

—¿Quieres decir que las sospechas pueden apuntar a Lennart Skoglund por haber intentado

ligar con la víctima? —preguntó Lars Norrby con cierto tono dudoso—. Es un agente inmobiliario bastante conocido que goza de gran confianza de parte de sus clientes.

—Eso no implica que no se comporte como un cerdo cuando nadie lo ve —objetó Karin—. Es más, cualquiera puede ser sospechoso hasta que no encontremos al verdadero culpable.

Norrby frunció la boca.

—¿Lennart Skoglund ha prestado declaración? —intervino Kihlgård.

—Sí —respondió Knutas—. De hecho, ha reconocido abiertamente que estaba enamorado de Sanna Widding, pero que su amor nunca fue correspondido. Sanna se lo había dejado bastante claro y, según Skoglund, su marido no sabía nada al respecto.

—¿Debería haberse dado cuenta de todas formas? Como dicen que su marido es tan celoso... —prosiguió Kihlgård.

—Así es, eso dicen —añadió Knutas—. O quizá Skoglund no lo haya contado todo.

—Deberíamos hacerle algunas preguntas al marido, ¿no creéis? —insinuó Norrby.

—Estoy de acuerdo —asintió el comisario—. Es más, he pensado ir a verlo mañana. Quiero quedar en su domicilio y ver su reacción ante el esclarecimiento de los hechos. Tal vez eso pueda darnos más información.

—Mejor que vaya alguien contigo —propuso Karin—. No sabemos cómo puede reaccionar.

—Esa es la cosa —aclaró Anders—. Precisamente quiero obtener una reacción por su parte.

—¿Qué sabemos del registro de su domicilio? —preguntó Kihlgård al tiempo que miraba ansioso la bandeja que acababa de entrar con la comida.

No dudó en alcanzar una porción de la tosta gigante en cuanto la pusieron sobre la mesa.

—De momento, nada —resopló Knutas—. Al menos nada para seguir investigando.

—Entonces, ¿el marido no es sospechoso del crimen? —soltó Kihlgård con la boca llena.

—Pues, por ahora, no. Aunque lo cierto es que Sanna le puso una denuncia por presuntos malos tratos hace tres años, pero la cosa quedó ahí y no hay pruebas de que reincidiera. Al parecer, fue un caso aislado.

—Pues eso es raro —murmuró Martin mientras le daba otro mordisco a su porción—. Cuando uno se atreve a llegar a las manos la primera vez, no tarda en volver a hacerlo. Es por una mezcla de sensaciones que se producen. Aunque si dejamos al marido aparcado por un momento, ¿qué sabemos del resto de la vida de Sanna? ¿Qué hay de los padres, hermanos, exnovios? ¿Qué otras cosas hacía además de vender casas?

—Al parecer, no mucho —respondió Knutas, y se puso a hojear los papeles que tenía delante—. Todavía estamos interrogando a su círculo cercano y aún no hemos hallado nada significativo. Parece que era una persona normal y corriente, por no decir bastante aburrida. No se ha mencionado nada extraordinario. Solía ir a la asociación Friskis & Svettis, le apasionaban todo tipo de casas antiguas y dedicaba la mayor parte de su tiempo a su marido y a su hogar, cuando no tenía que trabajar.

—También puede que hubiera estado viéndose a escondidas con alguien —insinuó Karin.

—Eso está claro. Esperemos que pueda esclarecerse algo más al respecto.

—He estado pensando en el poema que encontraron en el cobertizo de la granja —continuó la subcomisaria—. ¿Puede que haya relación entre que la autora sea Karin Boye y que el poema hable de amor no correspondido? Además, era homosexual.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que crees que Sanna Widding era bollera? —preguntó Wittberg.

—¿Bollera? —repitió Knutas sorprendido.

—La carta está escrita a mano. Es un poema de amor —prosiguió Karin—. Y sí, Karin Boye

era bollera o bisexual, en todo caso. El que colgó el poema en la pared del cobertizo quiere decirnos algo o, más bien, quiere decirle algo a Julia Ramberg.

—Bueno, visto así... —dijo Knutas pensativo—. Yo no sabía que Karin Boye era homosexual. Ya he aprendido algo nuevo.

—Cultura general —resopló Kihlgård antes de dar un golpe en la mesa con la palma de la mano—. ¡Eso es! —exclamó con tanto entusiasmo que hasta las migas saltaron de felicidad. Abrió los ojos como platos y se puso a gesticular en cuanto comenzó a hablar—. Pensadlo bien. Sanna Widding se lio con Julia Ramberg; su marido, superceloso, las pilló y se puso como un energúmeno. No pudo soportarlo más y le quitó la vida a su mujer. Luego dejó aquello escrito en la granja de la amante para hacerla parecer sospechosa.

Entonces Kihlgård alzó las manos en un gesto triunfante.

—¡Ya está resuelto el caso!

Toda la mesa rio a carcajadas. Knutas ni siquiera pudo controlarse sin que se le escapara la risa.

—¿No crees que te has pasado un poco con eso? —preguntó.

—Seguramente, pero es una teoría interesante —insistió Kihlgård—. En realidad, puede que haya sucedido tal cual y que el tema vaya de un crimen pasional, simple y llanamente.

—¿Y para eso elegiría Georg Widding un arma tan basta y brutal como una pistola de bala cautiva? —argumentó Sohlman con voz dudosa.

—Tampoco debemos olvidar otras circunstancias importantes, como la venta de la granja, por ejemplo —sugirió el fiscal Smittenberg—. Por no mencionar las desavenencias entre los hermanos.

—Y yo me pregunto, ¿qué tendrá que ver Julia Ramberg en todo esto? —preguntó Wittberg con tono escéptico.

—Puede que la granja esté involucrada en este asunto, incluso si Julia no resulta ser la asesina —objetó Knutas—. Es probable que se trate de algo más complicado.

—¿Como qué?

—Sinceramente, no lo sé, pero no creo que tengamos que descartar nada por el momento.

—Está bien —intervino Karin dando unas palmadas—. Concretemos: ¿cómo podemos seguir avanzando?

Knutas se puso a mirar las notas que había en un tablero al fondo de la sala y en el que estaban colgadas las fotografías de todas las personas relacionadas con la investigación. Había, además, varias imágenes de la granja, del arma, del poema y de la agencia inmobiliaria. Pegó una nueva fotografía en la que aparecía Lennart Skoglund como presunto sospechoso y trazó una línea que unía su imagen con la de Sanna.

—Está casado, ¿verdad? —preguntó Sohlman por curiosidad.

—Sí, desde hace muchos años. Además, tiene tres hijos mayores —aclaró el comisario.

—Tal vez sea buena idea ir a hablar con su mujer.

—Por supuesto, ¿por qué no? —murmuró Knutas sin apartar la vista del tablero—. Pero ¿qué más puede haber? ¿Qué más?

—El poema —añadió Karin y sacó un folio del puñado de papeles que tenía delante. Se puso a leer unas cuantas líneas para sí y después alzó la vista.

—Sin duda, tiene una caligrafía bonita —continuó—, elegante y femenina. Sea quien sea se ha esmerado en escribirla con buena letra, por lo que el autor o autora del crimen es una persona con cierta sensibilidad.

Veinticinco años antes

EL CAMIÓN LLEGÓ a la granja temprano esa mañana y aparcó en la explanada que había junto a la entrada.

Elias, que se había quedado en la escalera, sabía quién era aquella persona. Su padre había salido con el barco; era lo que solía hacer cuando iban a sacrificar a alguna vaca u oveja, ya que prefería no estar en casa.

Elias fue con las manos metidas en los bolsillos hacia donde se encontraba el camión. En uno de ellos llevaba una canica de color azul, como el planeta Tierra. La encontró en el arcén de la carretera y supuso que se le habría caído a alguien. El hombre del camión se bajó del vehículo con un bolso en la mano.

—¿Tú eres Elias?

Él asintió. El hombre le puso la mano en la cabeza y lo despeinó.

—Me lo he imaginado —dijo con una sonrisa.

Dejó el bolso en el suelo y después lo abrió. El muchacho se acercó para poder ver mejor.

—Así que eres un chico curioso...

Se ruborizó y se puso a toquetear la canica que tenía en el bolsillo. Aquel hombre solía ir a la granja a ayudar cuando había que sacrificar un animal. Después su madre lo invitaba a veces a tomar café en la cocina.

Caminaron juntos hasta llegar al cobertizo. Dentro de un habitáculo se encontraba la vaca a la que iba a dar muerte. Elias se preguntaba si aquel animal presentía algo, si sabía lo que le esperaba. Hacía tan solo unos días había estado pastando en el campo junto a las ovejas, y era la última vaca que les quedaba. Entonces se acordó de que cuando era más niño tenían muchísimas más. Últimamente no quería salir, prefería quedarse dentro del cobertizo. Tal vez necesitara tranquilidad, aunque su padre le había dicho que estaba enferma y no quedaba otro remedio que sacrificarla. Elias pensó que tal vez por eso enfermaba tan a menudo, por el fuerte deseo que uno tiene de estar solo.

Se detuvo en el umbral de la puerta mientras el matarife acariciaba a la vaca desde la frente hasta el cuello. Parecía tranquila, como si ignorara lo que estaba a punto de suceder. Elias tomó aire con fuerza, notaba la canica entre los dedos mientras se la pasaba del pulgar al índice y luego al anular. Entonces la sacó del bolsillo, se la puso en la frente y lentamente fue deslizándola por la nariz hasta a la boca.

—¿Quieres acercarte un poco más?

A Elias se le cayó la canica al suelo y no vio dónde había ido a parar; se habría ido rodando entre montones de paja y gravilla. Miró a sus espaldas para asegurarse de que nadie podía verlo en ese momento. Avanzó unos pasos, entró en el cobertizo y se dirigió hacia donde estaba el hombre, que tenía a la vaca agarrada por el cuello. El animal masticaba el heno, agachaba la cabeza, la metía en el pesebre y volvía a darle otro bocado al montón que había dentro. Tenía unos ojos preciosos que transmitían benevolencia y una especie de tristeza al mismo tiempo. Tal vez al final lo había entendido.

El matarife abrió el bolso marrón de nuevo y sacó algo que Elias nunca antes había visto. Era un objeto de hierro y con forma cilíndrica. Parecía muy pesado.

—Pesa un poco —afirmó el hombre como si le hubiera leído el pensamiento. Entonces le puso aquel elemento extraño delante y con una sonrisa lo invitó a usarlo.

—¿Quieres sostenerla?

Le devolvió la sonrisa, no porque se alegrara por la invitación, sino porque él le había sonreído. Y aceptó agarrar aquel artefacto.

—¿Qué es esto?

—Vaya, si sabes hablar también. Ya empezaba a creer que eras mudo. Es una pistola que se usa con animales. Una de verdad. Voy a enseñarte cómo funciona. —El hombre le agarró la mano, desenroscó la tapa y se sacó otro objeto del bolsillo—. Esto sirve para cargar la pólvora —le explicaba mientras la introducía en el cilindro.

Elias la miraba con absoluta fascinación, nunca había visto nada parecido.

—Tendrás que aprender estas cosas si quieres encargarte de la granja cuando seas grande.

—Entonces, ¿esto es un tipo de pistola?

—Efectivamente, una pistola de sacrificio o de bala cautiva, como también se la llama. Tienes que dirigirla así a la frente del animal.

Elias se la puso a la vaca exactamente debajo de un cuerno.

—¿Quieres intentarlo?

Elias lo miró dubitativo, el hombre asintió y colocó la mano con cuidado alrededor del arma.

—Justo así —le indicó y puso también su propia mano sobre la del niño, de forma que sus dedos quedaron aprisionados sobre el cilindro y ya no había escapatoria.

—Y cuando aprietes —comenzó a explicarle en un tono amigable—, se dispara un trocito de metal que se le incrusta en el cerebro y la mata en unos segundos.

—¿Y le duele? —preguntó Elias.

—Es imposible que llegue a sentirlo —le aseguró el hombre—. Actúa demasiado rápido.

Cruzó los dedos con la otra mano que tenía suelta.

—¿Es necesario que muera?

—Está tan enferma que si sigue viviendo acabará sufriendo aún más. Siente dolor y será lo mejor para ella; de lo contrario, no tendríamos por qué hacerlo.

La vaca seguía masticando el heno como si nada. Miraba a Elias con ojos tiernos mientras este sostenía la pistola apuntándole a la frente delante del matarife.

—Eso es, se la pones en la frente y luego aprietas. Tómate el tiempo que quieras, porque pesa bastante. Utiliza la fuerza del puño.

Elias se dejó llevar por la voz suave y notó que los dedos del hombre hacían presión sobre los suyos. «No tienes por qué sentirte sola ni tampoco sufrir», pensó. Entonces cerró los ojos y apretó el gatillo a pesar de que la pistola tan solo emitió un breve clic.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

El matarife soltó el arma y Elias se giró de repente. Acto seguido, Julia entró con pasos militares. Se la veía muy enfadada. Mientras tanto, la vaca volvió a agachar la cabeza para agarrar un buen montón de heno del pesebre.

—Solo es un niño pequeño —dijo Julia en un tono de voz furioso. Entonces lo agarró del brazo y se lo llevó a rastras.

—Estaba de broma —se excusó el hombre con una sonrisa insegura y forzada—. Solo quería mostrarle cómo se hace. Como comprenderás, no íbamos a sacrificar a la vaca de verdad.

Julia seguía tirando de su hermano sin decir nada.

—¿Es que no entiendes que no puedes jugar con esas cosas? —le gritó enfadada a su hermano

—. ¡Y más para sacrificar a una vaca! ¡Qué menos que un poco de respeto! No pretenderías dispararle, ¿verdad?

—No, claro que no. Yo no quería —respondió mientras se acordaba del clic que había hecho la pistola al apretar el gatillo; a decir verdad, le había gustado—. He perdido mi canica —continuó diciéndole a su hermana—. Era la única azul que tenía.

Julia lo miró con un gesto interrogante.

—Tiene que estar por aquí —añadió y, de pronto, se agachó en el suelo y se puso a buscar entre las piedrecitas.

—Te ayudo —le dijo su hermana.

KARIN ABRIÓ LA puerta y se asomó al despacho de Knutas. Estaba sentado detrás de su escritorio. Tenía la pipa delante, en la mesa, y las gafas puestas en la frente.

—¿No crees que sería buena idea salir a tomar el aire?

El comisario levantó la vista del montón de papeles, resopló con fuerza y los apartó a un lado.

—Pues no —respondió—. Temo que mis papeles salgan volando por la ventana en busca de nuevas aventuras.

—En realidad, ¿qué hay en esta habitación que pudieras echar de menos?

—Si entras en lugar de quedarte asomada en la puerta, te lo enseño —insinuó con una sonrisa pícaro.

—Estaba pensando en irme a casa, pero no hay nadie en el departamento que pueda acompañar a una pobre mujer solitaria en la oscuridad. Había pensado en que tú, tal vez...

Se echó a reír. Que Karin pidiera que la acompañaran a casa era lo último que uno podía esperar de ella.

—¿Así que soy el último a quien le has preguntado? —dijo con cierto retintín.

—El último de los últimos, sí. Hasta le he preguntado al guarda de seguridad y al jovencito guapo, ese que vacía las papeleras.

Knutas se levantó y fue a buscar el abrigo que colgaba del perchero de la pared. Se metió la pipa en el bolsillo y apagó la luz de la lámpara de su escritorio.

—Tenemos un caso bastante serio —dijo dando un suspiro.

—¿El asesinato de Sanna Widding?

—Que nadie quiera llevarte a casa.

CUANDO SALIERON, KARIN lo agarró del brazo y se pegó a él sigilosamente. Caminaron juntos hasta la calle Kullerstengatan bajo las luces de las farolas de la ciudad, que se reflejaban en el pavimento mojado. Después de un largo día de trabajo a ninguno le apetecía hacer la cena, por lo que fueron a por comida para llevar al restaurante indio de la esquina. El apartamento de Karin estaba en la última planta de un edificio situado en la calle Mellangata, en pleno corazón de Visby.

—Bienvenidos, sean más que bienvenidos —cacareaba la cacatúa *Vincent* al abrirse la puerta.

—¿Ha aprendido palabras nuevas? —preguntó Knutas mientras se acercaba a la jaula.

—Tengo mis sospechas, me parece que sabe más de lo que demuestra. Puedes soltarlo si quieres, necesita moverse un poco.

Knutas estaba algo inseguro, ya que nunca había soltado al pájaro. Se quedó mirándolo unos segundos delante de la jaula. Nunca le habían interesado las aves y se sentía un poco incómodo cuando estaba cerca de algún animal que tuviera alas. Los gatos sí le gustaban, pero eso era totalmente diferente.

—¿Te apetece un poco de vino? —preguntó Karin.

—Sí, genial.

La cacatúa doblaba el cuello y lo miraba con atención, como si estuviera esperando el momento.

—¿Quieres soltar a *Vincent*?

—Creo que prefiere estar dentro de la jaula.

Entró en la habitación y le pasó la botella de vino para que la descorchara. Después, soltó al pájaro y enseguida este se puso a revolotear por todo el apartamento. Se le escapó un grito de emoción, dio varios brincos de felicidad agitando las alas hasta que al final se posó en el hombro de Karin. El piso no era grande, aunque sí acogedor. Tenía vigas de madera en el techo, una buhardilla y unas vistas magníficas al mar y a los tejados de las casas de Visby.

—Te da miedo *Vincent* —dijo Karin con una risa burlona—. Los pájaros son como los gatos, lo notan.

—Lo dudo mucho —añadió Knutas escéptico, sin quitarle ojo al pájaro.

Segundos después se sentaron a la mesa, que era abatible pero robusta, rodeados de velas encendidas, el vino y la comida picante, que olía de maravilla. En silencio, lo devoraron todo, pues ambos estaban hambrientos y exhaustos. Al cabo de unos minutos, cuando el hambre más voraz se había saciado, pudieron prestarse la debida atención en lugar de dársela a los platos que tenían por delante. *Vincent* estaba ya más calmado y se posó en una rama de yuca que había en un rincón del salón, dentro de un macetero hermoso con motivos típicos de Gotland. En silencio, los observaba a los dos desde su posición, se limpiaba las plumas y parecía a gusto con la compañía. Aun así, Anders no apartaba la vista del pájaro.

—Qué bien que haya venido Martin —dijo Karin—. ¿Lo llamaste tú?

—Qué va. Fue él quien me llamó.

Soltó el tenedor y le lanzó a su compañero una mirada de asombro.

—¿Cómo? ¿Te llamó él? ¿Y eso?

Se preguntó, algo desilusionada, por qué Kihlgård no la había llamado a ella, pues ambos tenían una relación más estrecha que la que había entre él y su compañero.

—Necesitaba estar un tiempo desconectado y, con el nuevo caso que tenemos, ha aprovechado la ocasión para aparecer.

—¿Por qué razón querría desconectar?

—Al parecer, Jean-Paul y él han tenido problemas.

—¿Qué me dices?

Jean-Paul era el novio de Kihlgård, era veinte años más joven y llevaban mucho tiempo juntos.

Knutas le dio un trago al vino y miró a Karin con cara seria.

—Vino a mi casa un día a contarme que Jean-Paul se había enamorado de otro hombre, de cuarenta y dos años, padre de tres hijos y que, al parecer, se dio cuenta de que era homosexual al conocerlo. Fue un flechazo, y ahora quiere separarse de su mujer por el bien de Jean-Paul.

—Pero ¿y Jean-Paul?

—Le ha dicho a Kihlgård que aún quiere seguir apostando por su relación, puesto que llevan juntos diez años. Le ha prometido que no volverá a ver a ese hombre nunca más, a pesar de que le ha confesado que sueña con él todas las noches y no puede dejar de pensar en él.

—Pobre Martin —suspiró Karin—. ¿Y se ha creído que nunca más va a quedar con ese hombre?

—No está muy seguro. Tal vez por eso quería desconectar de todo y tomar distancia.

—Pues no debe de ser fácil. Me da mucha pena, sinceramente. Pero no entiendo por qué no me ha llamado.

Karin echó un vistazo al reloj. Era tarde para llamarlo.

—Quizá prefiera hablar contigo más en serio. Cara a cara.

—Sí, me imagino que será eso. Mañana hablaré con él.

De pronto, Karin notó el cansancio y el calor del vino.
Miró a Knutas y pensó en lo guapo que era.
—¿Nos vamos a la cama? —le preguntó.
Entonces él puso la mano sobre la de ella.
—Vete tú si quieres. Yo me ocupo de esto.

CUANDO SE METIÓ en la cama, Karin estaba ya medio dormida, pero se despertó al notar el beso de Knutas en la mejilla.

—¿Has cerrado la puerta? —dijo en mitad de la oscuridad y se echó a reír. Más que una pregunta, era una afirmación.

—Sí, me gusta más creer que estamos solos tú y yo.

Y empezó a besarla lentamente.

—No estarás celoso de *Vincent*, ¿verdad? —insinuó.

—¿Celoso? En absoluto. Acabamos de tener una conversación y ha vuelto a meterse en su jaula.

—Genial —rió Karin entre besos—. Es importante que demuestres quién manda aquí.

LENNART SKOGLUND SE había desplomado en el sillón de su despacho. Estaba en la oficina, empezaba a oscurecer y los demás se habían ido. Con la jornada laboral terminada, Lennart se paró a pensar en lo que hacían los demás después del trabajo, pues todos tenían a un ser querido en casa. Preparaban la cena juntos, encendían las velas después de que los niños se acostaran. Se acurrucaban juntitos en el sofá para ver la tele o simplemente se sentaban para darse calor.

Lennart no tenía ningún motivo por el que irse a casa. No sentía amor por la persona que había allí, ni siquiera lo estaba esperando y tampoco deseaba acurrucarse con ella en el sofá. No tenía a nadie y por eso seguía en su despacho. El ordenador de su escritorio emitía una luz tenue y estaba a punto de ponerse en modo hibernación. Él mismo sentía que estaba hibernando también. Había llamado a su mujer para avisarla de que se quedaría trabajando hasta tarde. Y ella no soltó ni una palabra. Lo que Lennart no le había dicho era que, en realidad, se veía incapaz de volver a casa. El desasosiego por la muerte de Sanna era tal que incluso había perdido las ganas de vivir. No se sentía con fuerzas para ver a nadie. Alzó la cabeza y paseó la mirada por los diplomas y condecoraciones con los que la inmobiliaria había logrado hacerse durante todos esos años. La Sociedad Inmobiliaria de Suecia lo había nombrado agente del año. Recordó la increíble noche en que recibió el premio delante de todos los asistentes en el magnífico restaurante Berns de Estocolmo donde se organizó el evento. Sin duda, esa era toda su vida. Cerró los ojos y se recostó en la silla del despacho. Tenía una rutina bastante agradable, a pesar de que el trabajo ocupara la mayor parte de su tiempo. Anhelaba el amor y la pasión en su matrimonio, pero al menos se hacían compañía el uno al otro. No discutían, cada uno iba a lo suyo y ya había asimilado que no volvería a sentir la llama del amor. Todo cambió seis meses atrás, cuando Sanna llegó a la oficina y le removió esos sentimientos dormidos. Después de llevar treinta años casado con la misma mujer, parecía que era otra persona. Sanna, con esos ojos verdes, su ternura y su risa tan divertida. Con su pelo largo y castaño y sus piernas esbeltas. Era imposible negar que desprendía pura elegancia, una feminidad que lo dejaba sin aliento. Ella lo hacía feliz: con solo mirarla ya se ponía de buen humor, deseaba estar cerca de ella.

No había manera de remediarlo. No podía dejar de pensar en ella e incluso le parecía verla por todas partes, después de lo sucedido. Era la última persona en la que pensaba antes de irse a dormir y la primera que acudía a su mente al despertar. Sanna había llegado a construir un refugio en Lennart que él había intentado deshacer para que el resto de los trabajadores de la oficina no se percataran de ello. Al principio, no quería que supiese que estaba enamorado de ella. Pero, con el tiempo, eso fue cambiando y la necesidad de mostrar sus sentimientos se hizo cada vez mayor. Entonces empezó a desear que llegase a saberlo, pues quería brindarle la oportunidad de conocer los sentimientos que albergaba hacia ella. A veces fantaseaba con la posibilidad de que sintiera lo mismo por él, de que, quizá, también estuviese locamente enamorada. O de no estarlo aún, pensaba que podría llegar a enamorarse algún día. ¿Por qué no? Sabía que era mucho mayor que ella y que estaba casada como él, pero le habría dado tanto... Lo habría hecho todo por ella. Puede que Sanna no se atreviera a creérselo, pero ¿y si ya no estaba enamorada de su marido? Él mismo notaba que su relación con Georg no era la misma, actuaba con más prudencia, se reía mucho menos y se había vuelto más insegura.

Cuando estaba con Lennart, era una persona diferente y cuando se ponían a hablar de trabajo o

su antigua casa, se la veía animada. Y él también se sentía vivo estando junto a ella. Tenía que hacérselo ver. Debía demostrarle que la idea de formar una pareja no era imposible ni descabellada.

Y eso fue lo que hizo. Al principio se andaba con cuidado, pero, al final, no pudo contenerse. Una vez intentó besarla. Estaba borracho y Sanna también había bebido demasiado. Salieron a cenar, pasaron una noche agradable llena de risas y, en uno de esos momentos, la agarró y se lanzó, pero ella lo apartó de inmediato. Pudo ver la incomodidad y decepción en sus ojos, aunque nunca se imaginó que aquello fuera a suceder de esa forma. Tenía la esperanza de que fuese ella quien se le lanzara a los brazos y le dijera que lo amaba. Pero no fue así. Lennart pensó que tal vez tuviera miedo. A pesar de todo, habría preferido elegir otra ocasión para ello.

Soltó un suspiro y notó que le pesaba el cuerpo hasta el punto de imaginarse que no le respondería cuando quisiera levantarse de la silla.

Miró el reloj y vio que eran las nueve menos cuarto. Era hora de irse a casa, estaba demasiado cansado y le apetecía tomarse un whisky.

A duras penas se levantó, apagó el ordenador y las luces y cerró la puerta de la oficina. Se quedó fuera del edificio unos instantes y, mientras tanto, se puso a inhalar el aire fresco de la noche hasta notarlo en los pulmones.

Había llovido y los adoquines de las aceras relucían. El coche estaba aparcado justo enfrente y se percató de que la plaza de aparcamiento de Sanna estaba ocupada por otro vehículo. Nadie la había usado desde que se marchó en coche la tarde en que la asesinaron. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue ir a avisar al conductor, que estaba tras el volante, de que había estacionado en un lugar no autorizado. Quería decírselo y explicarle que tenía que moverlo de ahí, que era la plaza de Sanna Widding. Y que siempre sería la suya. Pero ignoró el vehículo.

Sacó las llaves del bolsillo de la chaqueta y abrió el coche. Entonces dudó por un instante. Sintió un rechazo repentino ante la idea de volver a casa, de ver a su mujer, que no entendía nada en absoluto. Era incapaz de comprender la tristeza con la que cargaba. Ni siquiera podría soportar mirarla a los ojos.

Entonces decidió alejarse del vehículo y del aparcamiento. Continuó andando por la carretera, pasó de largo la famosa torre de Visby conocida como Kruttornet y llegó a la playa. Según se acercaba al mar, el viento soplaba cada vez con más fuerza. Más allá de la muralla de la ciudad, una ráfaga estuvo a punto de derribarlo, pues el vendaval lo azotaba y trataba de llevárselo consigo, de lanzarlo al agua contra las olas. Notaba presión en el pecho y pensó en lo cobarde que era. Un hombre cobarde que no merecía vivir. Entonces apareció lo que había estado sembrando, como una semilla de dolor dentro de él, que no se había atrevido a soltar y había quedado atrapada. Plantado junto al mar y con la tempestad azotándole el rostro, Lennart rompió a llorar.

Inconscientemente, empezó a caminar hacia la zona costera de Snäckgårdsbaden sin saber qué dirección estaba tomando. En cierto modo, había belleza en la forma en que las ráfagas de viento desafiaban a las ramas de los árboles a la par que las mecían de un lado a otro.

Un coche apareció en mitad de la carretera y se puso a conducir en paralelo a la acera por la que Lennart paseaba. Vislumbró los faros en la oscuridad y, en vez de pasar de largo, el vehículo redujo la velocidad. Primero pensó que tal vez el conductor fuera a pedirle alguna indicación, pero no había bajado la ventanilla. Tan solo pudo discernir una silueta negra detrás del volante. No había pasajeros. El conductor del vehículo siguió avanzando pegado a la acera y Lennart Skoglund decidió acelerar el paso.

Sintió un profundo escalofrío que le recorrió toda la espalda. No entendía por qué aquella

persona se ponía tan cerca de él. Quedaba un buen trozo para llegar hasta la playa de Snäckgårdsbaden. Echó un vistazo. El coche se acercó un poco más a la calzada y no parecía tener la menor intención de marcharse.

¿Qué pasaba? ¿Acaso era alguien que quería darle un susto?

Optó por darse la vuelta y se puso a andar hacia el lado contrario. Echó un vistazo atrás y observó que el coche no se movía. Entonces se abrió la puerta y vio a un hombre salir del vehículo. No podía ver quién era, la oscuridad impedía que se le distinguiera el rostro. El extraño comenzó a avanzar dando zancadas firmes en su misma dirección. Lennart empezó a correr por la carretera y casi resbaló por culpa de las piedras lisas. En ese momento, se atrevió a darse la vuelta. Y entonces sucedió.

Sintió un dolor en la oreja, oyó un crujido y se desplomó. Ya tirado en el suelo, percibió los latidos de su corazón abatido. El hombre levantó el brazo. Lennart cerró los ojos y no llegó a conocer el dolor que produce un golpe en el cráneo, sino que notó que algo se había desprendido y percibió el sabor de la sangre en la boca.

Más tarde todo se sumió en una profunda y placentera oscuridad que terminó arropándolo como una manta gruesa y cálida en una noche de invierno.

Veinticinco años antes

—Calla, ¿oyes eso? —Julia se giró hacia Elias y le puso el dedo índice en la boca—. ¿No oyes el llanto de alguien?

El chico se detuvo. No estaba seguro de si más bien era el viento que azotaba los ventanales o los paneles del techo. ¿O serían verdaderos resuellos? Quizá Julia tenía razón y provenía de algún sitio. De pronto, el miedo se apoderó de él, hacía un frío espantoso fuera y era plena madrugada. Solo ellos estaban despiertos.

—Será el *myling** —susurró Julia.

Se oyó el crujido de las escaleras debajo de sus pies. Estaban descalzos y solo llevaban el pijama. Trató de andar de puntillas lo más silenciosamente posible. Como estaba intranquilo, se dio la vuelta para asegurarse de que estaban solos en ese momento, pues no debían estar allí. Sus padres les habían prohibido subir a la buhardilla de la cabaña. Pero a esas horas de la noche ya estaban más que dormidos. Julia y él se habían acostado con la lámpara bajo las sábanas para esperar a que todos estuvieran durmiendo y subir hasta allí. La única posibilidad de ver al *myling* era de noche.

—Como se den cuenta de que estamos despiertos...

Julia hizo una pequeña pausa para recalcar la seriedad del asunto. Deslizó el dedo índice sobre el cuello para mostrarle un claro ejemplo del enfado que tendrían sus padres si los descubrían. Elias tragó saliva con fuerza y volvió a mirar alrededor. Las escaleras que daban a la buhardilla estaban llenas de polvo y notó que se le había secado la boca.

—¿Estás segura de que es el *myling*?

—Es más que evidente que se oye un llanto. ¡Escucha!

Agarró a su hermano de la camisa del pijama y tiró de él para que se sentara en la escalera justo a su lado. Se agachó y le puso la cara delante, de forma que Elias llegó a ver la emoción que había en sus ojos y percibió su aliento.

—Estoy segura de que tiene que estar ahí arriba —susurró y señaló al techo.

Llevaban todo el día fantaseando con la idea de que el *myling* se encontrara allí. Seguramente viviera allí y por eso no los dejaban ir. Era el único lugar de la casa en el que nunca habían estado, por lo que decidieron salir de la habitación a escondidas; después, bajaron las escaleras con pasos silenciosos, abrieron la puerta principal y, en pijama, cruzaron el patio corriendo hasta llegar a las escaleras que había en el exterior de la cabaña de campo.

La abuela les había contado historias acerca del *myling*. Solían sentarse junto a la lumbre de la chimenea. Comenzaba advirtiéndoles que debían acurrucarse a su lado, pegarse a ella, porque se trataba de una historia espeluznante acerca de un *myling*, el fantasma de una niña pequeña que vivía en la granja y que perseguía a la gente. El *myling* era la hija de una criada que nació hacía cientos de años. La madre se quedó embarazada en secreto y ocultó su vientre bajo capas y capas de faldas hasta que, sola, dio a luz a la criatura en la antigua fragua. La abuela les dijo exactamente dónde y señaló la esquina que había detrás de la chimenea. La criada no sabía quién era el padre de la niña y, al no poder ocuparse de ella, decidió matarla justo después de que naciera, tapándole el rostro con una manta hasta que dejó de respirar. Entonces, con el bulto oculto entre sus brazos, subió las escaleras de la parte exterior, que llevaban al desván de la cabaña, y,

presa del pánico, escondió el cadáver de su hija en un baúl que había allí arriba. Como nunca bautizaron a la niña, su alma nunca encontró sosiego y, por eso, se convirtió en un fantasma, cuyos gritos y llantos podían oírse por las noches.

Julia decidió un buen día que irían a visitar a la niña para comprobar que la historia era cierta; así, quizá, también podrían ayudarla. Si le pusieran un nombre y le arrojaran un poco de agua en la cabeza, tal vez lograra sentir paz interior. Llevaba una botellita de agua de rosas en el bolsillo y una Biblia. Por si las moscas.

Alcanzó el asa y tiró de las escaleras del desván. La trampilla se abrió por encima de sus cabezas y las escalinatas se deslizaron hacia abajo. El cuerpo de Elias se estremeció de terror. ¿Se atreverían a subir de verdad? El viento azotaba cada vez con más fuerza y, en ese momento, les pareció oír los gritos de lamento del *myling*.

La hermana mayor puso el pie en el primer escalón y miró hacia arriba. Estaba oscuro y notó el aire gélido que salía por aquel hueco. Le hizo una señal con la mano a Elias para que la siguiera y se diera prisa.

Se puso de pie en el suelo del desván mientras se hermano se quedaba en las escaleras, asomando la cabeza por la trampilla. Encendió la única bombilla que colgaba del techo y en el que dibujaba una especie de sombra oscura y fantasmagórica.

—Tiene que estar aquí, por alguna parte —susurró Julia—. En el baúl.

Ambos se pusieron a buscar al tiempo que prestaban atención a los llantos incesantes del *myling*. Al fondo del habitáculo, junto a un rincón, encontraron un viejo baúl, debajo de unas cuantas mantas polvorientas. Elias temblaba de miedo.

—¿En serio vamos a...?

—Sí. Hagámoslo —murmuró ella—. Tenemos que salvarla.

El baúl estaba cerrado, y por mucho que lo intentaban, no lograban abrirlo.

—Es imposible —dijo el niño—. Quiero irme.

—Cállate. No podemos rendirnos ahora. —Echó un vistazo y encontró una cizalla entre la chatarra—. ¡Mira! —exclamó triunfante—. Podemos romper el candado con esto.

Elias tenía los nervios a flor de piel cuando su hermana comenzó a golpear la cerradura para romperla. Se giró hacia él emocionada cuando por fin el candado se desprendió y cayó al suelo.

—¿Lo ves? Te dije que se podía.

Con las dos manos, levantó la pesada tapa de aquel baúl. Elias se alejó todo lo que pudo dando unos pasos hacia atrás, el corazón estuvo a punto de estallarle cuando Julia lo abrió.

Ambos tenían la respiración entrecortada y estaban preparados para lo que pudieran encontrarse. Pero no ocurrió nada extraño. No había ningún monstruo allí dentro. Julia se acercó con sigilo para asomarse y ver lo que había en el fondo.

—¿Qué es todo esto? —dijo decepcionada—. Pero si tan solo hay papeles por todas partes.

En su interior había cartas amontonadas, cuadernos y hojas sueltas.

Decidió sentarse junto al baúl para abrir un sobre al azar y, cuando lo abrió, halló una carta en el interior. Elias se quedó en la misma posición, algo retirado de su hermana, y dejó que leyera la carta.

—¿Dice algo del fantasma? —preguntó con gran expectación.

Su hermana comenzó a leerla y Elias observaba el movimiento que hacían sus labios. Tenía la impresión de que le costaba entender lo que había escrito. De repente, se levantó del suelo, tomó el sobre para mirar la dirección y siguió leyendo. Cuando terminó, soltó un suspiro. Después sacó otro sobre con otra carta y siguió leyendo sin decir una palabra.

—¿Qué pone? —preguntó Elias—. ¿Qué pone en la carta?
A Julia se le puso la misma cara seria que cuando ya no quería jugar.
—¿Qué pone? —volvió a preguntarle.
—Vale, escucha esto —respondió.
La chica volvió a sentarse en el suelo y leyó en voz alta y clara:

Cuando el sol mañanero se desliza a través del cristal,
contento y cuidadoso,
como un niño, que quiere dar una sorpresa
al amanecer un día de fiesta
—entonces me estiro plena de un júbilo creciente
con los brazos abiertos al día inminente— ,
pues el día eres tú,
y la luz eres tú,
el sol eres tú
y la primavera eres tú,
y toda la vida, la vida bella
que aguarda eres tú.

Elias miró a su hermana con ojos interrogantes después de leer el poema.
—¿Eso lo ha escrito el fantasma? Pues yo pensaba que los fantasmas no sabían escribir.
De repente, una voz airada los interrumpió.
—¿Se puede saber qué estáis haciendo aquí a estas horas?
Los niños se quedaron petrificados. Era la cabeza de su padre, que asomaba por la trampilla.
—Estábamos buscando al *myling* —se sinceró Elias.
Julia no dijo nada y agachó la cabeza mientras intentaba ocultar la carta en las manos.
—¿Al *myling*? ¿Pero qué tonterías son esas? Sabéis de sobra que no podéis subir aquí. Y tendríais que estar durmiendo a estas horas.
El padre subió y se puso en cuclillas junto a los dos, ya que era demasiado alto como para quedarse de pie. Entonces, descubrió todas las cartas.
—Pero ¿qué estáis haciendo?
Sin esperar ninguna respuesta, sacó un par de cartas del baúl. Al rostro del padre asomó una expresión de extrañeza cuando leyó la dirección del remitente. Con dedos temblorosos, comenzó a abrir uno de los sobres y el otro se le deslizó de las manos hasta caer al suelo. Sin decir nada, permaneció inmóvil en aquel rincón.
—Chicos, será mejor que os vayáis —les dijo con voz calmada.
Elias quiso decir algo, pero en ese momento su hermana le hizo un gesto con los ojos y bajaron por las escaleras. A pesar de no haber encontrado al fantasma, habían descubierto un secreto. Uno de esos que no se deben compartir con nadie, ni siquiera entre ellos mismos.

HACÍA UNA NOCHE oscura y fría. Benke estaba sentado en el muelle y observaba el movimiento del agua. Aquel lugar fue su hogar una vez. Había viajado por todo el mundo, había percibido el olor que dejaba el petróleo crudo cuando descargaban los barriles en Nueva York, el aroma de las especias de Trípoli, el olor a pescado de Nagoya. Pero todo eso había pasado a la historia. Ahora tan solo eran vivencias que ya nadie quería escuchar. Soñaba con hablarles de todos sus viajes por los siete mares a sus nietos atentos, sentados en su rodilla con ojos expectantes. Tal vez junto a la lumbre de alguna chimenea dentro de una casa hermosa situada en algún lugar de los entornos rurales de Gotland. Sin embargo, nada de eso llegó a ocurrir. Tan solo llegó a compartir las vivencias con sus compañeros juerguistas, y pronto las historias de alcohol se sumaron a las otras y se volvieron más importantes.

Se puso la botella en la boca y vació la última que le proporcionaba a su cuerpo muerto de frío un calor reconfortante. Miró la botella vacía antes de tirarla por los aires; después se puso el abrigo y se lo abrochó. Luego se levantó, le dio la espalda al mar tempestuoso y subió por el camino en dirección a la muralla. El alcohol le ardía en el estómago y lo protegía del aire frío. Se avecinaba una madrugada de heladas. Todavía faltaba para que llegase el calor de la primavera, que hacía la vida mucho más fácil.

Había escondido una bolsa con todas sus pertenencias en unos arbustos que había detrás de una hilera de árboles que presidían el paseo de Strandgärdet. Cuando la encontró, se la colgó a la espalda y continuó la caminata. Tenía que buscar un sitio para dormir, alguna pared que lo resguardara del frío y de la ventisca.

Oyó algo que hizo que se detuviera. Parecía una especie de chirrido que provenía de un arbusto. Dejó la bolsa en el suelo y, en mitad de la oscuridad y con pasos sigilosos, caminó hacia el ruido. Estaba acostumbrado a estar en alerta. Cuando se acercó, vio que había un hombre en el suelo. Al principio pensó que era otro sin techo como él, un vagabundo que seguramente estuviera borracho o drogado y al que tampoco le preocupaba que la tormenta fuera a estropearle la ropa. Pero unos segundos después se percató de que el hombre iba vestido con ropa limpia y de calidad, además de llevar un abrigo caro y zapatos blancos. Entonces supuso que le había pasado algo al ver que yacía en posición fetal y tenía el rostro ensangrentado.

—No puedes quedarte aquí —murmuró Benke mientras lo tocaba cuidadosamente con un dedo—. Esta noche va a hacer frío.

Le apartó los mechones de pelo que tenía pegados en la cara y vio que la sangre le llegaba a la punta de la nariz e incluso se le habían formado coágulos por encima de los párpados. Tenía los ojos hinchados y amoratados. De repente, notó un escalofrío por la espalda. No cabía duda de que le habían dado una paliza. Aun así, tenía la esperanza de que todavía siguiera con vida.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás vivo? —le preguntó sin obtener respuesta.

Se agachó para pegar la frente contra la suya y comprobó que respiraba por la nariz.

Se puso a hurgarle los bolsillos y encontró un teléfono móvil junto con una cartera voluminosa llena de billetes. No podía creer la suerte que había tenido.

Impaciente, se puso a sacar los fajos de dinero y fue guardándoselos. Habría unos cuantos miles de coronas. Echó un vistazo al carné de conducir. Lennart Skoglund. Desde luego, no se parecía en nada al de la foto.

En ese momento, sonó el móvil del hombre. Benke se quedó perplejo y pensativo durante unos segundos ante la decisión de responder o no a la llamada. Y entonces descolgó.

—¿Diga? —dijo una voz femenina—. ¿Lennart, estás ahí?

—Sí, Lennart está aquí. Pero ahora mismo no está en su mejor momento para hablar por teléfono.

—¿Quién es? ¿Con quién hablo? —preguntó la mujer preocupada.

—Es mejor que venga a recogerlo. Lennart no se encuentra muy bien.

—¿Cómo dice? ¿Qué ha pasado? ¡Páseme a Lennart ahora mismo!

La mujer estaba muy nerviosa. Benke le puso el auricular en la boca para que pudiera escuchar sus jadeos.

—Esto es lo máximo que puede decir.

—Pero ¿qué le ha ocurrido? ¿Está herido?

—Sí, se podría decir que sí.

—¿Dónde está?

—En Strandgärdet. Está tirado en el suelo delante de la muralla, al final de la calle donde empieza el mar. Si yo fuera usted, me daría prisa en venir.

La mujer soltó un profundo suspiro y acto seguido Benke colgó.

A LA MAÑANA SIGUIENTE de la reunión del grupo de investigación, Knutas y Karin pusieron rumbo al norte de la isla. El teléfono no tardó en sonar en cuanto salieron de Visby. Era Kihlgård.

—Agárrate, Knutte. Tienes que oír esto.

—Dispara.

Knutas le lanzó una mirada seria a Karin, que iba en el asiento del copiloto, y esta empezó a reírse con disimulo. Parecía que Kihlgård estuviese hablando con la boca llena. «Me resulta fascinante que uno no se trague la comida antes de ponerse a llamar por teléfono», pensó Anders.

—Han encontrado al jefe de la inmobiliaria Wisby Mäkleri tirado junto a la playa que se encuentra cerca del jardín botánico. Al parecer, Lennart Skoglund sufrió una brutal paliza anoche.

—¿Qué me dices?! —exclamó el comisario.

—Ha recibido unos cuantos golpes fuertes en el cráneo. Se lo han llevado a urgencias.

—¿Está grave?

—No sabría decirte. Pero, de todas formas, está inconsciente.

—¿Hay algún testigo?

—Lo encontró un hombre, pero no sabemos quién es ni dónde está. Ese es el único testigo, por ahora.

Knutas miró el reloj.

—¿Cuándo lo encontraron?

—A la una y pico de la madrugada. Ya han puesto un cordón policial allí y, en estos momentos, una patrulla con perros está reconociendo la zona.

—¿Nos damos la vuelta?

—No, no creo que sea necesario. Yo me encargo. Volveré a llamarte en cuanto sepa algo más. Creo que después ibais a pasar por casa de Georg Widding, ¿cierto?

—Sí, ¿por?

—Abortad el plan, porque viene ya de camino a la comisaría. Puede que sea él quien la haya liado.

—Vale, gracias por llamar. ¿Quién va a interrogarlo?

—Lo haremos Wittberg y yo.

—Perfecto, entonces. Llámame cuando hayáis terminado. Nosotros vamos de camino a la granja. Hoy se reúnen todos los hermanos allí para hablar de cómo van a gestionar el tema de la venta.

El comisario colgó el teléfono y le contó a Karin lo que había pasado. Se quedó perpleja ante la noticia.

—Una paliza a Lennart Skoglund... Dos agentes inmobiliarios de la misma empresa... —vaciló mientras miraba por la ventanilla—. Primero matan a Sanna Widding y ahora esto, ¿qué habrá detrás de todo este asunto?

—A saber... —suspiró Knutas.

—No tengo ni idea. Quién sabe, tal vez sea alguien que haya actuado porque la agencia inmobiliaria lo ha tratado fatal.

—Pues puede ser —añadió Knutas—. Sea lo que sea, va a ser interesante conocer a los hermanos Ramberg hoy.

Cuando llegaron a la granja de Bunge, observaron que había varios coches aparcados.

—Vaya, esto está hasta los topes —murmuró Knutas arqueando las cejas.

Julia Ramberg estaba sola sentada en una silla justo delante de la entrada de la casa.

No corría ni una pizca de brisa, el sol brillaba con fuerza y hacía mucho calor. Knutas notó enseguida que algo le pasaba a Julia. Tenía la cara más pálida que de costumbre, los ojos hinchados y enrojecidos, y se la veía triste y preocupada.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Knutas después de saludarla.

—Han salido a buscar a *Mio*. Estoy agotadísima. No he pegado ojo en toda la noche. Ha desaparecido. Ya sabe, mi perro... —murmuró y miró a Anders con ojos suplicantes.

—Vaya —dijo sorprendido—. Pero ¿desde cuándo?

—Desde ayer al mediodía, aunque no sé exactamente a qué hora... Fui a Bungehallen a hacer la compra a las nueve en punto, justo cuando abren, y volví a casa con todas las bolsas. *Mio* todavía estaba. Luego me senté en el porche a tomarme un café y normalmente suele venirse conmigo. Pero no volví a verlo, lo cual me parece raro, porque sabía que estaba por aquí.

—¿Y después de eso? —preguntó Knutas.

—Al cabo de un rato empecé a extrañarme y me puse a buscarlo, pero no lo encontré por ninguna parte —dijo con una expresión de tristeza—. Estuve llamándolo sin parar...

—¿Suele desaparecer así como así?

—No, nunca lo ha hecho. Si no está con el rebaño de ovejas, me sigue a todos lados como si fuera mi sombra.

—¿Dónde lo vio por última vez?

Julia se levantó de la silla y se fue hasta la entrada de la cocina que daba a la parte trasera de la casa, donde había otro porche de madera con diferentes muebles de jardín.

—Estaba dentro de la cocina cuando lo vi salir corriendo por aquí.

—¿Hacia dónde fue?

Julia señaló una valla que había delante de un campo de hierba que bordeaba uno de los laterales del terreno de la propiedad.

Knutas cruzó la cerca y se puso a buscar por el suelo, entre los arbustos, y recorrió con la mirada el arroyo que rodeaba la granja. La subcomisaria decidió seguirlo.

—¿De qué sirve que nos pongamos a buscarlo ahora? —preguntó Karin con un tono escéptico—. El perro lleva más de veinticuatro horas desaparecido. Además, la carretera principal colinda con la granja. Puede que incluso lo hayan atropellado.

De repente oyó los sollozos de Julia y Karin se dio la vuelta. No había caído en que la dueña del animal estaba justo detrás de ella.

—Perdone —murmuró Karin—, no era mi intención...

Julia alzó la mano con un gesto para interrumpirla.

—No se preocupe. Lo entiendo. Aunque he estado buscándolo un buen trecho por el arcén en ambas direcciones. Si lo hubiera atropellado un coche, lo habría encontrado. Y, por cierto, ¿qué clase de persona atropellaría a un perro sin decir nada después? Además, llevaba puesto el collar e incluso tiene el chip de identificación.

De pronto, Knutas se agachó al ver unas manchas de sangre en el suelo y se giró hacia Julia.

—¿Las había visto antes? ¿Sabe de dónde provienen las manchas?

En ese instante, se acercó a Knutas, que estaba en cuclillas.

—No, no tengo ni idea. No suelo caminar por aquí.

Knutas se puso a seguir el rastro que estas habían dejado hasta que se detuvo en seco.

Medio oculta y debajo de un arbusto, había una piedra enorme cubierta de sangre.

LAS LÁPIDAS QUE rodeaban la iglesia de Fårö se alzaban como silenciosos monumentos conmemorativos de las vidas que habían quedado en la memoria, como parte de la historia de muchas personas, de diferentes destinos, de nacimientos y fallecimientos. El cementerio estaba en un terreno elevado y tenía vistas a un prado desde el cual se divisaba el Centro Cultural de Bergman y la bahía, cuyas aguas relucían bajo el sol primaveral. La gravilla crujió bajo sus pies cuando entró por el camino. Se oía el gorjeo de los pájaros desde los árboles, el sol pegaba con fuerza, pero aun así se sentía angustiado, como siempre que iba a ese lugar. La presión en el estómago y los latidos del corazón se volvían aún más tangibles al avanzar hacia las lápidas. Llevaba una maceta en la mano, pues siempre solía llevar alguna flor, y esa vez llevó consigo una rosa roja, color que representa el amor.

Al doblar la esquina de la iglesia, se detuvo de repente. Allí estaba ella, en cuclillas junto a la tumba. A decir verdad, no tenía previsto encontrársela justo en ese lugar. Pero era consciente de que ambos eran muy parecidos, pues ella también necesitaba recordar ese amor y llenar el vacío que el tiempo y la memoria habían dejado a su paso. Y él sabía exactamente qué forma tenían las lápidas y las inscripciones que había grabadas.

No acudió al funeral porque estaba en otro sitio disfrutando de la soledad. Mientras el resto se abrazaban entre sollozos, él prefirió mantenerse al margen y contener las lágrimas. No quería dejarlas escapar para así retener los últimos momentos junto a ella.

Entonces observó que la mujer se levantó sin apartar la mirada de la tumba que tenía delante. En ese momento, pensó en lo hermoso que era el mes de abril cuando las nubes empezaban a despejarse. Se apartó hacia un lado, alzó la mirada al cielo y sintió el sol acariciándole el rostro. A la sombra hacía frío, así que se puso la chaqueta y la vio estirarse el cuello antes de marcharse. La siguió con la mirada hasta que se detuvo en el aparcamiento y se metió en el coche. Después, arrancó el motor y tomó la salida hacia la carretera. Entonces desapareció y volvió a quedarse solo.

Se enderezó y comenzó a caminar entre las lápidas. En una pequeña colina se encontraba la tumba con el nombre de Ingmar Bergman. Se decía que su deseo siempre había sido descansar frente al mar, y él mismo había elegido el lugar. El director de cine soñaba con sentirse cerca del viento y la tempestad cuando estos desataran toda su furia sobre Fårö y provocasen los vaivenes de las olas del mar. Sin embargo, no lograba entender su voluntad.

Cuando falleciera, preferiría yacer en un lugar que mirara hacia las zonas de interior, donde poder avistar la calma que transmitía la quietud, en lugar de aquello que se mecía constantemente. Quería sentir esa paz interior al menos cuando le tocara descansar eternamente.

Las lápidas de mármol lucían un hermoso y pálido color blanco. Se agachó, colocó la mano junto a la piedra y la notó fría.

Se le humedeció la nariz y comenzaron a llorarle los ojos. Pero no le importó.

Unos segundos más tarde, se secó con un brazo y se levantó.

—No digas que al menos no lo intenté —continuó—. Hice todo lo que pude y más. Podrías haber elegido otra opción, podrías haberte fijado en mí. Yo siempre estuve ahí, nunca he dejado de estar ahí, pero tú te ocupaste de marcharte y desapareciste de mi vida.

Entonces se puso de espaldas a la tumba. Cada vez que volvía a aquel lugar, sentía la nostalgia

con tal fuerza y proximidad que creía que sería capaz de acariciar esos sentimientos con la mano.

Se quedó un buen rato sentado detrás del volante del coche con la mirada perdida. «Te amo», susurró la voz interior que lo tranquilizaba, y se acarició los labios con el dedo.

—Calla —dijo en voz alta—. Siempre haces lo mismo. Y siempre consigues ablandarme — continuó mientras se reclinaba en el asiento—. Pero tampoco fuiste la primera.

LA POLICÍA LLEGÓ acompañada de una patrulla de perros para reconocer la zona una hora después de haber encontrado manchas en el suelo junto a los límites de la granja. Los técnicos forenses no tardaron en descubrir más restos de sangre, pelos de animal blancos y negros, y unas huellas de neumático visibles en la tierra. Todo apuntaba a que la sangre no se correspondía con la de una persona, sino que era precisamente la del perro desaparecido. El buzón de la propiedad estaba justo donde terminaba el campo de hierba en el que habían encontrado los restos de sangre. De ahí partían las carreteras principales hacia Fårösund, al norte, y hacia Visby, al sur. A partir de aquel punto no había más huellas de neumático.

—Sea quien sea quien le haya quitado la vida al perro, ha tenido que resultarle pan comido, pues seguramente lo habrá metido en el maletero y se habrá largado —insinuó Knutas mientras tomaba un café con Karin y observaban a Solhman y al resto de los compañeros merodeando en busca de huellas y rastreando cada milímetro.

—Está claro, pero me pregunto si habrá sido la misma persona que asesinó a Sara Widding —dijo Karin algo desconcertada.

—¿Quién si no? —objetó Knutas.

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé, no se me ocurre nada. Tal vez estuviera persiguiendo a Julia y fuera el perro el que lo interceptara. Además, según sus palabras, era un perro guardián fantástico y no dejaba que ningún desconocido se le acercara demasiado sin su permiso, ni a ella ni a la granja.

—Tal vez Julia esté en peligro —dudó el comisario y miró a su compañera—. De hecho, me contó que la misma mañana en que asesinaron a Sanna Widding le pareció ver a un desconocido detrás de la antigua fragua, una cabaña pequeña que está al otro lado del jardín.

—¿Piensas que el sospechoso anda detrás de ella?

No respondió a la pregunta, pues en ese momento aparecieron los Ramberg a la vuelta de la esquina.

Maria, la hermana de Julia, le dio un abrazo mientras esta se secaba las lágrimas.

—Perdonadme —se disculpó la dueña de *Mio*—. Me gustaría estar sola un rato.

—Por supuesto —afirmó Knutas—. Hablamos después si quiere.

Les hizo un gesto a los demás para que se marcharan de allí. A primera vista, los dos hermanos parecían personas agradables. Daniel, el mayor, tenía el pelo corto, iba afeitado y llevaba una camisa recién planchada. Parecía un hombre honesto y servicial. Sonrió al presentarse, a pesar de lo incómodo de aquella circunstancia. Su hermana Maria parecía más reservada. Era alta y delgada, tenía el pelo rubio y corto, y llevaba unos vaqueros y jersey holgados. Tenía una cara seria que no revelaba sus verdaderos pensamientos. Ambos tomaron asiento y esperaron a que la policía comenzara a interrogarlos. Knutas optó por ir al grano.

—¿Ha recibido Julia alguna amenaza?

Los dos hermanos se miraron atónitos. Daniel respondió primero.

—No. No que yo me haya dado cuenta —dudó unos instantes—. ¿A qué se refieren?

—A que puede que hayan amenazado a su hermana menor. ¿Saben si alguien la ha tratado mal o se ha comportado de manera agresiva con ella? ¿Si ha conocido a alguien hace poco?

Maria se quedó atónita.

—Qué horror. ¿Creen que alguien quiere hacerle daño a Julia?

Se llevó la mano a la boca y se calló de repente.

—El viernes pasado estuvimos cenando juntos y nos dijo que iba a quedarse en casa de alguien a dormir —dijo Daniel con un gesto de reflexión—. Dijo que era alguien a quien había conocido no hacía mucho.

—¿Mencionó el nombre?

—No, que yo recuerde.

Knutas y Karin intercambiaron miradas.

—Y a ustedes, ¿les ha pasado algo fuera de lo común últimamente? ¿Algún incidente inesperado o amenaza?

—No, exceptuando las de siempre por parte de mi jefe —respondió Maria entornando los ojos—. O por parte de clientes insatisfechos.

—¿Trabaja en un supermercado?

—Sí, me encargo de la zona del pan.

—¿Y usted?

—Yo soy inspector de seguros. Prácticamente voy de un lado a otro valorando heridas que hayan sufrido nuestros clientes en caso de robo, fuego o algún accidente de ese estilo.

—Entonces conocerá a mucha gente —afirmó Karin—. Por ejemplo, ¿hay gente que se ponga agresiva cuando usted considera que los incidentes no tienen tanta importancia como ellos piensan? ¿O qué ocurre si sospecha que alguna persona trata de estafar a la compañía?

—Bueno, es evidente que a algunos les sienta mal e incluso llegan a amenazarme, pero ha pasado bastante tiempo desde la última vez que me pasó algo así. No suele ocurrir a menudo. No me viene a la cabeza ningún suceso anormal reciente.

Karin observó que Daniel había fruncido el ceño y tuvo la impresión de que mentía.

—¿Está seguro?

—Sí, completamente.

El comisario cambió de tema.

—Bueno, ¿y cómo va la venta?

—Desde luego, ha sido una desgracia espantosa que asesinaran a la agente que lo llevaba, pero eso no cambia nada —dijo Daniel—. La granja se venderá de todas formas.

—Aunque quizá tengamos que esperar —intervino Maria—. La agencia inmobiliaria ha detenido todas las transacciones por lo sucedido, y lo entiendo perfectamente.

—Pues tendremos que buscar otra inmobiliaria —añadió Daniel.

—A su debido tiempo —respondió la hermana—. Ahora será mejor que la dejemos aparcada por un tiempo.

Karin desvió la mirada de un hermano a otro. Intuía que había un cierto desacuerdo entre ellos. ¿Acaso Maria se había echado para atrás en la decisión de vender la propiedad?

Sus reflexiones se vieron interrumpidos en el momento en que Julia apareció con los ojos enrojecidos y con el pelo alborotado.

—Bueno, ya estoy un poco mejor. Podemos hablar ahora.

—Solo serán unas preguntas —afirmó Karin.

Julia se sentó a la mesa con la mirada perdida.

—¿Quién es ese hombre con el que queda y que vive en Visby?

Julia la miró desconcertada.

—¿Cómo? ¿Quién?

—Según tenemos entendido, está saliendo con alguien.

—¿Qué insinúan?

—Cuando nos vimos el viernes, nos dijiste que te ibas a dormir a casa de alguien después — intervino Daniel—. ¿No es eso cierto?

Julia se ruborizó.

—¿Y qué tiene eso que ver con todo este asunto?

Knutas se inclinó hacia adelante y le clavó una mirada seria.

—¿Con quién pasó la noche del viernes?

Julia se enderezó y miró fijamente al policía.

—Esa información no tiene importancia, ninguna en absoluto.

—Nosotros decidiremos si es relevante o no —refutó Karin—. ¿Con quién quedó?

—Forma parte de mi vida privada.

—Estamos hablando de un asesinato que justo tiene que ver con su propiedad. Por lo tanto, todo lo que tenga que ver con usted es importante para esclarecer los hechos y avanzar en la investigación.

La mujer se levantó de la silla.

—No tengo ninguna obligación de contar aquí toda mi vida privada. Ahora mismo no tengo tiempo para estas historias, tengo animales que cuidar.

El comisario suspiró.

—Está bien, tampoco vamos a obligarla. Pero tiene que ser consciente de que tal vez esté ayudando a encubrir información que pueda esclarecer los hechos.

—Sé perfectamente que la persona con quien me quedé a dormir no está relacionada ni por asomo con el asesinato, así que tengo la conciencia tranquila. Les doy las gracias. Y ahora, si me disculpan...

«Espero que tenga razón», pensó Knutas con preocupación, al tiempo que observaba la silueta menuda de la mujer alejarse hacia el cobertizo.

DIVISÓ EL VEHÍCULO en cuanto se acercaron a la casa. Un Audi negro, modelo de los últimos años, había aparcado en el camino de la entrada. «¿Quién diablos será? —pensó Daniel—. Ahora mismo no estoy para aguantar invitados de última hora.» Echó un vistazo al reloj. Eran las tres y cuarto. Había terminado de trabajar antes de lo habitual y quería aprovechar para irse pronto a casa, antes de que llegaran Sarah y los niños. Decidió aparcar al lado del Audi y salió del coche.

No se veía a nadie por allí, así que sacó las llaves para abrir la puerta de casa y en ese mismo instante se percató de que estaba entreabierta. De repente se detuvo. Notó cierta preocupación en el pecho. Tal vez había ocurrido algo. Entró en el vestíbulo y no tardó en percibir el olor a humo de tabaco.

—¿Hola?

No hubo respuesta. De repente, algo le impidió seguir investigando. Logró esconderse a hurtadillas en la cocina y después continuó por el pasillo hasta llegar al salón de la casa. Se detuvo en el umbral de la puerta. Había dos hombres que no conocía de nada, de músculos desmesurados y brazos tatuados, sentados en el sofá. Parecían dos excavadoras con forma humana.

—Pero ¿qué narices...? —fue todo lo que pudo decir.

Comprendió rápidamente de qué iba el asunto, pues debía una gran cantidad de dinero, que tendría que haber pagado ya, y, al parecer, había agotado la paciencia de alguno de sus acreedores.

Los dos tipos giraron lentamente sus cabezas rapadas que asomaban por el respaldo del sofá. Uno de ellos apagó adrede el cigarrillo en el reposabrazos del sofá.

—Bienvenido a casa, Dannyboy —lo saludó con el pitillo en la mano a pesar de que nunca se habían visto antes. Paseó la mirada por el salón con un gesto de aprobación, hizo una señal con la cabeza a la foto de Sarah que había colgada en la pared al otro lado del salón—. Bonita casa y bonita mujer.

El otro soltó una sonrisa burlona, pero no dijo nada.

—¿Qué queréis? —preguntó a pesar de saber bien la respuesta.

El tipo que había hablado se levantó y le clavó una mirada demacrada y desafiante.

—No, no, ¿qué es lo que quieres tú? Esa es la pregunta. ¿Tú qué quieres, Dannyboy?

Lo apuntó con el dedo en el pecho y apretó con tal fuerza que lo hizo retroceder unos pasos.

—Pienso devolver el dinero, solo que...

El matón lo empujó con el dedo con tanta presión que cayó al suelo y se golpeó la nuca contra la pared.

—Daniel, no basta con eso. Si quieres soltar la mosca, hazlo ya.

—No lo entendéis —balbuceó y se quitó sus manos de encima.

En ese momento, el tiparraco le agarró el dedo y comenzó a torcérselo hacia atrás. Ramberg se puso pálido.

—Si tu intención es saldar la deuda, lo haces ya y punto. Así de fácil.

—Pues claro que pienso pagarla, pero aún no tengo el dinero —intentó explicarles.

El matón le rompió el dedo con un simple movimiento y Daniel permaneció en el suelo retorciéndose de dolor.

—Dios santo, menudos gritos pega —intervino el otro tipo y se levantó del sofá.

—Te damos una semana, ni un día más —lo avisó el matón, que se puso en cuclillas delante de Daniel y le colocó la mano en el hombro en un gesto amigable.

—No te lo tomes como algo personal, pero deberías preguntarte qué buscas en realidad.

—Pagar —suplicó Daniel—. Tengo claro que quiero hacerlo, por mi bien.

El tipo le dio una palmadita en el hombro.

—Ya veo. Entonces, sabes perfectamente lo que quieres. Solo tienes que centrarte de verdad. Recuerda que eres un hombre que tiene responsabilidades familiares y más como padre de tus hijos, además de tener una mujer hermosa, como he dicho antes.

—No metas a mi familia en esto. Ni se os ocurra tocar a mis hijos —alzó la voz Daniel en tono sereno.

El hombre se inclinó hacia delante.

—Recuerda que tu deber es centrarte. Volveremos en una semana a buscar el dinero.

En ese momento se levantó, se dirigió a la puerta y, antes de desaparecer, se giró hacia Daniel, que seguía en el suelo.

—Si estuviera en tu lugar, iría al médico a que me vieran ese dedo. Aunque, bueno, ¿qué estoy diciendo? Quizá no te sirva de alivio de todas formas.

La risa malvada de aquel tiparraco se desvaneció en cuanto salió de la casa dando un portazo. Daniel apoyó la espalda en la pared y se levantó poco a poco mientras se observaba el dedo, que le palpitaba de dolor hasta tal punto que le provocó sensación de vértigo. Apretando los dientes con fuerza, logró levantarse y llegar a la ventana. Desde allí vio al hombre que se metía en el Audi. El otro se dio la vuelta y lo miró fijamente mientras se encendía otro cigarro. Daniel se ocultó detrás de las cortinas.

—Maldita sea —gimoteó mientras se le salía la saliva de la boca y las lágrimas y el dolor le recorrían el rostro. Tomó un pañuelo, lo puso debajo del grifo y lo humedeció con agua fría para enrollárselo en el dedo. No dejaba de morderse los labios. «Tengo que irme —pensó—. Antes de que vuelvan Sarah y los niños. No pueden verme así.»

SALIÓ DE LA casa y esperó fuera a que llegara el taxi que había pedido por teléfono. Los pensamientos le inundaban la cabeza. Tenía que contárselo a Julia. Debía comprender que toda su vida era un auténtico caos. En ese momento, la mano entera empezó a atormentarlo de dolor. No le quedaba otra que pagar; de lo contrario, estaría perdido. El taxi dobló la esquina y se detuvo delante de él. Daniel abrió la puerta a duras penas y se sentó en el asiento trasero. Ya empezaba a sentir el dolor en todo el brazo.

—¿Adónde va? —preguntó el taxista.

Daniel apretaba los ojos de dolor.

—Lléveme al centro de salud —murmuró sin fuerzas—, a urgencias.

—¿Se encuentra bien? —se interesó el conductor.

—¿A usted qué le parece? —le espetó.

MARTIN KIHLGÅRD PARECÍA estar de mejor humor después de mucho tiempo. Eso fue lo que pensó Karin al verlo entrar en su despacho de la comisaría, como siempre, sin llamar a la puerta. Además, llegaba silbando por el pasillo. En una mano llevaba una carpeta llena de papeles y en la otra un pastel de chocolate.

—Vaya, pues sí que estás animado —le dijo Karin y quitó enseguida los pies de la mesa.

Solía dejar reposar las piernas, con sus vaqueros azules, encima del montón de papeles que había en el escritorio mientras se ponía a pensar en sus cosas. Tenía esa mala costumbre, que, a decir verdad, no estaba muy aceptada entre sus compañeros de trabajo, pero tampoco habían conseguido quitársela con los años.

Kihlgård se acomodó en la silla de las visitas del despacho de Karin y soltó un soplido de satisfacción.

Apenas le cabía el cuerpo en el asiento por su complexión física, pero aun así se sentía satisfecho.

—Pues sí, el amor, el amor... Me pregunto qué es lo que haríamos sin amor.

Abrió los ojos como platos y concluyó la frase con un movimiento de manos.

—¿Qué es lo que te ha picado? —dijo Karin con una sonrisa alegre por ver que su amigo se sentía mejor.

—Jean-Paul me llamó ayer por la noche. Estuvimos charlando largo y tendido durante horas. Es más, me dio tiempo a almorzar y a zamparme la cena mientras tanto. Bueno, sí, porque me había comprado una pizza y no me supuso ningún engorro.

—¿Y bien? —preguntó ella con mirada desafiante—. Me interesa más que me cuentes de qué estuvisteis hablando y no lo que cenaste.

—Ah, bueno, claro —respondió mientras se partía un trozo de tarta de chocolate—. Jean-Paul vuelve. Dice que no puede vivir sin mí y que ya no siente ni pizca de amor por el Sören ese.

—¿Sören? ¿Así es como se llama? ¿El que está casado y tiene tres hijos?

—Efectivamente. Sören. Qué nombre más horroroso, ¿verdad? —Kihlgård se llevó el trozo a la boca—. A pesar de todo, ha sido buena idea lo de tomar distancia para que él pudiera estar solo. Eso le ha servido para aclarar sus sentimientos. Porque eso de que no tenía intención de quedar más con el tal Sören..., vamos, no me lo creo ni por asomo. Aun así, se ha dado cuenta de que ya no lo pasaba tan bien. Tal vez fuera una pequeña chispa temporal. Es que a Jean-Paul le pueden demasiado los heteros. Pero nunca pensé que fuera a enamorarse hasta el punto de querer romper con la vida tan bonita que tenemos como pareja.

Kihlgård negó afligido con la cabeza y volvió a cortarse otro trozo. Karin se percató de que no era el tamaño normal de una tarta de chocolate, y los trozos eran extragrandes y anchos. Martin se quedó masticando unos minutos antes de continuar.

—Pues eso..., y ahora dice que ha puesto punto final a esa relación y que ya no se siente enamorado de él. Me ha reiterado que solo me quiere a mí.

—¿Y tú cómo te sientes? —le preguntó ella con prudencia.

—Bien, supongo —suspiró—. Es evidente que estoy enormemente feliz de que haya vuelto.

—No es que quiera aguarle el sentimiento de felicidad, pero ¿te ves capaz de confiar en él después de todo? ¿Crees que es imposible que pueda volver a ocurrir lo mismo?

Kihlgård se limpió la boca con un pañuelo de seda que tenía en el bolsillo del chaleco. Karin no conocía a ninguna otra persona que siguiera usando pañuelos de tela ni tampoco a nadie que lo utilizara para sonarse la nariz y volviera a metérselo en el bolsillo.

—¿Sabes qué? Tengo cincuenta y cinco años, y Jean-Paul es veinte años menor que yo. ¿Qué puedo esperar? Además, nuestra vida amorosa está llena de pasión. ¿Cuántas personas de mi edad pueden decir eso? Solo me queda estar agradecido y feliz por todo el tiempo que dure.

Karin notó que a Kihlgård se le veía cansado de repente y sintió pena por su amigo. Con la mano extendida, le dio una palmadita en el brazo a modo de consuelo.

—Todo saldrá bien —le dijo.

La cabeza de Knutas, que asomaba por la puerta, interrumpió la conversación.

—¿Sabéis algo de Lennart Skoglund?

Los dos se miraron.

—No, ¿qué ocurre? —corearon.

—Se ha despertado. Wittberg me ha llamado del hospital hace un momento. Está allí ahora.

—¿Le ha dicho algo? —preguntó Karin.

—Sí, Wittberg le ha hecho ya algunas preguntas cortas. Skoglund se había quedado hasta tarde en el trabajo y luego se fue a dar un paseo junto al mar. Según sus palabras, necesitaba reflexionar sobre lo ocurrido. Al cabo de un rato, se fijó en que había un coche que lo perseguía. Resulta que un hombre salió del vehículo y lo golpeó, pero no logró distinguir su rostro. Después de eso, no recuerda nada más. Aunque encontraron su cartera vacía y también había desaparecido su teléfono móvil.

—¿No habrá sido un atraco con violencia sin más? —planteó Kihlgård.

—Al parecer, está hecho polvo físicamente como para que haya sido por eso —expuso Knutas—. Tiene heridas graves y va a quedarse ingresado durante un tiempo. Además, este suceso quizá tenga puntos en común con el asesinato de Sanna Widding. ¿Por qué iban a atracarlo ahora sin ningún motivo?

—¿Ha dado alguna descripción del hombre? —preguntó Karin.

—Desafortunadamente, no. Todo ocurrió demasiado rápido. Pero sabe que era un hombre. Cree que era alto, pero tampoco está seguro de ello.

—Y el hombre que lo encontró... —continuó Martin—. ¿Sabemos algo de él?

El comisario negó con la cabeza.

—No, desapareció en ese momento. Habrá sido él quien se ha llevado el móvil, supongo. Estamos buscando entre vagabundos y personas que duermen en la calle, pero todavía no hemos dado con la persona que lo vio. La cuestión es quién le pegó la paliza a Skoglund.

—¿Y si fuera obra de Georg Widding? —sugirió la subcomisaria—. ¿Lo habrá hecho para vengarse de él por estar enamorado de Sanna? Pero ¿por qué ahora?

—En cualquier caso, resulta una idea poco lógica que fuera ahora a meterse con el admirador de su esposa —señaló Kihlgård—. Hombre, que ya está muerta.

—Es raro —afirmó Anders—. Georg Widding niega estar involucrado en lo que ha pasado. No hay ni una sola prueba que apunte a que haya sido él, pero carece de coartada. Por desgracia, tampoco podemos volver a interrogar a Skoglund hasta que pase un tiempo, pues, según los médicos, necesita reposo. Por ahora tendremos que conformarnos con las preguntas que Wittberg le ha hecho. Quizá tampoco estuviese en condiciones de decir mucho más. Por otra parte, he pensado en ir a su casa yo mismo para hablar con su mujer, Sofia Skoglund. Tengo curiosidad por ver cómo viven. ¿Alguien se apunta?

—Yo me encargo de Georg Widding —dijo Martin—, que todavía no he conocido al chaval. Quizá le dé por cambiar la historia, quién sabe.

—Yo voy contigo —se ofreció Karin, que se puso el abrigo y se levantó de la silla—. Por cierto, ¿alguna novedad con respecto al perro de Julia Ramberg?

El comisario la miró con gesto preocupado.

—No, todavía sigue sin aparecer.

NO RECONOCÍA SUS propias manos. Estaba delante de la encimera de la cocina, llenó el fregadero con agua caliente e introdujo los dedos sin ser consciente de por qué lo hacía, pues no había nada para lavar. Levantó una mano y se la puso en la cara. Notó el calor sobre la piel fría. Cerró los ojos y se imaginó que era su marido quien le acariciaba la mejilla. Hacía mucho tiempo desde la última muestra de afecto. Había cambiado últimamente y se había vuelto aún más distante, aunque no sabía el motivo. Tal vez fuera solo algo temporal. Su estado de ánimo tenía altibajos. Por suerte, pasaban con el tiempo.

Sus pensamientos se dispersaron, se secó con un paño de cocina y se puso la falda derecha. Entonces se detuvo frente al espejo de la entrada y se ajustó las horquillas que se habían soltado después de echarse el pelo hacia atrás.

En el mismo pasillo, se calzó unas sandalias, abrió la puerta y se marchó. El sol la saludó de frente cuando salió al porche y cerró los ojos para deleitarse con el frescor de la brisa del mes de abril, que hacía que se le sonrojaran las mejillas. Los tulipanes trepaban por la pared y crecían cada vez más. Aquellos pétalos rojos y amarillos eran preciosos. Le encantaban las flores que se asomaban en el arriate como si se impusieran al viento para poder recibir a la primavera. Se puso en cuclillas para apartar algunas hojas apelotonadas que seguían allí desde el otoño.

Recogió una bolsa de plástico que se había volado y que había ido a parar a aquel lugar, y debajo encontró los alicates que su marido le había dado antes del invierno. Estaban prácticamente cubiertos de tierra. Se fijó en que habían empezado a oxidarse. Con lo cuidadoso que era su marido con las herramientas, y ella se había olvidado de los alicates. Durante unos segundos, permaneció indecisa hasta que al final cavó un hoyo profundo en el arriate y decidió enterrarlos para que su marido no se diera cuenta.

Según se quedó mirando fijamente los alicates empezó a arrepentirse. «No, esto no va a funcionar.» Tarde o temprano iba a necesitarlos y entonces se acordaría de que se los había prestado. Ya le estropeó una vez unas tijeras, que había usado para cortar un alambre, y su reacción fue decirle que tenía que ser más cuidadosa con sus cosas, que el dinero no crecía de la nada y que ella tampoco trabajaba para ganarlo.

Soltó un profundo suspiro y se puso a contemplar los alicates, que ahora estaban tirados en la tierra. A decir verdad, nunca le pedía nada prestado, puesto que tenía su propio cajón en la cocina con los objetos necesarios del día a día. Para él, todas las herramientas eran objetos de gran valor y procuraba cuidarlas con esmero, además de tenerlas perfectamente colocadas en fila en la pared.

Echó un vistazo a su alrededor. Su marido la había avisado de que había ido a pescar, lo cual significaba que no volvería hasta por la tarde. Le gustaba adentrarse en el mar con su barca para disfrutar de la soledad.

Les quitó las hojas y la tierra a los alicates, se los metió en el bolsillo y se levantó. Cuando llegó a la cocina, sacó un estropajo metálico, los humedeció y se puso a pulirlos para quitarles las manchas de óxido. Lo hizo con tanta fuerza que acabó haciéndose heridas en las yemas de los dedos. Pensó que habían quedado mejor cuando se puso a enjuagarlos debajo del grifo.

Era consciente de que no tenía permiso para entrar en el garaje de la casa, puesto que era el habitáculo privado de su marido, en el que siempre quería estar solo. Pero esta vez no se encontraba en casa. Por lo tanto, podría volver a dejar los alicates junto al resto de las

herramientas. De esa forma, tal vez ni le preguntara por ellos y, con suerte, creería que se los había devuelto hacía mucho tiempo.

Así pues, sacó de un armario del lavadero una copia de la llave del garaje.

Las dudas le hicieron detenerse ante la puerta. Apoyó la oreja para tratar de comprobar si había algún ruido, pero no se oía nada. Entonces colocó la mano en el pomo y la puerta se abrió. Solía cerrarla con llave, pero esta vez se le habría pasado por completo. O le habría dado igual dejarla abierta, porque sabía que no tenía por qué hacerlo, ya que ella nunca entraba en el garaje, como si ese espacio no existiese dentro de la casa. Sin embargo, ahora estaba dentro y apretaba entre las manos los alicates. Percibió un olor a humedad y notó el frío que hacía allí abajo. También olía a aceite. Palpó la pared para encontrar el interruptor de la luz y finalmente giró la clavija.

Un foco proyector se encendió en el techo y lo inundó todo con una luz blanca y poco cálida. Nunca se había percatado de la amplitud del garaje, pues no lo había pisado en muchísimo tiempo y ni siquiera recordaba qué aspecto tenía la última vez.

Su antiguo coche seguía allí aparcado junto a la pared. La pintura roja estaba aún intacta desde que lo compró. Por aquel entonces solía ir a buscarla después de trabajar y no les importaba hacer muchos kilómetros para ir hasta Fårö, donde se paraban a contemplar bajo la música los *raukar*, que evocaban distintas figuras en el cielo, y a observar cómo este, a su vez, se transformaba en un manto de terciopelo que cubría los campos y prados de la isla. Las estrellas brillaban como diamantes iluminados por la luz del sol que se escondía detrás de la oscuridad. Aquella fue la primera vez que vio un cielo tan hermoso.

En ese momento, le puso la mano en la rodilla y eso hizo que se sonrojara, pues estaba enamorada de él desde hacía tiempo. Le parecía un hombre tan fuerte, tan masculino... A pesar de todo, todavía seguía queriéndolo con la misma intensidad, y eso la hacía sentirse débil, más de lo que de por sí era.

Hacía mucho tiempo que no le ponía la mano en la rodilla. Entonces volvió a la realidad y paseó la mirada por todas las paredes del garaje, hasta que se detuvo en una donde estaban colgadas todas sus herramientas, en hileras perfectas y clasificadas por uso. Había destornilladores de diferentes tamaños, martillos de todo tipo y alicates de todas las clases. Descubrió un hueco en la pared y colgó los alicates allí, junto a los demás.

«Todo saldrá bien», murmuró para sus adentros y se colocó bien la falda, a pesar de que no era necesario; era una vieja costumbre.

Cuando se disponía a subir a la planta de arriba, algo la detuvo de repente. Se puso delante del vehículo y, con los ojos cerrados, comenzó a acariciar el capó. Eso le provocó una agradable sensación. Por un instante, se metió en él y se imaginó la silueta de su marido conduciendo a su lado; la nariz recta, el mentón prominente, que lucía una barba sin afeitar de varios días. Aquella mirada perdida, posada todo el rato en algún punto en la distancia, más allá del volante. Pensó en sus ojos preciosos de terciopelo, que les gustaban a todas las mujeres y que las enamoraban a primera vista.

Después se enamoró de sus manos, del rostro, la frente y la expresión cuando se ponía a pensar en cualquier cosa.

Desde el asiento del copiloto se imaginaba que las carreteras de Fårö por las que solían conducir se extendían delante de sus ojos, y llegó a apreciar el olor de cada verano, de la hierba en el arcén, del mar y de la suave brisa que soplaba todas las noches. Estiró las piernas y puso las rodillas contra la guantera. Su intuición la incitaba a abrirla; tenía la esperanza de hallar algo que la llevara de vuelta a aquellos días llenos de felicidad.

Pero cuando la abrió, se encontró con algo completamente diferente. Había una bolsa metida a presión, que contenía un bolso de mujer con un broche de plata, que parecía caro y exclusivo. Con cuidado, lo sacó de allí y se puso a observarlo con detenimiento. «La dueña del bolso debe de tener buen gusto», pensó mientras seguía perpleja. Se lo puso en las rodillas y empezó a deslizar los dedos por la superficie. Era de cuero y de color claro, y al tacto era suave y liso. ¿Habría conocido a otra mujer y la amante se había olvidado el bolso en el coche después de un encuentro pasional? Notó una presión en el pecho y se imaginó las manos robustas de su marido acariciando la piel de otra mujer y enroscando sus mechones de pelo con los dedos. Los labios de él contra los suyos, los dos bien pegados. Era incapaz de entenderlo, incapaz de imaginarse a su marido rebosando pasión, excitado y con deseo. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se había mostrado así que ya lo había borrado prácticamente de su memoria. Tiró de la cremallera del bolso. Le temblaban los dedos, y de pronto le vino el olor a perfume caro.

En ese mismo momento, le pareció oír un ruido en las escaleras que bajaban al sótano. El miedo se apoderó de ella tan solo de pensar que podía descubrirla allí, metida en el coche, y comprender que se había atrevido a entrar al garaje. Deprisa, cerró el bolso y lo guardó de nuevo en la guantera. Empujó con fuerza, pero esta volvió a abrirse. «Maldito pedazo de chatarra.» Se puso a escuchar con atención, pero no percibió ni un solo sonido que proviniera de la escalera y tampoco vio a nadie en el umbral de la puerta. Echó un vistazo al reloj. Solo eran las dos y media, así que su marido todavía tardaría en llegar. Probablemente se lo habría imaginado. Intentó volver a cerrar la guantera y empujó con cuidado, pero no había manera; el bolso no dejaba de caerse.

Entonces volvió a sacarlo y se sobresaltó de repente. Acababa de fijarse en que había manchas de sangre en el bolso de cuero. Frunció el ceño y le pareció que la sangre ya estaba seca. Intranquila, alzó la vista de nuevo. Sabía que había dejado la puerta del coche abierta para poder oír mejor si llegaba alguien. Aun así, reinaba el silencio absoluto en las escaleras y, de haber sido su marido, seguramente habría aparecido ya por el garaje. Inspiró aire durante unos segundos y decidió volver a abrir el bolso. Dentro había una pequeña bolsa de aseo con maquillaje, un estuche de gafas, un llavero y una cartera. Le temblaron las manos cuando giró el último objeto que había descubierto. En ella había un permiso de conducir con la foto de una mujer risueña. Por un momento le pareció que la reconocía, pero no lograba ubicarla. Entonces leyó el nombre, que le resultó familiar.

De repente, oyó un tintineo que venía de arriba. Ahora sí que estaba segura.

El corazón dejó de latirle en el pecho.

Entonces apareció su marido por la puerta y se quedó mirándola fijamente.

Su rostro no revelaba ni un ápice de lo que pudiera estar pensando. Se fue derecho al coche, se agachó y le preguntó en un tono imperturbable:

—¿No tienes nada mejor que hacer?

LENNART SKOGLUND VIVÍA a las afueras de Visby, en un pueblo llamado Vibble, en una casa de los años setenta de ladrillo blanco con los bordes de las ventanas pintados de marrón. Había un Fiat rojo aparcado junto a la entrada y supusieron que sería de su mujer. Karin y Knutas aparcaron en la plaza libre que había al lado del vehículo; de todas formas, Skoglund no iba a ocuparla en mucho tiempo, ya que su coche seguía en el aparcamiento de la inmobiliaria. Decidieron que lo analizarían más tarde. Aún se desconocía si el incidente estaba relacionado con el asesinato, y en ese caso el vehículo podría ser de interés para la investigación.

Un manto de césped liso bordeaba la casa, unas cortinas de cuadros asomaban por las ventanas y en la verja había un hermoso buzón colgado, que lucía unas gaviotas y el mar pintados a mano. «Aquel dibujo recordaba a la primavera escandinava», pensó Knutas, y por un momento dibujó en su mente el rostro de Line, pues fue ella quien lo pintó una vez hacía mucho, mucho tiempo. Un vecino que merodeaba por allí se puso a observarlos con curiosidad cuando ambos subían el camino de gravilla recién rastrillado. El comisario entendió que aquel hombre los había reconocido.

Llamaron a la puerta y esperaron unos minutos hasta que empezó a abrirse lentamente. Sofia Skoglund era una mujer rellenita de unos sesenta años, tenía el pelo recogido en un moño de una forma algo anticuada. Su apretón de manos fue prudente e indeciso, como si no tuviera mucha intención de dársela para saludar.

Parecía atemorizada, tenía el rostro pálido y los ojos hinchados y enrojecidos. Unos segundos después, los invitó a pasar a la cocina.

—¿Les apetece tomar café? —preguntó.

—Sí, gracias —respondió Knutas por pura cortesía.

Sofía Skoglund sirvió el café en unas tazas que ya estaban puestas en la mesa. Se acomodaron en torno a la mesa de madera de pino perfectamente pulida que lucía un mantel de ganchillo y un jarrón con tulipanes amarillos.

Dio un profundo suspiro cuando se sentó en la silla. Sostenía un pañuelo en la mano y se tapaba el rostro con gesto nervioso.

—En primer lugar, sentimos lo que le pasó a su marido anoche —comenzó Knutas.

—Sí, ha sido espantoso —continuó la mujer, que sacó otro pañuelo cuando se le inundaron los ojos de lágrimas—. No lo entiendo, nunca ha ocurrido nada parecido. Estoy muy preocupada por Lennart. ¿Qué estaría haciendo en el paseo de Strandgärdet a esas horas de la noche?

Su mirada de desesperación se posó en el rostro de los policías con la aparente esperanza de que supieran la respuesta.

—Aún no lo sabemos, pero intentaremos averiguarlo. Y, sobre todo, quién le ha hecho tal cosa. ¿Cuándo notó que Lennart tardaba en llegar?

—Llamó a casa para decirme que tenía que quedarse en el trabajo hasta tarde por lo de la muerte de Sanna, puesto que ni él mismo tenía claro cómo iba a gestionar la oficina y todos los encargos. Le habría encantado tomarse un descanso de todo, pero es que no es tarea fácil..., con los clientes y demás... El asesinato nos ha conmocionado mucho a todos.

—Lo entiendo —asintió Knutas—. ¿Cuándo se dio cuenta de que tardaba? —repitió.

—Me acosté y me puse a leer un libro, serían las diez. Al cabo de media hora apagué la luz y

me quedé dormida en un santiamén. No supe nada más de Lennart, no había venido a casa y yo pensé que tal vez estaría liado. Luego me desperté sobre la una de la madrugada y empecé a preocuparme al ver que no estaba en la cama. Me di cuenta de que tampoco estaba en casa ni en el garaje y, entonces, lo llamé por teléfono, y ese hombre me respondió...

—¿Le dijo quién era? ¿Le dio algún nombre?

—No; hablaba raro, balbuceaba como si estuviera borracho. O tal vez drogado. Y, por la voz, diría que era mayor. Estoy segura de que joven no era. Parecía un indigente.

—¿Tenía acento de Gotland?

—Sí.

—¿Qué dijo? —preguntó Karin.

—Me dijo que Lennart no podía hablar, que no se sentía bien. Incluso le puso el móvil cerca para que pudiese oír su respiración de fondo.

Sofía Skoglund se sonó la nariz y dio un trago al vaso de agua que tenía delante. Las manos no dejaban de temblarle.

—¿Le preguntó qué había pasado o quién era? —insistió Knutas.

—Sí, lo hice. Pero no quiso decírmelo... Tan... tan solo me dijo que Lennart no se encontraba bien y que sería mejor que fuese a buscarlo.

—¿Y después de eso?

—Me confirmó que Lennart estaba tirado en Strandgärdet, justo detrás de la muralla, por la parte del mar. Después, colgó.

—¿Y qué hizo entonces?

—Fui hasta allí y lo encontré en el suelo —prosiguió Sofía Skoglund entre sollozos—. En ese momento, llamé a la policía y a la ambulancia.

—¿Sabe si su marido ha recibido algún tipo de amenaza últimamente?

Les lanzó a ambos una mirada de decepción y negó con la cabeza.

—No, al menos yo no me he dado cuenta... ¿Se refieren a...? Es que no dejo de pensar en el asesinato de esa mujer... Lo horrible que está siendo todo...

—¿Y alguna otra cosa de la que se haya percatado? ¿Algún comportamiento extraño estos últimos meses?

—La muerte de Sanna le ha afectado mucho. Lo ha dejado totalmente destrozado. La apreciaba mucho, tenían una relación especial.

Karin y Knutas intercambiaron miradas en ese momento.

—¿A qué se refiere con eso de «relación especial»? —preguntó Karin.

—Hablaba mucho de Sanna; estaba claro que le gustaba y se dejaba influir por ella. Desde que había empezado a trabajar en la empresa, a Lennart se le veía más animado...

En el rostro de Sofía Skoglund se esbozó una mirada perdida.

—¿Cree que hubo algo más? ¿Si se enamoró de ella?

—No, no creo que eso pasara. Sanna le levantaba los ánimos, pero solo hasta cierto punto.

—¿Y eso a usted no le molestaba?

—Pronto vamos a hacer treinta años de casados, y la verdad es que no me afectaría que Lennart sintiera una cierta atracción por esa mujer. —A Sofía le tembló el labio inferior y continuó hablando al mismo tiempo que esquivaba la mirada—: Desde luego, lo notaba más feliz cuando volvía del trabajo. Uno puede sentirse atraído por alguien cuando lleva mucho tiempo casado con la misma persona. A veces pasa...

Knutas sabía perfectamente de lo que estaba hablando, pues a pesar de que Line y él se hubieran

llevado bien, ya sentía algo por Karin desde hacía más tiempo del que quería reconocer. Como veía que Sanna Widding y Lennart no habían llegado a tener una relación, decidió zanjar el tema. Además, dudaba que los celos estuvieran detrás de esta trama y que la mujer hubiera contratado a alguien para que le diera una paliza.

—¿Podemos echarle un vistazo a la casa? —preguntó para cambiar de tema.

La mujer del agente inmobiliario dibujó una expresión de incomodidad.

—Es que no me ha dado tiempo a limpiar...

—Eso no importa —añadió el comisario.

—No, no, ya, pero aun así... Bueno, si solo es un vistazo... —dijo Sofia y, rápidamente, comenzó a recoger los platos de la mesa.

Le dieron las gracias por el café y se levantaron. La vivienda era una casa adosada de varias plantas. En la principal se encontraban la cocina, el salón, el baño y una oficina. También había una escalera que conducía a la primera planta y en la que había otras habitaciones, otro baño grande con sauna y una sala de estar. Hasta donde alcanzaban a ver, no había ni una sola mota de polvo y todo estaba ordenado. El despacho que Skoglund tenía en casa también estaba ordenado, con todas sus carpetas colocadas a la perfección. Knutas trató de abrir un cajón del escritorio y observó que estaba cerrado con llave.

—Tenemos que solicitar una orden de registro —le comentó a Karin, que ojeaba algunas carpetas a su lado—. Probablemente haya una conexión entre el asesinato y la paliza que ha sufrido Lennart.

Continuaron por el resto de la vivienda y bajaron por las escaleras hasta el sótano de la casa, donde había un lavadero, un almacén y un garaje. Knutas colocó la mano en el pomo de la puerta y se percató de que también estaba cerrada.

Llamó a Sofia Skoglund y esta enseguida se asomó por la escalera, por lo que Knutas supuso que habría estado detrás de ellos en todo momento.

—¿Por qué está cerrada la puerta del garaje? —preguntó.

—No lo usamos. Bueno, solo para guardar los coches, pero siempre están fuera. Solo hay trastos dentro y una réplica de un modelo de avión que es de Lennart. Le gustan ese tipo de cosas. Él siempre quería que la puerta estuviese cerrada. El garaje es su zona privada.

LOS RAYOS DEL sol trepaban por la pared de la casa y se filtraban por las cortinas de la cocina a la vez que dibujaban un abanico precioso de formas y colores en la encimera. Julia apartó las cortinas y abrió la ventana. Se notaba que el sol empezaba a calentar la brisa de la primavera. Contempló lo que había alrededor y observó los corderos pastando en la hierba. Inconscientemente, buscó a *Mio* con la mirada. A pesar de todo, seguía albergando la esperanza de que el perro apareciera. Quizá se hubiera lesionado y estuviera escondido en algún lugar hasta que sanase la herida, y entonces volvería trotando por el jardín, como de costumbre. Sin embargo, nada era como antes. Todo era diferente y su mundo estaba patas arriba. Había perdido el norte por completo.

Se alegraba de que hubiera llegado la primavera, pues los rayos del sol en el rostro representaban una esperanza de vida. Quería aprovechar la oportunidad para comer al aire libre, ahora que, por fin, hacía buen tiempo. Es más, deseaba estar fuera todo el tiempo, por si *Mio* aparecía.

Así pues, preparó la bandeja de desayuno con un pequeño queso francés, algo de jamón y la cafetera. Había estado esperando ese momento durante todo el largo y frío invierno; por fin, podría revivir todas las veces que se había detenido a escuchar el gorjeo de los pájaros en los árboles, que indicaba que el verano estaba cerca. Ahora todo aquello sobraba.

Empujó la puerta con el pie y recordó los momentos que había comido fuera en el jardín, aquellos desayunos con toda la familia, cuando sus hermanos y ella correteaban alrededor de la mesa. Su madre dándoles la lata para que se sentaran a comer mientras su padre murmuraba que los niños parecían más bien corderitos recién nacidos por lo revoltosos que estaban.

Dejó la bandeja en la mesa, encendió la radio y sirvió el café en su taza favorita. Cerró los ojos y sintió que el sabor del café le impregnaba el paladar. Soltó el aire de los pulmones y notó que se le relajaron los hombros. Intentaría no preocuparse por todo. Tal vez, *Mio* solo estuviera herido y Maria hubiera conseguido convencer a Daniel para posponer la venta de la granja. En el mejor de los casos, no perdería la granja. Los corderos balaban a lo lejos y verlos pastando en el campo era una estampa preciosa. Le encantaba el olor que desprendían, el suelo húmedo, la hierba y el café. «El aroma de la primavera», pensó.

Entonces sonó el teléfono. Era Maria al otro lado del auricular y parecía que hubiera estado llorando.

—¿Qué tal estás? —preguntó Julia.

—Hemos vuelto a discutir. Tommy ha estado toda la noche encerrado arriba bebiendo alcohol. Yo trabajaba hoy a las seis de la mañana y justo a esa hora se fue a dormir. No he pegado ojo. Ni siquiera sé si los niños han ido solos al colegio.

—Maria rompió a sollozar.

—Pero, Maria... —añadió Julia con cierta preocupación en la voz—. ¿Quieres que vaya a tu casa?

—No, no hace falta. He llamado a una vecina.

—¿Quieres pasarte por aquí esta noche?

—Gracias, pero no creo que me venga bien, necesito ocuparme de los niños. Bueno, tengo que irme ya, estoy en el trabajo y tenemos follón, como siempre.

—Solo quiero que sepas que puedes venir aquí cuando quieras —le aseguró Julia—. Ya sea sola o con los niños.

—Gracias, me alegro de que me digas eso. Hablamos luego.

—Llámame esta noche de todos modos y me cuentas qué tal.

—Vale, te llamaré.

La conversación se terminó y Julia se quedó sentada un buen rato con la mirada perdida al frente. Se sentía muy mal por Maria. Su hermana mayor, fuerte y valiente, que siempre se las había arreglado sola y nunca había dependido de nadie, parecía necesitar toda la ayuda del mundo. «Si ella me dejara ayudarla...», pensó Julia.

Mientras se comía un bocadillo, le pareció oír en la carretera el portazo de un coche; era el cartero. Le dio un bocado al trozo de pan y un último sorbo a los restos de café, se levantó y se dirigió al cobertizo situado delante de la letrina. Abrió la valla y continuó hasta donde se encontraba el buzón. Descubrió que estaba prácticamente a rebosar y se percató de que no había recogido el periódico esa mañana y que todavía seguía allí, entre la multitud de cartas apelotonadas.

Se puso a ojear las facturas y los folletos publicitarios, y se detuvo al ver un sobre con su dirección escrita a mano con rotulador negro y letra preciosa. Aquella caligrafía le resultaba familiar en cierto modo. Llevaba unos sellos de Chile y en el interior había una postal de Santiago de Chile que lucía tonos azules, árboles en primer plano, un sol rojizo que recordaba al otoño y, por último, la sierra con cumbres nevadas se alzaba imponente al fondo entre la neblina que acariciaba la ciudad.

Las manos no paraban de temblarle cuando decidió darle la vuelta a la postal. Las piernas se le quedaron sin fuerzas y terminó desplomándose en el césped. Tenía la sensación de que la tierra se la hubiera tragado por completo.

Observó que no había nada escrito en el reverso de la postal, pero sí estaba firmada, y no tardó en reconocer al autor. La firma pertenecía a aquel niño de pelo rubio y ondulado que portaba alas en la espalda, una con los bordes algo rasgados. Allí estaba Ícaro, el pequeño volador, contemplándola con una sonrisa en el rostro. El niño con el que su hermano soñaba en convertirse.

De repente notó que la cabeza le daba vueltas y se le nublaron los ojos.

—No puede ser verdad —susurró.

PERMANECIÓ TIRADA EN el suelo en la misma postura durante un buen rato mientras, poco a poco, cobraba conciencia de lo que realmente estaba ocurriendo.

Volvió a examinar el sobre, la hermosa caligrafía y el dibujo de Ícaro. Su hermano le había dado una señal de vida.

—Maldito granuja —susurró Julia riéndose, a la vez que negaba con la cabeza y le brotaban las lágrimas—. Maldito granujilla estás hecho.

—No te alejes mucho ahora —le advirtió a Isak, que se puso a bajar por el camino de gravilla dando saltitos en dirección al pantano y al prado donde pastaban las ovejas. Le encantaban las lanudas y las negras, y le gustaba la hilera de muros de piedra de poca altura que se extendía, como si fueran enormes gusanos, por los inmensos páramos azotados por el viento. Además, le fascinaban los viejos molinos y las piedras que se apelotonaban junto a la orilla. Tenía la costumbre de levantarlas para descubrir lo que se escondía debajo y a veces volvía con una botella vacía para preguntarle quién se la había bebido y por qué no le había ofrecido un trago. En ese momento, lo único que se le ocurría responderle era que no lo sabía, y entonces él apoyaba la cabeza en ella y la miraba hasta que empezaba a reírse a carcajadas y luego volvía a irse correteando para encontrar otra cosa que mostrarle.

Notó que corría una brisa fresca que provenía del pantano y en ese mismo instante se detuvo y cerró los ojos cara al viento. Se puso a pensar en Isak y sintió una cierta preocupación por el futuro, por la incertidumbre de no saber hasta cuándo sería capaz de seguir cuidando de él. Tarde o temprano necesitaría un asistente personal que estuviera al cargo, pero tampoco tenía dinero para eso. Una vez a la semana, el ayuntamiento le proporcionaba una ayuda económica para que alguien pudiese cuidar de él cuando lo necesitara. Una familia de Broa, junto a la estación de ferri, se quedaba con él ese día. Pero ya había intentado escaparse de la casa para huir de ellos en más de una ocasión. La primera lo encontraron por la noche llorando y ensangrentado al otro lado del pantano de Fårösund y llevaba un gato muerto oculto por dentro de la camiseta. No estaban seguros de si se lo había encontrado con vida o sin ella ni dónde lo había recogido. Isak tampoco decía nada al respecto, pues ni siquiera se acordaba. Simplemente, su mente no funcionaba como debía. Tenía cuarenta años pero la mentalidad de un niño, y uno nunca sabía de antemano cómo podía reaccionar, lo cual causaba cierta frustración, pues ella tampoco estaba para esos trotes. Acababa de cumplir setenta.

—¡Mamá, mamá!

Se giró y vio que se acercaba correteando con el collar de un perro en la mano.

—¡Mamá, a alguien se le ha perdido un perro!

Recostó la cabeza en el hombro de su madre y esta le acarició el cuello.

—Tal vez lo encuentres tú —lo incitó a buscar.

Entonces se levantó, le dio un beso fuerte en la mejilla y se marchó a toda prisa al lugar donde había encontrado el collar.

Ella se puso a caminar hacia el pantano de Dämba mientras contemplaba el agua, que lucía un manto mojado de preciosos diamantes que brillaban por el reflejo de la luz del sol en la superficie. En la distancia, observaba a Isak dando golpecitos a algo con un palo largo que había encontrado en el suelo. Contempló la espalda ancha y curvada que tenía, igual que la de su padre. El mismo que había trillado todos los campos y cargado hasta la última piedra que arrancaba del suelo para poder construir el muro que cercaba el jardín. Aquella espalda enorme y fuerte que un día ya no pudo más. Aquellas manos que habían sido su apoyo durante tantos años o, más bien, toda la vida, y que acabaron marchitándose y soltándose.

«Cuida bien de Isak», fue lo último que dijo en su lecho de muerte. Y eso fue lo que le prometió, que iba a cuidar de él lo mejor posible. Después de eso, se durmió profundamente y

nada en el mundo logró que volviera a despertarse. Se marchó para siempre y tan solo quedaron ella, Isak y la granja en la que vivían.

—¡Isak! —lo llamó.

Se levantó del suelo con el palo en la mano y, con un gesto de negación, se opuso a que su madre se acercara más. Se sacudió la chaqueta y los pantalones, y se fue corriendo hacia donde estaba, intentando impedirle el paso mientras le pedía que volvieran a casa.

—Alguien ha hecho algo malo —le dijo a su madre a la vez que esta oponía resistencia—. Alguien ha hecho algo malo y loco. Y no sé quién es, no conozco a nadie malo, te lo prometo. No conozco a nadie así.

En ese momento empezó a temblarle el labio inferior y se le humedecieron los ojos. La madre comenzó a acariciarle la nuca, lo agarró de la cabeza con ternura y apoyó la suya en él. Entonces notó que tenía el cuello mojado y que le tiritaba el cuerpo.

—Nos vamos a casa —le dijo. Pensó en que tal vez podía haber visto un perro muerto entre las piedras, quizá el mismo al que pertenecía el collar.

EN CUANTO ENTRARON por la puerta de casa, Isak se marchó rápido a su habitación a pesar de que su madre le había ofrecido prepararle una taza de chocolate caliente. Sin embargo, no quiso escucharla y prefirió subir a toda prisa para meterse en su cuarto. Como parecía volver a estar contento y feliz, ignoró la falta de respuesta, encendió la cafetera y se puso a leer el periódico. Se acomodó en el sillón que había en el salón y por fin pudo disfrutar de la tranquilidad.

DE REPENTE SE despertó al percatarse del extraño silencio que reinaba en la casa y entonces supo que se había quedado dormida en el sillón. La cabeza le bombeaba y, al mirar el reloj de pulsera que llevaba puesto, se fijó en que habían pasado varias horas. Se preguntó qué estaría haciendo Isak y pensó en que tal vez también se había quedado dormido. Habían salido temprano por la mañana y habían estado mucho tiempo caminando. Se detuvo a prestar atención por si escuchaba algún ruido, pero no se oía nada, lo cual resultaba poco habitual. Además, por lo general su hijo la despertaba si se había quedado dormida.

Subió las escaleras hacia la primera planta y, por el hueco de la puerta de su habitación, vio a Isak sentado en el suelo, de espaldas.

—Isak —pronunció.

Se dio la vuelta y la miró con cara de asombro. Se puso a esconder algo a toda prisa debajo de un cojín que se había caído de la cama.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó.

Él negaba rotundamente con la cabeza y su madre no tardó en comprender que algo pasaba. No se le daba bien ocultarle las cosas. Acto seguido, le tendió la mano.

—Enséñaselo a mamá.

Volvió a sacudir la cabeza.

—Que no —negó con voz rotunda cuando la madre se inclinó hacia adelante para levantar el cojín—. No puedes, me lo ha... me lo ha dado la mujer porque dice que soy bueno.

En ese instante agarró la tarjetita de plástico rosa que estaba tirada en el suelo. Tomó las gafas que llevaba colgadas de un cordón en el cuello y se las colocó en la punta de la nariz para poder leer lo que ponía. Se quedó petrificada al reconocer el lindo rostro de la joven de la fotografía que, precisamente, había visto en todos los periódicos durante los últimos días. En silencio, leyó para sus adentros que el nombre que ponía en la tarjeta era el de Sanna Widding.

—¡Dios mío! —exclamó mientras apretaba la tarjeta con los dedos con tanta fuerza que hasta se le puso blanca la yema de los dedos. De pronto, se acordó de la noche en que desapareció Isak y de la ropa ensangrentada, que le habían devuelto metida en una bolsa de plástico, y que después intentó lavar para dejar limpia otra vez. Y, entonces, se giró hacia su hijo.

—Pero, Dios mío, ¿qué has hecho?

Veinticinco años antes

LA GRAVA CRUJÍA debajo de la suela de los zapatos de Julia cuando se ponía a correr de camino a casa desde la escuela. Le gustaba el sonido que hacía al pasar. Le recordaba al verano. Esta vez tenía que volver a casa sola, sin Elias, ya que estaba enfermo y su madre le había dicho por la mañana que su hermano se había quedado en la cama con fiebre y que era mejor que lo dejara descansar tranquilo.

Sigilosamente entró por la puerta, se quitó los zapatos y colgó la mochila del colegio. Echó un vistazo a la cocina, pero no había nadie. Reinaba un silencio tan inusual en la casa que parecía que estuviese inhabitada.

Fue hasta el comedor, que era una de las habitaciones más hermosas y que se encontraba al otro extremo del pasillo. Al entrar vio que su padre estaba junto a la ventana, de espaldas a la puerta, y miraba al exterior. Llevaba uno de esos vasos en los que los adultos se bebían el coñac después de haber tomado un buen almuerzo. La madre estaba en el sofá y tenía, en la mesita que había delante, una taza de café que en realidad no estaba tomándose. Miraba al frente con las manos puestas en las rodillas y contemplaba la nada. Ninguno se percató de que Julia estaba en el umbral de la puerta. No tardó en darse cuenta de que algo iba mal.

—Hola, ya estoy en casa. ¿Sigue enfermo Elias? —preguntó en un tono prudente.

El padre se giró y dio un suspiro.

—Eso respóndeselo tú —le dijo a la madre.

El padre le dio una palmadita en la cabeza a Julia al pasar por su lado y se dio cuenta de que había cierto desagrado en aquel gesto, que en realidad parecía haber hecho por obligación.

—Sí, sigue enfermo —dijo la madre con voz apagada.

Alcanzó la taza de café y se la llevó a la boca.

—¿Ocurre algo? —preguntó Julia.

Su madre la miró en ese momento.

—Ven aquí.

Ella se acercó a paso lento y su madre le tendió los brazos y la invitó a sentarse a su lado en el sofá.

—Mamá está triste, ¿sabes? Eso es todo. Me siento afortunada de teneros a vosotros, mis hijos, ¿qué haría yo sin vosotros? Sois la única razón por la que puedo seguir viviendo.

A Julia la atemorizaron las palabras de su madre y se apartó de sus brazos.

—¿Dónde está Elias?

La madre no dejaba de negar con la cabeza.

Julia se fue corriendo a la habitación de su hermano y al entrar vio que no estaba en la cama y que tampoco había nadie allí. Miró por la ventana y lo vio a lo lejos junto al muro de piedra que había delante de la letrina. Observó que tenía la espalda inclinada, los brazos colgando y la cabeza apoyada en el muro. Estaba de puntillas, como siempre solía ponerse para intentar asomarse y ver qué había más allá desde una mayor altura. Sin embargo, no levantaba la mirada, sino que estaba con el rostro inclinado hacia abajo.

Julia se marchó a toda prisa para llegar hasta su hermano.

—He estado buscándote —le dijo jadeante.

—¿Vas a mudarte lejos de mí? —le preguntó Elias con voz preocupada.

—No, ¿por qué iba a hacerlo? No pienso irme a ninguna parte sin ti, ni aunque pasen miles de años, ¿te queda claro?

El chico no respondió y Julia lo abrazó por encima de sus diminutos hombros. Notó que su hermano tiritaba de frío a pesar de que corría una brisa agradable. Elias giró la cabeza y la miró con ojos humedecidos que probablemente avicinaban lágrimas o tal vez eran el reflejo de que había estado llorando. Su hermana se las secó con la manga. No quería que se pusiera a llorar sin saber exactamente cuál era el motivo.

—¿Por qué dices eso? —repitió—. ¿Por qué me preguntas si voy a mudarme?

—Papá dice que mamá y tú vais a ir.

En ese momento, Elias no pudo contener las lágrimas, se tapó el rostro y comenzó a llorar en silencio.

—¿Por qué ha dicho eso?

—No lo sé.

Julia notó una presión fuerte en el pecho. Elias se habría confundido. ¿Por qué irían a mudarse su madre y ella? Aquel era su hogar y, en el caso de que su madre quisiera irse lejos de su padre, ¿por qué razón tendría que llevársela a ella y no al resto? No podía creerlo, aquella era la casa donde todos vivían.

—Seguro que papá no ha dicho eso —negó—. Lo habrás entendido mal. Ahora mismo vamos a preguntárselo.

—Anoche tuvieron una discusión muy fuerte —lamentó Elias—. Tan fuerte que no pude quedarme dormido. Y papá le dijo cosas muy feas a mamá y la llamó cosas horribles, de esas que uno no puede decir. También se pusieron a discutir mientras estabas en el colegio.

—Ven —dijo Julia—. Volvamos a entrar.

Le pasó el brazo por los hombros a su hermano y juntos caminaron hacia la casa. Cuando llegaron al porche, vieron que su padre estaba allí.

—¿Es cierto que Julia va a mudarse? —le preguntó Elias en voz baja y lleno de preocupación.

—No —respondió el padre—. Julia no se va a ir. ¿De dónde te has sacado eso? Julia se queda con nosotros.

Entonces le lanzó una mirada breve seguida de una sonrisa, pero Julia no se la devolvió, pues pudo ver la mentira en los ojos de su padre.

HABÍA EMPEZADO A oscurecer. Durante todo el día había estado posponiéndolo, pero al final no pudo soportarlo más y decidió ir al pantano de Dämba a averiguar qué era exactamente lo que había visto Isak junto a la orilla. Cuando por fin se decidió a hacerlo, se percató de que la noche estaba al caer y de que, por lo tanto, tendría que darse prisa para volver a casa mientras aún hubiera luz. Así pues, se puso el abrigo y las botas de goma, y se marchó rápidamente hacia el pantano a pesar de que apenas le respondían las piernas. Observó que la tierra estaba mojada y suave, lo cual dificultaba el movimiento, pero hizo como si no lo notase. Isak se vio obligado a dar pequeños saltos para mantener el ritmo de su madre.

—No vayas por ahí —le suplicó Isak—. Por ahí, no.

Pero ignoró las palabras de su hijo.

El agua del pantano estaba inmóvil y el sol, que estaba a punto de ocultarse en el horizonte, reflejaba sus tonos anaranjados en la superficie. En ese instante, una bandada de patos alzó las alas y desapareció volando hacia el cielo ardiente.

Ese atardecer le hizo pensar en la belleza de la naturaleza y sus colores. La escena la llevó también a reflexionar sobre Isak, su hijo, que era tan pequeño y grande a la vez. La preocupación adquiriría un sabor amargo en su boca.

Isak parecía un hombre adulto; sin embargo, era un niño atrapado en un cuerpo demasiado grande. Mientras visualizaba los titulares de los periódicos que informaban sobre el asesinato de Sanna Widding, pensaba en que, a pesar de todo, su hijo era buena persona y resultaba imposible que hubiera sido capaz de hacer tal cosa. ¿Por qué no dejaba de afirmar que había sido ella quien le había dado el carné de conducir? También cabía la posibilidad de que se lo hubiera encontrado en lugar de que la mujer de la foto se lo hubiera dado en persona, y eso que él ni siquiera sabía cómo se llamaba. Había seguido el caso en los periódicos y supo que se trataba de un crimen horrible, puesto que le habían disparado con una pistola de bala cautiva y después habían arrojado el cuerpo a un pantano.

—No lo hagas, por favor —le suplicaba Isak de nuevo mientras avanzaba a paso rápido detrás de ella—. No lo hagas.

Cuando llegaron a la orilla, la madre se detuvo para reponer el aliento y se apoyó en un árbol que el viento había torcido prácticamente por completo.

—Muéstramelo —le pidió la madre—. Llévame hasta el lugar donde te lo dio—. Repitió con el carné de conducir en la mano que mantenía en alto mientras lo miraba fijamente a los ojos.

Isak bajó la cabeza.

—Era una mujer buena, yo no le he hecho nada. Yo no estoy loco. No como esa gente, yo no conozco a ningún loco —balbuceaba mientras caminaba a paso firme hacia la orilla con la mirada fija en el pantano.

—Solo quiero que me lo enseñes —le imploró.

—Alguien ha hecho una locura y algo malo, muy malo. Y no sé quién es, no conozco a nadie malo, te lo prometo. Yo no conozco a nadie así —repitió Isak.

Entonces se acercó un poco más a su madre y trató de convencerla para que se diera la vuelta. El agua había alcanzado las piedras de la orilla y ahora estaban sumergidas en el pantano. Una mosca se le posó en la mano y se deslizó hasta los nudillos. En ese momento intentó aplastarla,

pero salió volando. Entonces otra se le posó en el labio. Enervada, se puso a mover la cabeza y la espantó de un soplado. Pero, de pronto, volvió a posarse una y luego otra, y comenzó a intentar ahuyentarlas a todas. La niebla que se difuminaba delante de sus ojos ennegreció de repente.

—Alguien se ha portado mal, mamá, muy mal.

La madre se detuvo al ver a su hijo en cuclillas. No lograba discernir lo que se encontraba oculto prácticamente debajo de aquella barca volcada, pero supo que era un bulto amorfo. Una mosca salió volando de la cuenca del ojo y se detuvo en el pómulos descubierto, y entonces descubrió la silueta del hueso de la cadera, que asomaba por debajo de una falda larga, y observó la enorme mata de pelos pegada en la arena. Fue en ese momento cuando supo que se trataba del cuerpo de una mujer sin rostro.

—¡Dios santo! —gritó y retrocedió unos pasos. Entonces se tropezó con la barca, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Y se quedó tirada en esa misma posición sin apartar la vista del cielo.

KNUTAS SE APARTÓ las gafas de la punta de la nariz y se frotó los ojos. Los tenía secos e irritados del parpadeo continuo de la pantalla del ordenador. Echó un vistazo al reloj y vio que ya habían pasado las ocho de la tarde. Acababa de hablar con Line, su exmujer, sobre los planes para el verano. Line quería volver a Gotland para quedarse un tiempo en la casita de verano, pues confesó que la echaba de menos y sentía que tenía que ir porque formaba parte de su proceso de duelo. Knutas apreció la tristeza en su voz cuando ella le dijo que aún no había superado el divorcio por completo, y no entendía por qué su exmujer se sentía así, puesto que, desde el principio, había sido ella precisamente la que había querido que se separasen. No quedaba otra que seguir adelante con sus respectivas vidas. Sin embargo, Anders fue comprensivo y la invitó a ir a la casita sin dudarle. Al fin y al cabo, habían pasado todos los veranos allí desde hacía más de veinte años.

Soltó un suspiro y, fatigado, se levantó de la silla. Empezó a notar que las piernas recobraban vida después de un día tan largo. Desde luego, había pasado demasiado tiempo delante del ordenador. Pensó en que debía moverse más a menudo, puesto que ya no era ningún jovencito, y que debería volver a hacer natación algún día. Karin abrió la puerta de la oficina justo cuando agarraba la chaqueta del perchero colgado en la pared, y le regaló una sonrisa.

—Justo pensaba en ti —le dijo a Karin.

—No me digas —añadió con un rostro de sorpresa fingido—. ¿Y qué pensabas?

—Que haces que me sienta joven otra vez.

Ella le lanzó una mirada traviesa.

—¿O quizá pensabas que ya no eres ningún muchacho?

Anders soltó una carcajada mientras se ponía la chaqueta.

—¿Te apetece que salgamos a cenar esta noche? ¿En un ambiente tenue, a la luz de las velas y con buena comida? Había pensado en invitarte al restaurante 54 Kvadrat.

—No estaría mal —respondió impresionada—, pero en otra ocasión mejor. Tengo otra cita a la que tú también estás invitado. Nos vamos Kihlgård, tú y yo a Fårö. Al pantano de Dämba, para ser más precisos. Han encontrado el cadáver de una mujer. Una señora y su hijo estaban paseando por allí cuando lo vieron. Viven muy cerca del lugar.

MARTIN SE ACOMODÓ en el asiento de atrás y sacó una bolsa con bollitos de pan que se había llevado a escondidas del bufé del hotel. Karin se sentó al volante y Knutas a su lado, de copiloto. Kihlgård se inclinó hacia delante para ofrecerles los panecillos secos.

—No, gracias —rechazó el comisario, y el hombre volvió a recostarse, contento de que ninguno quisiera para poder comérselos todos él. Knutas se espantó cuando vio que no paraban de caer migas y se alegró de que no hubieran ido en su coche.

—Pobrecito —añadió Karin dándole una palmadita a Anders en el muslo—. Comprendo tu decepción. Tú que querías llevarme al 54 para cenar algo rico y, al final, nos va a tocar comernos unos cincuenta bollos secos.

Él le acarició la mano en un gesto cariñoso y discreto.

Karin le devolvió una sonrisa y la apartó para poder cambiar la marcha. Mientras Anders

miraba por la ventanilla y observaba las luces blanquecinas de las farolas que iluminaban la carretera, Kihlgård los puso al día en cuanto a la nueva víctima. También era una mujer y, al parecer, la habían asesinado de la misma manera que a Sanna Widding, aunque esta vez el autor le había destrozado el cuerpo de forma aún más desgarradora, y los tres iban preparados para lo peor.

Knutas intentó imaginarse lo que habría vivido aquella pobre mujer a la que habían aporreado la cabeza en mitad de la noche. Aquello no era un trabajo al uso; había personas que pasaban por todo tipo de brutalidades. De nuevo, se dirigían a examinar otra víctima. Por un instante, el comisario analizó la palabra *víctima*; la mera denominación le daba un aspecto de formalidad. Su profesión consistía en buscar pistas, analizarlas, registrarlas e interpretarlas sin que los sentimientos se mezclaran. Soltó un suspiro, miró por el espejo retrovisor y vio a Kihlgård indiferente, devorando otro panecillo en el asiento. Karin había puesto la emisora de radio Lugna y no paraba de tararear los estribillos de las canciones que sonaban. Knutas se imaginó, de repente, el cuerpo helado y sin vida de aquella mujer junto al pantano. Tendría que verlo como parte de su trabajo y nada más. Era una víctima y había que ponerse manos a la obra.

—Cuando vengo por aquí, siempre me pongo a fantasear con que soy Liv Ullman —intervino Martin cuando estaban montándose en el ferri de camino al pueblecito de Dämba. Junto a su marido, había ido a ver *Secretos de un matrimonio* a la Casa de Bergman, y Jean-Paul nunca entendió que él representaba a Erland Josephson—. Ay, Dios, lo que daría yo por haber sido Liv Ullman detrás de las cámaras, con Bergman en esa habitación, aunque hubiera sido por una noche...

Karin se partía de risa.

—He de reconocer que me cuesta un poco imaginarme esa escena —asintió.

Knutas miró el reloj. Eran las nueve en punto, la oscuridad de la noche se les había echado encima y se cernía sobre la isla como un manto brillante repleto de miles de perlas. Alzó la vista al cielo y se acordó de que, cuando era niño, su madre le contaba que las estrellas eran agujeritos en el firmamento por los que se asomaban los ángeles. Recordaba aquella vez que se detuvo en la nieve una noche de invierno a observar el inmenso cielo oscuro con la esperanza de que su abuela pudiera verlo desde allí arriba.

Karin frenó de repente y el comisario notó el tirón del cinturón de seguridad en el pecho. Descubrieron que había decenas de ovejas regordetas y corderitos pastando delante de ellos, en el arcén de la carretera. Una cría se puso justo delante del faro del vehículo y enseguida se apartó a brincos y desapareció en la oscuridad.

—Muy oportuno que se crucen ovejas negras de noche —dijo Kihlgård con ironía y se inclinó hacia adelante para hacerse con la bolsa de panecillos, que había salido despedida con el frenazo.

—Ya falta poco —dijo Karin.

En Dämba reinaba la oscuridad absoluta. Al cabo de unos instantes, distinguieron a lo lejos la luz de los focos junto al pantano. Karin se adentró en un sendero de tierra que llevaba hasta la orilla y el coche estuvo dando botes todo el camino.

Ya había varias patrullas en el lugar y se había acordonado la zona. Sohlman examinaba el terreno con linternas junto a otros agentes de la científica para hallar cualquier pista. Habría que esperar hasta el día siguiente para realizar la mayor parte del trabajo. Karin aparcó en la hierba mojada y los tres salieron del vehículo.

En ese momento, Sohlman los vio llegar, dejó lo que estaba haciendo y acudió a recibirlos con

sus botas de goma chapoteando por la hierba. Jacobsson no tardó en percatarse de que algo pasaba al observar la consternación en su rostro.

—Buenas —les hizo un saludo breve—. Venid a ver esto.

Lo siguieron hasta la orilla del pantano, donde habían puesto otro cordón policial. Pasaron bajo la cinta y se dirigieron a donde se encontraba el cadáver de la mujer, tapado con una manta gruesa. Los focos iluminaban la zona en su justa medida y, poco a poco, Knutas vislumbró la silueta de la mujer.

—Os aviso de que lo que hay debajo es muy desagradable, incluso para nosotros —les advirtió.

Karin se hizo con un pañuelo para taparse la boca y Sohlman comenzó a retirar la manta.

La subcomisaria retrocedió unos pasos y giró la cabeza. El rostro de la mujer estaba desfigurado, era completamente irreconocible. Tenía el párpado de un ojo pegado, le faltaba el otro y solo se veía el profundo hueco de la cuenca.

Knutas se puso en cuclillas junto a la víctima y sintió un vacío interior; quizá fuera un acto reflejo para dejar a un lado los sentimientos y, así, ser capaz de procesar aquello.

—El presunto autor se ha esmerado esta vez —añadió Sohlman y clavó la mirada en sus compañeros—. No tiene sentido que nos pongamos a analizar qué tipo de heridas, fracturas y lesiones tiene el cuerpo. Lo estáis viendo vosotros mismos. Lo ha hecho con una piedra de gran tamaño que hemos encontrado. Está cubierta de sangre. Le ha golpeado el rostro tantas veces, que resulta imposible decir con precisión cuántas han sido. Y mirad esto —continuó.

Con cuidado, con un objeto similar a unas pinzas, levantó lo que quedaba del labio superior del rostro de la víctima.

—Santo cielo —se oyó la voz de Kihlgård.

—Así es, le faltan todos los dientes de ambos maxilares. El autor se los ha arrancado de cuajo con unos alicates y se los ha debido de llevar. Pero no le ha bastado con eso. —Suspiró el agente.

Knutas contuvo la respiración durante unos instantes, pues no estaba seguro de poder soportar ver nada más.

El agente de la policía científica agarró las muñecas de la víctima y le levantó las manos. El autor del crimen se había encargado de borrarle las huellas dactilares y lo había hecho con tanta profundidad en el pulgar y el dedo índice que incluso se podía ver el hueso. En lugar de dedos, más bien parecían muñones deformados.

—No cabe duda de que su intención era dejarla irreconocible —afirmó Knutas.

—Parece ser que ha dejado el cuerpo tal cual —añadió Sohlman—. No hay nada que pueda identificarla por fuera.

—¿Y cuál ha sido la causa de la muerte? —quiso saber Anders—. ¿Ha sido por las contusiones?

—Lo dudo. Es más, la ha matado de la misma forma que a Sanna Widding.

El agente giró la cabeza de la víctima con cuidado y el hemisferio izquierdo reveló un agujero de bala parecido al de la agente inmobiliaria.

—¿Pistola de bala cautiva? —murmuró el comisario.

—El orificio parece tener exactamente las mismas dimensiones que el del cuerpo de Sanna. Y no vemos la bolita por ninguna parte, por lo que me atrevería a decir que se trata del mismo tipo de arma o de algo que se le asemeja.

—Es decir, es el mismo autor —refunfuñó.

Karin, que aún se recuperaba de la escena, seguía sin decir ni una palabra; tan solo los miraba

perpleja mientras se tapaba medio rostro con un pañuelo.

—Eso me temo —aclaró Sohlman.

—¿Tiene otras lesiones?

—Nada más.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta? —se interesó Karin.

—El cadáver ha perdido calor corporal y, teniendo en cuenta que está en plena fase de *rigor mortis* e incluso ha pasado el *livor mortis*, debe de llevar doce horas como mínimo. Incluso diría que probablemente hayan pasado entre doce y veinte horas. Por desgracia, ahora mismo no puedo afirmarlo con precisión.

—¿Qué hora es? —preguntó la agente con el pañuelo todavía en la nariz.

—Las nueve y veinte —respondió su jefe.

—¿Y a qué hora encontraron el cuerpo?

Karin miró al agente de la científica.

—Por lo que tengo entendido, sobre las ocho de la tarde. Pero tardaron un rato en avisarnos, ya que ni la madre ni el hijo llevaban teléfono.

Knutas se levantó, retrocedió unos pasos y sacó la pipa sin apartar la vista del cadáver.

—¿Qué significado habrá detrás de todo esto? —meditó—. Desde luego, todo apunta a que es el mismo asesino, aunque esta vez lo ha hecho de forma que resulte imposible identificar a la víctima. ¿Por qué?

Sohlman les lanzó una mirada a ambos.

—Otra cosa. En los dedos de la mano izquierda pueden apreciarse las señales de dos anillos. Ese es el único rastro que tenemos por ahora. Pero alguien se los ha llevado.

Anders deslizó la mirada hasta la superficie del oscuro pantano y después la posó en el cuerpo sin vida de aquella mujer tumbada junto a sus pies. «Seguro que amabas a alguien», pensó mientras notaba que se le helaba el corazón.

A MEDIA NOCHE, los miembros de la investigación decidieron reunirse para poner en común la información. Knutas comenzó mencionando los detalles de las lesiones que tenía el cuerpo de la mujer y explicó de qué forma el presunto autor se había encargado de dejar a la víctima irreconocible por completo. Mientras, Sohlman proyectaba las imágenes del cadáver. Karin estuvo con la cabeza girada para otro lado la mayor parte del tiempo, pues no era capaz de pasar por el mismo horror otra vez.

—¿Qué diantres? —resolló Wittberg.

—Parece que nos encontramos ante un asesino que se ha encargado de que no se pueda identificar a su víctima —aclaró el agente de la científica—. Ha eliminado todo lo que pudiera llevarnos a su identificación; tanto los dientes como las yemas de los dedos y los anillos de boda.

—¿Y qué os lleva a pensar todo esto? —se interesó el fiscal Smittenberg, que también había acudido a la reunión.

—Puede que la víctima sea un pariente cercano del presunto autor y, por lo tanto, la ha dejado irreconocible para que no se le asocie con esa persona. De lo contrario, ¿por qué se molestaría en borrar cualquier rastro esta vez si no hizo lo mismo con Sanna Widding? ¿Y por qué no se ha preocupado de ocultar mejor el cadáver?

El silencio se apoderó de la sala de conferencias durante unos segundos y parecía que todos se hubiesen parado a reflexionar sobre la pregunta.

—Todo indica que ha sido el mismo autor —continuó Knutas—. Un arma similar, ambas víctimas rondan la misma edad y los dos cuerpos se han encontrado junto a un pantano. En cierto modo, resultaría improbable que hubiera actuado otra persona.

—A menos que se trate de un imitador —mencionó Kihlgård—. Hemos salido en los medios de comunicación y, además, hemos revelado el tipo de arma. Tal vez le haya servido de inspiración a alguien.

—Por supuesto que no debemos descartar esa posibilidad —sugirió el comisario.

La reunión se vio interrumpida por unos golpecitos en la puerta, por la que se asomó un compañero del departamento.

—Disculpad que os interrumpa, pero pensé que querríais saber esto...

—Claro, di —lo invitó Anders, impaciente, pues no le gustaba que lo interrumpiesen.

—Acabamos de hacer una redada en un salón de juegos ilegal que se encuentra junto a la catedral. Estaba lleno de gente y han hallado drogas, alcohol de contrabando y billetes falsos. Se ha identificado a todos los presentes, y uno de ellos es Daniel Ramberg.

DETUVO EL VEHÍCULO y se bajó para abrir la puerta del garaje. Los nudillos adquirieron un color pálido al empujar el portón; al parecer, pesaba más que antes o tal vez se debiera a que había perdido fuerza últimamente. Cuando volvió a meterse en el coche, se encontró con el reflejo de su rostro en el espejo y apenas pudo reconocerse. Parecía que hubiera bajado de peso en las últimas veinticuatro horas, su rostro tenía un color desvaído y lucía unas horribles ojeras. Metió la marcha y se adentró despacio en el garaje. A pesar de estar agarrando el volante con firmeza, notó que le temblaban las manos. Antes de salir, se secó el sudor de la cara con el dorso de la mano y después alcanzó la bolsa de plástico del asiento del copiloto.

Sus pasos se detuvieron en aquel suelo de hormigón y empezó a notar los latidos de su corazón y la presión al respirar. Nunca se había percatado de ello. De hecho, era la primera vez que se paraba a pensar en cómo se sentía por dentro. De repente, lo azotó una aflicción al darse cuenta de que estaba solo en casa. Entonces miró la bolsa que llevaba en la mano. Todo lo que quedaba de ella estaba allí dentro.

El rostro de ella denotaba una profunda seriedad y tampoco pronunció ni una sola palabra cuando embarcaron juntos por la mañana en el primer ferri en dirección a Fårö. Por suerte, también había varios coches allí, por lo que nadie se fijaría en ellos dos. Le acudió a la mente aquel día en que se compró el coche, hacía muchos años. Fueron en él hasta Fårö. Ella iba sentada con las palmas juntas, como siempre. Recordó que solía ponerle la palma en el muslo mientras conducía. Una vez fueron una bonita pareja, pero después de que el bebé falleciera, todo se complicó. Ambos habían pasado por demasiados traumas. «De todas formas, ya no la querías», oyó que le susurraba la voz interior.

—Cállate —le devolvió otro susurro al tiempo que trataba de espantar la voz con la mano—. Ahora no. No es el momento.

Y esta pareció captar el mensaje.

Se bajó la cremallera de la chaqueta y después se la quitó. Estaba empapada de sudor y sangre, así que la estrujó para escurrirla. Entró en el cuarto de la ropa, que estaba junto al garaje, y la metió en la lavadora. Se deshizo de los pantalones, la sudadera, los calcetines y los calzoncillos. Escurrió también el resto e hizo lo mismo que con la camiseta. En el sótano hacía frío. Además, se sentía exhausto y estaba helado.

No pudo pegar ojo desde que se desveló a las cuatro de la mañana y vio que estaba solo en el dormitorio. Al principio, se puso a buscarla por la casa, pero no estaba allí. Entonces decidió salir, se metió en el coche y no le tomó demasiado tiempo encontrarla andando sola en mitad de la carretera. Tal vez estuviera de camino a la comisaría para dar parte a la policía, a pesar de que no se lo hubiera comentado. Se alegró más que nunca de habérselo impedido.

Estaba desconcertado y aturdido, y no iba a permitir que nada le estropeará el plan. Todo debía seguir un orden y, bajo ningún concepto, podía dejar que las cosas sucedieran por azar. Más tarde se descalzó, caminó hasta la banqueta que se encontraba debajo de las herramientas y sacó un paquete de cigarrillos y un mechero. Le dio la primera calada y se paró a disfrutar del humo que le invadía la boca y los pulmones. Después, cerró los ojos y notó que se le relajaban los músculos.

Había conducido hasta la orilla del pantano de Dämba, donde al final decidió estacionarlo. El agua estaba oscura, se apreciaba el susurro de las ondas de la superficie que rompían en la ribera

del pantano y la hierba se mecía al compás del viento del amanecer. Estaban solos los dos y habían ido de la mano hasta ese lugar. De vez en cuando, ella le lanzaba una mirada inocente que podía interpretarse como desconocimiento de lo que estaba pasando. Probablemente, no era consciente de lo que había hecho, de que lo había estropeado todo. Unos minutos más tarde, le pidió que se quedara sentada.

El agua lucía un color precioso entre las brumas matinales que formaban un auténtico velo transparente y avanzaban hacia la tierra firme. El primer golpe hizo que cayera para atrás y se quedara rígida en posición lateral mientras la sangre manaba de la herida abierta y le recorría la frente. Desconcertada, lo miró fijamente y en silencio antes de perder la consciencia. Y, en ese instante, volvió a levantar la piedra con las manos. El remordimiento lo invadió por dentro, y prefirió cerrar los ojos mientras la mutilaba brutalmente a golpes. No quería hacerle más daño, pero no le quedaba otro remedio.

Cuando terminó, dejó la piedra en el suelo, respiró profundamente y se puso a contemplar el rostro, que había quedado completamente deformado. «Nadie podrá reconocerte por mucho que los periódicos publiquen una foto tuya —pensó—. Ninguna persona que te conozca será capaz de comprobar que eres tú. Ni siquiera tu propia madre. Ni tampoco tus hijos, de haberlos tenido alguna vez.»

A pesar de todo, no era ese el final que habría deseado.

Puso la lavadora, después subió desnudo hasta la primera planta y entró en el cuarto de baño. Se metió en la ducha y giró el grifo. Unos segundos después, el agua comenzó a calentarse. Alcanzó la pastilla de jabón y se frotó todo el cuerpo. Las gotas que caían y se reunían junto a los pies adquirieron un tono marrón oscuro de la mezcla de sangre, tierra y sudor. Después de restregarse con jabón y un cepillo áspero, comenzó a hacerlo con esmero entre los dedos, las manos y los brazos.

La toalla era también rugosa y le raspaba la piel. Cogió el cortaúñas y empezó a cortárselas, las yemas de los dedos empezaron a sangrar cuando se puso a limárselas, y observó las gotas que caían en el lavabo blanco de porcelana. Contempló su rostro pálido en el espejo. «Debería irme a dormir», se dijo.

DESPUÉS DE HABERLE quitado la vida, se metió en el pantano para limpiarse los restos más difíciles y notó el frescor del agua helada. De repente, oyó a alguien llamando a otra persona a gritos y un hombre apareció de la nada a lo lejos dando saltos. Se detuvo cuando se percató de que aquella persona estaba mirándolo fijamente desde donde se encontraba. Se quedaron contemplándose hasta que el hombre levantó la mano con la intención de saludar. «Está demasiado lejos —pensó—. Es imposible que pueda verme con claridad.» En ese momento, salió del agua a toda prisa para meterse en el coche y, gracias a aquel percance, pudo tomar el siguiente ferri de vuelta sin tener que esperar.

A pesar de la lejanía, no dejaba de atormentarlo que aquel individuo lo hubiera visto en el pantano. En realidad, lo que importaba era que ese hombre pudiera decir que había visto a alguien dentro del pantano, aunque no supiera quién era. De todas formas, desde ese punto lejano en el que estaba no podría reconocerlo jamás. Aparte de eso, le pareció que había algo extraño en aquel hombre que daba saltos, en la forma en que había levantado la mano para saludarlo. Pensó que denotaba una actitud infantil.

DANIEL RAMBERG PARECÍA agotado y sin fuerzas cuando apareció por la sala de interrogatorios. Los vellos de la barbilla le habían crecido hasta el punto de que parecía haberse dejado una barba incipiente. Estaba pálido, tenía los ojos irritados y una mano escayolada. Karin percibió la peste a alcohol y el olor fuerte a tabaco que desprendía en cuanto pasó por delante de él. Al parecer, no había pegado ojo en toda la noche, aunque por su aspecto, podría decirse que hacía mucho tiempo desde la última vez que había dormido en condiciones.

Karin le ofreció un vaso de agua y café, a lo que él asintió y le dio las gracias. Cuando se los sirvieron, Knutas encendió la grabadora y comenzó con las típicas frases preliminares. Más tarde, se reclinó en la silla de su despacho y escrutó al interrogado.

—¿Qué hacía en ese salón de juegos anoche?

Daniel resopló.

—¿Pues para qué va a ir la gente a un salón de juegos?

—Ni que yo lo supiera —respondió el comisario—. Nunca he estado en uno, ilumíneme.

No estaba en absoluto de humor para aguantar impertinencias; se sentía demasiado cansado y estaba harto de las cosas que no dependían de él como para que ahora se pusieran a indagar en hipótesis y teorías sin saber por dónde podrían ir los tiros. El último asesinato había desestabilizado aún más el cauce de la investigación y tenía la impresión de que estuvieran agarrándose a un clavo ardiendo, ya que no encontraban nada relevante para el caso. Aun así, esperaban sacar algunas conclusiones de la redada en el salón de juegos.

—Estuve jugando a las cartas —intervino Daniel en un tono tajante y después bebió.

Aquel hermano mayor de una familia adinerada, elegante, apuesto y seguro de sí mismo, se había desvanecido como por arte de magia. Tenían delante al despojo de la familia. Resultaba fácil comprender por qué estaba tan ansioso por vender cuanto antes la propiedad.

—¿Por dinero? —se interesó Karin.

Daniel la miró con cara de resignación.

—Así es, por dinero.

—¿Y qué tal?

—Pues bien. Hasta que vino la policía.

—Pero tampoco es que fuera tan bien últimamente, ¿no es cierto?

Prefirió no responder a la pregunta.

—¿Cuánto debe?

—¿Quién ha dicho que tenga deudas?

Jacobsson prefirió morderse la lengua y volvió a interrogarlo.

—¿Cuánto? —insistió.

Pero no decía ni una palabra.

—¿Qué le ha pasado en el dedo? —quiso saber el comisario.

—Me lo he pillado con una puerta.

—Pues parece que se ha hecho un buen destrozo, lo tiene escayolado.

—Así es, fue un maldito percance. Me rompí el dedo índice.

Ambos policías intercambiaron miradas. Era evidente que aquel intento de aclaración no respondía a la verdad.

—¿Podría decirnos cómo se partió el dedo exactamente? —preguntó Karin mirando al interrogado a los ojos.

Ramberg dudó durante unos segundos.

—¿Cómo? Sí, bueno, es que...

En ese momento, Anders dio tal puñetazo en la mesa que hizo repiquetear las gafas y que el vaso cayera al suelo.

—¡Más vale que se deje de chorradas! Estamos ante un asesinato y si no piensa decirnos la verdad, lo mandamos a la cárcel. ¿Lo ha entendido? No tenemos tiempo para monsergas. Que tiene tres hijos, ¡por el amor de Dios! ¿En qué está pensando? ¡Venga ya, sea claro de una vez!

Karin se quedó atónita mirando a su compañero. Nunca levantaba la voz y ni por asomo había presenciado jamás un arrebató semejante. Entonces, Daniel alzó con cuidado la otra mano.

—Vale, de acuerdo —dio un profundo suspiro—. He malgastado muchísimo dinero jugando y debo unas trescientas mil coronas. Hace unas semanas vinieron unos matones a mi casa a amenazarnos de muerte a mí y a mi familia, y tengo que devolver el dinero en una semana. Fueron ellos los que me rompieron el dedo.

—¿Por eso es tan urgente la venta de la granja? —se interesó Karin—. ¿Porque tiene deudas de juego?

—Así es. Aunque Sarah no sabe nada. Por favor, prométanme que no le contarán nada.

—Puede que esa sea una promesa difícil de cumplir —remató el comisario y apagó la grabadora.

NO PARÓ DE llover durante toda la mañana. Se montaron en el autobús de las 10:05 en el puerto de Fårösund y tomaron los asientos delanteros, desde los que se apreciaban las gotas de lluvia deslizándose por los ventanales. Isak permaneció agarrado a las manos de su madre con tanta fuerza que no las sentía cuando se bajaron del autobús. Media hora más tarde, al llegar a Visby, la lluvia torrencial seguía sin dar tregua y el agua pintaba las calles de blanco y negro. Isak sabía por qué habían recorrido un trayecto tan largo para ir a la capital.

La policía había estado un momento en su casa la noche anterior y a Isak le impresionó demasiado; todavía seguía sin decir una palabra. Lo interrogaron a él, porque había encontrado el cadáver de la mujer junto al pantano, pero en lugar de responder a las preguntas, se quedó en el sofá acurrucado sobre las rodillas de su madre y con el rostro tapado. Su madre les dijo que estaba aterrado y, a juzgar por la expresión de los policías, no tardaron en comprender que su hijo no era como los demás. Les explicó dónde estaba el cuerpo, ya que no podía ir y dejar a su hijo solo en casa. La policía le confirmó que lo habían encontrado y les pidió que prestaran declaración al día siguiente en comisaría. Se ofrecieron a recogerlos en casa para llevarlos hasta Visby, pero la madre no quiso, ya que esa situación asustaría aún más a Isak y, entonces, no sería capaz de hablar. Decidieron que tomarían el autobús. Sin duda, aquello debía llevarse a cabo con discreción y con la mayor naturalidad posible.

A decir verdad, no solían viajar a Visby en autobús. La mayoría de las veces se las apañaban en Fårö y, a menos que fuera algo imprescindible, no pisaban Visby. Una vez, años atrás, le tentó la idea de irse a vivir a la capital de la isla, pues la atraía ser una más entre tantas personas, sentarse en una cafetería cuando le apeteciera y observar a la gente pasar, salir a algún bar o restaurante y disfrutar de la vida.

Hacía tanto que soñaba con algo así que apenas recordaba cómo era esa sensación. Al fin y al cabo, ese deseo desapareció con el paso de los años.

—¿Podemos irnos a casa? —le suplicó Isak con la cabeza agachada bajo el paraguas, sin apartar la mirada del suelo.

—Cuando salgamos de la comisaría, podemos ir a la pastelería —le sugirió e intentó animarlo con una sonrisa—. Te dejo que elijas lo que tú quieras.

—¿Lo que sea?

—Sí, no importa lo que sea —le prometió la madre. Aquella idea lo tranquilizó. Necesitaba algo que le hiciera ilusión para que pensara en otra cosa.

KNUTAS VOLVÍA DE comprar algunos periódicos como excusa para salir de la comisaría a tomar un poco de aire. No tenía un verdadero motivo para hacerlo, pero pensó que le vendría bien de todas formas. Hacía un tiempo espantoso y sacudió el paraguas antes de entrar por la puerta del edificio. El secretario que estaba detrás del mostrador se encontraba al teléfono en ese momento y cuando vio al comisario le hizo un gesto para que se acercara.

—Tienes visita —le comentó apuntando con el dedo a la zona de sofás donde los visitantes solían esperar.

A pesar de que no los conocía en persona, supo quiénes eran, madre e hijo, los que habían encontrado el cuerpo de la mujer junto al pantano de Dämba el día anterior. Habían llegado con veinte minutos de antelación, así que esperó que la sala de interrogatorios estuviese libre. Los analizó a ambos. Era evidente que acababan de pasar por una experiencia traumática; además, la mujer era algo mayor y el hijo tenía un retraso mental. Les ofrecieron pasar la noche en el hospital de Visby, para tenerlos en observación; sin embargo, la madre rechazó la idea. Parecía la típica señora de Fårö, con la tez curtida por el viento y las manos llenas de callos. «El hijo tampoco se lo habrá puesto fácil», pensó. Rondaría los cuarenta y tantos, y tenía un comportamiento muy infantil. Después de todo, no podían obligarlos a quedarse en contra de su voluntad y no les quedó otra que darle a la madre el número del agente de guardia por si cambiaban de opinión.

—Soy Anders Knutas —se presentó y le tendió la mano.

El hijo miró para otro lado, pero se la estrechó igualmente.

—Synnöve Elke —pronunció la madre.

—Un nombre noruego, ¿de qué me suena?

—Mi madre es de Trondheim. Le encantaba el libro llamado *Synnøve Solbakken*, por eso me lo puso. El autor que lo escribió fue Bjørnstjerne Bjørnson, que, por cierto, compuso el himno nacional de Noruega.

Knutas alzó la mirada.

—«No olvides que toda la belleza del universo habita en estos eternos versos... con todo mi amor hacia ti.» ¿Conoce las poesías? Mi padre leyó algunos de sus poemas a mi madre en el día de su boda y después de la suya se dedicó a recitarlas en ceremonias ajenas. Se puede decir que me he criado con Bjørnstjerne Bjørnson —explicó el comisario enorgullecido—. La verdad es que no se me da bien memorizar poemas, pero algo se me ha quedado.

La señora se rio.

—Da gusto encontrarse con un hombre culto —le dijo—. No es muy frecuente.

Los hombros dejaron de estar tensos y, a juzgar por la expresión en el rostro, parecía más relajada después de aquello.

—Voy a acercarme a la sala de interrogatorios para comprobar si está libre. Tardo unos minutos. Puedo dejarle algunos periódicos mientras tanto, si quiere.

—Está bien, gracias.

—Uno de ellos contiene un billete de lotería. Puede llevárselo también; de todas formas, a mí nunca me toca nada. Me parece que tiene que darlo de alta primero en el quiosco de la esquina. Solo tiene que elegir los números de las casillas. Al parecer, el periódico está haciendo una

campana con la Casa de Loterías y Apuestas de Suecia. Considérela una compensación por las molestias de tener que desplazarse hasta aquí desde Fårö.

A Synnöve Elke empezaron a brillarle los ojos. Aquel comisario era, sin duda, un hombre muy amable. Enseguida se puso a buscar el billete, nerviosa, y cuando lo encontró, lo retiró de la página y se lo metió en el bolso.

LA SALA DE interrogatorios estaba vacía y alguien ya había dejado tazas y vasos con una jarra de agua y otra de café. Synnöve agradeció que le sirviera una taza de café e Isak prefirió tomar una Coca-Cola con pajita.

Knutas encendió la grabadora y comenzó con la sesión.

La señora apretaba los labios y parecía que estuviera entrenándose mentalmente para lo que iba a decir.

—Tómese el tiempo que necesite —le indicó—. No tenemos prisa.

Synnöve Elke extendió el brazo para entregarle una bolsa de plástico que llevaba en la mano, que no dejaba de temblarle. Anders frunció el ceño.

—Tenga —murmuró ella.

El comisario agarró la bolsa y descubrió que dentro había otra bolsita azulada para productos congelados con una pinza alargada de plástico verde sujetándola. Procuró girarla sin tocar el contenido de la bolsa.

—Dios santo, pero ¿qué es todo este...?

En ella había un carné de conducir que pertenecía precisamente a Sanna Widding, la primera víctima. El policía se quedó atónito y clavó la mirada en la mujer.

—Santo cielo, pero ¿de dónde ha sacado esto?

—Isak dice que la mujer asesinada se lo dio.

—Me lo dio ella —intervino el hombre.

—¿Quién? —preguntó Knutas.

—La mujer que estaba en el suelo.

—¿En qué suelo?

—En la orilla, junto al pantano que está cerca de casa... Cuando íbamos de paseo ayer, mamá. Fue ella quien me lo dio.

Synnöve giró la silla y lo miró muy extrañada.

—Pero si es imposible que te lo diera ella porque está...

—Ella no me dijo nada —aclaró Isak y frunció el ceño—. Lo encontré yo en el suelo, pero no me dijo nada cuando me lo guardé. Pensé que tenía permiso.

—Isak, ¿dónde encontraste el carné de conducir? —quiso saber Anders—. ¿Lo recuerdas?

—A su lado. Pensé que se le habría caído.

La madre se volvió ansiosa hacia el comisario, se puso la mano en el pecho y bajó el tono de voz.

—¿Cree que mi hijo tiene algo que ver en este asunto?

Se reclinó en la silla y soltó un profundo suspiro. Sacó la pipa del bolsillo interior de la chaqueta y se puso a cargarla. Tenía que pararse a pensar.

—O sea, que Isak ha encontrado el carné de conducir de la primera víctima en el lugar del crimen donde se ha hallado el nuevo cadáver.

—Sí, eso es lo que él dice —afirmó la madre con cierta inseguridad—. Pero es que con él

nunca se sabe con absoluta certeza.

Procuró bajar cada vez más el volumen de la voz para que su hijo no la oyese, aunque en ese momento se entretenía haciendo pompas con la pajita dentro de la lata y no parecía que estuviese prestando atención a la conversación.

—Bueno, hay algo que me gustaría comentarle...

—¿Sí?

—El ayuntamiento me da una paga semanal y me facilita un asistente con el que dejar a Isak. Como sabe, yo ya estoy algo mayor y él...

De pronto, enmudeció y miró a su hijo, que seguía ensimismado con las burbujitas.

—Bueno, ya no es ningún niño y da algo de trabajo.

Se apoyó en la mesa y a duras penas logró terminar la frase.

—Lo entiendo —se compadeció Knutas.

—El viernes pasado, cuando desapareció la pobre mujer de la inmobiliaria, Isak se escapó de la casa de la familia que lo cuidaba ese día. Por supuesto que lo tratan bien, pero aun así solo quiere estar conmigo todo el rato.

—Allí tengo una habitación con una tele —intervino Isak que alzó la lata que tenía en la rodilla para mirar por el agujero—. Pero no me gusta ver la tele solo.

—A mí tampoco —confesó el comisario y le devolvió una sonrisa al hombre, que de inmediato volvió a concentrarse en las burbujitas.

—Es la primera vez que se escapa, si le soy sincera. Nunca había actuado así antes —aclaró Synnöve con cierta decepción.

—¿Cuánto tiempo estuvo sin saber de él? —se interesó Knutas.

—Pues desapareció después de comer, sería la una de la tarde. Lo encontraron horas después, por la noche.

—¿A qué hora?

—Era tarde, sobre las nueve. No había estado tan preocupada en toda mi vida.

—¿Y dónde lo encontraron?

—Estuvo deambulando por el apeadero del ferri desde donde parten los barcos a Fårösund y aún sigo sin entender cómo fue capaz de ir hasta allí. Estaba ensangrentado y llevaba un gato muerto en los brazos. Lo encontraron aturdido y en estado de *shock*, aunque supongo que lo vieron así porque se había perdido. Me di prisa en lavarle la ropa, pero me imaginé que la sangre venía del gato... No pensará que mi hijo está involucrado en la muerte de esa mujer, ¿verdad?

—¿Isak suele salir solo por sus propios medios?

—No, solo por la zona que rodea la casa.

—¿Sabe si anoche salió de casa sin compañía?

—No, me habría dado cuenta. Espero que no insinúe... Porque, si no, no podría seguir...

Se le enturbiaron los ojos y empezaron a temblarle los labios.

Knutas observó a la señora y a su hijo que, en su mundo, no dejaba de retorcer las manos. ¿Acaso habría sido capaz de disparar a Sanna Widding con una pistola de bala cautiva y de llevar el cuerpo hasta el pantano de Bäste para luego arrojarlo al agua? ¿Después de eso le despedazó los dedos y le extirpó los dientes a su segunda víctima? Lo dudaba bastante.

—¿Su hijo sabe conducir? —preguntó Knutas.

La madre lo miró perpleja.

—No, por supuesto que no. Nunca podría hacer eso. Si ni siquiera sabe montar en bici...

Knutas le puso la mano en el hombro a la señora.

—Entonces es imposible que esté relacionado con el crimen. Se lo prometo.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Puede quedarse más que tranquila. Ahora pueden volver a casa; pediremos una patrulla para que los lleve. Tal vez les venga mejor, después de todo el esfuerzo que han hecho.

—Espere, hay otra cosa.

La señora abrió el bolso que llevaba en la mano y sacó otra bolsa de plástico. La puso en la mesa y se la entregó a Knutas.

—Fumar es peligroso —intervino Isak y le dio un último trago a la lata—. Peligroso e inútil.

—Lo encontré en el bolsillo de Isak. Me dijo que vio el paquete de tabaco junto al pantano cuando salimos a pasear ayer por la mañana. Bueno, ya sé que tal vez haya visto muchas series sobre crímenes, pero me imagino que hay que tratar de no alterar mucho los rastros que uno encuentra y esas cosas...

Knutas tomó la bolsa y la examinó. Dentro había un paquete de Camel y filtros sueltos. Con cuidado, procuró abrir con un bolígrafo el cierre hermético de la bolsa. Descubrió que había tres cigarrillos en el paquete y uno apagado que estaba por la mitad. De pronto, a Knutas se le aceleró el pulso, pues hasta ese momento no habían dado con ninguna pista que resultara tan relevante.

—¿Isak encontró el paquete de tabaco junto al cuerpo de la mujer?

—Eso me dijo —respondió.

—La mujer no estaba sola —añadió Isak—. ¿Quedan más latas? Como las que se bebía el Pato Donald en *Patoaventuras*.

Se le escapó una risa tonta.

—Ah, sí, ya me acuerdo —afirmó Knutas—. Aunque hace ya mucho desde la última vez que leí al Pato Donald. ¿A qué te refieres con que no estaba sola?

—La mujer del pantano no iba sola. También vi a un hombre allí.

El comisario se quedó helado y trató de no perder la concentración.

—¿Dices que viste a un hombre?

—Lo saludé con la mano, pero me ignoró —respondió Isak cabizbajo—. Tal vez estaba enfadado.

—¿Por qué crees que estaba enfadado?

—No me hizo ningún gesto. Se quedó inmóvil y creo que estaba fumando, aunque estaba lejos de mí y no pude verlo bien.

—¿Puedes describirme su aspecto? ¿Si era alto o bajo? ¿Gordo o delgado?

Isak lo miró con una expresión incómoda en el rostro. Se puso a negar con la cabeza sin cesar.

—¿No lo sabes?

—No, no, no lo sé.

—¿Qué aspecto tenía?

Isak bajó la cabeza y posó la mirada en el suelo sin decir nada.

—Tiene ansiedad —intervino la madre—. No creo que pueda seguir respondiendo a más preguntas. Me temo que tenemos que irnos ya.

—Lo entiendo —dijo Anders.

En ese momento pensó que había que volver a interrogarlo. Al fin y al cabo, Isak era el testigo más valioso que tenían.

Veinte años antes

JULIA MIRABA A Elias apoyada en la bicicleta. Su hermano había salido al jardín y llevaba un serrucho en la mano derecha mientras con la izquierda sujetaba un trozo de madera. El sudor le chorreaba por el rostro. De vez en cuando lo soltaba y se secaba la cara con el dorso de la mano. Junto a los pies había varias tablas de diferente tamaño y se podía apreciar un agradable olor a madera recién lijada.

—¿Qué haces aquí fuera? —le preguntó pasados unos minutos—. Dice papá que ni siquiera tienes tiempo de ayudarlo con las ovejas. ¿Qué haces?

—Pues ya ves, hago lo que me apetece —murmuró Elias sin mirarla a los ojos. El serrucho cortaba las tablas mientras el serrín lo cubría todo como si fuera una nube de polvo tras él. «Desde luego, ya no era aquel niño flaco del verano anterior», pensó Julia. Tenía la espalda ancha como la de un hombre a pesar de que todavía no había cumplido los dieciséis.

—Mamá me ha pedido que te diga que la ayudes en la cocina.

Elias la miró.

—No le digas que estoy aquí, por favor —le suplicó.

—Pero ¿qué os pasa a mamá y a ti?

—Me asfixia, no la agunto. Está todo el rato intentando sonsacarme cómo me siento y en qué estoy pensando.

—Está enferma, Elias.

—Pues por eso. Quiere ponerme enfermo a mí también. Es que no lo soporto.

Julia se encogió de hombros.

—Bueno, yo me voy ya a casa de Tina. Tú quédate ahí con tus tablas si tanto te divierte.

—¿Por qué siempre sales con Tina?

—¿Porque es mi mejor amiga, quizá? Cosa que tú no tienes. Bueno, vente conmigo si quieres. Vamos unos cuantos a su casa a preparar algo de comer —le explicó y se inclinó hacia delante—. Además, está sola en casa y le ha mangado a su padre algunas botellas de vino de la bodega que, por supuesto, vamos a bebernos. Te dejo que pruebes un poco, pero sin que te emborraches. ¿Te vienes? Voy para allá ahora mismo.

—Qué amigos más raros tienes.

—Lo que sientes es envidia porque tú no tienes ninguno. Dime, ¿qué estás haciendo?

—Pues estoy construyendo un rocódromo. Papá me ha dado permiso para usar la pared trasera de la antigua fragua que da a la carretera.

—¿Un rocódromo? —repitió extrañada—. ¿Y eso para qué sirve? ¿No te conformas con trepar todos los árboles y montañas que se te cruzan?

—No has entendido nada.

—¿Para qué vas a usar todas esas láminas?

—Se ponen encima de la pared para luego trepar por ellas, tonta.

Elias negó con la cabeza, se sentó en el suelo, se apoyó en una de las tablas y alcanzó un libro grande que estaba tirado en la hierba.

—¿Ves este libro? *The white spider*. Va sobre dos chavales que escalaron el Mordwand, en los Alpes; literalmente significa «pared asesina» en alemán.

—No sabía que leyeras libros en inglés.

—He empezado hace poco. Además, este es único.

Sostuvo el libro delante de los ojos y apoyó los codos en las rodillas.

—Es más, justo este es totalmente distinto a otros que he leído.

—Así que ese es tu nuevo sueño, ¿no? ¿Subir a la cima de la Pared Asesina?

—Primero voy a construir un rocódromo para ir entrenando.

—Estás fatal —añadió Julia y después se subió a la bicicleta.

Su hermano se levantó para sacudirse la hierba y el serrín de los pantalones.

—¿Sabes una cosa, Julia?

—Pues no, dime —se interesó impaciente—. Me gustaría irme ya.

—Se rumorea en el instituto que Tina es una de esas... Ya sabes... Una de esas a quienes les gustan otras chicas.

Ella se detuvo, soltó un pie del pedal y se dio la vuelta.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Se lo he oído a algunos.

—No es que me importe mucho; aun así, si lo es, ¿qué pasa? —preguntó enfadada—. ¿Te molesta acaso?

Elias la miró y le hizo la pregunta a pesar de que no quería saber la respuesta.

—No me molesta, no —respondió cabizbajo—. ¿Tú también eres una de esas?

—¿Te voy a caer peor si te digo que sí?

—No —negó convencido con la cabeza—, pero no creo que a papá le sienta bien.

A Julia le pareció que su hermano se había quedado absorto en sus pensamientos cuando se puso a dar patadas a las piedrecitas del suelo. El mundo a su alrededor parecía haberlo absorbido y, de repente, se había transformado en otra persona, que estaba paralizada y no sabía nada de lo que estaba pasando. Julia intuía que su hermano tenía miedo a la soledad. Entonces, sintió el arrebató repentino de bajarse de la bicicleta e ir hasta donde se encontraba para darle un abrazo fuerte. Pero rechazó la idea; algún día tendría que empezar a espabilar.

—Dale saludos a Tina de mi parte —le recordó a su hermana.

Cuando se alejaba de casa en la bici, observó los abedules que se alzaban, todavía deshojados, a ambos lados del camino de grava. La primavera estaba al caer, pues habían empezado a brotarles algunas ramas verdes. Por un momento, se paró a pensar en qué ocurriría si alguna se rompiera y se preguntó si aquello les produciría algún dolor.

KNUTAS CERRÓ LA puerta de su despacho, colgó su nueva placa de «No molestar» y empezó a cargar la pipa. No entendía cómo había trabajado todos estos años sin haberse comprado antes el cartel, pues la gente entraba y salía de allí y lo incordiaba siempre. Además, las declaraciones de Isak y su madre Synnöve lo habían conmovido y en ese momento necesitaba ordenar sus pensamientos. ¿Por qué había aparecido el carné de conducir junto a la nueva víctima? Una prueba más evidente que hacía creer a la policía que se trataba del mismo autor del crimen. Además, había utilizado una pistola de bala cautiva de nuevo, tal y como hizo con Sanna Widding.

En su mente vagaban las imágenes de aquella pobre mujer con el rostro destrozado, la boca mellada y los dedos mutilados. ¿Quién sería capaz de cometer tal atrocidad? La única explicación plausible era que se tratase de un conocido que se había encargado de no dejar huellas para que no pudieran inculparlo. Entonces comenzó a reflexionar sobre las escenas del crimen. Primero, Sanna Widding asesinada en Bunge y, después, la víctima sin identificar en Dämba, en la isla de Fårö. Ambos lugares se encontraban al norte de Gotland y estaban relativamente cerca el uno del otro. Además, eran zonas solitarias y poco accesibles. Por lo tanto, el presunto autor debía de conocer bien esa área; tal vez viviera allí. Al fin y al cabo, alguna explicación lógica habría de por qué había dejado irreconocible a la segunda mujer. La policía decidió buscar primero entre personas desaparecidas.

Pensó en las similitudes que había entre ambos crímenes. Las dos víctimas eran mujeres, aparentemente de la misma edad, y las habían asesinado con el mismo tipo de arma, además de que ambos cuerpos se habían encontrado en pantanos. La segunda, en la orilla, a diferencia de Sanna Widding, que estaba dentro del agua.

Una llamada del forense interrumpió su momento de reflexión.

—Acabo de recibir el cadáver de la víctima de Fårö.

—¿Lo has analizado ya?

—No, todavía estamos desvistiéndolo. Pero hemos encontrado algo en un bolsillo de la falda.

—Dispara.

—Hay un papel doblado con un poema escrito a mano. Supuse que te interesaría saberlo.

El comisario se quedó helado.

—¿Cómo?

—El poema es de Karin Boye.

—¿Te importaría leérmelo?

—Claro que no.

El médico se aclaró la garganta y enmudeció unos segundos para respirar antes de comenzar a leer.

Mucho de lo que duele, anónimo es.

Lo mejor es callar y aceptarlo a la vez.

Muchas cosas son secretas y oscuras y peligrosas.

Lo mejor es soportarlas con veneración y precaución.

Lo mejor es en el secreto con toda fe creer.
Sin tocar las semillas que ves crecer.
«El pensamiento nunca brotó al azar.
¡Oh, Madre! Guíame con toda seguridad.»

Oír la voz de una madre nos sirve de ayuda.
Los lamentos silenciosos hallan consuelo en las palabras mudas.

—Y eso es todo —añadió cuando terminó de leerlo.

—De acuerdo. Necesitamos ese poema, aunque lo más conveniente sería que pudieras enviarlo directamente al Laboratorio Nacional de Ciencias Forenses —aclaró Knutas exaltado—. Lo que sí necesito tener es el texto. ¿Sabes si el poema tiene algún título?

—Sí, de hecho, busqué el título.

—¿Y bien?

—Se titula «El anónimo».

A Knutas le vino a la mente la víctima de Dämba, cuyo asesino le había arrebatado la identidad, y, de repente, sintió un escalofrío.

KARIN SALIÓ A toda prisa de la comisaría. A pesar de que iba bien de tiempo, no podía permitirse perder ni un solo minuto, tenía una cita para almorzar. No había quedado con cualquiera, pues iba a ver nada menos que a su hija Hanna, por primera vez después de varios meses. Había viajado hasta Visby por una conferencia a la que asistía ese mismo día y, a pesar de que le era imposible quedarse en la isla más tiempo, Karin se alegró de que pudieran aprovechar ese ratito juntas. Acordaron que se encontrarían en el restaurante Packhuskäller de la calle Strandgatan.

La lluvia había amainado, el cielo comenzaba a despejarse y el sol se asomaba entre las nubes. Se notaba un aire más cálido. Mientras recorría las calles, Karin pensó que tal vez fuera una buena idea sentarse en la terraza. El cuerpo le chisporroteaba de felicidad, aunque sabía que echaba de menos a su hija mucho más que su hija a ella. Habían adoptado a Hanna justo al nacer, y se había criado en una familia adinerada en uno de los barrios más lujosos de Estocolmo, una realidad de la que Karin estaba bastante alejada. La primera vez que se vieron, después de cinco años, Karin estaba tan nerviosa que apenas fue capaz de mantener la compostura. Sin embargo, aquel encuentro superó todas las expectativas y desde entonces siguieron en contacto a pesar de que no se veían con la frecuencia que ella deseaba.

Aun así, sabía que su necesidad de ver a su hija era mayor que la de ella, pues tenía unos padres que la habían cuidado desde pequeña y, por lo tanto, otra familia. A pesar de los prejuicios de Karin hacia su posición social, Hanna nunca se había mostrado como la hija consentida de unos ricachones. Es más, compartían ideas políticas e incluso se comprometía con labores de voluntariado y hacía obras de caridad. Durante los últimos años había colaborado en un proyecto arquitectónico en Ghana, pero ya había vuelto a casa. Se marchó al país para trabajar de ingeniera y ahora vivía con su novia en un apartamento enorme que había heredado en Södermalm, Estocolmo.

Cuando entró en el conocido restaurante en el que habían quedado para comer, Karin echó un vistazo alrededor y observó que las mesas estaban ocupadas. Aun así, no tardó en encontrar entre la multitud a su hija, que ya había conseguido una junto a la pared. La invadió la ternura en cuanto vio a Hanna con aquel pelo corto y oscuro y el diastema entre los dientes. Su hija le sonrió y se levantó para saludarla. Iba mejor vestida que de costumbre, llevaba pantalones negros y una americana. Incluso se había perfilado un poco los labios y se había puesto algo de colorete en las mejillas, que solía tener pálidas. Le dio un abrazo enorme a su hija y después se apartó.

—Ay, qué alegría de verte. Qué guapa estás.

—¿Guapa? No soporto llevar esta ropa. Pero bueno, es lo que tiene asistir a este tipo de eventossss —siseó Hanna a propósito de manera exagerada.

Madre e hija mantuvieron una conversación frenética con dos cervezas sin alcohol en la mesa mientras esperaban la comida. Karin se bebió la mitad de un trago a pesar de que su intención era darle un sorbo a la bebida fresquita. En ese instante descubrió a Julia Ramberg sentada con una amiga en una mesa del fondo; se podía apreciar que ambas hablaban en confianza, pues la desconocida la acariciaba. Karin pensó que tal vez estuviera consolándola por su situación y por todo lo que estaba atravesando en aquellos momentos, y sintió una fuerte empatía por ella. La mujer que la acompañaba era de piel oscura, atractiva y no parecía sueca. Supuso que tendría raíces latinas y que tal vez rondara los veintitantos, pues aparentaba ser más joven que Julia.

Hanna seguía contándole su vida y no parecía darse cuenta de que su madre no les quitaba ojo a las dos mujeres que estaban al fondo del restaurante.

—Y eso, estaba pensando en hacer una fiesta en Ekkuden por mi cumpleaños. Mis padres tienen una casa de verano allí —continuó Hanna—. Es preciosa y enorme; además, está cerca de la ciudad. Se puede ir hasta allí en barco desde Strömkajen, justo donde se encuentra el Grand Hôtel. ¿Sabes dónde digo?

Karin se sobresaltó al oír el nombre del hotel, pues Anders y ella habían pasado una noche juntos allí hacía poco. «Antes de que sucediera todo esto», pensó, pues tenía la sensación de que quedaba ya muy lejos.

—¿Cómo?, ah, claro. Sí, lo conozco —respondió desconcertada.

—Pues eso, lo que te decía... Quiero celebrar mi cumpleaños allí, aunque hay que esperar hasta septiembre.

—Lo sé —añadió Karin—. Naciste el catorce de septiembre a las 07:16. No olvidaré nunca esa fecha.

Empezaron a brotarle las lágrimas de los ojos. Hanna lo notó enseguida y le extendió la mano.

—Eres un amor —le susurró cariñosamente.

En ese mismo instante llegaron los platos de comida vegetariana con pasta al azafrán y el arrebatado de ternura desapareció automáticamente de la mesa. Hanna continuó hablando entre bocado y bocado. Karin se percató de que no decía nada cuando tenía la boca llena y además dejaba los cubiertos con cuidado sobre la mesa de vez en cuando. También vio que se secaba la comisura de los labios con la servilleta, que se había puesto en las rodillas. A veces, se notaba bastante la diferencia de clases que existía entre ambas, sobre todo cuando se dio cuenta de que ni siquiera había abierto su servilleta y de que solo utilizaba el tenedor para comer, además de tener las rodillas llenas de migas de pan. Para colmo, no podía evitar echar un vistazo cada dos por tres a la mesa donde se encontraba Julia Ramberg.

—Pero, Karin, ¿se puede saber a quién estás mirando todo el tiempo? —se interesó la joven, algo alterada. Al parecer, se había dado cuenta de que no estaba prestándole demasiada atención—. ¿Te has fijado en algún buenorro? ¿Ya no te gusta aquel policía?

Hanna se giró en ese momento. La mujer que acompañaba a Julia Ramberg seguía acariciándola y ambas tenían la cabeza pegada la una a la otra. No cabía duda de que se trataba de algo serio. Cuando se volvió para mirar a su madre, tenía la cara pálida y la mano en el pecho.

—¿Qué ocurre? —preguntó Karin.

—Dios mío —dijo su hija—. La que está sentada con su novia detrás de nosotras es la chica con la que estuve saliendo casi un año. O sea, la morena. Estaba enamorada de ella hasta las trancas y me dejó de la peor manera que pudieras imaginar. Conoció a otra y me reemplazó de la noche a la mañana. Incluso se paseaba con ella por todos los bares a los que solíamos ir juntas para restregarme lo felices y enamoradas que estaban las dos. Me sentí fatal por un tiempo, pero después tuve la suerte de conocer a Kim.

Karin miraba perpleja a Hanna.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que salen juntas? A lo mejor son solo buenas amigas.

A la chica se le escapó una risa burlona e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Pero, por favor, si se les ve a leguas.

CUANDO KNUTAS ENTRÓ a su despacho después del almuerzo, el sol estaba en su cénit y reflejaba las motas de polvo que revoloteaban por la habitación. Puso su chaqueta en el respaldo de la silla y después empezó a analizar la bolsa que tenía en el escritorio. No le había dado tiempo de sentarse cuando apareció Karin por la puerta. Llevaba un chal blanco a juego con unos pantalones vaqueros desgastados. Anders se dio cuenta de que se fijaba cada vez más en cómo iba vestida. Y ella también lo notaba, a pesar de que ninguno mencionara nada al respecto.

El comisario le hizo una seña con la mano y ella se sentó al otro lado del escritorio.

—Te veo cansado —le dijo con una sonrisa que mostraba su diastema.

—Ha sido una noche larga. —Se apoyó en el escritorio y sacó un libro que había dentro de una bolsa de plástico—. Estuve leyéndolo hasta que me quedé dormido. He pensado en volver a interrogar a Isak, pero en su casa esta vez, así que he estado preparándome.

—*El poder de tu hijo*, de Jesper Juul. Pues sí que te lo has tomado en serio —dijo Karin impresionada.

—Anoche hablé con Synnöve, la madre de Isak, y me contó que a su hijo le encantan los juegos de Lego.

Sacó un paquete de la bolsa, envuelto en papel de regalo de color rojo con dibujos con forma de estrella y purpurina.

—¿Estás seguro de que quieres que te acompañe? Si tú estás más que preparado para hacerlo. ¿Quién te dio el libro?

Su compañero la miró con una expresión de seriedad en el rostro.

—Lo que necesitan, tanto adultos como niños, es asentar las bases para construir una interacción a través de la reciprocidad y de diferentes valores.

Karin se dio un manotazo en el muslo y estalló de la risa.

—¿Eso es lo que has estado leyendo en el libro?

—La verdad es que no me siento seguro. Quizá sería buena idea llevarle la caja de la comisaría de policía en formato Lego para así empezar la interacción con buen pie.

—Pues suena bien. Y si necesitas apoyo moral, por supuesto que puedo acompañarte. Solo tengo que hacer una llamada, ir a por la chaqueta y nos vamos.

—Te lo agradezco. Te espero en el coche.

—No hay de qué —le dijo y le hizo un guiño—. Eres un adulto muy entrañable, ¿lo sabías? No me esperaba que se te ocurriera comprar un juego de Lego y que fueras a leer un libro sobre psicología infantil.

—Hay muchas cosas de mí que aún no sabes —contraatacó él.

—Pues me muero de ganas de conocer todos tus secretos —le dijo antes de desaparecer por la puerta.

KNUTAS SE MONTÓ en su antiguo Mercedes, que estaba aparcado delante de la comisaría. Pensó que sería mejor ir en su coche privado para no llamar la atención de forma innecesaria, puesto que la situación estaba siendo un tanto delicada para Synnöve. Bajó la ventanilla para disfrutar de los rayos del sol con los ojos cerrados. Luego se desabrochó los primeros botones de la camisa y

colocó las manos en el volante, en una postura relajada, mientras escuchaba la canción de Simon & Garfunkel titulada «A most peculiar man».

La noche anterior, la madre de Isak estuvo casi una hora hablando con Knutas por teléfono sobre la triste historia de su hijo, un niño que nunca fue capaz de ir a la escuela y que siempre iba a depender de las personas de su alrededor. Synnöve le contó que le fascinaba jugar con fichas de Lego y que se pasaba horas y horas en su habitación montando las piezas para luego derrumbarlas todas y empezar de nuevo.

Karin abrió la puerta del coche para subirse y Anders se inclinó hacia adelante para bajar el volumen de la música.

—¿Es que nunca vas a cansarte de ese disco? —le preguntó.

A Knutas le pareció que ella siempre olía a aire fresco, como la primavera. Entonces le lanzó una mirada y se quedó pensando, como siempre, en su belleza. Aunque a veces también se preguntaba qué era lo que a Karin le gustaba de él.

—A ver, me gusta el estilo de sus canciones, no son escandalosas y no se me hacen repetitivas... No sé. Su música me parece agradable, tal vez sea eso, simplemente.

Karin sacó la funda del CD de la guantera y se puso a examinarla detenidamente.

—*Sounds of silence*, Simon & Garfunkel, año 1966... Ya veo. Desde luego, con ese nombre, uno no asocia el álbum con música que sea precisamente escandalosa.

Le dio un codazo de broma en el costado.

LA FINCA, QUE estaba a unos metros del pantano de Dämba, en la isla de Fårö, era de una belleza idílica. Antes de bajarse del coche, Anders le agarró la mano a Karin y giró la cabeza para mirarla a los ojos. Pensó que sobraban las palabras en aquel momento, pues tan solo le bastaba perderse en aquellos ojos oscuros y brillantes. Karin esbozó una sonrisa y él le besó la mano.

La finca no era enorme y, a decir verdad, podía considerarse un minifundio que constaba de un pequeño gallinero, arbustos y unos cuantos manzanos rodeados por una hermosa cerca de piedra que enmarcaba toda aquella estampa, además de la presencia de un gallo y alguna que otra gallina que picoteaba por el suelo. El pantano de Dämba se veía a través de una abertura que tenía el muro, desde la cual el comisario pudo distinguir el brillo de los rayos del sol en la superficie. Se preguntaba si Synnöve e Isak habían seguido con su paseo rutinario de cada mañana después del crimen; con lo sucedido, aquello sonaba más bien inverosímil.

Cuando se giró hacia donde se encontraba la casa, divisó a Synnöve, que les daba la bienvenida saludándolos desde el porche.

—¿Les apetece un café? —Ambos asintieron a la vez que daban las gracias.

La acompañaron hasta la cocina y se sentaron junto a la mesa donde ya estaban colocadas las tazas.

—Preciosa porcelana —dijo Karin asombrada mientras levantaba la taza para examinarla con detenimiento. El asa era inclinada y hacía que la taza luciera elegante, con los bordes revestidos de oro y rosas tanto por fuera como por dentro.

Synnöve les sonrió y después tomó la cafetera que estaba puesta en la hornilla.

—Fue uno de nuestros regalos de boda... Ya tienen algunos años. Solo las uso cuando vienen invitados... Aunque Isak y yo no solemos tener visitas.

Entonces sirvió el café y el aroma impregnó toda la casa.

—Mmm, está increíble —añadió Karin mientras disfrutaba de cada sorbo.

Anders dejó la taza a un lado, estaba demasiado fuerte para su gusto.

—¿Dónde está Isak?

—Está arriba, en su habitación —respondió Synnöve—. Sea prudente cuando hable con él, pues últimamente las cosas no le están resultando muy fáciles. Casi siempre está callado, aunque estoy segura de que dentro de su cabeza está pensando constantemente.

—Iré con cuidado —le aseguró y después se levantó de la silla.

—Sé que te las apañará bien —dijo Karin convencida con una sonrisa—. Me quedo aquí por si necesitas ayuda.

LA ESCALERA QUE conducía al piso de arriba era de madera barnizada. Se fijó en que la barandilla estaba suelta y pensó que alguien debería arreglarla. En la pared había unos tableros pintados de celeste y el techo estaba cubierto con motivos florales y tallos que serpenteaban entre sí y se veían desgastados por el tiempo.

«Tal vez me ofrezca a reformar la escalera y a ponerle un nuevo papel pintado cuando se cierre el caso», pensó Knutas. Quizá Synnöve no podía permitirse contratar a alguien para ello, pues tampoco parecía que le sobrara el dinero, precisamente. Lo consideró una buena idea y aquello lo puso de buen humor.

Al final de la escalera se divisaba un pasillo largo con varios candelabros de pared antiguos que a duras penas iluminaban el espacio.

Cuando llegó a la habitación de Isak, llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta. Prefirió esperar un poco para estar seguro antes de decidirse a entrar. El dormitorio era el mismo cuarto infantil intacto desde los años setenta, con una cama individual con el edredón doblado en el borde, una lamparita de pared para leer y una estantería llena de juguetes de Lego.

—Es de buena educación esperar a que te dejen pasar —soltó Isak.

Estaba sentado en el suelo, de espaldas a la puerta. Tenía el pelo oscuro y alborotado y los hombros anchos. Se le veía en una postura infantil, con la espalda inclinada hacia delante y las piernas estiradas. No llevaba calcetines y los pantalones le estaban demasiado cortos. Tal vez alguien se los hubiera dado o simplemente tuvieran tiempo. Se fijó en que estaba ordenando unas piedrecitas, que probablemente habría encontrado en la orilla del pantano.

—Perdona, es que oigo fatal —se disculpó Knutas—. No estaba seguro de si me habías invitado a entrar o no.

Isak giró la cabeza y lo miró fijamente unos segundos antes de volver a ponerse a lo suyo.

—Tú eres el policía —continuó Isak—. Te llamas Anders.

—Tú eres Isak —añadió Knutas y entonces se apoyó en el borde de la cama.

—Isak es un nombre bonito —dijo el hombre mirando a Knutas—. ¿Tú también crees que Anders es bonito?

—No lo sé. Es el único nombre que he tenido toda mi vida.

—Bueno, toda la vida no —refutó con una mirada seria.

—Cierto, en eso tienes razón —asintió Knutas—. Por cierto, te he traído un regalo.

—¿Qué es?

Sacó el paquete que había en una bolsa y se lo dio a Isak, quien enseguida comenzó a analizarlo y a darle vueltas. Lo sacudió un par de veces y después ladeó la cabeza.

—Hay algo dentro —exclamó Isak.

—Así es —afirmó el comisario con una sonrisa. A pesar de que les doblara la edad a sus hijos,

había algo en él que claramente le daba una apariencia infantil, por la manera en que se sentaba, las palabras que utilizaba y la forma de mirar.

—¿Puedo abrirlo?

—Por supuesto.

Isak comenzó a quitar la cinta adhesiva de uno de los lados con una mano, con cuidado de no estropear el precioso papel de regalo. Los ojos se le iluminaron cuando descubrió la caja de Lego.

—¿Es tu comisaría? —Estalló de felicidad, ansioso por oír la respuesta de Knutas.

—A lo mejor estoy dentro de la caja.

—Sí, es verdad —respondió y enseguida se puso a abrirla.

Le hizo un hueco al policía para que se sentara en el suelo, a su lado.

Dentro de la caja había varias bolsas con piezas de Lego. Isak abrió una de ellas y encontró un cuerpo, una cabeza y una gorra de policía, y las juntó para formar el muñeco.

—¡Mira, eres tú! —exclamó victorioso con la figura en la mano—. ¿Tú eres el jefe de los policías?

—Sí, se podría decir que sí. Más o menos.

—¿Tú eres el que dice quién va a la cárcel?

—Bueno, primero tienen que hacer algo malo para eso y después mi misión es encontrarlos...

—Y después tú decides si van a la cárcel —añadió Isak.

—Exacto, tú lo has dicho —respondió entre risas.

—Eso es bueno —afirmó con orgullo y, acto seguido, se puso manos a la obra a separar todas las piezas por colores y tamaños antes de empezar a montarlas.

Comenzó a ensamblarlas sin perder la concentración ni un solo segundo. El comisario se inclinó hacia atrás para apoyar la espalda en la cama. Mientras tanto, Isak construía la comisaría de Lego y montaba el helicóptero y los coches. Knutas pensó que se le daba de maravilla y se quedó impresionado, pues a pesar de que fuera incapaz de hacer muchas cosas, aquello no le suponía ningún tipo de problema.

—A uno le falta la cabeza —intervino Anders y señaló un muñeco que estaba tirado en el suelo—. ¿No se la vas a poner?

Isak negó con la cabeza.

—No —respondió rotundamente—. Esta es la mujer del pantano. Tenía cabeza, pero sangraba tanto que parecía que no la tuviese. Y no se le veía la cara.

Los ojos de Isak esbozaron una expresión seria y entonces clavó la mirada en el policía.

—Y este es el que le ha hecho cosas terribles —puso un muñequito al lado del otro que representaba a la mujer—. Ha sido malo, muy malo.

—¿Crees que podrías reconocer a ese hombre si lo vieras? —quiso saber Knutas.

—Es fácil —respondió Isak—. Mamá dice que tengo buena memoria para recordar todo lo que veo. —Se dio unos toquecitos con el dedo índice en la sien—. Por eso se me da tan bien montar los Lego.

—¿Qué edad podría tener?

Isak dudó unos segundos sin apartar la vista de Knutas.

—Pues como tú —exclamó y empujó para fuera el coche de policía que estaba dentro de la comisaría—. Este eres tú, móntate y ve a cazarlo.

Se puso a imitar el ruido de un motor y a pasear el coche por todo el suelo.

—¿Y qué aspecto tiene?

—Normal y corriente. Pelo oscuro, ni gordo ni flaco. Del montón. Pero no vive aquí, porque yo conozco a toda la gente de aquí y a él no. Tiene que ser de otra parte.

Isak detuvo el cochecito y sacó el muñeco que estaba sentado al volante. Agarró la versión de juguete de Knutas, lo lanzó contra la otra figura para atraparla y los metió en el coche, que empujó de nuevo hasta la comisaría.

—¿Llegaste a ver la altura del hombre?

Isak soltó un suspiro.

—Creo que era como tú de alto. Ya no quiero jugar más —dijo con un gesto de negación y metió al muñequito de Lego en la cárcel—. Ya lo has atrapado. Se acabó el juego. Voy a ver a mi mamá para que me haga un chocolate caliente. Siempre me lo prepara cuando hago algo muy bien. ¿Crees que lo he hecho bien?

—Creo que lo has hecho fenomenal —reconoció.

SE QUEDÓ DE pie con las manos apoyadas en la vieja estantería. Introdujo la llave que llevaba en la mano en el ojo de la cerradura y abrió el cajón superior. Se acordó de que no se había abierto en muchos años cuando tomó el álbum con fotos recortadas y algunos cuadernillos y los puso sobre un estante. Debajo de un montón de libros de poesía antiguos, que había olvidado devolver a la biblioteca hacía mucho tiempo, encontró lo que estaba buscando: aquella cajita dorada envuelta con un lazo de seda de color rojo.

Se la guardó en el bolsillo y salió de la habitación. Se dio cuenta de que se había dejado el cajón abierto. Por primera vez en muchos años estaba solo y vivía aquel momento como una absoluta liberación, pues esa sombra ya no volvería a perseguirlo.

APARCÓ JUNTO A la iglesia de Fårö, abrió la puerta del coche y permaneció en el asiento con las piernas por fuera. Notó el peso de la caja en el bolsillo, se encendió un cigarrillo y se detuvo a contemplar los jardines que rodeaban la iglesia. Estaba solo, no había ningún otro vehículo aparcado ni tampoco había visto a nadie que paseara entre las lápidas.

Se dirigió hasta su lugar de descanso por el camino de gravilla. Desde hacía unas semanas había visitado su tumba más veces de las que lo había hecho los últimos seis meses. Lo reconfortaba estar allí, cerca de ella.

Sacó la caja que guardaba en el bolsillo, se la puso en la mano para sopesarla antes de colocarla encima de la lápida y después cavó un hoyo frente a la piedra donde la había puesto. Lo recubrió con cuidado y clavó ahí mismo un tallo, que luego rodeó con piedrecitas formando un corazón. Aquella estampa representaría una flor de amor que le recordaría por siempre todos los planes que tenían previstos para los dos. El anillo nunca había salido de la cajita ni jamás llegó a su dedo, tal y como había estado soñando y esperando. Sin embargo, la historia dio un giro y acabó convirtiéndose en un amigo de la casa que tan solo entraba y salía de vez en cuando, sin más, a pesar de que él lo viera desde otra perspectiva totalmente distinta.

—Tendría que habértelo dado hace mucho tiempo —dijo en voz alta—. Pero nunca fue así. No me atreví a llegar tan lejos.

Colocó la mano sobre la lápida y la notó fría al contacto con la piel.

—Tal vez esta sea la última vez... La última vez que vengo a verte. Espero que lo entiendas, pues la vida no siempre es fácil. A veces uno se siente... tan solo. Me imagino que sabrás a lo que me refiero con eso. Sabes que no soy una mala persona, pero es que jamás he tenido el privilegio de estar junto a quienes más quiero.

Se abrochó la cremallera de la chaqueta y metió las manos en los bolsillos.

—¿No crees que todo habría sido distinto si me hubieras elegido a mí?

Pareció que se quedaba esperando una respuesta que nunca llegaría.

—No tienes por qué responder, solo quería hacerte esa pregunta. Y ahora me siento mejor.

Suspiró y se dio la vuelta para darle la espalda a la tumba. Estaba seguro de que aquella sería la última vez.

JULIA LEVANTÓ LA taza de café y descubrió que había un anillo en la mesa. Colocó las tres postales de Elias delante y observó que todas tenían diferentes variantes del mismo dibujo, que representaba a Ícaro.

El día que recibió la primera postal, se sintió desesperada y enfadada al mismo tiempo, pero después la embriagó una sensación de felicidad infinita de tan solo pensar que su hermano estuviera vivo. Sin embargo, ahora el miedo y la confusión se habían apoderado de ella, pues no estaba segura de si Elias las había enviado o de si se trataba de alguien que conociera su historia y que hubiera copiado su caligrafía.

La noche anterior, cuando estaba en el dormitorio para irse a la cama, se sintió de nuevo observada. Apartó las cortinas a un lado, miró a lo lejos, hacia donde estaba el antiguo cobertizo donde se secaba el lino, pero era imposible distinguir cualquier forma en plena oscuridad. Aquella sensación desagradable no quería desaparecer. Quizá alguien estuviera intentando hacerle daño. La policía le había proporcionado un teléfono de emergencia, pero tampoco tenía muchos recursos para vigilar la granja. *Mio* tampoco había vuelto y la esperanza era cada vez menor, lo que la llevó a pensar seriamente que tenía que hacerse con un compañero nuevo cuanto antes, pues echaba de menos la seguridad y el bienestar.

Puso la taza en la mesa con tanto ímpetu que se derramaron algunas gotas de café. No podía dejarlo así. Para colmo, un nuevo agente inmobiliario llamado Daniel acababa de llamarla para comentarle que un interesado en comprar la granja le había hecho una oferta, pero prefirió no seguir con la conversación y le dijo que contactara con sus hermanos. Ya no podía más.

Y, sin querer, vertió la taza.

—¡Maldita sea!

Se levantó para alcanzar un paño de cocina con el que secar la mesa. Había café por todas partes, incluso en las postales. Desde luego, parecía otra persona. Entonces se asomó a la ventana y marcó el número de Anders Knutas. Sabía que sí podía confiar en él.

OYÓ QUE EL coche se acercaba a la casa y salió al porche. Anders se bajó y la saludó con la mano. Lo recibió en el umbral de la puerta y le dio la bienvenida.

—Hola, ¿le apetece tomar café? —le ofreció Julia.

Knutas miró el reloj y frunció el ceño. Le dio a entender que no tenía mucho tiempo.

—¿Por qué no? Muchas gracias. Tiene que ser un buen café.

—No me dé las gracias solo por ser amable —bromeó Julia—. Estoy acostumbrada a que la gente de mi entorno vaya siempre directa al grano, sin muchos rodeos.

—De acuerdo... —dijo el comisario con una sonrisa—. Si le soy sincero, creo que no tengo tiempo de sentarme a tomar un café. ¿Quería mostrarme algo?

—Siento no poder acercarme a la comisaría para enseñárselo. Tengo una oveja enferma y estoy esperando a que venga el veterinario, por lo que no puedo moverme de casa. Sígame.

Se dirigió a otro lateral del edificio, donde se encontraba la antigua fragua. Knutas la siguió por las escaleras exteriores laterales, que conducían a otra cámara superior.

—Esta era la habitación de Elias —le indicó y abrió la puerta—. Como podrá ver, ha estado

prácticamente intacta desde que se marchó a Chile, a pesar de que han pasado ya diez años.

—No cabe duda de que le fascinaba la escalada —observó el policía al ver todos los pósteres que aún seguían en la pared.

Julia se dio la vuelta y lo miró.

—Perdone —no tardó en disculparse—. Podría haberme ahorrado el último comentario.

—No pasa nada —murmuró ella.

Se detuvo delante de uno de los armarios de la habitación y lo abrió. En la parte inferior de la estantería, había varios cuadernos amontonados y, debajo, un puñado de papeles. Julia se puso de rodillas y empezó a sacarlos.

—Aquí están los dibujos que Elias hacía cuando era más joven—explicó—. Antes que nada, quiero enseñárselos para que vea que no me lo estoy inventando.

En ese momento, tomó unos cuantos y empezó a colocarlos en fila en el suelo. Todos tenían la misma temática: un niño rubio con alas en la espalda.

Julia miró al comisario.

—¿Sabe lo que representan?

Él negó con la cabeza.

—Decía que son los dibujos de Elias. Lo que veo es que tenía talento, pero no sé lo que sugieren. ¿Debería saber a qué hacen referencia?

—Yo tampoco lo supe cuando los vi por primera vez. Es Ícaro, el personaje de la mitología griega que quiso volar hacia el sol.

—Ajá, no conozco mucho sobre ese tema —aclaró Knutas— y no sé exactamente a dónde quiere llegar con eso.

—Elias estaba enfermo, tomaba pastillas. Sufría ansiedad a un nivel preocupante, algo que sin duda lo consumía. Podía quedarse tirado en la cama durante días sin hacer otra cosa que contemplar la pared. Empezó con ese problema desde pequeño y con el tiempo solo fue a peor.

—Ajá, ya entiendo —murmuró el comisario.

Julia volvió a guardar los dibujos en el armario y se puso de pie.

—No, aún no lo ha entendido —insistió Julia.

—¿Eso es todo lo que quería mostrarme? ¿Dibujos de Ícaro?

—No —negó de nuevo, salió de allí y bajó las escaleras.

Cuando volvían al edificio principal, el sol ya lo impregnaba todo con una luz tenue y hermosa, y la sombra de las zarzas del jardín se reflejaba en el césped.

Julia entró en la cocina a buscar dos tazas que llenó de café sin preguntar y puso en la mesa.

—Elias sufrió acoso escolar durante toda su infancia y adolescencia. Le costó afrontar que todos lo marginaran durante aquellos años y nunca logró superarlo. Muchos fueron partícipes de ello y han seguido adelante con su vida sin ningún remordimiento aparente. Por desgracia, Elias no era como los demás. —Julia se mordió los labios—. Yo tampoco pude hacer nada, intenté todo lo que estuvo en mis manos, pero el acoso fue incesante. Y eso hirió a Elias, que jamás llegó a ser como el resto de los chicos de su edad. Se podría decir que no maduró nunca.

—¿Y sus padres, entonces? ¿Cómo reaccionaron?

Soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—Mi padre estaba muy ausente cuando éramos pequeños y siempre iba a lo suyo. Si le soy sincera, era más bien una persona que apenas se preocupaba por nosotros, sus hijos. Y mi madre, bueno..., era una mujer muy propensa a caer enferma, siempre sufría alguna que otra depresión, tenía problemas de espalda, de reuma, dolor de articulaciones y a saber qué otras cosas. No había

día que no tuviera algo. Y claro, si me pregunta, a mí me parece que era pura hipocondría. Creo que mi madre era débil de mente y si a eso le sumas el fracaso de su matrimonio, es normal que acabara con problemas físicos. Los hijos siempre tuvimos la obligación de cuidar de ella. Y sobre todo Elias, en mi opinión. Era el hijo favorito de mi madre y, a decir verdad, ignoraba por completo si le pasaba algo o si los demás teníamos algún problema. Se desentendía de todo, prefería cerrar los ojos y hacer como si nada. En realidad, eso fue una terrible traición para Elias, que sufrió tantísimos maltratos durante mucho tiempo. Supongo que, por esa razón, decidió irse de aquella forma.

Julia continuaba con su monólogo y se le iluminaba la mirada. Anders dejó que se desahogara, pues tenía la impresión de que estaba a punto de contarle algo importante.

—Hubo una época en la que mi hermano trató de poner fin a su exclusión por encima de todas las cosas. Además, estaba enamorado de una chica de su clase y le hacía muchos retratos. Me contó una vez que un día en el colegio se atrevió a darle uno de esos dibujos, pero, automáticamente, los compañeros empezaron a mofarse de él, y justo esa chica era de las peores. Parecía que lo odiase por el amor que sentía por ella. Desde luego, mi hermano era el chico raro. A pesar de que tuviera una sonrisa dulce, unos ojos enormes y un pelo rubio y largo precioso con rizos, todos se metían siempre con él. No me pregunte el porqué.

Julia le dio un sorbo al café y se quedó absorta mientras agarraba la taza con las dos manos para entrar en calor.

—Y anoche me percaté de una cosa antes de irme a la cama.

—¿De qué se trata? —se interesó Knutas.

—De que ya había visto antes a Sanna Widding, la de la inmobiliaria.

Anders se inclinó hacia adelante en una postura que mostraba interés.

—Era ella la compañera de clase de Elias. La chica de la que estaba enamorado y la misma que lo acosaba. A la que le había dado el dibujo. Era Sanna Widding.

Hizo una pausa y se quedó contemplando la nada.

El comisario prefirió guardar silencio en ese momento, probó el café de la taza y esperó a que continuara.

—Hace un tiempo que recibo algunas postales —añadió con un tono de voz serio—. Esta fue la primera.

La postal mostraba una ciudad con unas montañas enormes al fondo.

—Es Santiago de Chile —señaló Julia—. La capital del país.

Knutas giró la postal y observó que en la parte de atrás había un dibujo de un niño con alas y pelo rubio.

—¿Ícaro?

Ella asintió.

—Y esta fue la que recibí al día siguiente.

Le mostró las dos postales que coincidían en la imagen de Santiago de Chile; ambas tenían al mismo personaje mitológico dibujado de distinta forma por la parte trasera, las dos con sellos estampados en Chile.

—No entiendo —se sorprendió Knutas—. ¿Insinúa que Elias está vivo?

—Así es. De lo contrario, alguien está tomándose el pelo. Como comprenderá, no me haría ni pizca de gracia. Esta es la última postal, que me ha llegado hoy.

El comisario analizó la última y descubrió que se trataba de nuevo del mismo dibujo y la misma representación. Y se fijó en el sello que llevaba.

—No puede ser verdad —susurró el policía.
La postal llevaba un sello de Visby.

KNUTAS COMENZÓ LA reunión del grupo de investigación matutina. Habían pasado dos días desde que hallaron a la segunda víctima y estaba ansioso por empezar, pues ya habían mareado la perdiz lo suficiente. Echó un vistazo a sus compañeros, reunidos alrededor de la mesa en el viejo salón de reuniones. Ya habían analizado el lugar donde encontraron a la víctima en el área de Dämba y los técnicos habían afirmado que el crimen se había cometido allí mismo. No tenían notificaciones sobre personas desaparecidas y todavía flotaba en el aire la incertidumbre acerca de la identidad de la segunda víctima. Incluso habían interrogado a todos los lugareños puerta por puerta sin obtener mayores resultados, pues nadie había presenciado, notado u oído nada que pudiera servirles como pista. Además, era una zona prácticamente despoblada e inaccesible, y a la mujer la habrían asesinado en el acto, probablemente a primera hora de la mañana, por lo que no era extraño que no hubiera testigos.

Knutas comenzó hablando sobre el poema que el forense encontró en el bolsillo de la falda de la víctima, y repartió unas copias.

—Este poema también pertenece a la autora Karin Boye y se titula «El anónimo», lo cual tiene sentido.

El silencio se apoderó de la sala mientras se procedía a la lectura.

—Dios santo, pero qué barbaridad —exclamó Karin al terminar de leerlo—. ¿Qué pretende expresar con los poemas?

—Interesante. Vamos progresando, por lo que veo —expresó el fiscal Smittenberg pensativo—. El primer poema que encontramos en el cobertizo de Ramberg trataba sobre el éxtasis del amor y este va de secretos y de cargar con algo que provoca dolor, pero no puede revelarse...

—Pues tienes razón —alabó Kihlgård con entusiasmo—. Se podría decir que el agresor tenía la intención de contar el amor que sentía por Sanna Widding, que fue la primera asesinada, y ahora el poema describe la melancolía y hace referencia a cosas que deben mantenerse en secreto.

—Propongo que pidamos ayuda a los medios de comunicación —sugirió Lars Norrby—. Tenemos convocada hoy una rueda de prensa a las doce. Podemos publicar todo lo que se sabe por ahora sin poner en peligro la investigación. Necesitamos que los ciudadanos nos proporcionen algún dato útil.

—¿Y qué hacemos con los poemas? —Karin lanzó la pregunta—. ¿Los sacamos a la luz también? Hemos pensado en buscar a alguien que tenga experiencia sacrificando animales, a quien además le guste la poesía y que viva o haya vivido en el norte de Gotland. Solo tendríamos que llamar por teléfono para averiguarlo.

—Opino que debemos mencionar los poemas —objetó Norrby—. Ha llegado el momento de hacerlo.

El comisario miró a sus compañeros.

—Ha surgido otro asunto que está relacionado con el caso.

Les explicó que Julia Ramberg había recibido postales de Chile y todos los miembros de la mesa se quedaron pasmados.

—Pero espera —irrumpió Karin—. ¿Hay alguna posibilidad de que Elias siga vivo, por muy ínfima que sea?

—Me atrevería a decir que sí —respondió Knutas—. Es más, su cuerpo sigue desaparecido.

—¿Y por qué habría estado escondiéndose todos estos años? —cuestionó Wittberg.

—A saber —intervino Anders—. Tal vez haya algunos secretos en la familia que desconozcamos por completo y que puedan explicar lo sucedido.

—Otra cuestión que se me ocurre es por qué querría aparecer justo ahora —inquirió Kihlgård—. ¿Quizá tenga algo que ver con la venta de la granja? ¿Los crímenes? ¿Y si es el asesino que estamos buscando?

—Pero ¿había algo escrito en las postales? —se interesó Karin—. ¿Ningún texto ni nada?

—No, tan solo figuraban dibujos de un niño con alas. Le gustaba pintar eso cuando era pequeño. Julia estuvo mostrándome todos los dibujos que tenía guardados.

—¿Caro huyó volando de sus enemigos, ¿no es cierto? —preguntó Smittenberg—. ¿De qué escapaba Elias?

—De niño sufrió acoso escolar y prácticamente cada día le tocaba soportar todo tipo de vejaciones en el colegio. Eso fue lo que me contó Julia. Además, era un niño muy introvertido y siempre estaba en su mundo.

—¿Y qué tal era la relación familiar?

—Al parecer, era el hijo favorito de su madre. Esas fueron las palabras textuales de Julia.

—¿Y ella sabe por qué?

—No, no creo que lo sepa. No ha mencionado nada al respecto.

—¿Cuántos años se llevan los hermanos? —se interesó Kihlgård y acto seguido se hizo con un bolígrafo y papel para anotar la respuesta.

Knutas buscó en su carpeta.

—Aquí lo tengo —respondió unos segundos más tarde—. Daniel es el mayor y tiene cuarenta y tres. Después le sigue Maria, con cuarenta y un años. Luego pasaron siete años hasta que nació la siguiente, que es Julia, y un año más tarde llegó Elias.

—¿Qué más da la edad que tengan? —puntualizó Wittberg.

—¿Qué se sabe en realidad de los padres? —prosiguió Martin—. O sea, tuvieron dos bebés y hasta que no pasaron siete años no volvieron con otra hornada. ¿Habría algún motivo? ¿Por qué la madre tenía debilidad por Elias? Puede que exista una explicación y no sepamos cuál es.

—Me temo que no nos queda otra que interrogar a los hermanos de forma más exhaustiva para averiguar más información sobre la familia en sí y sobre la relación que tenían con sus padres —reflexionó Knutas en voz alta—. ¿Te ocupas tú, Martin?

—Descuida, Knutte —asintió satisfecho—. Yo me encargo con mucho gusto. Tengo un presentimiento. Si resulta que Elias sigue con vida, ¿qué persona se escondería de su familia durante diez años y no volvería a aparecer ni siquiera por la muerte de los padres? Hay algo más.

—Debemos averiguar cualquier información sobre Elias —propuso Knutas—. Wittberg, encárgate de recoger todos los datos posibles de este chico y ponte en contacto con las autoridades chilenas. Utiliza los recursos que necesites.

El inspector lo anotó todo en la agenda que llevaba consigo.

—¿Y cómo vamos a enfocar la investigación de la segunda víctima? —preguntó Karin.

—Buena pregunta —señaló Anders—. Hemos rastreado la zona con perros, hemos llamado a todas las puertas e incluso hemos revisado los archivos de personas desaparecidas, entre otras cosas. Ampliaremos la búsqueda a toda la isla de Fårö, quizá también a la zona de Fårösund y Bunge. El agresor parece estar familiarizado con el norte de Gotland. Tenemos la rueda de prensa en una hora. Crucemos los dedos para obtener pistas relevantes de algún testigo que se pronuncie a través de los medios de comunicación. Hay que detener al asesino antes de que ataque de nuevo.

Diez años antes

ELIAS APRETÓ LAS correas de la mochila antes de meterse en la cama y quedarse sentado con los brazos cruzados a la altura del pecho. La expresión de su rostro era imperturbable y haría pensar a cualquiera que no deseaba hablar con ningún ser humano. Julia se asomó a su habitación y pensó que aquel lugar lo reconfortaba. Su hermano había colocado pósteres con imágenes del Everest, del K2 y en uno de ellos aparecía un hombre escalando una montaña enorme con el nombre de Reinhold Messner escrito en la parte inferior con letras mayúsculas.

—¿Ese es tu nuevo ídolo? —le preguntó su hermana en un tono burlón—. ¿Reinhold Messner?

El chico lanzó una mirada fugaz al póster sin responder y ella suspiró. Era imposible hacer que hablara. Habían transcurrido cuatro meses desde que Julia comenzó la Escuela Oficial Agrícola en la península y no entendía cómo su hermano había podido cambiar tanto en tan poco tiempo. Había vuelto a casa por Navidad para visitar a su madre, que había empeorado considerablemente.

Se acercó a Elias, decidió sentarse en el borde de la cama y puso la mano sobre la de su hermano. Observó que estaba muy tensa y no tan suave como solía tenerlas.

—¿Qué es lo que te pasa, Elias? Puedes contármelo.

Se giró de espaldas a Julia. El lenguaje corporal reflejaba un total distanciamiento. Se inclinó hacia delante y trató de encontrar su mirada. Él resoplaba y Julia se paró a pensar en esos suspiros y en esa forma casi imperceptible de darle voz a lo que albergaba en su interior, al dolor y a los problemas de su vida.

—Estás así por culpa de mamá, ¿verdad? —quiso saber y se inclinó para atrás de nuevo para apoyar la espalda en la pared.

—No aguanto más —murmuró—. No soporto convivir con la enfermedad que hay en esta casa. Mamá está todavía viva, pero le han dicho que va a morir.

—Deja ya de atraer desgracias. Seguro que no es tan grave y vivirá muchos años más. ¿Por qué siempre te pones en lo peor? He oído a papá decir que ya no estás tomándote la medicina.

—No empieces tú también. Me tomaré las pastillas si me da la gana, eso lo decido yo. Y no me pasa nada, simplemente, siento que no encajo en ninguna parte y que siempre ha sido así. He sido un error toda mi vida y sigo siéndolo. No soy como los demás y eso tampoco se acepta. Eso es todo.

—Pues solías estar más alegre cuando te tomabas la medicina.

—No quiero andar por ahí con una cara feliz todo el tiempo. Yo no necesitaba esas pastillas para vivir, al revés. Las pastillas querían quitarme la vida. ¿Es que no lo entiendes? Nunca me has apoyado. Aunque quizá tampoco me haga falta.

—No seas tonto —exclamó su hermana.

—¿Que no sea tonto? —estalló en cólera y se levantó haciendo aspavientos con los brazos—. ¿Acaso vas a venir aquí a decirme que no sea tonto? Tú fuiste la que dijo que nunca se iría de esta casa. Me prometiste que vivirías aquí para siempre y que jamás me dejarías.

—Pero, Elias, ¡si éramos unos niños! Necesito tener mi vida propia. No tiene sentido que me quede aquí contigo sin hacer nada con respecto a mi futuro.

—Yo también tengo derecho a tener una vida propia y a hacer algo con mi futuro —le reprochó

y apretó los labios.

—¿Quieres que vuelva a casa?

La miró y negó con la cabeza.

—Es evidente que no vas a volver, así que haz lo que quieras. Pienso hacer lo mismo también.

—Pero irte a Chile, ¿qué vas a hacer allí? ¿Por qué tan lejos? Puedes hacer escalada mucho más cerca. ¿Y por qué ahora que mamá está enferma? Tarde o temprano, mamá y papá necesitarán ayuda. Y mamá quiere que seamos felices, lo necesita más que nunca. Los médicos dicen que...

—Sé lo que dicen los médicos —la interrumpió Elias—. No aguanto seguir viviendo aquí y esperar a que mamá se muera. Me está quitando la vida con su enfermedad, siempre me ha hecho sentir así. ¿De dónde crees que viene mi ansiedad?

—¿Insinúas que mamá tiene la culpa?

—Tú nunca lo has visto, ¿verdad? Yo era el único que la agarraba de la mano cuando le dolía algo o cuando le entraban ganas de llorar, a pesar de que no tuviera ni un solo motivo para hacerlo. Era yo el que se despertaba por las noches cuando mamá estaba asustada. ¿Acaso crees que ha sido fácil para mí tener que escuchar todos sus problemas cuando tan solo era un niño? ¿Cuando el que debería haber estado ahí era nuestro padre y no yo?

—No tenía ni idea, Elias —dijo Julia conmovida—. No sabía nada de eso.

—No, nadie lo sabe. Aquí todos están demasiado ocupados con su vida. Mamá ni siquiera sabía cómo me sentía en realidad. Todo giraba alrededor de ella. Y a papá nunca le ha importado lo más mínimo. Para colmo, soy yo el que tiene que cargar con el remordimiento de conciencia por no querer seguir en esta casa y pasar el resto de mi vida con mi madre. No aguanto más. Tengo que salir de aquí antes de que esto acabe conmigo. Puede que dure aún muchos años más, pero desde luego la presencia de la muerte ya está entre nosotros. No tienen otro tema de conversación, ¿sabes? Mamá se consume poco a poco, pero ya no me necesita. Nadie me necesita. Más vale que me largue de aquí. Además, no le importo a nadie.

Julia se levantó. Sabía que estaba a punto de ponerse a llorar, pero contuvo las lágrimas. Su madre le había dicho que le encantaría que todos estuviesen felices durante las Navidades.

—No lo estás diciendo en serio —murmuró con una voz dulce y le extendió la mano a Elias. Sus dedos acariciaron el brazo fuerte y nervudo y frágil a la vez de su hermano pequeño. Él apretó los ojos con fuerza para reprimir ese dolor que no quería mostrarle.

—Me siento mal por estar aquí, ¿es que no lo entiendes?

Julia lo abrazó con fuerza.

—Te entiendo —susurró—. Te entiendo.

—¿Crees que quiero seguir aquí? ¿Acaso esta vida es la que he elegido?

Julia apoyó la cabeza en el cuerpo de su hermano y notó ese mismo calor que le recordó a aquellos días en que siempre tenía fiebre cuando el colegio estaba a punto de empezar.

—¿Qué no te gustaría ser?

—Yo —le respondió.

A PESAR DE QUE Daniel sabía que había bebido demasiado, no veía por qué no tendría que haberlo hecho, pues tenía algo que celebrar. Por fin iba a saldar la deuda y a ser un hombre libre. Llevaría a Sarah y a los niños de vacaciones al extranjero en verano y disfrutarían bajo el sol sin hacer nada. Aquel pensamiento hizo que subiera las escaleras a toda prisa. Notó que el alcohol aumentaba la temperatura de su cuerpo y se imaginó tumbado en una hamaca tomando el sol con una cerveza en la mano mientras los niños se bañaban en el mar, se zambullían entre las olas, construían castillos de arena y jugaban a la pelota. Relajarse sin pensar en nada era algo que no había hecho desde hacía una eternidad. Tenía la sensación de haber estado muchos años con los hombros en tensión y los nervios a flor de piel.

Y por fin alguien le hizo una oferta. El nuevo agente inmobiliario lo llamó para comentarle que una pareja adinerada de Estocolmo les había ofrecido diez millones como precio inicial. Además, a esa pareja le apasionaban las granjas antiguas y no parecía importarles que se hubiera cometido un crimen allí. Incluso le aseguraron que transformarían todo el cobertizo en un bonito estudio, por lo que no podían ser mejores noticias. Estaba previsto que el contrato se firmase en los días siguientes, y ya habían entregado la señal, con la que él saldaría la primera parte de lo que debía y tranquilizaría al Ruso y a sus matones. También se había prometido que iba a dejar de jugar y que devolvería todo el dinero que había sacado de la cuenta de ahorros conjunta que su mujer y él tenían. Nunca más tendría que pasar vergüenza en aquel salón de juegos ni se humillaría delante del Ruso, al que detestaba y despreciaba.

A decir verdad, la relación con Sarah no iba bien desde hacía un tiempo, aunque en parte era él quien tenía la culpa, y reconocía que había estado ausente de su familia, pues no había cumplido su papel ni como marido ni como padre, pero pensó también que se debía al estrés. A pesar de todo, pronto le llegaría el dinero y podría devolver lo que le habían prestado.

Notó que le palpitaba el dedo roto. El alcohol no lograba mitigar aquel dolor y no dejaba de sentirlo. El doctor le recomendó que continuara con la escayola unas semanas más y a Sarah le dijo que había tenido un accidente en el trabajo y que se lo había hecho en casa de unos ancianos bajando las escaleras con un cofre pesado. Que había perdido el equilibrio y se había aplastado el dedo hasta el punto de fracturárselo. Su mujer se lo creyó y no volvió a preguntarle. Tal vez que aquellos matones irrumpieran en su casa le hizo abrir los ojos y ver todo lo que tenía y se arriesgaba a perder. Había sido un auténtico imbécil.

Decidió que esa noche se quedaría a dormir en su vieja habitación de la granja, puesto que aquella sería la última vez que tendría la oportunidad de hacerlo y, además, había quedado en verse con el agente de la inmobiliaria al día siguiente, por lo que no tenía mucho sentido volver a la ciudad. Todavía no podía conducir por el estado en el que se encontraba. El pub quedaba a unos cuantos kilómetros de distancia, pero sin duda ese obstáculo sería bueno para él, pues así se le pasaría la borrachera y no se levantaría con resaca por la mañana.

La luna reflejaba una luz pálida en el cielo de la noche. Se quedó pensando que su resplandor no irradiaba calor en abril, y le parecía que sucedía lo contrario cuando era verano.

«Maldita sea, qué frío hace.» Sacó las manos de los bolsillos y se las frotó, aunque no le sirvió de mucho. El vaho le salía de la boca al espirar el aire, y en ese momento recordó que cuando era pequeño le tenía miedo a la oscuridad y que no le gustaba estar solo por las noches.

Lo que sucedió a continuación supuso un problema mayor, pues tenía que evacuar y no le tentaba la idea de agacharse en el arcén sin papel a mano, pero no aguantaba más y era consciente de que no podría esperar a llegar a casa.

En ese momento, a unos metros de distancia, distinguió las casas y las granjas. «Ostras, es verdad.» Recordó que el museo al aire libre tenía una terraza que estaba justo en la carretera. Tal vez estuviera abierto, si es que la maldita suerte estaba de su parte por una vez. Hacía mucho que no pasaba por allí, la última vez todavía era un niño. Fue en esa época en la que aún se podían considerar una familia, pues en esos tiempos solían hacer cosas juntos. Sin embargo, ya no estaban ni sus padres ni Elias. Pensar en su hermano pequeño lo entristeció. Podrían habérselo pasado tan bien juntos... Al fin y al cabo, eran hermanos y Daniel sabía que Elias sentía admiración por él, era consciente de que lo había pasado fatal en el colegio y de que por aquel entonces necesitaba su ayuda. Cuando se enteró de la muerte de su hermano, lo azotó el remordimiento de conciencia y se preguntó por qué nunca estuvo ahí cuando lo necesitó. De haber sido así, quizá Elias nunca se habría visto obligado a irse a la otra punta del mundo y dejarlo todo atrás. Y tal vez estaría vivo aún. Eran hermanos, a pesar de todo, y los dos podrían haberlo pasado bien. Sin embargo, se desentendió de toda responsabilidad y no quiso cuidar de él como debería haber hecho. En lugar de eso, se dedicó a pasar de su hermano y de los problemas que sufría en el colegio, prefirió mirar para otro lado e ir a lo suyo, sin más. Y esa culpa lo acompañaría de por vida, igual que ese remordimiento de conciencia. Ahora tan solo quedaban Maria, Julia y él.

Llegó a la terraza del museo y se acercó a una puerta. Sintió un alivio enorme al comprobar que estaba abierta.

Justo al sentarse, oyó un ruido que venía de fuera y supuso que eran las ruedas de algún vehículo que pisaban la gravilla. Entonces se fijó en que la luz de los faros apuntaba directamente a la puerta y se filtraba a través de las grietas de la madera formando siluetas en la pared.

Las luces desaparecieron en cuanto se detuvo el motor del coche. Se oyó un portazo.

Le costó tragar saliva en ese momento. ¿Acaso otro conductor se había visto en la misma situación que él? ¿Y a esas horas? Palpó el teléfono móvil que llevaba en el bolsillo, era la una menos cuarto de la madrugada. De un viernes y en Bunge. No era del todo descabellado, pero, aun así... ¿Justo en ese momento? Notó que se le había secado la boca y, a pesar de que ya había terminado, permaneció inmóvil en la misma posición. No se atrevía a mover ni un músculo y decidió que mejor esperaría a que ese alguien se marchara.

Pero nadie entró en el baño de al lado. A decir verdad, era el de mujeres, y si aquella persona fuera un hombre... ¿Qué más daría, a esas horas intempestivas? Lo cierto es que se había bajado del coche y, al parecer, estaba esperando fuera. Tal vez fuesen los matones del Ruso, que se habían cansado de esperar el dinero y ya se les había agotado la paciencia. Un sudor frío le recorría la frente, sabía que había llegado la hora de pagarles y en ese lugar no lograría escapar de ellos.

El cuarto de baño era estrecho y hacía mucho frío dentro. Ni siquiera se atrevía a tirar del papel higiénico por temor a hacer ruido. Deseaba echar un vistazo, aunque fuera por alguna de las pequeñas grietas de la puerta, para alcanzar a ver quién andaba por allí. Aunque también podía tratarse de alguien que hubiera ido hasta allí por alguna otra razón, alguna persona que estuviese sacando a su perro o una pareja que hubiera aparcado el coche delante del museo para montárselo allí. Pensar en eso logró calmarlo. Tampoco había que dramatizar.

Se inclinó hacia adelante y levantó el pestillo de la puerta. Con cuidado, la empujó despacio y optó por dejarla un poco entreabierta. En ese mismo instante, una ráfaga de viento la azotó y dio

un portazo. Volvió a abrirse de repente mientras seguía allí sentado, helado de frío, con los calzoncillos bajados hasta las rodillas. A lo lejos pudo ver el coche aparcado. Buscó a tientas el rollo de papel higiénico, pues no quería que nadie lo viese en aquella embarazosa situación.

Entonces se percató del sonido de los pasos que se acercaban cada vez más y del humo de tabaco. No había nadie hablando ni tampoco se oían las risitas de dos tortolitos ni había ningún perro meneando el rabo. Quienquiera que estuviera merodeando junto al museo, y justo delante del baño, se había parado expresamente por él.

Decidió esperar un poco mientras permanecía inmóvil; no se atrevía a moverse. Se preguntó qué diantres estaba ocurriendo. ¿Quién sería aquel individuo, si no era uno de los matones del Ruso? Le acudieron a la mente la imagen fugaz de Sanna Widding y la de la mujer que encontraron en el pantano de Dämba.

De repente, una silueta oscura ocupó el umbral de la puerta. A Daniel Ramberg no le dio tiempo a pensar en otra cosa.

—Pero ¿qué diablos...?

Fueron las únicas palabras que emitió antes de que un intenso dolor le penetrase de repente en la sien y lo hiciera caer al suelo de lado, con el rostro mirando a la pared.

CUANDO DESPERTÓ, TODAVÍA no se habían asomado los primeros rayos del alba. Notó que la cama estaba dura y la manta fina y pequeña que lo cubría no lo resguardaba lo suficiente del frío de la noche. Entonces se sentó en la cama. Se había ido a dormir con la ropa puesta y se alegró por ello en ese mismo momento.

El resto seguía durmiendo. Compartía habitación con otros cuatro, dos franceses y un alemán. No sabía exactamente de dónde era el último que había conocido, pero el nombre sonaba islandés. Si eso era correcto, el islandés, que había llegado allí el día anterior, se presentó a los demás y luego se quedó en silencio dejando más que claro que no tenía ganas de hablar. Los otros llevaban cerca de una semana allí. Ya había entablado alguna que otra conversación con el alemán, que le había hablado de un camino que se deslizaba por una montaña y que solo los escaladores con mayor experiencia podrían atreverse a intentar. Elias prefirió no decir nada al respecto; tan solo los saludó, les dijo que era de Suecia y que procedía de la isla de Gotland. Tampoco sabía muy bien qué decir, así que optó por darles información básica sobre él para así poder mantener un nivel de conversación agradable sin que pareciera forzada.

Se había dejado crecer la barba, le picaba, e intentaba no rascarse todo el rato, pero le costaba.

Al cabo de un rato, se levantó. Ya había dejado lista su mochila el día anterior. Quería ver el sendero del que hablaba el alemán antes de que el resto se despertara.

En el exterior hacía bastante frío, las montañas se alzaban silenciosas a su alrededor y lucían sus formas encantadoras sobre el cielo azulado. Soplaba una brisa fresca y optó por abrocharse la chaqueta hasta el cuello. Alrededor de los hombros llevaba la cuerda de escalar que había amarrado y comprobado el día anterior, y dentro de la mochila estaban las botas y el resto del equipo necesario. Así pues, tomó una bocanada de aire y sintió que era la primera vez que lo azotaba esa sensación de libertad después de mucho tiempo.

Reinaba el silencio, tan solo se percibían los sonidos que él mismo hacía, los latidos del corazón y el pulso propio. Se acordó de la vida tan diferente que llevaba antes de llegar a aquel lugar. En cierto modo, resultaba imposible deshacerse de esa sensación de estar solo que lo azotaba con más fuerza cuando se encontraba rodeado de otras personas.

Quiso explicarle a Julia que necesitaba viajar para encontrarse a sí mismo, pero en el fondo pensaba que más bien se había perdido en el camino. Tal vez su cerebro estuviera aún en la antigua granja, atrapado en todas aquellas historias y personas de su vida. Quizá era justo allí donde podría descubrir quién era, pero pensar en ello lo entristeció de repente. Quería que su hermana estuviese con él en esos momentos, entre aquellos macizos montañosos, para que contemplara lo que él estaba viendo. Pero Julia estaba demasiado lejos.

La semana anterior se despertó con ataques de pánico todas las noches, aunque, por suerte, nadie se dio cuenta. Permaneció sentado en la cama durante horas contemplando la pared. La ansiedad lo obligaba a permanecer en la misma posición, como si estuviera muerto. A veces pensaba que, si lograba mirar fijamente a la pared el tiempo suficiente, sería capaz de atravesarla con los ojos y ver lo que había al otro lado.

Al principio se apoderaba de todo su cuerpo, primero de las puntas de los dedos y luego se extendía a los brazos. En el momento en que empezaba a notar que podía volver a moverlos era cuando sabía que la ansiedad comenzaba a desaparecer.

Alzó la mirada y observó un cóndor que planeaba en lo alto del cielo. Majestuoso, se movía en grandes círculos entre las montañas y se deslizaba hacia adelante con sus casi tres metros de envergadura.

El paisaje montañoso abrupto se cernía sobre él cuando los primeros rayos del sol empezaron a trepar despacio por la ladera de la cordillera.

Se puso de rodillas y observó el sendero de reajo. El alemán tenía razón; parecía una ruta difícil, aunque no tenía intención de avanzar mucho más, y debajo del barranco se apreciaba una neblina que cubría parcialmente la falda de las montañas.

Elias ató la cuerda superior en un perno y la aseguró. Notó que se le empezaban a dormir las puntas de los dedos. Se los frotó varias veces para mantener el calor, pero le fue imposible. El hormigueo continuó hacia arriba y llegó al brazo. Tiró de la cuerda con todas sus fuerzas y comprobó que estaba bien sujeta. Se puso el arnés de escalada, ajustó el asegurador que servía para frenar la cuerda y que además contaba con una tuerca octogonal y una perilla de bloqueo para estar completamente a salvo. Miró hacia abajo desde el acantilado y vislumbró en el suelo, a lo lejos, un rabión serpenteante. En la nuca, sintió que se le pusieron los vellos de punta cuando se detuvo a pensar en la impresionante altura a la que se encontraba y en lo lejos que estaba de la superficie terrestre. En ese momento, el cóndor se acercaba cada vez más y, al final, le pasó por encima rozándole la cabeza.

Había llegado a la cima.

ERA UN PRECIOSO sábado por la mañana. Birger Hedström alzó la vista entusiasmado al cielo azul; aquel iba a ser un buen día. A pesar de que el museo de Bunge no había abierto aún para la temporada, un grupo de jubilados de Hemse tenía una reserva para una visita privada a las once. Según había entendido, se trataba de personas con interés por la cultura, que habían asistido antes a un curso sobre casas y granjas de Gotland e incluía un viaje por toda la isla. Birger tenía ganas de comenzar la visita, pues siempre resultaba más divertido y apasionante contarles la historia de los edificios a principiantes, que solían hacer preguntas muy interesantes. Llevaba más de treinta años haciendo de guía turístico en el museo y conocía cada una de las casas por fuera y por dentro. Todas tenían más de cien años, y era uno de los mayores museos al aire libre del país; estaba orgulloso de compartir sus conocimientos.

Birger Hedström vivía en Fårösund y trabajaba como profesor de sueco en la escuela, pero le apasionaba guiar las visitas de los turistas en sus días libres. Por supuesto, el trabajo estaba remunerado, aunque no le importaba el dinero en sí. Le encantaba contar la historia de aquel lugar y, aunque le costara reconocerlo, era consciente de que también le gustaba ser el centro de atención y que todas las miradas se posaran en él. Ocurría lo mismo en clase. Jamás había tenido problemas de disciplina con los estudiantes, puesto que todos lo escuchaban cuando se ponía a explicar. Había una cierta autoridad asociada a él, un carisma lleno de energía, que hipnotizaba a todo el mundo a su alrededor, de tal forma que podía enmudecerlos a todos cuando abría la boca. Muchas veces pensaba que debería haber sido actor.

Esa mañana se levantó temprano y, como solía hacer, se tomó el café en la terraza de su casa con su mujer mientras disfrutaba del buen tiempo, leyó el periódico y encendió su programa de radio local favorito. Después se enfundó una camisa blanca, chaqueta y corbata; se vistió elegante para guardar las apariencias.

Antes de la visita debía ultimar algunos detalles y tenía que desbloquear todas las puertas; abriría las casas y granjas y se cercioraría de que hubiera papel higiénico en los servicios de la terraza. De todas formas, había estado allí el día anterior, por lo que la mayor parte del trabajo ya estaba hecha. Solo quedaba abrir el museo.

Diez minutos antes de la hora prevista, apareció el autobús en el aparcamiento, aunque Birger Hedström estaba listo de sobra. Saludó a la guía del grupo, que resultó ser una mujer elegante de sesenta y pocos años, y al conductor, al que ya conocía desde hacía muchos años. Fue contando los asistentes que bajaban del bus con el rostro entusiasmado; eran cuarenta en total. Cuantos más, mejor. Muchos lo saludaban y lo miraban con curiosidad, y Birger no dudaba que su mera presencia transmitía confianza y unas expectativas que, desde luego, se verían satisfechas.

Se ajustó la corbata con una mano y con la otra se acarició el pelo hacia atrás. Una señora se acercó a él y, con cuidado, lo tocó un par de veces con el dedo para llamar su atención.

—Disculpe, ¿dónde están los servicios?

—Están justo aquí detrás, aunque me temo que solo tenemos letrinas, pero se han mantenido en buenas condiciones durante muchos años.

—Ah, bueno, no pasa nada, eso no es un problema —balbuceó la señora y se dirigió al servicio a paso dudoso.

—¡La necesidad no conoce ley! —le gritó un señor mayor en un tono vivaz y le hizo un gesto

levantando el pulgar. El hombre llevaba una camisa azul marino con el cuello en forma de uve y una gorra de cuadros. Le lanzó una sonrisa a Birger. La señora ignoró el comentario y siguió su camino hacia los servicios. El guía se percató de que la mujer estaba de espaldas y tenía problemas con el pestillo, que parecía que se había quedado bloqueado, y no conseguía abrir la puerta. Se apresuró en ir en su ayuda. No entendía qué podía ocurrirle exactamente.

—No sé qué le pasa —exclamó alterada—. ¿No será que está ocupado?

—No, porque entonces veríamos que el pestillo está echado —explicó en un tono de voz amable—. Deje que lo compruebe un momento.

La señora se echó a un lado y optó por esperar atrás, en el césped. Birger Hedström se quedó mirando el pestillo, que nunca antes había dado problemas. Además, el día anterior no se había percatado de nada extraño. Se puso más cerca y, en ese momento, se fijó en que habían puesto un alambre enrollado en el cerrojo.

—Pero ¿qué diantres es esto? —exclamó.

¿Sería la trastada de unos niños? A punto de perder la paciencia, se puso a desenrollar el alambre. Miró el reloj y vio que ya eran las diez. La visita tenía que comenzar a esa hora y detestaba los retrasos, pues le descuadraban toda la visita. El sol apretaba con fuerza y empezó a notarse las gotas de sudor en la frente. Para colmo, se había vestido con la ropa inadecuada y estaba asándose de calor. A lo lejos observó por el rabillo del ojo que los jubilados estaban esperándolo en silencio junto al autobús y todos lo miraban fijamente. Uno del grupo comentó que ya debería haber empezado la visita y otro dejó caer en voz alta que quizá solo había una letrina que ver allí. La irritación se apoderó de él. Maldita señora que no podía aguantarse.

—Ay, lo siento mucho, pero de verdad que necesito entrar... —se disculpó nerviosa la mujer mayor, que también se había percatado de que el resto se impacientaba cada vez más.

Unos segundos después logró quitar el alambre y desbloqueó el pestillo.

—Bien, ya está. Ahora está abierto —le dijo a la señora y se ofreció para sostenerle la puerta como un caballero. En el momento en que quiso poner un pie dentro, la mujer soltó un grito de espanto que hizo que todo el grupo se girara de repente y clavara en ella la mirada. Se agarró al brazo de Birger con tanta fuerza que le hizo daño y provocó que él también se sobresaltara y se diera la vuelta para ver qué ocurría.

En la letrina había un hombre con los pantalones bajados hasta los tobillos. Pensó que no era mayor, más bien rondaría los cuarenta. Tenía el pelo corto, iba afeitado y bien vestido. La cara estaba totalmente pálida y tenía los ojos clavados hacia el frente. Su cuerpo estaba medio apoyado en la pared y un reguero fino de sangre le recorría el rostro y el cuello. No había duda de que aquel hombre estaba muerto. Birger se quedó paralizado al verlo y fue incapaz de producir una palabra. Tenía la impresión de que aquel hombre le sonaba de algo, pero no sabía de qué.

En ese mismo momento, descubrió que en la pared había un papel pegado que, de pronto, cayó al suelo. Se inclinó hacia delante y observó que había un texto escrito a mano. Leyó el título y no tardó en reconocerlo; era el poema «Las estrellas», de Karin Boye.

KNUTAS CRUZÓ EL pasillo a toda prisa para llegar a tiempo a la reunión del grupo de investigación de última hora tras el asesinato de Daniel Ramberg. Antes de entrar por la puerta de la sala de conferencias, Wittberg lo llamó y él se detuvo.

—Hay dos cosas que quiero que sepas antes de la reunión. Lo primero es que acabo de estar en casa de Georg Widding para volver a interrogarlo y me ha reconocido que fue él quien le dio la paliza al jefe de la inmobiliaria Wisby Mäkleri, Lennart Skoglund.

—Pues sí que se lo tomó en serio —dijo el comisario—. ¿Ha mencionado por qué lo hizo?

—Pensó que Lennart era el asesino de Sanna Widding por rechazarlo cuando se le declaró. Quizá Lennart se imaginó que también estaba interesada, y cuando se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, decidió quitarle la vida.

—¿Y qué lo llevó a pensar eso?

—Georg Widding cree que Lennart sabía que Sanna iba a echar un vistazo a la granja esa tarde y que la siguió para intentar hablar con ella. Pero acabó matándola allí con la pistola de bala cautiva en un momento de desesperación.

—Ah, pues esa es una teoría interesante —afirmó Knutas—. Hemos sacado dos pistolas de sacrificio de la granja y Julia Ramberg nos ha dicho que ni siquiera sabe cuántas podría haber allí, así que el agresor podría haberse llevado una del cobertizo.

—Ya lo he comprobado —constató Wittberg—. Lennart Skoglund solía pasar algunos veranos en una casa de campo con sus abuelos cuando era niño. Tenían vacas y caballos.

—Vaya por Dios... —dijo Knutas resentido—. ¿Qué más rastros tenemos?

—Esta mañana alguien entregó una chaqueta de hombre de la talla XL en el mercado de Bunge, en Fårösund. Un cliente la encontró en el suelo de un pequeño supermercado hace unos días. Como nadie había pasado a buscarla, una dependienta miró en los bolsillos por si encontraba algún objeto que pudiera identificar a su dueño y vio que dentro había una tarjeta de visita con el nombre de Sanna Widding. Con fotografía y todo.

Wittberg le mostró la bolsita en la que estaba la tarjeta de la agente de la inmobiliaria Wisby Mäkleri, que portaba la foto de Sanna Widding y los datos de contacto.

—¿Encontró algo más en la chaqueta?

—Sí, un paquete de cigarrillos Camel. Muchos estaban por la mitad; es decir, que dentro había colillas apagadas que el portador no había terminado de fumarse.

Knutas se quedó atónito al oír ese detalle, pues se acordó de que Isak también había hallado en la escena del crimen, junto al pantano de Dämba, un paquete de Camel que tenía cigarrillos consumidos hasta la mitad.

—Envía la chaqueta al Laboratorio Nacional de Ciencias Forenses de Linköping, de inmediato, y pídeles que le hagan un análisis de ADN. ¿Qué hay de las cámaras de seguridad? ¿La tienda tiene alguna?

—Por desgracia, no están operativas y llevan una semana sin funcionar.

—No importa. Encárgate de que venga a comisaría la dependienta de la tienda. Y busca a todos los trabajadores que hayan tenido turno esta semana.

—Eso está hecho. Por cierto, también ha venido Georg Widding.

El comisario se marchó a toda velocidad por el pasillo y fue el último en entrar a la reunión.

Estaba ansioso por empezar y esperaba que por fin estuvieran bien encaminados. Sohlman comenzó contando lo que se habían encontrado en el museo de Bunge, donde había aparecido el cuerpo de Daniel Ramberg. Mientras tanto, el agente de la científica pasaba las imágenes en la pantalla.

El cadáver de Ramberg no presentaba lesiones graves como los otros dos. Sin embargo, verlo en aquella letrina estrecha con los pantalones bajados y la cabeza ensangrentada por un disparo resultaba bastante macabro.

—El asesinato se produjo ayer, de madrugada, entre la una y las dos. Hemos observado que el cuerpo ya había entrado en la fase de *rigor mortis*, aunque aún no se había desarrollado por completo. La causa de la muerte ha sido un disparo en la sien.

Sohlman señaló la cabeza de Daniel, desde donde le chorreaba la sangre que le había manchado todo el rostro y el cuello. Después continuó:

—No presenta otras heridas y, al parecer, lo sorprendieron tal cual cuando estaba dentro de la letrina. Ni siquiera tuvo tiempo para defenderse del agresor. Todo apunta a que le disparó con el mismo tipo de arma, tal y como hizo con las otras víctimas.

—Eso es terrible... —murmuró Kihlgård sacudiéndose los hombros al mismo tiempo—. Pero ¿quién haría una cosa así en mitad de la noche?

—Por lo que sabemos, salió a un pub de Bunge esa misma noche y bebió demasiado, hasta el punto de emborracharse, por lo que decidió dejar el coche aparcado y caminar hasta la granja donde vive todavía su hermana Julia —explicó Knutas—. Habían acordado que Daniel durmiera esa noche allí, ya que al día siguiente habían quedado con otro agente de la inmobiliaria. Al parecer, tuvo una emergencia de camino allí. Ya hemos localizado a los clientes de ese pub para traerlos a prestar declaración.

—Bueno, pues ya tenemos tres casos sin resolver —intervino el responsable de prensa, Lars Norrby—. Ahora la pregunta es de qué demonios va todo esto.

—Lo cierto es que Daniel tenía muchas deudas que pagar por su vicio con el juego. Puede que eso tenga algo que ver —añadió Wittberg.

—Tenemos que hablar con los contactos que tenía en ese salón de juegos; sabemos que debía enormes cantidades de dinero y ya había recibido amenazas en su domicilio —afirmó Knutas—. Los tíos esos a los que les debía dinero no se andan con chiquitas, son de la mafia y toman decisiones drásticas cuando se trata de recaudar lo que se les debe.

—De todas formas, quitarle la vida a un deudor no es que resulte precisamente inteligente —juzgó Norrby sentencioso—. Pierden la garantía de volver a ver el dinero.

—Sinceramente, no creo que la muerte de Daniel Ramberg esté relacionada con las deudas que tenía —objetó Karin—. Tenemos otras dos víctimas. Todo parece señalar que los crímenes giran alrededor de la granja. Es decir, la clave está en la persona o personas que tienen alguna conexión con esa propiedad, y con esto me refiero a la familia Ramberg. El presunto asesino debe de estar dentro de su círculo, al menos eso es lo que intuyo.

—Bueno, ahora pasaremos a comentar el poema encontrado en la letrina —intervino Sohlman mientras repartía las copias entre los miembros del equipo. El silencio se apoderó de la sala cuando comenzaron a leerlo:

Ya se terminó. Ahora me toca despertar.
El tormento se acabó y me puedo marchar.
Cuando ya no hay nada que esperar,

y ya no hay nada que soportar.

Oro que relucía ayer, hojas secas que hoy recoges.
Mañana no quedará nada de lo que ves.
Pero las estrellas lucirán en silencio como antaño
esta noche en el cielo estés donde estés.

Hoy he decidido entregarme,
pues no quedan migas en las que despedazarme.
Decidme, estrellas, ¿acogeríais
a un alma terrenal que nadie sabe apreciar?

En vosotras hallo una absoluta libertad
a lo lejos, en la tranquila eternidad.
Nunca habrá visto un firmamento sin dueño
pues os regaló sus triunfos y sueños.

—Podría interpretarse como el punto final de esta historia. Da la impresión de que Daniel es la última víctima —comentó Kihlgård en voz alta.

—Dios mío —murmuró Norrby—. Los medios de comunicación ya le han puesto un mote al presunto agresor. Lo llaman El Poeta Asesino.

—Hay otra cosa más —comentó Knutas—. Georg Widding ha reconocido que agredió a Lennart Skoglund, y además nos ha llegado la noticia del hallazgo de una chaqueta en el mercado de Bunge.

—Si es la chaqueta del agresor, quiere decir que vive cerca de ahí —objetó Kihlgård—. El primer asesinato se produjo en una granja de Bunge y el cuerpo se encontró en el pantano de Bästeträsk, a pocos kilómetros de distancia. A la segunda víctima la asesinaron en Dämba, que se encuentra en la isla de al lado. Y ahora, la tercera víctima se encuentra en el museo de Bunge y aparece una chaqueta en un supermercado de Fårösund.

—Tampoco podemos estar seguros de que viva en esa zona solo porque haya actuado en ese lugar —argumentó el fiscal Smittenberg—. Además, aún no tenemos la certeza de que la chaqueta pertenezca al agresor. Puede que haya más de una persona que tenga la tarjeta de visita de Sanna Widding. No olvidemos que era agente inmobiliaria...

—Pero no todo el mundo fuma Camel y se deja los cigarrillos a la mitad en el paquete —señaló Knutas—. Descubrimos un paquete de tabaco junto al pantano de Dämba y era igual que el que había en la chaqueta.

—Es verdad, en eso tienes razón —lo apremió el fiscal—. ¿Y Georg Widding va a volver a prestar declaración, entonces?

—Así es, ya está aquí —afirmó Anders—. No sabemos de qué va todo esto, pero estamos seguros de que hay que seguir buscando entre personas que hayan tratado con animales de gran tamaño y que sepan utilizar una pistola de bala cautiva. Hay que investigar las inmediaciones. De todas las pistas con las que contamos, la más importante apunta a que tenemos muy cerca al presunto asesino, y por eso ha actuado así con la víctima del pantano de Dämba y la ha dejado irreconocible. Es evidente que las otras dos tienen conexión con la granja de Gaustäde, por lo que es posible que los motivos estén relacionados con la familia Ramberg y la venta de la

propiedad. Deberíamos interrogar también a los más allegados y conocidos de la familia, o a cualquiera que haya estado en contacto con ellos.

—¿Tenemos constancia de que Elias sepa, bueno, supiera utilizar un arma para matanzas? — quiso saber Karin.

—Según Julia, Elias conocía el funcionamiento —respondió Knutas—. No es por exagerar, pero, por ahora, podríamos decir que él es quien más se acerca a nuestros indicios, a pesar de las declaraciones de Widding al reconocer la agresión. Claro está, suponiendo que siga vivo...

Un mes antes

CUANDO LLEGÓ A la ciudad diez años atrás, las calles estaban llenas de polvo y había gente por todas partes. Pensó que podía percibir muchos sonidos: gente que reía, hablaba y conversaba a voces. Los coches pasaban y pitaban para saludar a alguien, paraban y dejaban subir y bajar a todo tipo de personas. Se sentía un extraño en aquel lugar; sin embargo, era allí donde se había encontrado a sí mismo, donde vivía y se sentía vivo. Un sitio que él mismo había elegido. Se había mudado a un país que no entendía y que tampoco lo comprendía a él. Se percataba de las miradas sospechosas que se fijaban en él al pasar, pues no parecía un turista normal y corriente ni tampoco un autóctono, con aquel cabello rubio y largo y con una barba prominente que se había dejado crecer. Sobre todo, con la enorme mochila que llevaba a la espalda cuando llegó a la ciudad y con aquellas botas de montaña y camisa de color caqui que le llegaba a las rodillas. Tenía las manos llenas de heridas, parcialmente cubiertas con vendas sucias que a su vez usaba para disimular las lesiones provocadas por el fatídico accidente que sufrió mientras hacía escalada.

No le llevó mucho tiempo aprender el idioma y apenas tardó en empezar a hablarlo con soltura. En todos esos años había hecho bastantes amigos, pero sobre todo eran las montañas la principal razón por la que había viajado hasta allí, con las que quería familiarizarse. No con el resto de la gente. No con Rosa, aquella mujer de ojos marrones que lucía un cabello largo y oscuro y que tenía una voz vibrante además de una risa fuerte y sonora.

Decidió quedarse en Valparaíso. Encontró trabajo en un bar en el que ponía bebidas y las mezclaba, servía cervezas, limpiaba las mesas y recogía los platos. Un día ella fue allí con sus amigas y se sentaron a una mesa. Pidieron tequila y, entre conversaciones y bromas, una de ellas le regaló una sonrisa a Elías. Nunca había visto una mujer tan hermosa. Tenía una piel olivácea, los dientes le brillaban como perlas y el cabello negro le llegaba a la cintura. Los rizos le recordaron a la lana de oveja de Gotland. Tenía la sensación de que le hubiese caído un rayo. La chica estudiaba en la universidad y vivía cerca de allí. Al día siguiente, volvió a pasar por el bar, aunque esa vez fue sola. Y así fue como comenzaron una relación. Rosa era cariñosa y cálida, lo besaba, lo abrazaba y le había dicho que era suya, solo suya. Y, desde luego, llegó a serlo. Pasó un tiempo y se fueron a vivir juntos a un apartamento pequeño de dos habitaciones, que estaba situado junto al mar; por primera vez en su vida sentía que era realmente feliz.

UN DÍA ENTRÓ en el cibercafé al que solía ir, pues le gustaba estar al tanto de lo que sucedía en el mundo, sobre todo en Gotland. Leía noticias de la isla que una vez fue su hogar y a menudo tenía que reconocer que aquellos textos le provocaban una sensación de paz interior y pertenencia. Echaba de menos la naturaleza de su país, la tranquilidad, el silencio, la hermosa luz. Pero, por encima de todo, extrañaba a Julia.

Se sentó delante de un ordenador libre y empezó a leer algunos periódicos en internet. Desplazaba el cursor para ver las páginas y pinchaba en algunas de las noticias que le interesaban.

Llevaba diez minutos pegado a la pantalla cuando de pronto algo le llamó la atención. Una de las granjas mejor conservadas de Gotland estaba en venta. Hizo clic en el artículo que hablaba de

la singularidad histórica del lugar y se encontró con la foto de la casa de su infancia, la misma que había pertenecido a la familia durante generaciones y que ahora, por primera vez, se había puesto a la venta. En ese momento notó que se le secaba la boca y, cuando siguió leyendo, notó una fuerte presión en el pecho. En el artículo contaban que su padre había fallecido en paz y en casa tras una larga enfermedad. Continuó leyendo el artículo y comprendió entre líneas que existía un desacuerdo con respecto a la venta. También se mencionaba el hecho de que, si apareciese un comprador, Julia tendría que dejar su oficio como pastora y marcharse para siempre de la granja que siempre había sido su hogar. «Eso no puede ser lo que mi hermana desea», pensó Elias.

Debajo de la noticia había una foto de los cuatro hermanos. De él decían que había muerto hacía diez años en un accidente escalando una montaña en Chile.

Elias se acomodó en el respaldo de la silla y trató de ordenar los pensamientos. Apenas podía respirar. De repente, se levantó y salió corriendo. Como de costumbre, las calles estaban cubiertas por una especie de polvo amarillo, los coches pasaban de un lado a otro; sin embargo, todo le parecía distinto. De pronto, no reconocía aquel lugar ni sabía quién era. Se detuvo en mitad de la calle, trató de concentrarse mientras intentaba controlar la respiración acelerada. Un coche frenó en seco y se paró justo a su lado; en ese momento un hombre sacó la cabeza y le soltó algo a voces a la vez que hacía aspavientos con los brazos. Elias no logró entender lo que quería decir, tan solo oía palabras que no tenían ningún significado.

De alguna manera, consiguió llegar a su apartamento. Estaba en *shock*, era incapaz de pensar con claridad. Su padre estaba muerto y la granja iba a venderse. Y nunca más podría volver allí.

CUANDO ROSA LLEGÓ a casa por la noche, sintió que tenía que contárselo todo. La agarró de las manos y le explicó que tenía que volver a Suecia. Entre lágrimas, ella le suplicó que no se marchara, que se quedara con ella, pues no lograba entender para qué tenía que volver allí. Entonces le confesó que llevaba un hijo suyo dentro, que algo en su vientre estaba creciendo, algo que le pertenecía también a él, y él le prometió que pronto regresaría.

No se apartó de sus brazos en toda la noche, los dos durmieron abrazados. Elias notó el calor de su piel pegada a la suya y su respiración como una caricia en el rostro.

Rosa dormía mientras él se puso a hacer la maleta. Después, la tapó con una manta para que no tuviera frío y se marchó del apartamento antes de que amaneciera.

MARIA RAMBERG SE agarró tan fuerte al volante que le hormigueaban los dedos. Trataba de no perder de vista la carretera y mantenerse concentrada, a pesar de que a esa velocidad no viera el asfalto debajo del vehículo y le diera la sensación de que los árboles parpadearan. Todo a su paso se había convertido en una mera mancha de colores que se extendía en su campo visual. Se quedó mirando un punto de la carretera mientras conducía sin ser capaz de apreciar el verdor primaveral de los árboles que habían empezado a brotar. No era consciente de la frescura de los colores ni de la hierba que ya asomaba después de las fuertes tormentas de nieve del invierno, ni tampoco del agua que fluía con libertad entre los surcos de la tierra. No veía nada que proviniese del exterior, nada que pudiera hacer que se detuviera y aparcara el vehículo para liberarse del llanto que se había apoderado de ella.

Soltó el volante con una mano para limpiar una lágrima que le brotaba de la comisura del párpado; la tristeza y la desesperación no cesaban de azotarla y por mucho que quisiera reprimir sus sentimientos no lograba evadirse de ellos. La situación había llegado demasiado lejos y tenía que irse de allí. Debía ponerle un final. Tan solo le quedaba un camino al que aferrarse. «Somos una familia», pensó. Aquel hecho significaría algo en sus vidas.

Cerró los ojos un momento y se secó el resto de las lágrimas con la manga de la chaqueta. Estaba a punto de perder el control del coche y las piedrecitas de la carretera salían disparadas al arcén cuando entraban en contacto con las ruedas. De repente, le dio un giro brusco al volante, el coche se salió de la vía y acabó en el borde de la calzada. Se golpeó la frente con el volante, la puerta se abrió y el bolso salió volando del asiento. Se quedó inmóvil durante unos segundos y notó que se había lesionado al tratar de bajar del asiento con la pierna que no cesaba de temblar. La parte delantera del coche estaba abollada, aunque en la luna no se apreciaba ni un solo rasguño. Tal vez el golpe no había sido tan fuerte, a pesar de que lo había notado así en todo el cuerpo.

Maria se quedó conmocionada y estaba llena de magulladuras. La sangre le brotaba de la herida que tenía en la frente y, en ese mismo instante, distinguió el granero de la granja, por lo que tan solo estaba a unos cien metros de distancia.

—¡Maldita sea! —exclamó y le dio una patada al parachoques. Agarró el bolso y volvió a tropezarse en la carretera, pero siguió el trecho a pie, a duras penas, con las piernas temblorosas.

JULIA SE HABÍA montado en la báscula del camión y agarró la manivela para soltar el último rollo de heno que había dentro. No podía dejar de darle vueltas al mensaje que había recibido. Daniel. Asesinado. «Estaba endeudado por culpa de su ludopatía», fue lo que le dijo la policía. Pero, desde luego, no tenía ningún sentido.

Entonces saltó del camión y se dirigió al conductor.

—¿Estás segura de que no quieres que te ayude a cargarlos? —le preguntó el conductor que estaba en la cabina con el brazo apoyado en la ventanilla bajada.

—Segurísima.

El hombre se encogió de hombros y arrancó el motor. En ese momento, antes de que metiera la marcha para salir de la granja, volvió a girarse hacia ella.

—¿Esa que viene por ahí no es tu hermana?

Julia alcanzó a ver a Maria sentada al lado de la carretera, en el viejo taburete que utilizaban para ordeñar, y se fijó en que estaba mirándolos. Le pegó un par de puñetazos al camión de pura impotencia.

—Venga, ya puedes largarte si quieres, que estás muy preguntón. Seguro que tienes a otros clientes esperándote.

Antes de arrancar el vehículo y salir de la granja, el joven que estaba detrás del volante dijo algo que ella no logró entender. Al pasar junto a Maria, tocó el claxon, pero ella no reaccionó.

Julia dejó los rollos de heno en el suelo y fue corriendo hasta donde se encontraba su hermana.

Recordó la última vez que la vio en ese estado tan apático, incomprendida por todos y sumida en su propio mundo. Se acordó de aquel nombre. Jesper, un danés al que había conocido y con el que estuvo viviendo varios años. Estaba enamorada de él hasta las trancas, aunque eso fue antes de conocer a Tommy, el hombre con quien se casó y tuvo hijos. Un día, Jesper recogió todas sus cosas sin avisar y regresó a Dinamarca, y cuando Maria volvió a casa después del trabajo, se encontró el apartamento sin sus pertenencias, solo con las de ella. Julia reconoció la mirada que tenía en ese momento; era la misma de aquella vez. Los mismos ojos repletos de vacío.

Mientras caminaba hacia Maria, un corderito recién nacido cruzó correteando el jardín. Al parecer, había logrado salir por sus propios medios y lo tomó en brazos. Pensó en el agujero de la valla que tenía que arreglar; no podía esperar más.

De pronto, algo en el interior de Maria estalló, la azotaron los recuerdos de su infancia, el día que vio, desde aquella silla de ordeñar, a su hermana menor, que se acercaba con un corderito en brazos. Las lágrimas comenzaron a recorrerle las mejillas y Julia pudo ver que Maria tenía la frente ensangrentada. En ese momento, soltó el cordero, que se marchó de allí trotando y balando, e inmediatamente se percató de que algo grave había pasado.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó preocupada.

Abrazó a su hermana con toda sus fuerzas y le acarició la espalda con la intención de consolarla. Le hizo un gesto para que no se moviera de allí y se sentó a su lado.

—Llegué del trabajo... —baluceó—. Tommy estaba en casa tirado en el sofá sin haber hecho nada en todo el día y se había emborrachado otra vez. Miré a la mesa y me fijé en que se había bebido media botella de whisky. Justo hoy, como si no tuviera ya suficiente.

—No te habrá pegado, ¿verdad? —exclamó Julia con los ojos clavados en la herida que su hermana tenía en la frente.

—No, nunca me ha puesto la mano encima. Fui yo la que le pegó y su respuesta fue mandarme al infierno y decirme que quería el divorcio. Ya no quiero seguir con él, quiero dejarlo desde hace tiempo.

—¿Dónde están los niños? —le preguntó Julia.

—Están en casa de los abuelos. Es que discutíamos últimamente por todo y la noche antes de que Daniel...

La voz se le quebró y Julia la rodeó con los brazos, como si tuviera la intención de protegerla de algo que pudiera caerle encima, algo pesado e incontrolable de lo que su hermana fuera a ser incapaz de defenderse.

—¿Qué has pensado hacer?

Ella alzó la vista. Tenía el rostro empapado de lágrimas, la nariz húmeda y los ojos irritados y enrojecidos.

—He estado meditando en lo que me dijiste antes. ¿Estás segura de que no te importa que me

venga a vivir contigo una temporada? Los niños y yo. No quiero volver con él. Llevo un tiempo pensando en que tengo que dejarlo. La situación es insoportable y es imposible que funcione. Y los niños... no puedo obligarlos a que soporten más discusiones, no tienen por qué pasar por eso. Solo tienen ocho y diez años, necesitan estar tranquilos y disfrutar de una vida estable. Y yo también, claro. Ya no aguanto más.

—Por supuesto —asintió Julia—. Esta casa es tanto tuya como mía. Puedes mudarte hoy mismo.

—Por eso tenía tanta prisa en que la granja se vendiera —reconoció María—. De lo contrario, no podría permitirme el divorcio, ni seguir viviendo en esa casa con los niños, pues mi salario mediocre apenas me daría para pagarme un piso pequeño y barato. Con el dinero que sacáramos de la venta podría empezar una vida nueva, ¿sabes?

—Ahora podrás hacerlo de todas formas —la consoló Julia mientras le daba un abrazo.

—Pues ya no hace falta que siga en venta. Viviremos aquí las dos y juntas nos las apañaremos. ¿Te parece bien que vayamos a recoger tus cosas ahora?

María le dio otro abrazo a su hermana

—Te lo agradezco. A partir de ahora nos tendremos la una a la otra.

KARIN ESTABA SENTADA en el escritorio de su habitación con los tres poemas delante y las postales que Julia, en teoría, había recibido de Elias, el hermano pequeño a quien se daba por muerto. Le había pedido a Wittberg que averiguara todo lo posible sobre su estancia en Chile y se puso a cavilar en cuáles podrían haber sido los motivos para llevar a cabo tres crímenes, si es que él había sido el agresor. Si estuviera vivo y se hubiera quedado en Chile todos estos años, ¿para qué querría volver ahora a Gotland? ¿Y quién era la mujer desconocida que habían hallado en Dämba? Todavía era un misterio que la policía tendría que resolver. Aunque era fin de semana, todos se habían puesto a trabajar de forma frenética en el caso para intentar recopilar toda información posible acerca de Elias Ramberg. De repente, un toque a la puerta interrumpió sus pensamientos y Knutas se asomó antes de entrar.

—¿Molesto?

—No, pasa.

El comisario le entregó un trozo de papel en el que había algo escrito a mano. Observó que la caligrafía era hermosa y la reconoció enseguida. El texto decía así:

Hola,

Siento haberme llevado la bicicleta, solo la he tomado prestada por un tiempo. La devolveré pronto.

Un cordial saludo,

Un visitante casual

—¿Elias? —se preguntó y miró a Knutas.

—Eso creemos. Hemos comparado esta caligrafía con la de las postales que le envió a Julia y coincide a la perfección. Compruébalo tú.

Karin sacó una postal y la puso al lado del trozo de papel para verificar letra por letra. Eran exactamente iguales.

—Desde luego, no tiene intención de ocultar su rastro. Me había esperado más del agresor, en el caso de que sea él —murmuró Karin.

—También podría haber montado todo esto para despistarnos —sugirió Anders.

—Pero ¿por qué? ¿Y a quién le ha escrito esto?

—Me lo ha dado una familia que vive en Fårösund. Estaban de viaje y al llegar a casa encontraron este trozo de papel junto al porche donde guardan las bicicletas. Ayer se percataron de que la bici del padre no estaba y, al parecer, solo la ha tomado prestada. Hemos hablado con un testigo que dice haber visto a un hombre solitario con una bicicleta acampando de manera ilegal cerca de la costa, al norte de Bläse. Hay un querellante patológico que vive en la zona y siempre va a denunciar si ve a alguien acampando por allí, porque está prohibido por ley.

—¿Bläse? —se extrañó y miró a su compañero—. Pero si está muy cerca del pantano de Bäste, de Bunge y de Dämba. Pues si ha sido él, está deseando que lo pillemos.

VARIAS PATRULLAS SE dirigieron urgentemente a Bläse, situado en el punto más al noroeste de Gotland. Karin conducía uno de los vehículos y Knutas iba de copiloto. De camino al lugar, llamó a Bengt Eriksson. El hombre que había puesto la denuncia vivía en un pueblo cerca de allí llamado Fleringe. Contestó la llamada al instante. El comisario se presentó y le pidió que le contara exactamente lo que había visto.

—Suelo pasear por la costa para avistar pájaros de vez en cuando. Siempre me ha apasionado la ornitología y las aves de mayor tamaño son las que más me atraen, sobre todo los alcatraces. ¿Sabía que tienen dos metros de envergadura?

—Mire, Bengt, la verdad es que no sé las diferencias que hay entre un alcazaz y una gaviota —contestó Knutas al borde de perder la paciencia—. Lo que me interesa es que nos cuente qué fue lo que vio allí, y con eso no me refiero a qué tipo de aves, y mucho menos al tamaño que tienen.

—De acuerdo, entiendo. De todas formas, estamos en primavera y esta época es clave para el apareamiento de las aves, por lo que no se las debe molestar bajo ningún concepto, y me saca de quicio la gente que va allí a acampar y no respeta la señal de prohibición. Esta mañana decidí salir a dar un paseo por la zona y al llegar me fijé en que algún mentecato había instalado su tienda de campaña.

—¿A qué hora llegó? —le preguntó Knutas.

—Serían poco más de las nueve.

—¿Qué hizo entonces?

—Pues me acerqué a la tienda de campaña y pregunté en voz alta, pero nadie me respondió. Era una pequeña, de dos plazas, aunque me pareció que no había nadie dentro. Tampoco vi ningún vehículo cerca, solo había una bicicleta aparcada junto a la tienda.

—¿Recuerda de qué marca era?

—No, no me acuerdo. Solo sé que era una bicicleta de montaña de color negro.

El comisario frunció el ceño; coincidía con la descripción que les había dado la familia de Fårösund.

—¿Notó algún otro detalle?

—Había un hornillo pequeño fuera y un mantel. Aparte de eso, no vi nada más.

—¿Y dónde está ese sitio exactamente?

—Es difícil indicarlo, pues se encuentra en una zona que es bastante inaccesible. Si no les corre mucha prisa, ¿les importaría recogerme de camino y así se lo muestro? Lo siento, pero es que mi mujer necesita el coche hoy.

—Claro, pasamos a buscarlo —afirmó Knutas—. ¿Vio a la persona que ha acampado allí, entonces?

—Sí, sí. Estuve un buen rato merodeando por la zona y mientras tanto me puse a observar a los pájaros hasta que apareció el campista. Al cabo de un par de horas, lo vi caminando de vuelta por la playa.

—¿Habló con él?

—Sí, le dije que está prohibido acampar tan cerca de una zona de aves protegida y le ordené que desplazara la tienda de campaña hacia el interior.

—¿Y cuál fue su reacción?

—Al principio se le veía un poco confuso, aunque me pareció que se había quedado sorprendido de que pudiera molestar a alguien allí, pues se trata de un lugar solitario y está realmente aislado. Pero se comportó como una persona razonable y dijo que lo movería todo enseguida.

—¿Qué aspecto tenía?

—Diría que era más bien joven, de unos treinta años. Tenía el pelo rubio y rizado, y lo llevaba recogido en una coleta. En cuanto a su complexión física, era alto y delgado. Además, llevaba barba y gafas. Pude apreciar que tenía la piel quemada por el sol, como recién llegado de unas vacaciones en el extranjero. Era uno de esos tipos apuestos musculosos y fibrados. Parecía el típico ciclista.

—O escalador —sugirió Karin.

Bengt Eriksson soltó una carcajada.

—Sí, quién sabe.

—¿Cómo iba vestido? —quiso saber Knutas.

—Llevaba unos pantalones de color caqui y un jersey ancho de punto, además de buen calzado, algo parecido a unas botas de montaña. Si no recuerdo mal, el jersey era de color azul.

—¿Se fijó en si era de Gotland?

—No estoy seguro, si le soy sincero. Tenía una especie de acento de Gotland, pero también le noté otro distinto que no sabría decir de dónde es. No sonaba al típico acento de Estocolmo, sino más bien a la forma de hablar que alguien de aquí acaba teniendo después de estar muchos años en la península.

—¿Qué ocurrió después de aquella conversación?

—El joven se metió en su tienda y entonces me marché. Tampoco quería dar la impresión de estar presionándolo. Confíe en que iba a moverse de sitio, tal y como había afirmado.

—¿Y después se montó en el coche y se fue de allí? ¿A qué hora?

—Creo que serían las doce.

—Perfecto, gracias. Nada más por ahora. Lo aviso cuando estemos llegando a Bläse.

Knutas hizo otra llamada para dar el aviso a sus compañeros de que estuvieran atentos en caso de que vieran al hombre que al parecer era Elias Ramberg. Existía la posibilidad de que anduviera con la bici por la carretera. Anders notó que se le aceleraba el pulso, pues estaban acercándose cada vez más al autor del crimen que había burlado a la policía todo ese tiempo.

A la altura de Rute, tomaron la salida hacia Fleringe y Bläse, y continuaron por un camino que se adentraba en un paisaje árido y desolador. Un poco antes de Bläse destacaba la presencia de algunas casas aisladas junto a la carretera. Delante de un caserío labrado en piedra caliza y en buen estado de conservación, apareció un hombre haciendo aspavientos con las manos. Karin redujo la velocidad y Bengt Eriksson se acomodó en el asiento trasero. El señor era algo mayor, llevaba puesta una chaqueta cortavientos y en los pies calzaba unas botas de goma. Tenía el rostro curtido por el viento y lucía una tez sana, por lo que uno podía intuir que pasaba mucho tiempo fuera de casa.

—Buenas, pues aquí estoy. Soy Bengt, mucho gusto.

Los dos policías se presentaron y le devolvieron el saludo.

—Me alegro mucho de que se hayan tomado en serio la denuncia que puse. Bläse está justo a unos metros. Solo hay que seguir recto —dijo señalando al frente con la mano llena de arrugas.

Continuaron por la carretera que bordeaba el litoral y desde la cual se divisaba el mar, que parecía de purpurina. Cuando llegaron a Bläse, giraron en un cruce y se adentraron en un sendero

más pequeño y lleno de baches. El coche empezó a dar vaivenes y se oían los golpes en el chasis cada vez que Karin pasaba por encima de algún hoyo profundo o de alguna piedra grande en mitad del camino.

—Yo que usted iría más despacio —le aconsejó Bengt con una sonrisa nerviosa mientras se inclinaba hacia adelante y se apoyaba en el respaldo delantero.

Karin le lanzó una mirada fugaz a Knutas y este negó con la cabeza.

—No hay tiempo que perder —dijo el comisario siendo breve.

El paisaje que tenía delante de sus ojos era árido, la vegetación era escasa, apenas unos árboles y arbustos dispersos. Continuaron por una zona boscosa hasta llegar a la orilla del mar donde la brisa era más fresca y las olas rompían. Cientos de aves aleteaban sobre las crestas de las olas del mar y emitían graznidos constantes.

—Ya no se puede continuar. Debemos pararnos aquí —los alertó Eriksson y señaló con la mirada a los pájaros que planeaban sobre el mar.

Soltó un suspiro de alivio cuando Karin apagó el motor para detener el vehículo.

Montañas y acantilados rodeaban la pequeña franja de playa que prácticamente conformaban las piedras y las algas que el mar había arrastrado hasta la orilla.

—Como pueden ver, ya ha quitado la tienda de campaña y ha recogido sus cosas —comprobó Bengt satisfecho—. Hay que reconocer que no todo el mundo hace eso, a pesar de que se les haya llamado la atención. Por eso aviso a la policía, aunque tampoco me hagan caso a veces. Si les soy sincero, me extraña para bien que hayan actuado tan rápido esta vez.

—¿Dónde habría acampado si hubiera querido poner una tienda por aquí? —le preguntó Karin.

—Probablemente lo habría hecho a una altura considerable del suelo, donde se concentre un poco más de vegetación, para así resguardarme mejor del viento.

Decidieron seguir a Bengt, que se giró hacia el lado contrario del mar, emprendió la marcha a un ritmo acelerado y se dirigió a una zona boscosa, cubierta por matorrales con ramas dobladas y ladeadas por el viento.

En cuanto se adentraron en la maleza, el silencio se volvió cada vez más denso. Continuaron por un sendero desde el que se oían los rugidos del mar al fondo. De repente, Bengt se detuvo en seco.

—¡Vaya! Si hubiera querido acampar, lo habría hecho justo ahí —exclamó señalando la tienda de campaña que había instalada en un pequeño claro del bosque.

Los dos policías se detuvieron en medio de los árboles y se miraron. Descubrieron a lo lejos la tienda de campaña, una hoguera encendida y una cuerda atada a dos pinos en la que había ropa tendida. En ese momento, sacaron las pistolas.

—Pero ¿qué diablos...? —prorrumpió Bengt Eriksson asustado. Knutas le hizo un gesto con el dedo índice para que permaneciera en silencio y le indicó con la mano que se mantuviera un poco alejado. Se acercaron sigilosos al emplazamiento donde aquel individuo había acampado. Karin trató de comunicar con señas que tal vez estuviera dentro de la tienda y su compañero asintió con un gesto de aprobación. Desorientados por la maleza del bosque, se pusieron a dar vueltas alrededor del lugar con las armas preparadas en las manos y la mirada fija en la tienda de campaña, que estaba cerrada con un pequeño toldo, rodeados por el bosque, el campamento y el sendero que bajaba al mar. Con cuidado, Karin se puso en cuclillas en la parte delantera, bajó la cremallera con una mano mientras con la otra sujetaba el arma que apuntaba a la tienda de campaña. Rápidamente levantó la tela hacia arriba. Knutas se quedó algo más tranquilo al ver que

no había nadie dentro y se dio la vuelta para asegurarse de que Elias no iba a aparecer por detrás en cualquier momento.

—Bengt, escóndase —le aconsejó Knutas—. Métase en el coche y espérenos allí.

Se puso de rodillas sin apartar la vista de los árboles. Elias pudo haberlos oído o visto cuando llegaron y tal vez se había largado. Se fijaron en que en la tienda había una mochila, un montón de ropa y objetos personales, como un cuaderno de dibujo, una linterna, algunos libros y periódicos y una bolsa de deporte, que Karin le entregó a Anders.

—Comprueba qué hay dentro, yo me ocupo del resto.

Knutas dejó la bolsa de deporte en el suelo delante de la tienda de campaña y la examinó. En el interior solo había más ropa, otro bloc de dibujo, diferentes estuches con todo tipo de lápices y más libros.

—No lo entiendo —dijo ella cuando terminaron de inspeccionarlo todo. Se sentó junto a la hoguera encendida para entrar en calor—. Si Elias es el agresor que estamos buscando, ¿por qué no hay ni una sola prueba aquí?

—¿Qué esperabas que encontraríamos? —le preguntó el comisario en un tono de voz poco amigable—. ¿Un libro lleno de confesiones? ¿Fotos de las víctimas con cruces rojas incrustadas?

—Tiene que andar muy cerca —añadió Karin e ignoró el comentario—. ¡Si ha hecho hasta una hoguera!

—Quizá se ha dado por vencido y se ha marchado, pues la bici ya no está. Avisemos a los compañeros. Es hora de acordonar la zona.

Justo cuando terminó de pronunciar la última palabra, oyó un crujido entre los matorrales y Karin lo agarró fuerte del brazo.

—¿Has oído eso? —susurró.

Anders dirigió la mirada hacia el lindero del bosque que su compañera señalaba. Él también se había percatado de aquel sonido que podía indicar la presencia de alguna persona con la intención de aproximarse a aquel claro entre la maleza.

En ese mismo instante, apareció la figura de un hombre entre los árboles. Coincidió al detalle con la descripción que les habían proporcionado y no tardaron en asimilar que el individuo que tenían delante era Elias Ramberg. Cuando descubrió a los dos policías junto a su tienda, se quedó pasmado y, por un momento, pareció que estuviera dudando si debía dar un paso adelante o quedarse en esa posición.

—¡Alto, policía! —gritó Knutas y enseguida se puso de pie y le apuntó con la pistola.

Elias se dio la vuelta, echó a correr hacia el bosque para escapar y desapareció.

EL SOL DE la tarde envolvía con una hermosa luz la granja de Gauståde y todo el camino angosto de piedrecitas, así como los campos de alrededor, donde pastaban las ovejas. El coche disminuyó la velocidad y se acercó a la salida de la carretera que conducía a la casa y, al llegar, se detuvo delante de la fachada.

—Maldita sea, menudo fastidio —se quejó Maria al entrar con las maletas en la casa—. Sigo sin poder creer que le haya dado por arrojar a la calle todas mis cosas y se haya encerrado con llave por dentro. No ha tenido la mínima consideración. ¡Que se ha muerto mi hermano! —Se le quebró la voz y volvió a maldecir en voz alta cuando la recuperó.

—Tal vez haya sido mejor así —añadió Julia—. Así evitamos hablar con él.

Cruzaron el jardín. La hermosa morera, como siempre, lucía sus frutos en las ramas que apuntaban al cielo.

—Recuerdo cuando Elias y tú escalabais ese árbol —soltó Maria después de que dejaran sus bolsas en el pasillo. Julia encendió la lámpara del techo, que desprendía una luz cálida e iluminaba las hermosas paredes y los muebles del siglo xvii, detrás de los cuales jugaban al escondite cuando eran pequeños. Se acordó de cuando se sentaba debajo de la antigua mesa de la cocina y aguantaba la respiración mientras los demás la buscaban.

—Mamá siempre tenía miedo de que os resbalarais y os dierais un golpe demasiado fuerte —continuó Maria—. Creo que se alegró el día que decidisteis dejar de jugar... Bueno, al menos cuando tú ya no querías, porque Elias siguió con esas cosas. ¿Te acuerdas de aquella vez que trepó hasta el tejado? Parecía que tenía una especie de magnetismo hacia todo lo que estuviese a gran altura y resultara peligroso.

—¿Es necesario que hablemos de Elias? —la interrumpió mientras colgaba la chaqueta en el perchero.

—Perdona, no dejo de decir tonterías. Solo trataba de pensar en otra cosa. —Maria soltó un suspiro y se quitó las botas—. Creo que necesito una copa de vino.

—Pues ya sabes dónde están los vasos —añadió su hermana.

Maria se sentó junto a la mesa de la cocina, que estaba delante de la hornilla, y Julia entró en ese momento con una botella de vino que había subido del sótano.

—No puedo dejar de pensar en Daniel —continuó Maria, y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¿Tú crees que era consciente de lo que iba a pasarle? ¿De lo que tendría que afrontar?

Maria enmudeció y le dio un trago al vino.

—Tal vez si nos hubiera contado algo... —murmuró Julia—. Si nos hubiera confesado que tenía deudas pendientes... No entiendo por qué no nos dijo nada.

La hermana mayor empujó la silla y se arrimó a la pequeña para darle un abrazo.

—Si hubiéramos vendido la granja en su día, quizá nada de esto hubiera sucedido. Todo ha sido culpa mía —mencionó Julia a la vez que notaba que le temblaba la voz.

De pronto, una extraña sensación estalló dentro de ella, algo oscuro y peligroso que había guardado en su interior durante mucho tiempo, mezclado con miedo, preocupación y la ausencia de Elias. El *shock* después del asesinato de Daniel. Y el resto de los acontecimientos. Se sentía como si le faltaran las fuerzas para seguir adelante y afrontarlo sola.

—Necesito un cigarro —soltó Maria.

Julia oyó que su hermana se abrochaba las botas, se ponía la chaqueta y cerraba la puerta principal. Unos segundos más tarde, el silencio se apoderó de la cocina.

MARIA SE APOYÓ contra la pared y alzó la vista al cielo azul oscuro de la noche. Se sentía asustada y desanimada al mismo tiempo. Se echó el resto del vino que quedaba en la botella y le dio un último trago antes de que algo atrapara su atención por completo. De repente, oyó un ruido metálico a lo lejos, junto a la antigua fragua. El sonido se coló en sus oídos y el miedo se apoderó de ella hasta el punto de que parecía que iba a estrangularla. Se apartó el cigarrillo de la cara para ver mejor, pero no logró distinguir nada. Supuso que se lo habría imaginado, pues tan solo apreciaba las siluetas de los árboles que se mecían bajo la luz de la luna contra el viejo muro de piedra.

Percibió otro sonido, una ramita que crujía acompañada de un movimiento. Al principio, se quedó inmóvil en la misma postura sin ver nada, hasta que comenzó a vislumbrar el contorno de una figura masculina. En ese momento, comprendió que un hombre alto y fuerte la observaba fijamente e inmóvil a unos metros de distancia. No veía su rostro, pero la complexión de su cuerpo le recordaba a su marido. Maria dejó caer la copa al suelo en el mismo instante en que el hombre surgió de las sombras y empezó a aproximarse.

Abrió la boca con la intención de pedir auxilio, pero no lo logró. Una mano robusta le agarró el rostro tapándole los labios y la nariz. Estaba quedándose sin aliento, apenas podía respirar. Entonces, lo agarró del brazo e intentó evadirse, pero, de pronto, el dolor le penetró la cabeza y los pies dejaron de responderle. Al caer, notó la dureza del suelo como si hubiera recibido un puñetazo en el costado. El cigarrillo salió disparado al césped, aunque no muy lejos de su cuerpo. «Si puedo llegar hasta él... Todavía está encendido. Tengo que llegar —pensó—. Si lo alcanzo, no me pasará nada.» En ese momento, el hombre aplastó el cigarrillo con el talón y Maria cerró los ojos.

Pero tuvo la impresión de que la había aplastado a ella.

AL VER QUE la espalda de Elias desaparecía entre los árboles, Karin se lanzó a perseguirlo de inmediato.

—¡Pide refuerzos! —gritó.

Knutas agarró el teléfono para avisar a los compañeros.

—Hemos encontrado el lugar donde se esconde el sospechoso; está en la costa, al norte de Bläse. Había acampado aquí. Acaba de descubrirnos, y ha salido huyendo. Karin y yo estamos intentando atraparlo en estos momentos. Necesitamos refuerzos rápido, no sabemos si está armado.

El comisario terminó la conversación. Se volvió hacia Bengt Eriksson, que se había quedado apartado a unos metros de distancia y los miraba atónito. Ya entendía a qué venía la urgencia de la policía.

—Salga a la carretera y dé indicaciones a la unidad de refuerzo cuando se acerque. Luego vuelva al coche y no se mueva de allí.

En ese momento, Knutas corrió hacia el bosque y siguió el rastro de Karin detrás de Elias. Se había quedado demasiado atrás y le costaría alcanzarlos, pues su compañera era mucho más rápida y estaba en bastante mejor forma que él. Anders corría a la mayor velocidad posible, atravesaba la zona forestal y a la vez esquivaba todo tipo de ramas y matorrales.

Cuando por fin llegó al final del bosque, pudo distinguir el mar entre los árboles y notó que estaba empapado de sudor y se había quedado sin aliento. Se adentró en una playa rocosa donde lo recibieron el mar revuelto y las olas que rompían con furia contra la orilla. Desesperado, miró a ambos lados, pero no vio ni a Karin ni al hombre que buscaban. La playa continuaba hacia el norte y desaparecía tras una curva coronada por un acantilado. Sobre ella se encontraba la carretera que conducía al norte, hacia Fårösund. En ese momento, alzó la vista y divisó una sombra al fondo, junto al macizo de roca. «¿Qué diantres...?», pensó y entornó los ojos para ver mejor. Le pareció que la sombra se hacía más grande en la ladera de la montaña y echó a correr hacia ella sin perderla de vista. Y entonces confirmó lo que se temía al ver la figura del individuo trepando a unos veinte metros de altura.

—Maldita sea, Karin —maldijo en voz baja—. Con eso no vas a poder.

THOMAS WITTBERG ABRIÓ de un tirón la puerta de la salita que Martin Kihlgård había pedido prestada en la comisaría.

—Nos ha llamado un testigo —interrumpió sin preguntar si molestaba—. Vive en la calle Strandvägen, en Fårösund, y me cuenta que los vecinos de la casa de al lado son una pareja muy extraña. Dice que ha notado que la mujer no ha salido a la calle desde hace días. Vio en las noticias que la policía estaba buscando pistas y decidió llamarnos para contárnoslo.

—Ah, ¿sí?

—La mujer es de nacionalidad rusa y apenas sabe hablar sueco, aunque lleva más de diez años viviendo en el país. No trabaja, está en casa las veinticuatro horas y nunca viaja sin su marido. Se llaman Alina e Ingemar Malmkvist.

—Bueno, eso explicaría por qué nadie ha denunciado su desaparición. ¿Mencionó la edad de la mujer?

—Cree que ronda los cuarenta y pocos, así que la edad coincide también con la de la víctima de Dämba. El marido es algo mayor, tiene más de sesenta. Está prejubilado y antes de eso era herrador. ¿Y sabes qué?

Kihlgård negó con la cabeza.

—Al parecer, suele prestar ayuda para realizar matanzas de animales en granjas de alrededor.

—Tenemos que ir a esa casa —alentó Martin, que ya se había levantado de la silla—. No hay tiempo que perder.

VEINTE MINUTOS MÁS tarde, llegaron a Fårösund. Wittberg tomó la salida hacia la calle Strandgatan y, una vez allí, pasó por la casa del presunto agresor y aparcó el coche en una zona un poco más alejada.

Wittberg y Kihlgård se dirigieron, con otros dos compañeros, al jardín de la casa donde vivía el sospechoso. Observaron que no había ningún coche en el garaje y que la vivienda parecía estar vacía, y la puerta, cerrada con llave. Todas las persianas estaban bajadas. Decidieron sacar las armas y llamaron al timbre, pero nadie salió a recibirlos.

—Seguramente no esté en casa. Aunque también puede que esté dentro y trate de ocultarse. Demos un par de vueltas a la fachada antes de entrar —sugirió Kihlgård.

El jardín lucía un buen mantenimiento y partes diferenciadas. Por un lado, se podía apreciar que el césped estaba recién cortado y alrededor se intercalaban setos preciosos y arriates entre ciruelos y groselleros. Al otro lado del seto, se vislumbraba el mar entre los árboles.

Se dirigieron a la parte trasera de la casa y observaron la presencia de muebles de jardín y ropa colgada con pinzas de una cuerda. Kihlgård se fijó en que había varios pares de pantalones de mujer, una falda y un sujetador. De repente, notó un escalofrío en el cuerpo al recordar el cadáver de Alina con el rostro desfigurado delante de él y pensó en que su ropa estaba tendida y se mecía al compás del viento como si nada hubiera sucedido, a pesar de que ya no estaba viva. Deslizó la mirada por todo el jardín y la detuvo al percatarse de que, a lo lejos, había una zona de vegetación frondosa que empezaba después de una hilera de setos morados. Decidió ir hasta allí para ver lo que había al otro lado y descubrió que había una parte de césped arrancada. Se puso en cuclillas a examinar aquel trozo y le pareció que hubieran cavado un hoyo recientemente y lo hubiesen cubierto con tierra después. Frunció el ceño y acarició la hierba con los dedos. En ese instante,

descubrió unas briznas de menor tamaño blancas y negras. Aquel hallazgo lo dejó petrificado y decidió levantarse para buscar una pala; la encontró apoyada contra la pared de una caseta y se puso a cavar. No tardó en descubrir que había algo enterrado allí, similar a un cuerpo, y empezó a llamar a Wittberg a voces para que fuera enseguida a aquel lugar.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Creo que han estado cavando aquí hace poco —explicó mientras arrojaba la tierra a un lado—. Me parece que hay algo enterrado justo debajo.

—Dios santo —se espantó Kihlgård—. ¿Otro más?

Wittberg se agachó.

—Es un perro —señaló brevemente—. Si no me equivoco, es un border collie.

«Esto es una locura», pensó Karin cuando se resbaló con una piedra y se le quedaron los pies colgando prácticamente en el aire. Logró apoyar el talón en un saliente y se quedó inmóvil por un momento para retomar el aliento. ¿Cómo se le había ocurrido ponerse a escalar detrás de Elias? Desde luego, no había pensado con la cabeza, solo había obedecido a su instinto. Debería haber esperado las instrucciones de Knutas y al resto del equipo que llegaba con refuerzos, pues no estaba entrenada para esto, a pesar de que había asistido a un curso de escalada en roca para principiantes y había practicado un poco por su cuenta en un muro de escalada que había en Visby. Sin embargo, esta vez se enfrentaba a algo diferente por completo. Los dedos empezaron a resbalarse de la piedra a la que se aferraba y eso provocó que perdiera la fuerza de la mano; aun así, volvió a secársela con la pernera antes de probar suerte de nuevo. Con la frente apoyada en la pared de roca resbaladiza, extendió los dedos que le sobresalían entre las piedras. Había conseguido agarrarse con fuerza; sin embargo, desconocía cuánto tiempo podría aguantar así. Su complexión física era ligera y musculosa a la vez; además, tenía unas piernas fuertes después de todos los años que había jugado al fútbol, pero le faltaban técnica y experiencia, algo que, obviamente, el individuo que trepaba por encima de ella poseía y en lo que le sacaba ventaja. La distancia entre ambos aumentaba por segundos y pronto llegaría al final. Karin pensó que debería haber asumido que no tenía nada que hacer. De todas formas, tampoco podría arreglárselas sola si aquel individuo fuera armado y se quedara esperando a que subiese para entonces apuntarle con una pistola directamente a la cabeza. La otra posibilidad era que la empujase por el acantilado cuando alcanzara el borde de la cima. Para él sería pan comido después de haber cometido tres asesinatos.

Entonces alzó la vista y vio que Elias escalaba a gran velocidad y con estilo hacia arriba. Parecía que supiese exactamente dónde poner los pies. Por debajo de Karin, la montaña abrupta caía en picado y, en ese momento, supo que no podía dar marcha atrás. Había seguido a Ramberg todo el camino desde el instante en que echó a correr por el bosque, atravesó la playa hasta llegar al acantilado y comenzó a trepar, y antes de que se diera cuenta, ya había alcanzado la cima. Al principio pensó en dispararle en una pierna, pero no se atrevió, pues él ya había avanzado un buen trecho. Aquel tiro podría ocasionarle una lesión grave. Y, además, prefería no tener que usar el arma.

Diez años antes, ella había matado a tiros a un hombre y nunca podría olvidar aquella escena. Se trataba de un asesino en serie que la policía tenía en busca y captura. Karin terminó en un combate de lucha libre con él durante el que se le escapó un disparo. La investigación interna posterior concluyó que aquello podía considerarse un accidente y salió libre de culpa, pero con una amonestación. En cualquier caso, eso no cambió el hecho de que acarrearía con ese trauma de por vida.

Jacobsson miró con atención hacia arriba para buscar otras rocas que sobresalieran y a las que poder aferrarse. Se le rompieron algunas uñas y los dedos se le pusieron rígidos del esfuerzo. Usó toda su fuerza para no perder el equilibrio, pero le era difícil encontrar algún elemento al que agarrarse. Estaba a punto de perder la esperanza y abandonar la idea de seguir escalando.

Intentó concentrarse en poner los pies en el lugar adecuado y no pensar en otra cosa que no fuera mantener el control para no quedarse colgando en el aire y caer en picado. Desconocía

cuánto tiempo había transcurrido, pero sabía que, la última vez que había mirado a Elias, este había llegado a la carretera para dirigirse al otro lado del arcén y continuar escalando hacia arriba. Karin lograba respirar a duras penas. Sabía que no le faltaba mucho para alcanzar el primer tramo.

De pronto, algo se apoderó de ella, como si las revoluciones de su motor hubieran aumentado. El cansancio y la desesperación desaparecieron y los reemplazó un solo sentimiento: sobrevivir y conseguir llegar arriba. Tenía la impresión de haberse transformado en una especie de robot con una batería nueva recién puesta. En ese momento, aumentó el ritmo de subida de forma automática, como si le resultara más fácil, pues le parecía que los pequeños rellanos en los que podía descansar estuvieran más cerca unos de otros. Las rocas salían disparadas, pero tenía tiempo de volver a agarrarse con las manos y los pies. Fue entonces cuando decidió no volver a mirar hacia abajo para no dejar de prestar atención a lo que tenía delante.

Pronto alcanzaría la primera cima y lo conseguiría; se fijó en que estaba a tan solo unos metros de distancia. Sintió un enorme alivio cuando, por fin, pudo agarrarse con las dos manos a un árbol ladeado en el borde de la cornisa. Se quedó colgando en el aire unos segundos antes de hacer fuerza y, al final, logró subir y asomar la cabeza por el arcén de la carretera. Lo primero que vio, cuando alzó la vista al frente, fue a Elias.

Él la miraba fijamente a los ojos.

JULIA SE PUSO en cuclillas, de espaldas a un viejo armario que había en la sala de estar principal, al oír que se abría la puerta de la entrada. Apretaba con fuerza el teléfono en la mano y la voz al otro lado del auricular intentaba tranquilizarla. Acababa de llamar a la policía, pues su hermana Maria no había vuelto a entrar después de salir a fumarse un cigarrillo.

—Espere, alguien ha entrado por la puerta —le susurró Julia al agente que estaba al teléfono—. Y estoy segura de que he cerrado la puerta con llave.

En ese momento, oyó una voz en el pasillo que la llamaba por su nombre. El suspiro de alivio casi le provocó un desmayo.

—¡Sofía! —exclamó.

Una mujer apareció en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Qué ha ocurrido? —se extrañó y dejó las flores que llevaba para acercarse a Julia, que estaba sentada en el suelo. Ambas se abrazaron.

—Pero ¿cómo has entrado? —le preguntó Julia con asombro.

—Me diste una copia de la llave, ¿ya no te acuerdas? ¿Qué está pasando?

Julia le explicó brevemente todo lo que había sucedido y que su hermana había desaparecido de repente.

—Una patrulla va de camino. Tienen que estar al llegar —dijo la voz al otro extremo del auricular—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí, —respondió Julia—. Es que ahora mismo tengo compañía. Era mi novia la que ha entrado.

—Por favor, no cuelgue —dijo la voz—. No cuelgue el teléfono hasta que llegue la policía.

—Por supuesto, descuide —afirmó.

Sofía se sentó a su lado y la rodeó con los brazos. Julia apartó el teléfono en el suelo y se arrimó a su novia.

—Tengo miedo —susurró—. La policía está al llegar porque Maria ha desaparecido. Estábamos tomando una copa de vino y me dijo que quería salir a fumarse un cigarrillo. No sé cómo no se me ha ocurrido acompañarla fuera, después de todas las cosas que nos han pasado... No tendría que haberla dejado sola. Y ahora, de repente, ya no está...

Sofía le acarició el pelo y empezó a emitir un sonido siseante, mientras la mecía adelante y atrás para tranquilizarla.

—Seguro que la encuentran, ya lo verás.

LAS RUEDAS DEL coche de policía atravesaron todo el jardín y el vehículo se detuvo delante del porche. Cuatro agentes se bajaron, dos de ellos entraron en la casa mientras los otros buscaban por fuera. Llamaron a la puerta y, al llegar al salón, se las encontraron a ambas en el suelo, pegadas la una a la otra.

—¿Quién de ustedes es Julia Ramberg? —preguntó la agente de policía avanzando unos pasos. Después, se presentó.

El otro agente se dirigió al teléfono de Julia y lo recogió del suelo para confirmar su llegada al lugar. Ella se levantó, los saludó con la cabeza y notó que se había mareado un poco. En ese

momento, los policías le tendieron el brazo para evitar que perdiera el equilibrio y se cayera al suelo.

—¿Cómo se encuentra?

—Fatal, sinceramente. Tengo ganas de vomitar.

—Salgamos de aquí para que pueda tomar un poco el aire. Nos han dado orden de que nos acompañe a comisaría. ¿Y usted quién es? —preguntó la agente mirando a Sofia.

—Soy Sofia Mörk. Soy la pareja de Julia.

—Está bien, puede venir con nosotros si quiere —la invitó la agente mientras caminaba hacia la puerta y agarraba a Julia del brazo.

En ese momento, Julia Ramberg giró la cabeza y clavó la mirada en la mujer.

La ternura la invadió al saber que ella estaba a su lado.

KARIN SE QUEDÓ tumbada en el suelo, con la respiración entrecortada. Estaba físicamente destrozada y sentía dolor en todo el cuerpo, desde las manos, los hombros y la espalda hasta las piernas. Tenía magulladuras en los dedos y notó el sabor a sangre en la boca.

A lo lejos oyó una voz tenue que la llamaba y que desaparecía parcialmente con el rugido del mar.

—¡Karin! ¡Karin!

Reconoció la voz de Anders; intentó abrir la boca para responderle, pero era incapaz de emitir sonido alguno. Con cuidado, se esforzó y usó las manos para ponerse de rodillas antes de levantarse. Había escalado hasta la cima de un acantilado que tendría treinta metros de altura como mínimo. En la playa, al nivel del mar, vio que su compañero la miraba mientras la llamaba a voces, a pesar de que las olas se tragan la mayor parte del sonido.

Vio también al hombre que intentaban atrapar, que no dejaba de mirarla a los ojos, sentado a unos metros de distancia. Era un joven larguirucho y de espalda ancha, con ojos marrones y tenía el pelo rubio y rizado, que se mecía al compás del viento.

—¿Elias? —se atrevió a preguntar.

El hombre asintió.

Karin buscó la pistola y se percató de que no estaba en la funda. Probablemente, se le había caído mientras trepaba por el macizo. «Maldita sea», pronunció para sus adentros. Aunque, en cierto modo, la mera presencia de Elias le hacía pensar que el arma no era necesaria. De pronto, dudó que aquel hombre joven fuera el asesino que andaban buscando. Le costaba creérselo, a pesar de que tampoco había que descartar esa posibilidad. Aun así, optó por no malgastar el tiempo, aunque sabía que Anders ya había pedido refuerzos por teléfono.

—¿Te importa que me sienta? No estoy tan acostumbrada a escalar como tú.

El hombre no respondió y Karin se puso en cuclillas. Los músculos le ardían del esfuerzo; todavía seguía teniendo dificultad para respirar. Cerró los ojos durante unos segundos y después volvió a mirar a Ramberg, que continuaba con la mirada clavada en ella.

—¿Por qué has huido cuando te hemos visto? —le dijo.

—No sé —respondió y se encogió de hombros—. Me asusté.

—¿Tienes algún motivo para escapar de la policía?

El hombre joven dudó un momento antes de responder.

—¿Tú no te habrías asustado si hubieras visto que hay una persona apuntándote a la cara con una pistola? Creéis que el asesino soy yo, ¿no es cierto?

—¿Lo eres?

—¿Acaso importa lo que yo diga?

—En realidad, no —objetó la subcomisaria. Enseguida se levantó como pudo y se acercó a él para sentarse a su lado; él no dudó en hacerle un hueco.

Entonces, le hizo la pregunta:

—Pero, entonces, si tú no eres el asesino que estamos buscando, ¿por qué has acampado en esta zona en lugar de haberte puesto en contacto con tu familia?

—Es una larga historia. Llevo tanto tiempo sin aparecer... Diez años sin dar señales de vida. Todos piensan que estoy muerto... Es una situación complicada y no sabía cómo dar el paso. Tenía

miedo de que se enfadaran conmigo, sobre todo Julia. Me atormenta la idea de que pueda llegar a odiarme.

—¿Has vuelto por Julia?

—Sí, lo he hecho por ella. Y por mí también. Lo he hecho por los dos. Siempre nos hemos tenido el uno al otro.

—¿Qué tenías pensado hacer?

—No lo sé. Pensaba en que tal vez fuera mejor esperar a que atraparais al asesino. Quiero ponerme en contacto con ellos cuando pase todo esto, primero con Julia y después con el resto.

En ese momento, después de haber conversado durante un rato, Karin lo miró fijamente a los ojos para preguntarle.

—¿De verdad no has sido tú? —lo interrogó con el rostro serio.

Elias se quedó en silencio durante unos segundos.

—No, no he sido yo.

Se tapó el rostro con las manos en un gesto que denotaba impotencia y Karin extendió los brazos para consolarlo. En ese momento llegaron los primeros policías armados y se encontraron al hombre con la cabeza apoyada en las rodillas de Karin mientras esta le acariciaba el pelo como si fuera un niño.

LA OSCURIDAD FUE lo primero que sorprendió a Maria cuando se despertó. Olía a humedad y estaba bocabajo, atada de manos y pies. Tenía tierra en la boca y notaba el sabor a hierro y a mugre. Intentó toser y escupir, pero no podía quitarse esa sensación. Era como si tuviera una capa de suciedad en la lengua. Sentía que las náuseas aumentaban y se le retorcían los intestinos. Entonces el pánico empezó a invadirla. Se preguntaba dónde estaba mientras trataba de hacer memoria y recopilar lo que había ocurrido después de haber salido a fumar. Todo había sucedido demasiado rápido. Primero recordó una mano tapándole el rostro; luego, el puñetazo en una mejilla, hasta que al final perdió la consciencia.

Sentía que estaba helándose. Hacía frío en el lugar donde se encontraba. Estaba atrapada en un espacio cerrado y tumbada en el suelo.

Intentó gritar para pedir ayuda, pero su voz era débil y prefirió concentrarse en la respiración. Notaba que el aire era frío y húmedo, y trató de frotarse los pies a pesar de tenerlos amarrados. Maria sufrió claustrofobia en su infancia y recordó aquella vez que un compañero y ella se ocultaron debajo de la trampa de una casa mientras jugaban al escondite para que el resto de los amigos no los descubrieran. Por aquel entonces tenía siete años. Se quedó atascada dentro y su amigo, que se había asustado, salió corriendo de allí sin decir nada. Maria pasó una hora en aquel escondite oscuro hasta que, por fin, la encontró su padre y la sacó. Fue un recuerdo que permanecería en su mente de por vida.

A duras penas logró girarse hacia el otro lado. Trató de averiguar cuánto tiempo llevaba en aquel sitio y se preguntó qué era lo que aquel hombre amenazador quería de ella. Entonces le acudió a la mente la idea de que quizá también hubiera raptado a Julia.

—¡Julia! ¡Julia! —gritó con todas sus fuerzas.

«Tiene que estar aquí, por alguna parte.»

—Dios mío, ayúdame, por favor —murmuró—. Perdóname si alguna vez he cuestionado tu existencia, pero te suplico que me ayudes. Te prometo que...

Pero no logró terminar la frase. Sabía que no podía prometer nada, pues en caso de que existiera algún Dios, había decidido ignorarla desde hacía tiempo.

Intentó sentarse; tenía que averiguar dónde se encontraba. Despacio, contó hasta treinta mientras se esforzaba por mantener la calma, para no perder el control de su mente y no caer en el pánico. Notaba que el corazón comenzaba a latir más lento y, poco a poco, volvía a su ritmo normal. Sabía que era solo cuestión de tiempo que la ansiedad volviera a abalanzarse sobre ella. Se puso a pestañear en la oscuridad con la intención de ver algún objeto. A juzgar por el olor a humedad y por el tacto del suelo, supuso que estaba metida en un sótano o dentro de una especie de caseta. Al final, y tras hacer un esfuerzo mayor, logró ponerse recta. El dolor de cabeza era insoportable y optó por quedarse inmóvil hasta que se le pasara el mareo. «Al menos no me han enterrado viva», pensó. Las cuerdas de plástico con las que aquel individuo le había amarrado las muñecas le habían provocado heridas en la piel. Empezó a perder la sensibilidad en algunos dedos; intentó abrir y cerrar el puño a pesar de tener también las manos atadas. Repitió el movimiento una y otra vez.

Permaneció en la misma postura, atenta, hasta que volvió a sentir los dedos. El silencio resultaba desagradable y le daba la impresión de estar atrapada dentro de un búnker. Al doblar las

piernas logró ponerse de rodillas, colocó un pie delante del otro y consiguió levantarse enseguida. Un dolor insoportable la azotó de repente cuando dio con la cabeza en el techo; perdió el equilibrio y volvió a caerse. Se estampó la cara contra el suelo de piedra y llegó a oír el crujido del hombro al dislocarse por el golpe; le causó un dolor indescriptible que solo pudo expresar con un grito de auxilio desolador.

—¡Ayuda! —gritó con todo el aire que le quedaba en los pulmones—. ¡Ayuda!

Acto seguido enmudeció. Había percibido el sonido de unas llaves que giraban tratando de desbloquear la cerradura. Una puerta se abrió en la pared y una franja de luz pálida, que correspondía con el destello de la luna, se posó en el suelo y se deslizó hacia el muro que se encontraba a su espalda.

La sombra de un hombre apareció en el umbral y el destello de la luna se desvaneció a toda prisa, como si estuviera asustada e intentara huir de él.

La sombra avanzó unos pasos al frente, entró y cerró la puerta.

ERIK SOHLMAN SE deslizó por las escaleras hasta el sótano de la casa del sospechoso, que se encontraba en la calle Strandgatan de Fårösund. Witteberg y Kihlgård decidieron pedir refuerzos y contactaron con el fiscal para obtener una orden de registro inmediata. Habían llevado hasta allí varias patrullas de perros para inspeccionar toda la zona. Había que encontrar al agresor lo antes posible.

Cuando bajó las escaleras, examinó cada uno de los rincones que componían la planta subterránea. Observó un lavadero, un aseo, una despensa, pero no encontró nada de interés. Al final, llegó a la puerta que llevaba al garaje. Tocó el pomo y comprobó que estaba cerrada. «Qué extraño —pensó—. ¿Por qué no la habrá dejado abierta?» Sohlman no tardó en hacerse con una ganzúa para forzar la cerradura y, segundos más tarde, logró empujar la puerta. Al entrar en el garaje y ver su amplitud se sorprendió. A pesar de que no vio ningún vehículo dentro, pudo apreciar, gracias a un espacio vacío, que aquella habitación se había utilizado para guardar al menos un coche. Las paredes estaban llenas de estanterías y, en un rincón, colgaban herramientas, en hileras perfectamente alineadas. Observó que debajo de una banqueta alargada había otras cajas y baúles de diferentes tipos, que estaban marcados con etiquetas específicas. Todo estaba pulcramente ordenado, hasta el más mínimo detalle. «Nuestro agresor es un perfeccionista», pensó Sohlman. Si es que era él el verdadero asesino.

El agente de la científica comenzó a inspeccionarlo todo. Cada caja que sacaba y cada baúl que abría estaba organizado por dentro de forma minuciosa y en compartimentos, de manera que cada tuerca parecía estar colocada en su lugar correspondiente. Sohlman tuvo la corazonada de que todo aquello era propiedad del presunto agresor, a lo que nadie más tenía acceso, como si nadie pudiera alterar aquel orden incuestionable. Aun así, no encontró nada extraño y, al cabo de una hora, decidió descansar un poco y se sentó en un taburete. Sacó la cajita del *snus*, tomó la bolsita de tabaco y se la introdujo en la boca debajo del labio superior. Lo contempló todo a su alrededor y se fijó en que había un baúl de metal debajo de la banqueta. Frunció el ceño, pues no se había percatado de aquel objeto antes. En ese mismo instante, sonó el teléfono y la voz de Knutas se oyó desde el auricular.

—Nos corre mucha prisa. Acaban de comunicarnos que el cadáver de la mujer del pantano es de Alina Malmkvist, y Maria, la hermana mayor de la familia, ha desaparecido de repente. Sospechamos que ha sido el agresor quien la ha raptado. ¿Podrías ir a Gaustäde lo antes posible?

—Descuida. Voy para allá en cuanto termine de echar un vistazo aquí.

—De acuerdo, pero intenta no entretenerme demasiado.

El comisario colgó.

Sohlman se levantó y sacó el pequeño baúl que había debajo del banco. Notó que pesaba bastante y que estaba cerrado con un candado, que logró abrir con la ayuda de la ganzúa. Levantó la tapa. La caja mostraba algo totalmente diferente al resto de los objetos que había en el garaje. En su interior halló papeles, sobres, fotografías. Todo estaba entremezclado y desordenado. Sacó al azar una fotografía antigua en blanco y negro que parecía ser de los años cincuenta. Mostraba a una mujer delgada y elegante, con un vestido ajustado y el cabello recogido en un moño alto. A su lado, un hombre apuesto, con traje y con el pelo peinado hacia atrás. En las rodillas de la mujer había un niño pequeño con las mejillas regordetas y los rizos dorados.

Erik comenzó a ojear entre tanto desorden. Encontró unos dibujos infantiles firmados con el nombre de Ingemar y que correspondían a diferentes fechas. Estaban mezclados con fotografías de la familia y de lo que parecía que fue su infancia, con postales y cartas. Sohlman intuyó que estas contenían mensajes de recuerdos que le habrían enviado familiares y amigos. En el fondo de aquel baúl, encontró otra cajita con tres llaves diferentes, que estaban desgastadas por el paso del tiempo y algo oxidadas. Todas tenían su correspondiente llavero de madera barnizada, lucían unas flores pintadas y debajo había una firma con las letras E. M. En las piezas de madera aparecían las palabras «Letrina», «Leñera» y «Cabaña».

Sohlman recordó haber visto varios cuadros en las paredes que estaban firmados con las mismas iniciales.

Se marchó de allí, subió las escaleras a toda velocidad y llegó a la planta baja, donde se encontraban la cocina y el salón. Observó un cuadro que representaba a dos mujeres de espaldas, con faldas largas y sombreros enormes, que caminaban juntas, agarradas del brazo, por una hermosa playa. En la esquina inferior, descubrió las mismas iniciales: E.M.

En la cocina, varios platos decorativos con flores pintadas colgaban de la pared, y todos tenían la misma firma. «¿Quién será el supuesto E.M.?», se preguntó. No podía ser la esposa asesinada, pues su nombre era Alina. Sohlman se detuvo a pensar en el desorden que había hallado en el baúl y le pareció que la infancia de Ingemar Malmkvist representaba una metáfora del caos, y que quizá, después de aquellos años, quisiera poner orden y equilibrio en su propia vida. Optó por llamar a un compañero que estaba en comisaría para pedirle que buscara información acerca de los padres de Malmkvist. La respuesta no tardó en llegar.

—Se llaman Elisabeth y Erik Malmkvist, y los dos murieron hace unos años. Ingemar es hijo único.

—¿Dónde vivían?

—No existe dirección con el nombre de ninguna calle. Tan solo aparece el topónimo Ar y el número 4. Eso es todo lo que me aparece. La casa está abandonada y pendiente de derribo, pero, por lo que se ve, aún no la han destruido.

Sohlman terminó la conversación y, acto seguido, llamó por teléfono a Knutas.

CERRÓ LA PUERTA tras de sí y buscó el interruptor de la linterna. Señaló al suelo con la luz del foco y se puso a moverla con la mano; luego la deslizó hacia la pared y rastreó parte del techo. Se aproximó y Maria hizo un esfuerzo para tratar de distinguir su rostro, pero estaba muy oscuro. Sin embargo, pudo ver sus dedos y observó que la mano que sostenía la linterna parecía tener una piel áspera.

Por debajo de la camisa, enrollada hasta el codo, asomó un brazo musculoso; aun así, seguía sin percibir sus rasgos faciales, lo cual la aterrorizaba aún más, pues ni siquiera podía ver cómo eran los ojos o qué aspecto tenía. Se lo imaginó como a un monstruo de algunas de las pesadillas que tenía cuando era niña y estaba enferma en la cama. La anchura de la habitación se le antojaba más estrecha, hasta el punto de impedir que pudiera moverse, y, entonces, solo se le ocurría gritar con tanta fuerza que se despertaba al oír su propia voz o hacía que alguien entrara en la habitación y la despertase de aquel sueño.

Pero nadie estaba allí para despertarla, se encontraba sola, y no había ni una sola persona que le acariciara la frente con la mano para tranquilizarla. No había nadie para asegurarle que solo había sido un mal sueño.

El hombre le apuntó directamente con la linterna y la deslumbró. Se dio la vuelta para evitar la luz que le abrasaba las retinas y que provocó que se le formaran manchas rojizas delante de los ojos. Aquel hombre representaba una pesadilla de la que era imposible despertar.

—¿Quién eres? —susurró Maria.

En ese momento, un escalofrío la hizo temblar. Entonces se fijó, gracias a la escasa claridad, en que se encontraba en un almacén de comida, pues pudo ver un saco viejo de patatas en un rincón, un montón de tablas y las paredes, que eran rugosas. Tenía la impresión de que nadie había puesto un pie allí en mucho tiempo. Telarañas de gran tamaño se perfilaban a la luz que iluminaba todo el techo, y algunos insectos aleteaban tratando de escapar de aquella trampa.

—Yo sí sé quién eres tú. Nos conocemos mejor de lo que crees —murmuró el hombre.

Maria pestañeó un par de veces; notó que el miedo se cernía sobre ella como una manta oscura y gruesa. Tan solo quería gritar, pero decidió contenerse las ganas de hacerlo.

—Por favor, soy madre —le suplicó Maria—. Tengo una niña y un niño, los dos son pequeños. Por favor, suéltame. No he visto tu rostro, así que no sé quién eres. Te lo ruego, mis hijos me necesitan. Julia me necesita.

—¿Y crees que me importa eso?

No respondió a la pregunta, aunque se percató de que la voz del hombre había adquirido otro tono más alterado, quizá por haber tratado de causarle remordimiento de conciencia por haber removido recuerdos que prefería no tener que recordar.

—¿Qué quieres de mí? —se atrevió a preguntar.

De repente el pánico la paralizó, al notar que algo de metal frío le rozaba la cabeza, así que trató de girarla para evitarlo.

—No lo hagas, por favor —le suplicó muerta de miedo.

El hombre le colocó el objeto en la cabeza y ella supuso que sería una pistola. Lentamente, fue deslizándolo por el cuello hasta el hombro. Notaba el peso de aquel metal rozándole la clavícula. La mujer empezó a hiperventilar con una respiración cada vez más intensa y entrecortada.

—Aquí solo estamos tú y yo —susurró con una voz calmada—. ¿Qué hacías en casa de Julia?

«Sabe quién es Julia», pensó. Y en ese momento los pensamientos se fusionaron en su mente y empezaron a encajar las piezas del puzzle. Los crímenes; la agente inmobiliaria asesinada en la granja; su hermano, al que habían matado cuando volvía a casa; el cadáver de la mujer de Fårö. De pronto se acordó de que había leído en el periódico que el agresor había disparado a sus víctimas con un arma de fuego que se utilizaba para sacrificar animales y creyó que había llegado su turno.

—¿Qué quieres de Julia? —murmuró Maria—. Por favor, no le hagas nada malo a mi hermana. Es todo lo que me queda.

El hombre pareció sorprenderse al oír aquella frase y aflojó un poco el gatillo de la pistola.

—¿A qué te refieres? Tú también quieres vender la granja, como los demás.

—¿La granja? Eso no es cierto —señaló Maria—. Ya no quiero venderla.

El hombre de rostro desconocido se quedó confundido, retrocedió unos pasos y bajó el arma. Decidió contemplarla en silencio durante unos minutos. Luego apagó la linterna y la oscuridad envolvió todo el espacio de nuevo. Maria no se atrevió a decir nada más y permaneció inmóvil en el suelo, firme como el acero, mientras aguantaba la respiración. Nunca había estado tan cerca de la muerte como en aquel momento.

El hombre se levantó, abrió la puerta y desapareció.

El silencio se apoderó de todo una vez más, a excepción de los latidos de su corazón. Se sintió agradecida por poder sentirlos.

KARIN Y KNUTAS acababan de entrar por la puerta de la comisaría en el momento en que Sohlman los llamó para proporcionarles la dirección de la casa donde Ingemar Malmkvist había vivido durante su infancia. Los dos policías se dieron media vuelta, alertaron a los compañeros, se metieron de nuevo en el coche y colocaron la sirena azul en el techo. No había tiempo que perder. Cada minuto que pasaba era crucial si Maria todavía seguía con vida. El asesino podría matarla en cualquier momento, tal como había hecho con el resto de las víctimas. Resultaba fastidioso que justo hubieran estado en aquella zona, pues el área donde Elias había acampado estaba a tan solo unos kilómetros de distancia de Ar, lugar en el que el presunto agresor había pasado sus primeros años de vida. Para colmo, la noche estaba al caer y la falta de luz no facilitaría la búsqueda.

Cuando llegaron a Bunge, salieron a la carretera principal para tomar otro camino más estrecho que llevaba a aquella comarca, situada al nordeste de la isla, donde se encontraba el último reducto al sur de Gotska Sandön, la isla de Gotland, deshabitada y famosa por sus playas de arena.

La oscuridad lo envolvía todo a su alrededor, pues en aquellos parajes las carreteras no estaban alumbradas y apenas había casas. Junto al arcén crecían matojos y árboles dispersos, aunque en su mayor parte el paisaje era llano y árido. A lo lejos podía oírse el mar, que rugía cada vez con más furia.

En Ar distinguieron algunas casas por el camino y, después de varios metros, hallaron la casucha antigua de madera, que estaba aislada en mitad de la nada y que parecía llevar muchos años deshabitada. Descubrieron que las ventanas estaban tapiadas por completo y que el tejado parecía estar a punto de desmoronarse. El terreno llano que rodeaba la casa tenía un tamaño enorme y en él había varias casetas pequeñas. Cuando llegaron a la curva, Karin se encogió de hombros.

—¿Lo ves? —se dirigió a Knutas—. El agresor está aquí.

Una furgoneta *pickup* de color rojo estaba aparcada al otro lado de la casa. Karin se alegró de haber apagado la sirena azul de la patrulla en Bunge, antes de tomar la salida hacia Ar, pues no era necesario llamar la atención, ya que prácticamente no había tráfico. Redujo la velocidad y se quedaron a unos metros de distancia para obtener una mejor visión de la propiedad. Knutas advirtió a sus compañeros de que ya estaban de camino. Les ordenó que se tomaran la operación con calma y les pidió que dejaran los vehículos aparcados a una distancia considerable para aproximarse a la casa a pie. Todos iban equipados con armas y chalecos antibalas, pues nadie podía prever qué iban a encontrar allí.

Karin y Knutas salieron del coche y se acercaron con cautela. Llevaban la linterna en una mano y la pistola en la otra. Las luces de la furgoneta estaban encendidas, pero dentro no había nadie. Con cuidado, decidieron abrir la puerta del copiloto y comprobar lo que había dentro de la guantera. Allí hallaron los papeles del seguro, el permiso de circulación y los datos de registro del vehículo, metidos en un sobre de plástico.

—El vehículo está a nombre de Ingemar Malmkvist —murmuró Anders—. Sohlman nos comentó en su día que el agresor llevaba un modelo grande, que probablemente fuese una especie de camioneta o camión pequeño. Todo cuadra.

—Entonces, ya lo tenemos —añadió Karin, que todavía notaba pinchazos en el cuerpo por

haber escalado el acantilado. En ese momento, se le pasó por la cabeza la cantidad de cosas que se puede llegar a hacer en un día.

La puerta estaba cerrada con llave, pero se abrió cuando Karin le propinó una buena patada. En ese momento, decidieron entrar en la vivienda con las armas preparadas.

La casa estaba en absoluto silencio. Knutas presionó el interruptor de la cocina, pero solo se oyó un clic y no pasó nada. Era evidente; no había electricidad en aquella casucha de mala muerte, aunque era suficiente con la luz de las linternas. La cocina parecía haber estado inutilizada durante muchos años. Dentro había una mesa muy antigua y el tablero de láminas estaba lleno de grietas; el fregadero, cubierto de tierra, y había todo tipo de basura en el suelo. Continuaron avanzando por la casa y, a simple vista, se veía que toda la vivienda estaba en las mismas malas condiciones. No se apreciaba rastro reciente de ningún ser humano y resultaba improbable que alguien pudiera vivir allí o fuera siquiera para pernoctar. Karin notó una pesadumbre en el pecho, pues había perdido la esperanza y se temía que Maria no hubiera logrado escapar de la desgracia, al igual que las otras víctimas.

Salieron a toda prisa y se pusieron a inspeccionar el resto del jardín con las linternas en la mano. Situada en una esquina, había una pequeña caseta de madera. Su estado reveló que se trataba de una letrina y, junto a ella, había un cobertizo antiguo para guardar leña y otro almacén, cuya madera estaba podrida. Observaron que todas las puertas tenían candados y estaban cerradas. Karin le dio una patada a cada una, pero dentro no había nada.

En ese momento, Knutas soltó un grito.

—¿Qué pasa?

Delante de ellos, había una escalera antigua de piedra a la que tan solo le quedaban unos pocos escalones. A la luz de las linternas, distinguieron una puerta de madera carcomida y una vieja llave oxidada metida en la cerradura. Karin se acercó y, al sacarla, vio que el llavero estaba formado por un trozo de madera lacada. Tenía pintado una flor de campanilla y había una inscripción que rezaba: «Almacén de alimentos». Con cuidado, giró la llave, hizo un poco de presión y la puerta empezó a abrirse a chirridos, despacio y con cierta reticencia. Un olor a tierra húmeda les azotó el rostro. Los dos agentes empujaron por el pequeño orificio que tenía la puerta y apuntaron con las linternas hacia el estrecho habitáculo. La respiración se les detuvo al descubrir en el suelo el cuerpo de una mujer, de espaldas, con el cabello corto y rubio.

Enseguida vieron que era Maria.

KARIN Y KNUTAS se acercaron a ella para socorrerla. Tenía las manos y los pies amarrados, y yacía en el suelo en posición fetal. La humedad y el frío envolvían todo el almacén antiguo y se fijaron en que no llevaba ropa de abrigo puesta.

—¿Está muerta? —preguntó la subcomisaria preocupada. Le tomó el pulso en el cuello con dos dedos y se percató de que el corazón latía muy lento.

—La temperatura del cuerpo ha bajado drásticamente —afirmó Anders y se quitó la chaqueta del uniforme, que era gruesa, y arropó a la pobre mujer. Ramberg estaba repleta de suciedad, tenía restos de lágrimas y el rímel se le había corrido por las mejillas. Además, el aliento le apestaba a vino. Karin le acarició las mejillas con cuidado y susurró su nombre mientras le frotaba el pecho para reanudar la circulación de la sangre.

Maria se enderezó de repente y abrió los ojos. El horror que se reflejó en su mirada se tornó muy pronto en un gesto de grata sorpresa.

—¡Gracias a Dios que habéis venido! —exclamó entre sollozos mientras apretaba el rostro contra el cuerpo de la mujer.

—Todo va a salir bien a partir de ahora —intentó calmarla ella.

Notó que sus lágrimas le humedecían la ropa y le dio un abrazo mientras le acariciaba la espalda con la palma de la mano, para tratar de tranquilizarla.

Sintió un alivio inmenso al saber que la hermana mayor de Julia estaba viva y al mismo tiempo se preguntaba por qué el agresor no la había matado, como había hecho con los demás, y con qué intención la había encerrado en aquel lugar.

Anders se sacó un cuchillo del bolsillo y se puso a cortar las cuerdas de plástico con las que el agresor había maniatado a Maria.

Karin encendió la linterna para iluminar aquel viejo almacén y se fijó en que aquel habitáculo apenas constaba de unos pocos metros cuadrados. Las paredes de piedra estaban frías al tacto y llenas de humedad. En lugar de ventanas, había montones de estanterías colgadas en fila, que le recordaron a aquellos tiempos en los que antiguamente se almacenaba la comida para que se mantuviera fresca y seca. En un rincón del almacén había un viejo saco de patatas tirado en el suelo. El techo tenía muy poca altura y ni siquiera Karin, que era de baja estatura y solo medía un metro y medio, era capaz de ponerse erguida.

De repente oyeron un ruido que provenía de los escalones de piedra y entendieron que alguien bajaba. Knutas y Karin se quedaron de rodillas con las pistolas desenfundadas apuntando al umbral de la puerta. Entonces apareció el presunto asesino, que estaba en busca y captura. Era un hombre alto y tosco, que llevaba un mono de trabajo y tenía cara de pocos amigos. Se quedó totalmente sorprendido cuando vio a la policía en el almacén. Primero le lanzó una mirada fugaz a Maria y luego los miró con una expresión confusa.

—¡Alto, no se mueva! ¡Policía! —gritó Knutas—. ¡Ponga las manos en la cabeza!

Ingemar Malmkvist dudó un momento antes de girar los talones y subir a toda prisa por la escalera, para marcharse por el mismo camino por el que había llegado. Los dos policías intercambiaron unas miradas antes de salir corriendo detrás de él para cazarlo.

—Quédate aquí, enseguida volvemos —la tranquilizó Karin y volvió a arropar a Maria con la chaqueta de Knutas.

Ingemar Malmkvist era rápido y corría a toda velocidad por el jardín, a pesar de que tenía a ambos policías pisándole los talones. Cuando salieron a la carretera, Malmkvist cruzó y se adentró en una zona boscosa que había al otro lado.

Knutas pronto se quedó atrás en la persecución. Ingemar aún no se daba por vencido, aunque había perdido por completo la orientación; no tenía ni idea de dónde se encontraba, y jadeaba con esfuerzo. En ese momento, Karin supo que por fin estaba muy cerca de él. Estaban solos en la parte más remota y solitaria de toda Gotland y no había nada que aquel hombre pudiera hacer para cambiar esa situación.

La subcomisaria corrió tan rápido como le permitieron las piernas y logró atravesar el bosque en plena oscuridad. Tan solo tenía que seguir los sonidos de sus movimientos. Entonces oyó el crujido de una rama y las pisadas en la tierra, y percibió que el individuo tenía dificultad para respirar. Karin sabía que si se acercaba demasiado podría ahuyentarlo. De repente se tropezó con la raíz de un árbol, chocó con un tronco y se dio un golpe en el hombro. Se quedó inmóvil unos segundos mientras sentía el dolor en el brazo. Por un momento dejó de oír los pasos del agresor a pesar de que estaba a tan solo unos metros de distancia. Se preguntó si él también había decidido quedarse quieto para poder observarla mejor. Bajó la pistola y notó el peso en la mano. Karin no perdía la esperanza de que los refuerzos estuvieran a punto de aparecer; con suerte, pronto llegarían también patrullas de perros para ayudarla.

Se dio cuenta de que su respiración se volvía cada vez más pesada y decidió atravesar un matorral para ocultarse detrás de unas ramas apiladas que quedaban frente al mar. La luna llena se reflejaba sobre las olas como un manto plumizo. Al detenerse, trató de recuperar el aliento y, al mismo tiempo, intentó distinguir algo que se movía a lo lejos en la oscuridad. Miró a ambos lados, aunque no pudo detectar ninguna presencia. «Ha debido de escapar», pensó.

Cuando iba a darse la vuelta, la invadió un mal presentimiento, que la alertó de que alguien la observaba. Contuvo la respiración sin mover ni un solo músculo del cuerpo. El agresor se había acercado por detrás sin que ella se hubiera percatado de ello. Despacio y con suavidad, Karin se cercioró de quitarle el seguro a la pistola y esperó a que se aproximara aún más.

De repente, la subcomisaria se giró para apuntarle con la pistola y, en ese momento, descubrió los contornos del rostro del asesino en la oscuridad y se fijó en que también llevaba un arma en la mano.

—No te muevas —le susurró Karin.

Más allá del lindero del bosque, se oían los gritos de sus compañeros y los ladridos de los perros, que corroboraban la llegada de los refuerzos. Notó que al agresor se le aceleraba la respiración. Era mucho más alto que ella y la miraba inmóvil, fijamente a los ojos. Observó que de ellos brotó un brillo y del rostro, una sonrisa que nunca encontró reciprocidad. Acto seguido, alzó la mano sosteniendo el arma y se la acercó lentamente a su propia cabeza.

—No lo hagas —le dijo Karin—. Suelta el arma.

Pero fue como si el hombre no la hubiera oído. Ignoró sus palabras.

—Si no la sueltas ahora mismo, no me quedará otra que dispararte —le advirtió de nuevo con un gesto frío y decisivo mientras apretaba el dedo índice contra el gatillo.

—Es demasiado tarde —murmuró al mismo tiempo que se ponía la pistola de bala cautiva en la sien—. Ha llegado el final.

—Entonces nadie sabrá jamás por qué lo hiciste. Todo lo que has hecho habrá sido en vano —le refutó ella.

El hombre que tenía delante pareció dudar por un instante y bajó la mano en un gesto.

—Sé que lo has hecho por amor —continuó Karin—, que tenías una razón que te importaba por encima de todo.

Notó que el gatillo de la pistola de bala cautiva se había soltado y que la mirada del asesino estaba ausente. Karin seguía conteniendo la respiración, con las manos firmes, sin apartar el dedo de su posición en el metal gélido. Entonces el hombre soltó el arma y la dejó caer al suelo. Karin se abalanzó sobre él y le bloqueó la espalda mientras le retorció ambos brazos hacia atrás y le agarraba las muñecas para esposarlo.

—Arréstame si quieres —se ofreció—. Me rindo. Me entrego personalmente.

ARRODILLADA FRENTE A la tumba de su madre, Julia percibió el olor a humedad de la tierra y de la hierba que conformaban el manto verde que se extendía entre las lápidas. El sol se ocultaba parcialmente por detrás de la iglesia de piedra blanca a la par que trataba con mucho cuidado de no asomar para no perturbar la tristeza del cementerio de Fårö. A pesar de aquello, el sol estaba tratando de devolverles la vida a aquellas almas. Julia sintió el calor en la mejilla, introdujo los dedos en la tierra y la notó fría todavía.

—No sé qué voy a hacer —se dijo en voz alta a sí misma mientras posaba una mano en la lápida blanca que manchó con los dedos sucios—. Ojalá estuvieras aquí, mamá. Te necesito. — Soltó un suspiro y sacó unas rosas de una maceta que tenía justo al lado y que había comprado en la floristería el día anterior para plantarlas junto a la tumba de su madre—. Sé que te encantan — murmuró mientras agarraba una pala pequeña, oxidada y castigada por el tiempo. El mango era verde y el debilitamiento del color presentaba una leve pátina—. Era tuyo, ¿te acuerdas? — prosiguió mientras la clavaba en la tierra.

Todos los años, cuando arrancaba la primavera, Julia hacía lo mismo: plantaba rosas en la tumba de su madre y siempre usaba la misma pala. Cada vez volvía a colocarla en la caseta donde su madre solía guardar las herramientas de jardín. Siempre estuvo allí colgada; al menos, así lo recordaba.

Cavó un agujero en el suelo y plantó las rosas. Después, se puso a acariciar la tierra que tapaba los tallos, clavó la pala a un lado y en ese momento notó algo duro. Al principio pensó que se trataría de alguna piedra, pero resultó ser otra cosa. Había una caja enterrada. Sorprendida, se inclinó para recoger aquella cajita sucia.

Con cuidado, abrió la tapa y en su interior encontró dos anillos de oro colocados en un pequeño cojín de algodón. Ambos parecían antiguos, pues el metal estaba prácticamente descolorido. Se puso uno en la mano y lo colocó bajo los rayos del sol para tratar de observarlo mejor. Vio que era un anillo simple y liso, sin dibujos, aunque era bastante ancho. Entonces se dio cuenta de que había una inscripción grabada por la parte de dentro. Agarró la punta de la manga de la camisa y la frotó contra las letras. Por último, entornó los ojos y comenzó a leer: «Tú eres el sol. Tu Ingemar».

Julia lo leyó varias veces, pero no lograba entender nada. ¿Quién era Ingemar? El corazón le latía a martillazos en el pecho. ¿Quién habría puesto la cajita con esos anillos junto a la tumba de su madre? Al borde de perder la paciencia, levantó el otro anillo y lo limpió un poco antes de leer la segunda inscripción: «Tú eres el día. Tu Selma».

Las manos de Julia comenzaron a temblar. En ese momento se le cayó la cajita al suelo y los anillos fueron a parar junto a las flores que había plantado. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso su madre había tenido un amante? Pasados unos segundos, recogió los anillos, les quitó la tierra que los ensuciaba y se detuvo a observarlos un instante mientras los pensamientos se le arremolinaban en la cabeza.

EL SOL DE la primavera impregnó con su luz el despacho de Knutas, que se había puesto frente a la ventana abierta para que los rayos le calentaran el rostro.

Karin se había acomodado en su silla con los pies en la mesa y Anders le lanzó una mirada.

—Hemos hecho lo que hemos podido —dijo Karin—. El presunto autor no quiere hablar y tampoco podemos obligarlo a que lo haga.

—Bueno, hablará con la condición de que se le deje ver a Julia —aclaró Knutas.

—Y eso no va a pasar —contestó Karin.

El teléfono sonó en ese momento y Anders respondió la llamada.

—Mándala para acá —le oyó decir Karin y vio que se giraba de pronto hacia ella.

—No te lo vas a creer, pero ha llamado Julia. Quería hablar conmigo y, al parecer, se trata de algo importante.

—Todo esto ha sido un calvario para ella. Debería empezar a recibir ayuda psicológica. —La subcomisaria se levantó y se dirigió a la puerta—. Voy a terminar el informe; te enviaré el borrador por correo electrónico.

Pasados unos minutos, llamaron a la puerta y Julia Ramberg apareció en el umbral acompañada de un inspector de policía.

—Hola —saludó con expresión de seriedad—. Quiero hablar con el asesino. Al tal Ingemar Malmkvist.

—Me temo que no es posible —comenzó a explicar el comisario—. Está acusado de tres asesinatos, por lo que en estos momentos solo puede ver a su abogado. No tiene derecho a ver a ninguna otra persona.

—¿Puedo verlo, aunque sea?

—Bueno, no creo que eso suponga un problema. Ahora mismo está prestando declaración.

El comisario y Julia se dirigieron a la sala de interrogatorios. Ingemar Malmkvist estaba desplomado sobre la mesa frente a Martin Kihlgård.

—Desde aquí podemos verlo; sin embargo, él a nosotros no —aclaró Knutas.

JULIA SE PUSO a observar fijamente desde la ventanilla de la puerta al hombre que había asesinado a tres personas, una de ellas, su hermano. Aquel mismo individuo había mantenido un romance con su madre hacía muchos años. Entonces, lo reconoció. Aquel era el hombre que solía ir a la granja a disparar a los caballos y a sacrificar a las vacas, los corderos y los cerdos, y a realizar una labor que su propio padre era incapaz de hacer. Solía entrar en casa a tomar café en la cocina y, precisamente, su padre nunca estaba cuando él iba, porque no soportaba ver sufrir a los animales cuando había que sacrificarlos. Sin embargo, su madre sí que estuvo todas las veces.

De repente, sintió un desasosiego que prefirió no mostrar y, en ese momento, se preguntó qué le rondaría en la cabeza al hombre que estaba allí metido.

Julia vio de reojo que Knutas se había girado hacia ella y la observaba. Se notaba agotada físicamente, sin fuerzas, y, en cierto modo, se sentía ajena a la realidad, pues tenía la sensación de estar flotando por encima de aquella mesa y de los que se encontraban en aquella habitación cerrada y estrecha, a pesar de que, al mismo tiempo, los estuviera viendo desde la distancia.

—Quiero que le deis esto. Es suyo.

De pronto, Ingemar Malmkvist se giró hacia la puerta y clavó la mirada en la ventanilla, donde se encontraba Julia. Quizá se había percatado de que estaba allí.

—Gracias, será mejor que me vaya.

Cruzó el pasillo a toda prisa, bajó las escaleras hasta llegar a la recepción de la comisaría y allí pidió que llamaran a un taxi. Salió al exterior y se quedó esperando en la entrada. Las piernas no paraban de temblarle y un sinfín de pensamientos bullían en su mente. El coche no tardó en llegar, se sentó en el asiento del copiloto y le entregó la dirección exacta. Entonces se encontró con su propia mirada en el espejo retrovisor y se sobresaltó, de repente, pues le pareció que estaba viéndola por primera vez y que era la misma mirada que se había clavado en sus ojos a través de la ventanilla de aquella angosta sala.

EL TAXISTA CONDUJO por el camino de grava estrecho y arenoso. El coche estaba totalmente sucio por la polvareda cuando llegaron a la entrada de la granja. Julia se encontraba tan inmersa en sus pensamientos que ni siquiera se dio cuenta de que estaban allí hasta que el conductor giró la cabeza hacia ella y le preguntó si todo iba bien.

—Sí, sí. Muchas gracias, no me pasa nada.

—Me alegro de que sea así, entonces —añadió el taxista mientras se guardaba el dinero. Ambos habían ido al mismo colegio y se conocían de vista. Después de eso, se volvió al frente y cambió de marcha.

—Cuídate —le dijo Julia y abrió la puerta.

—¿Vas a quedarte en la granja al final? —le preguntó el conductor.

—Eso parece.

No alcanzó a oír si le respondió o si dijo algo más. Al cerrar la puerta con fuerza, se despidió de él con la mano y el taxista se marchó. Antes de entrar por el umbral de la casa, se detuvo unos instantes a contemplar la granja desde el porche. Le pareció que aquel paisaje había adquirido otra apariencia, después de todo lo que había pasado, y tenía la impresión de que ahora todo tenía un significado más importante.

De pronto, tuvo la sensación de que algo no iba bien, notaba que alguna cosa había cambiado desde que había salido de casa ese día. Se aproximó al porche y vio que en la mesa había unas tazas de café preparadas y bien colocadas. Una jarra y un platito con galletas. Y se enderezó de repente.

En ese momento, se abrió la puerta principal y un cachorro blanco y negro salió corriendo al porche. Era un border collie. El perrito se acercó corriendo hacia Julia, agitando la cola y dando brincos de alegría. Ella dejó caer la bolsa, se agachó para saludarlo y el cachorrito saltó hacia ella y le lamió toda la cara. Mientras lo acariciaba entre carcajadas, se olvidó por un momento de todas las desgracias que habían ocurrido. Estaban solos los dos: el perrito saltarín y ella. Entonces, se le llenaron los ojos de lágrimas al pensar en *Mio*.

—¿Te gusta? —preguntó una voz de repente—. Es todo tuyo.

Julia se levantó despacio y miró al otro lado del porche. El universo entero se detuvo cuando vio a quien tenía delante. Aquel pelo brillante y rizado, recogido en una cola de caballo, la mirada llena de ternura y ese rostro aniñado.

Elias esbozó una sonrisa. Julia sintió un fuerte dolor en el pecho, las lágrimas le habían nublado la vista y le impedían verlo con nitidez. «No puede ser él.»

—Hola, hermanita.

—¡Elias! —gritó.

Corrió hacia su hermano, que la recibió con un abrazo enorme. Ninguno de los dos pudo decir una sola palabra; al parecer, eran incapaces de pronunciar ninguna después de diez años, desde la última vez que se vieron. Tan solo se quedaron abrazados en silencio durante un buen rato y les bastó con oír el latido de sus respectivos corazones.

—¿Por qué fingiste que habías muerto? —le preguntó entre lágrimas mientras le aporreaba el pecho—. ¿Cómo pudiste deshacerte de todos nosotros así como así? ¿Y deshacerte de mí? ¿Cómo

has podido hacernos creer que estabas muerto todos estos años? ¿Cómo nos has hecho sufrir de esta manera?

—Perdóname, Julia; espero que algún día puedas perdonarme. Trataré de explicarlo todo.

Elias le agarró la mano, la llevó hasta el banco que había delante de la casa, la rodeó con los brazos de nuevo y su hermana se tranquilizó. Los dos se quedaron abrazados, Julia apoyó las piernas en las rodillas de Elias, y se pegaron tanto el uno al otro que no quedó ni un milímetro de separación entre ambos. Parecía que fuesen un único ente, un solo cuerpo. Al fondo, el sol disminuía su altura y se acercaba despacio al horizonte.

—Mi intención desde el principio fue irme de viaje durante un tiempo. Salir de la granja, apartarme de mamá y de todo lo que estaba asfixiándome, de todos los recuerdos horribles que me perseguían. Cuando llegué a las montañas de Chile, tuve una sensación de libertad absoluta e independencia.

Se encendió un cigarrillo en ese momento, miró al frente y le dio unas cuantas caladas antes de continuar.

—El día que decidí hacerlo fue de alguna manera el más feliz de mi vida. Era la primera vez que tomaba el control de mi vida y de mí mismo. Esa mañana, cuando fui a la montaña... Lo recuerdo como si fuera ayer, fui el primero de todos en llegar arriba. Éramos unos cinco escaladores y algunos de nosotros queríamos intentar una ruta distinta. Así pues, me fui solo a examinar la zona, antes que el resto. Al final, conseguí llegar a la cima y, cuando estaba en lo más alto, miré hacia abajo. Fue muy duro, más de lo que me había imaginado. En ese momento, pensé en qué pasaría si me soltara de los arneses y cayera en picado, si cerraba los ojos y dejaba que el viento me azotara.

—¿Qué sucedió?

Julia escuchaba con atención.

La miró de reojo y le dio otra calada al cigarrillo.

—Entonces me sentí realmente vivo por primera vez. En ese mismo momento, en el que sopesé la idea de morir, decidí darle un verdadero valor a mi vida. No quería ser la persona que había sido hasta entonces.

—¿A qué te refieres?

—No quería ser yo, Elias Ramberg, sino otra persona mejor.

—¿Y entonces se te pasó por la cabeza desaparecer?

—De repente, acudió a mi mente esa idea y decidí descender escalando por mis propios medios, lo cual hice sin problemas y sin decirle nada al resto. Volví a escalar hacia abajo sin el amarre de seguridad, con las cuerdas colgando en el aire. Fue duro, pero lo conseguí. Y cuando llegué sano y salvo, sentí que me había convertido en otra persona. Seguía siendo Elias, pero no el Elias que todos pensaban que era. No el que yo siempre había conocido. Por primera vez me sentí libre y, cuando volví a Valparaíso, decidí comenzar una nueva vida, dejarlo todo atrás y desaparecer para siempre. Quería poder vivir mi vida sin depender de nadie más.

—No hace falta que me expliques por qué lo hiciste —lo interrumpió Julia—. No creo que llegue a entenderlo nunca, de todas formas. Jamás te imaginarás cuántas noches he pasado en vela pensando en lo que te habría ocurrido. No sabes, ni por asomo, todo el sufrimiento, la ansiedad y la angustia que he pasado.

—Perdóname —reiteró Elias mientras le agarraba la mano y la apretaba con fuerza—. Perdóname.

Julia cerró los ojos.

—Dime una cosa, ¿sigues siendo ese niño que sueña con tener alas para volar hacia cualquier otro lugar en el que desees estar?

—No —respondió Elias—. Lo único que quiero ahora es regresar a casa. Voy a ser padre.

Su hermana abrió los ojos y lo miró desconcertada.

—¿Lo dices de verdad? ¡Qué maravilla! ¿Cuándo?

—En otoño. He pensado en mudarme aquí y quiero que mi mujer se venga a vivir conmigo. Lo he hablado con ella y ha aceptado encantada. Se llama Rosa.

—Tu antiguo desván de la fragua está ahora vacío —bromeó Julia—. Podéis mudaros ahí.

Elias soltó una carcajada.

—Pues tendré que enseñarle a escalar usando mi viejo rocódromo.

—¿Y si es una niña? —le preguntó Julia.

—Entonces se llamará Julia y le enseñaré a escalar más alto de lo que nunca nadie haya llegado.

—¿Se llamará Julia?

—Sí, ¿crees que es una mala idea?

—No, a mí me gusta.

OYÓ LA VOZ de su madre que susurraba su nombre cuando la celda se cerró de un portazo. «No lo hagas —le suplicó a la voz—, no lo hagas.» Era consciente de que siempre lo llamaba cuando se encontraba a solas, pues esas voces lo habían perseguido durante toda la vida.

Tan solo había hecho lo que tenía que hacer. Tan solo había intentado proteger a su hija Julia. Lo había hecho por amor. Colocó la frente pegada a los barrotes de la celda e hizo presión para sentir el frío del metal mientras la voz resonaba en su cabeza.

«Hijo mío, ¿está cerrada la puerta?»

Asintió en ese momento y apretó la frente aún con más fuerza contra los barrotes metálicos. Notó la presión y el sudor correrle por los ojos. Por más que pestañeaba, no le servía de nada. «No pasa nada —murmuró la voz—. De este modo, papá no podrá entrar. Ven aquí y siéntate a mi lado.»

La voz dio unas palmaditas sobre la cama y él, cabizbajo, se acercó despacio a la litera, se desvistió y colocó la ropa de forma ordenada en el suelo, justo al lado, y se sentó. Entonces tomó la manta y se tapó por completo para tratar de ocultar su cuerpo desnudo.

«¿Crees que mamá es guapa?», le preguntó la voz, y él le respondió afirmativamente con un susurro. Los labios formaron una línea delgada en el rostro. El cuerpo desnudo de la voz y sus dedos suaves le acariciaron el pelo y le apartaron el flequillo del rostro. Entonces se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

«Sabes que mamá te quiere, ¿verdad?»

Él lo sabía. Y también sabía que su madre fue la primera persona que lo traicionó.

KARIN CONTEMPLABA EL paisaje desde el jardín de la casa de verano de Knutas con un rastrillo en la mano. Observaba las ramas de los árboles erguidas hacia el cielo, donde las nubes se mecían lentamente como barcos de plomo que navegaban a la deriva y se desvanecían para dar lugar a nuevas figuras. Se fijó en el camino angosto de grava que llevaba hasta la entrada y en el mar grisáceo de fondo en calma y en silencio. Llevaba una chaqueta puesta, unas botas de goma y un gorro de lana que le cubría el pelo azabache. Había estado horas apilando hojas, que ahora yacían esparcidas por el suelo y que quedaron atrapadas debajo de la nieve todo el invierno.

Karin vio a Anders dentro, en la cocina. La luz cálida del techo le iluminó el rostro. Ya había puesto la mesa, calentado la sopa y colocado las copas de vino para los dos. El sol se pondría pronto y empezaba a hacer frío. A pesar de eso, Karin notaba un hermoso fuego interior al ver dentro de la casa a Knutas, que a su vez la miraba por la ventana con una sonrisa. Alzó el brazo y le devolvió el gesto de ternura.

Había notado que la observaba más de la cuenta y la analizaba de una nueva forma más profunda, y que, al mismo tiempo, se sonrojaba con facilidad si ella le hacía algún comentario al respecto. Así pues, después de apilar los montones de hojas caídas, llenó la cesta que había puesto en el suelo. Acto seguido, se la llevó detrás del cobertizo donde se arrojaba todo el compost y la vació. Sintió que la hierba se hundía profundamente debajo de sus pies y que el suelo estaba suave por la humedad que había provocado toda la nieve que se había derretido después del invierno. En ese momento, miró al cielo y se fijó en que estaba adquiriendo un tono azul oscuro y que el sol ya había desaparecido detrás de las nubes negras que se apelotonaban en el horizonte.

Karin se subió la cremallera de la chaqueta. Ya era hora de terminar la labor y de entrar en el cobertizo para dejar el rastrillo. Anders le había dicho que él mismo lo construyó durante todo un verano hacía muchos años, cuando los niños eran pequeños. Sin embargo, nunca lo pintó, así que se quedó tal cual, con las tablas grisáceas originales. Karin agarró el pomo y apoyó el hombro contra el marco. Estaba tan torcido que tuvo que hacer presión para no sacarlo de la estructura y, al abrir la puerta, se oyó un fuerte crujido. En el techo, una bombilla solitaria colgaba de un cable. Trató de buscar el interruptor para encender la luz. Dejó el rastrillo en el rincón, al lado de un cortacésped y de una pala que estaba apoyada contra la pared.

En el momento en que iba a apagar la luz para cerrar la puerta, oyó algo que provenía del interior del cobertizo. Se detuvo y le pareció que era un gemido tan débil que, por un instante, creyó estar imaginárselo. Se quedó de pie mientras prestaba atención y volvió a oír el mismo gimoteo frágil. Levantó las tumbonas y las sacó al exterior. Se puso en cuclillas, se fijó en que el lloriqueo venía de una caja de cartón que había detrás de una mesa que estaba apoyada contra la pared y, con cuidado, la retiró.

—Dios mío. —Se espantó al ver tres gatitos acurrucados en un viejo jersey. Dos de ellos ni siquiera se movían, solo uno de color pardo maullaba con la cabecita levantada. Karin colocó la mano en el lomo de los dos que estaban inmóviles, pero descubrió que ninguno respiraba, y, en ese momento, las lágrimas se le deslizaron por las mejillas. Se quitó el gorro y arropó el cuerpecito de aquel pobre animal que aún estaba vivo. Lo levantó con suavidad y salió del cobertizo.

Se quitó las botas de goma en el porche y entró en la casa. Knutas la recibió en el pasillo.

—¿Has llorado? —le preguntó.

—Han pasado demasiadas cosas últimamente —respondió con voz temblorosa.

El hombre la rodeó con los brazos y ambos se quedaron abrazados unos segundos. Karin notó el calor de su cuerpo y su aliento. En ese momento, el gatito que llevaba bajo el jersey soltó un maullido y Knutas se enderezó y la miró sorprendido.

—¿Qué llevas ahí?

Ella sacó el gatito y se lo mostró.

—Eran tres, los encontré en el cobertizo. Estaban dentro de una caja de cartón y llevarían un buen rato solos. Los otros dos no han sobrevivido. La madre los habrá desatendido.

Knutas no dijo nada en ese momento y se llevó el pobre animal a las manos.

—Tenemos que darle comida —dijo—. Tengo en la cocina algo que le vendrá bien.

—Yo voy a buscarlo. Tú no sueltes al gatito.

—Hay proteína en polvo en el armario debajo del fregadero —le explicó Anders mientras llevaba al gatito entre sus manos al sofá con cuidado. Colocó al pequeño bocarriba y, con un dedo, se puso a acariciarle el vientre con delicadeza—. Una taza de leche, una yema, una cucharadita de la proteína en polvo y luego lo mezclas todo.

—¿La caliente? —preguntó Karin asomando la cabeza desde la cocina.

Anders miraba al pobre gatito con ternura. Tenía el mismo color que su gata *Elsa*.

—Vale, caliéntala. Aunque tiene que estar templada. CUANDO KARIN TERMINÓ, se sentó a su lado en el sofá y apoyó la cabeza en su hombro. Sintió que estaba agotada. Anders, mientras tanto, le daba de comer al animal con una pequeña jeringuilla. «Qué manos tan cautelosas —pensó Karin—. Sus manos son cálidas y cariñosas.» Y entonces se quedó dormida.

SYNNÖVE SE SENTÓ en la cocina y observó los sobres que tenía encima de la mesa. Le habían llegado algunas cartas y no estaba acostumbrada a recibir tal cantidad de correo. No sabía muy bien qué hacer con tantas, pues el poco dinero que cobraba de su jubilación no le bastaba para cubrir todos los gastos que tenía que pagar. Llevaba un retraso de pago con la factura de la luz y el invierno había sido duro, por lo que la cantidad que debía era mayor de lo habitual. Además, necesitaba hacer reformas en la casa; al menos eso fue lo que le dijo el hombre del banco, que precisamente le hizo hincapié en el término *reformas*. Cada vez hacía más frío dentro de la casa, pues se había quedado algo anticuada, y la electricidad se había vuelto aún más cara. Si lograra aislarla tal y como le había recomendado aquel amable hombre del banco, podría reducir a más de la mitad su consumo de electricidad. El único problema era que no podía permitírselo, ya que ni la pensión ni la contribución de Isak eran suficiente para subsistir con lo básico.

Los pensamientos se vieron interrumpidos al oír el motor de un coche en el jardín. Isak se había quedado ese día con la familia que lo cuidaba una vez a la semana. Se llamaban Krister y Anneli, y Synnöve los vio desde la ventana de la cocina acercándose a la puerta con Isak. Cuando salió al porche, su hijo acudió corriendo hacia ella.

—Hola, mamá, nos lo hemos pasado requetebién. ¡He ayudado mucho también! —le dijo con alegría mientras la abrazaba con todas sus fuerzas.

—Cuánto me alegro —asintió y le dio otro abrazo.

—Nos gustaría tener una conversación contigo —interrumpió Krister. Su rostro adquirió una expresión seria y, en ese mismo instante, Synnöve sintió un nudo en el estómago por la incertidumbre de lo que se avecinaba. Después, Krister se giró hacia su mujer.

—Anneli, si no te importa, ¿puedes subir con Isak a su habitación y me esperas allí?

Se sentaron en la cocina. Krister parecía consternado y se aclaró la garganta antes de comenzar a hablar.

—Como sabrás, Synnöve, ya no eres una jovencueta, y Anneli y yo hemos estado pensando en Isak.

—Lo sé perfectamente —afirmó ella.

—Además, sé que eres consciente de que tu hijo tiene unas necesidades muy peculiares. Supongo que sabrás también que, en cierto modo, no hemos hablado mucho de todo lo que eso supone.

Durante un instante, Krister se quedó en silencio y la miró con una sonrisa amable. «¿Por qué usaba todo el rato el verbo *saber*?», pensó Synnöve, que se sentía cada vez más incómoda. ¿Acaso intentaba persuadirla para que se pusiera de su lado y le diera la razón? Desde luego, no le gustaba que le hablara de esa manera, con ese tono prepotente que la hacía cuando menos dudar de sus intenciones.

—Nos consta que tienes dificultades económicas.

—Voy arreglándomelas.

Synnöve notó que las lágrimas estaban a punto de brotarle, pero las contuvo.

—Hemos hablado con el banco. La verdad es que pueden ofrecerte una cantidad considerable por la casa —le sugirió mientras deslizaba la mirada por las paredes de la estrecha cocina—. Está bien ubicada y además tiene mucho terreno, que ni siquiera está aprovechado.

—Isak lleva viviendo aquí toda su vida —refutó Synnöve, que notó que le temblaba la voz.

—Hemos visto un apartamento perfecto para ti en Fårösund. No es muy grande, pero suficiente para ti sola. Además, allí podrás salir con gente de tu edad, y seguro que te vendrá bien.

—Pero Isak...

—Nosotros nos encargaremos de él.

—Pero mi hijo quiere estar conmigo.

—Tú sabes bien lo que le conviene a largo plazo.

Krister la miró como si hubiera quedado bien claro que Synnöve comprendía lo que estaba queriendo decir, una vez más, con ese *sabes bien* dentro de la frase. En ese momento, sonó el teléfono. La mujer salió al pasillo para contestar la llamada. Tomó una silla para sentarse al lado de la mesita y descolgó el auricular.

—¿Diga? —preguntó.

—¿Hablo con Synnöve Elke?

Aquella voz alegre y amable al otro lado del teléfono le resultó familiar, aunque no recordaba de quién era.

—Tommy Wahlgren al habla, de la Casa de Loterías y Apuestas de Suecia, ¿sabe quién soy?

—¡Ah, sí, claro! —dijo Synnöve sorprendida.

¿Qué podría querer aquel famoso de ella? Sabía que era un personaje muy querido por el público en general. Además, había sido jefe de relaciones públicas en la empresa estatal durante muchos años y había dirigido programas de radio y televisión propios, que tuvieron una enorme repercusión en gran parte del país. Es más, sabía que cuando Tommy Wahlgren llamaba a la gente por teléfono, eso significaba que algo extraordinario estaba a punto de pasar.

—Pues tengo un cupón de lotería aquí que está registrado a su nombre.

—¿Sí?

Sintió que le daba vueltas la cabeza a la vez que se le dibujaba en la mente el rostro de aquel agente llamado Knutas, que la recibió en la sala de espera de la comisaría con un periódico en el que había un cupón de lotería. Le dijo que se lo quedara por las molestias de haber ido hasta allí. Además, se acordó de cómo le insistió en que lo aceptara como un simple regalo, pues él mismo bromeó con que nunca le había tocado nada y no le importaba no quedárselo. Tal vez la suerte estaba más del lado de Synnöve.

—¿Está sentada? —le preguntó con gran expectación en el tono de voz.

—Sí, sí, lo estoy.

—Pues, como se imaginará, la llamo por una razón muy especial: para felicitarla, porque acaba de ganar un fabuloso premio de un total de... ¡diez millones de coronas!

A Synnöve se le cortó la respiración por un momento. No podía ser verdad, ¿estaría soñando?

—Y, además, nos gustaría invitarla a cenar a la gala de esta noche para hacerle entrega del cheque, si le parece bien.

—¿Puedo llevar a mi hijo de acompañante? —preguntó Synnöve, que aún no lograba comprender lo que estaba pasando.

—Por supuesto, su hijo es más que bienvenido también. Les mandaremos un taxi para que pase a recogerlos. ¿Quedamos sobre las seis? Por cierto, me gustaría hacerle una pregunta en estos momentos: ¿en qué tiene pensado invertir el dinero? ¿Algún sueño en particular que tenga en mente y que quiera cumplir?

Synnöve soltó una carcajada mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Pues me gustaría arreglar la escalera que lleva a la planta de arriba —explicó exaltada, y

oyó que Tommy Wahlgren empezó a reírse a carcajadas al otro lado del auricular.

Cuando terminaron la conversación, colgó el teléfono. Pasados unos segundos, se quitó el delantal sin prisas y se acarició el pelo con una mano. Luego se levantó de la silla, se detuvo en el umbral de la cocina y miró fijamente a Krister, que seguía allí sentado con una expresión facial de plena confianza en sí mismo.

—Ya os podéis ir largando. Isak y yo nos las apañaremos bien solitos.

Agradecimientos de la autora

GRACIAS A MI pareja, el escritor Ruben Eliassen, por su apoyo, ayuda y amor durante todo este proceso. Gracias también a mis hijos, Rebecka y Sebastian Jungstedt, que logran inspirarme para escribir con el mero hecho de existir. Me apoyáis y ayudáis con vuestra lectura e ideas.

Gracias a mis amigos y al resto de mi familia, sobre todo a mi maravillosa amiga Lilian Andersson; a mi hermana, siempre tan atenta, Ewa Jungstedt Pilestål; a mis queridos amigos y dos de mis pilares fundamentales: Tara Djume y Rune Johansen.

También quiero expresar mi más sincero agradecimiento a:

Ulf Åsgård, psiquiatra y experto en perfiles criminales.

Lena Allerstam, periodista.

Johan Gardelius, miembro de la Policía Científica de Visby.

Martin Csatlos, del Departamento de Medicina Forense de Solna.

Magnus Frank, inspector de policía de la comisaría de Visby.

Mikael Åslund, inspector de detectives de la Policía de Visby.

Leif Bertwig, agente inmobiliario de Leif Bertwig AB, de Visby.

Toma Norbeck, fiscal de Bäl, Slite.

Eva Darpö, artista del vidrio, de Fårö.

Muchas gracias a todos los profesionales de la editorial Albert Bonniers, en especial a mi editora, Lotta Aquilonius, y a mi redactora, Ulrika Åkerlund. A mi diseñadora, Sofia Scheutz, a mi agente de prensa, Anna-Karin Korpi, y a mi fotógrafa, AnnaLena Ahlström.

Muchísimas gracias a mi agente, Jonas Axelsson, de Partners in Stories; a Agnes Cavallin y a Céline Hamilton, que también pertenecen a la misma agencia.

También aprovecho para agradecerle todo su apoyo incondicional a Anna-Karin Eldensjö, de la asociación ATN - All Together Now, por haber hecho posible que haya llegado a ser escritora.

Y por último, pero no menos importante, ¡gracias a todos mis maravillosos compañeros escritores que me enriquecéis aún más la vida!

En Arguineguín,

Mari Jungstedt

MAEVA defiende el copyright©.

El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

© Mari Jungstedt, 2019

© de la traducción, Alicia Puerta Quinta y José Luis Martínez Redondo

© de la cubierta, Alejandro Colucci

© Maeva Ediciones, 2019

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788417708467

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

* Personaje del folclore sueco. Se trata del nombre que recibían los fantasmas de los niños bastardos que habían muerto sin ser bautizados, normalmente a manos de sus propias madres. [*N. de los T.*]